



LA SERIE DEL CIRCULO

# BLANCO

LIBRO 3: *La gran búsqueda*

TED DEKKER

Lectulandia

## **Nunca rompa el círculo.**

En esta tercera parte de la innovadora Serie del círculo, Thomas Hunter sólo tiene días para sobrevivir en dos mundos diferentes, llenos de peligro, engaño y destrucción. El destino de ambos mundos depende de su singular habilidad de cambiar realidades por medio de sus sueños. Ahora, guiando un pequeño grupo multiforme conocido como El Círculo, Thomas se encuentra enfrentando nuevos enemigos, desafíos interminables y el amor prohibido de una mujer de lo más insólita. Entre a la Gran Búsqueda, donde Thomas y una pequeña banda de seguidores deben decidir rápidamente en quién pueden confiar, tanto con sus propias vidas como con el destino de millones de personas.

**Lectulandia**

Ted Dekker

# **Blanco**

**Libro 3: La gran búsqueda**

**La serie del Círculo**

ePub r1.1

fenikz 30.08.14

Título original: *White*  
Ted Dekker, 2005  
Traducción: Ricardo y María Acosta

Editor digital: fenikz  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



## ¿DÓNDE EMPIEZA EL CÍRCULO?

A diferencia de la mayoría de series, el Círculo es realmente redondo, lo cual significa que *Verde*, o Libro Cero, inicia la serie para quienes aún no han leído *Negro*, *Rojo* o *Blanco*. No temas, la historia funciona como una sola pieza en cualquier sentido, como un círculo o un cero. La decisión es tuya. Empieza con *Negro*, luego lee *Rojo* y *Blanco*, y termina con *Verde*. O empieza con *Verde* y sigue con *Negro*, *Rojo* y *Blanco*. Zambúllete hasta el fondo.



FINLEY, 543 habitantes. Así decía el letrero.

Finley, 0 habitantes. Mike Orear pensó que eso es lo que muy bien podría decir el letrero dentro de dos semanas. Mike permaneció en la entrada del pueblo, un viento cálido le soplaba el cabello, luchando con un agudo temor de que los edificios grises que se levantaban a lo largo de esas calles vacías fueran lápidas en espera de los muertos. El pueblo había bullido con casi tres mil residentes antes de que Mike saliera para la Universidad de North Forks y se convirtiera en una estrella de fútbol americano.

La última vez que estuvo de visita, dos años atrás, ya eran menos de mil los habitantes. Ahora, solo un poco más de quinientos. Uno de los innumerables pueblos moribundos diseminados por Estados Unidos. Pero este era especial.

Este era el pueblo donde vivían su madre, Nancy Orear, su padre, Cari, y su única hermana, Betsy. Pero ninguno de ellos sabía que Mike iba a venir. Él hablaba con ellos todos los días desde que hiciera pública la noticia de la variedad Raison, pero ayer llegó a la terrible conclusión de que hablar ya no era suficiente.

Debía verlos otra vez. Antes de que murieran. Y antes de que se acrecentara la marcha de protesta sobre Washington.

Mike salió del automóvil, se puso la chaqueta al hombro y caminó por la acera de la avenida Central. Quería ver sin ser visto, lo cual en Finley era más fácil a pie que en un coche llamativo. Pero no se veía una sola alma. Ni una.

Se preguntó cuánto sabían ellos acerca del virus. Tanto como él, desde luego. En este momento se hallaban pegados a sus asientos, esperando el mensaje de un gran avance, como todos los demás estadounidenses.

Sintió entumecidos los pies. Al trabajar veinticuatro horas al día los siete días de la semana en el estudio en Atlanta, había llegado a verse como un defensor en la línea de vanguardia de este caos, en vigoroso ataque por el camino de la verdad; conmoviendo los corazones de un millón de televidentes y brindándoles esperanza; estimulando vida al interior de los Estados Unidos. Pero su viaje al norte a lo largo de carreteras desiertas lo despertó a una nueva realidad.

Los Estados Unidos ya estaban muriendo. Y la verdad los estaba matando.

La verdad de que se hallaban a punto de morir, a pesar de lo que dijeran los

presentadores de televisión. La mitad de los estadounidenses eran demasiado listos para creer que aferrarse desesperadamente a una esperanza era algo más que eso.

Los pies de Mike crujieron en el pavimento, donde se levantó polvo. A su derecha surgió el banco Citizens State. Cerrado, decía el letrero. Ni un alma.

Una vez tuvo una cuenta en este banco. Ahorró sus primeros cuarenta dólares para comprarle a Toby su vieja bicicleta azul de carreras. ¿Y dónde estaba Toby hoy? Lo último que Mike supo fue que su amigo había aceptado un empleo en Los Ángeles, desafiando su temor a los terremotos. Hoy día los terremotos serían la menor de las preocupaciones de Toby.

El letrero en la ventana del bar Finley anunciaba que estaba abierto... quizás el único establecimiento en auge como consecuencia de la crisis. Para algunos la noticia se aplacaría mejor con cerveza.

Mike pasó de largo, incómodo por la idea de entrar y toparse con algún conocido. Deseaba hablar con su padre, su madre, y Betsy, y con nadie más. De una manera un tanto inexplicable se sentía de algún modo responsable por el virus, aunque difícilmente debían culparlo por el simple hecho de hacer saber a los estadounidenses el pequeño secreto de que estaban perdidos.

Tragó grueso y pasó por Calefacciones Roger. Cerrada.

Aún no se veía ni un alma en la calle Central ni en ninguna de las adyacentes.

Mike se detuvo y giró. Calma total. El viento parecía ajeno al virus que había venido a morar en este pueblo. Una bandera estadounidense se agitaba lentamente sobre la oficina postal, pero él dudaba que hoy entregaran algún correo.

Mil científicos buscaban en alguna parte una forma de deshacer la variedad Raison. En algún sitio políticos y jefes de estado pedían a gritos una explicación convincente a la inconcebible idea de que la muerte estaba a la vuelta de la esquina. Ojivas nucleares volaban en algún lugar a través del aire.

Pero aquí en Algún Lado, Estados Unidos, mejor conocido como Finley, fundado el 12 de julio de 1926, lo único que Mike podía oír era el sonido del viento. Lo único que veía eran las calles vacías y el cielo azul salpicado de mullidas y redondeadas nubes blancas.

De repente pensó que había sido una equivocación dejar el automóvil. Debería volver aprisa, subir al interior y dirigirse a la marcha de protesta en Washington, donde lo esperaban en la mañana.

En vez de eso, Mike dio media vuelta y comenzó a correr. Pasó Automotores Dave. Siguió por la calle Lincoln. Hasta el final, donde aún se hallaba la vieja casa blanca que su padre comprara hace casi cuarenta años.

Se dirigió a la puerta, calmando su fuerte respiración. Ningún sonido, ningún indicio de vida. Al menos se debería oír el televisor, ¿verdad?

Mike subió los escalones, abrió la puerta mosquitera y entró a la casa.

Allí en el sofá, frente a un televisor enmudecido, se hallaban su padre, su madre y Betsy, rodeados por platos esparcidos, vasos medio vacíos y bolsas de patatas fritas marca Safeway. Estaban en pijamas y tenían el cabello despeinado; los brazos cruzados y los rostros colgaban de los pómulos como costales, pero en el momento en que lo vieron se les abrieron totalmente los ojos. De no ser por esta señal de vida, Mike pudo haber imaginado que ya estaban muertos.

—¿Mikey? —preguntó su madre, inclinándose al frente y deteniéndose, como tratando de decidir si confiar o no en lo que veía—. ¡Mike!

Ella se levantó del sofá y corrió hacia él, sollozando. Lo envolvió en un abrazo.

Mike sabía que la marcha de protesta en Washington era lo que debía hacer. No había otra esperanza. Todos iban a morir.

Reposó la cabeza en el hombro de ella y comenzó a llorar.



KARA HUNTER dirigió su coche por el recinto de la Universidad John Hopkins, con el teléfono celular pegado al oído. El mundo empezaba a derrumbarse y ella sabía, muy en lo profundo, donde no se suponía que la gente supiera cosas, que algo muy importante dependía de ella. Thomas dependía de ella y el mundo dependía de Thomas. La situación era tan clara como una noche sombría, pero una estrella brillaba en el horizonte, así que ella mantuvo la mirada en esa brillante luz guía.

Kara se puso el celular entre el oído y el hombro e hizo un giro usando ambas manos.

—Perdóneme por parecer desesperada, Sr. Gains, pero si usted no me da la autorización que necesito voy a ir con una pistola allí.

—No dije que no te lo conseguiría —expuso el ministro de estado.

Kara pensó que debería estar hablando con el presidente mismo, pero él no era precisamente el hombre más accesible del planeta en estos días. A menos, por supuesto, que se tratara de Thomas.

—Dije que lo intentaría —continuó Gains—. Pero esto es poco convencional. El Dr. Bancroft podría... discúlpame.

El teléfono se silenció. Kara logró oír una voz ahogada.

Gains volvió a hablar, esta vez muy rápido.

—Me tengo que ir.

—¿Qué pasa?

—Es necesario saber...

—¡Debo saberlo! Quizás yo sea el único vínculo que usted tiene con Thomas, ¡suponiendo que esté vivo! Y con Monique, suponiendo que esté viva. Hábleme, ¡por Dios!

Él no contestó.

—Usted me lo debe, Sr. Ministro. Usted debe esto a la nación por no responderle la primera vez a Thomas.

—Guárdate esto para ti —objetó él en un tono que a Kara no le dejó ninguna duda de la frustración del hombre al tener que decirle alguna cosa; pero entre todas las personas, él debía saber que ella podría ir bien encaminada con este experimento

que tenía en mente.

—Desde luego.

—Acabamos de tener un intercambio nuclear —confesó Gains.

¿Nuclear?

—Más exactamente, Israel disparó un misil en el océano a la costa de Francia, y Francia ha pagado con la misma moneda. Mientras hablamos, ellos tienen un misil balístico intercontinental en el aire. De veras que me debo ir.

—Por favor, señor, llame al Dr. Bancroft.

—Mi asesor ya lo hizo.

—Gracias —contestó ella, y cerró rápidamente el teléfono.

¡Esto no podría terminar de esta manera! Pero Thomas había advertido que el virus podría ser solo parte de la destrucción total registrada en los libros de historias. Es más, ellos habían discutido la posibilidad de que el virus podría precipitar la catástrofe profetizada por el apóstol Juan. ¿No representaba Israel un papel destacado en ese apocalipsis?

Kara viró bruscamente para eludir a un ciclista, lanzó entre dientes una maldición y presionó el acelerador. El Dr. Bancroft era su última esperanza. Habían pasado tres días desde la desaparición de Thomas y Monique se había esfumado el día antes. Kara debía averiguar si aún estaba viva... si no aquí, entonces en la otra realidad.

Bancroft se hallaba en su laboratorio; ella lo sabía por una llamada telefónica anterior. También sabía que los archivos de su hermano estaban bajo el control del gobierno. Clasificados. Cualquier averiguación respecto de la sesión que él tuvo antes con el Dr. Bancroft requeriría autorización superior al buen doctor. Con un poco de suerte, Gains al menos le había dado eso a ella.

La joven estacionó el automóvil y bajó corriendo los mismos escalones que una semana antes descendiera con el director de la CIA, Phil Grant. Las persianas sobre la puerta del sótano se hallaban cerradas. Tocó en el vidrio.

—¡Dr. Bancroft!

Casi al instante, se abrió la puerta hacia adentro. Ante ella apareció un hombre anticuado y sin gracia con ojeras debajo de unos ojos avispados.

—Sí, lo haré —enunció él.

—¿Lo hará? ¿Qué hará?

—Ayudarla. ¡Rápido!

El psicólogo la empujó hacia adentro, se asomó para dar una rápida mirada hacia la escalera de cemento y cerró la puerta. Corrió al escritorio.

—Durante una semana he estado estudiando minuciosamente esta información sobre Thomas. He consultado a una docena de colegas, y no se preocupe, ninguno de ellos ha oído nada de un cerebro en sueño silencioso.

—¿Lo llamó el ministro de estado...?

—Sí, acabo de hablar con ellos. ¿Cuál es su idea?

—¿A qué se refiere con un «cerebro en sueño silencioso»? —quiso saber ella.

—Invención mía. Un cerebro que no sueña mientras duerme, como el de su hermano.

—Debe haber alguna otra explicación, ¿verdad? Sabemos que él está soñando. O al menos consciente de otra realidad mientras duerme.

—A menos que este —expresó Bancroft señalando el salón— sea el sueño.

Luego guiñó un ojo.

Ahora el doctor se parecía a Thomas. Los dos se habían vuelto misteriosos. Por otro lado, lo que ella estaba a punto de sugerir haría que este asunto de sueños pareciera perfectamente lógico en comparación.

—¿Cuál es su idea? —volvió a preguntar el doctor.

Kara fue hasta la cama de cuero en que Thomas durmiera y miró al profesor. Las luces del salón eran tenues. Una pantalla de computadora irradiaba un pálido brillo sobre el escritorio. El monitor de ondas cerebrales se hallaba inactivo a la izquierda de ella.

—¿Tiene usted aún la sangre que le sacó a Thomas? —inquirió la joven.

—¿La sangre?

—La sangre funciona... ¿aún la tiene?

—La habrán llevado a analizar en nuestro laboratorio.

—¿Y luego a dónde?

—Dudo que la devolvieran.

—¿Y si lo hubieran hecho...?

—Entonces estaría arriba en el laboratorio. ¿Por qué le interesa la sangre de él?

—Por algo que le ocurrió a Monique —contestó Kara después de respirar hondo—. Ella se atravesó en los sueños de Thomas. Lo único que une las realidades, además de los sueños, es la sangre, la fuerza viva del individuo, por así decirlo. Hay algo exclusivo en la religión acerca de la sangre, ¿de acuerdo? Los cristianos creen que sin derramamiento de sangre no hay perdón de pecados. La sangre también juega un papel crítico en esta realidad metafísica en que Thomas ha abierto una brecha.

Al menos hasta donde yo veo.

—Prosiga. ¿Qué tiene esto que ver con los sueños de Monique?

—Ella se quedó dormida con una herida abierta. Se hallaba con Thomas, quien también tenía una herida abierta en la muñeca. Sé que esto parece extraño, pero Monique me dijo que creyó haber ingresado a esta otra realidad porque su sangre estuvo en contacto con la de él mientras ella dormía. La sangre de Thomas es el puente hacia este mundo de su sueño.

Bancroft levantó una mano y se ajustó los redondos lentes.

—¿Y cree usted que...? —empezó él a preguntar, pero se detuvo; la conclusión

era obvia.

—Deseo intentarlo.

—Pero dicen que Thomas está muerto —cuestionó Bancroft.

—Que sepamos, también Monique. Al menos en esta realidad. El problema es que el mundo aún podría depender de ellos dos. No podemos permitir que estén muertos. No estoy diciendo que entienda perfectamente cómo funciona esto o por qué, sino que debemos intentar algo. Esto es lo único que se me ocurre.

—Usted quiere volver a crear el ambiente que permitió cruzar a Monique —declaró él fríamente.

—Bajo su supervisión. Por favor...

—No tiene que suplicar —objetó él con un rayo de expectativa en los ojos—. Créame, si no hubiera visto los monitores de Thomas con mis propios ojos, no estaría tan ansioso. Además, en mí mismo resultó positivo el análisis del virus que él predijo en estos sueños.

En realidad, la disposición del psicólogo no la sorprendió. Él estaba tan chiflado como para intentarlo por cuenta propia, sin ella.

—Entonces necesitamos la sangre de Thomas —afirmó Kara.

—La necesitamos —concordó el Dr. Bancroft dirigiéndose hacia la puerta.

—∞∞∞∞—

BANCROFT TARDÓ menos de diez minutos en engancharle a Kara los electrodos que iba a usar para medirle la actividad cerebral. A ella no le importaba todo el asunto de las pruebas... solo quería soñar con la sangre de Thomas. Ciertamente, la idea era tan científica como manipular una serpiente. Pero, al yacer allí con cables adheridos a una docena de puntos de la cabeza, sintió sorprendentemente razonable todo el experimento.

—Muy elevada —informó Bancroft quitándole la funda inflable del tensiómetro—. Usted tendrá que dormir, ¿recuerda? Aún no se lo ha dicho a su corazón.

—Entonces deme un sedante más fuerte.

—No quiero que sea demasiado fuerte. Las pastillas que tomó deberían surtir efecto en cualquier momento. Usted intente relajarse.

Kara cerró los ojos e intentó vaciar la mente. El misil que disparara Francia ya debería haber aterrizado o estaría a punto de hacerlo. Ella no se podía imaginar cómo una detonación nuclear en Oriente Medio afectaría al actual contexto. Acababan de estallar motines dispersos esa mañana, según los noticieros; principalmente en naciones del Tercer Mundo, pero, a menos que surgiera una pronta solución, Occidente no estaría muy lejos de tenerlos.

Disponían de diez días hasta que la variedad Raison alcanzara la plena madurez. En cinco días podrían empezar a aparecer síntomas entre los primeros contrayentes

del virus, entre los cuales estaban ella y Thomas. Quizás en seis, a lo máximo en siete. Todos estaban suponiendo, desde luego, pero Monique había estado muy confiada en que el virus se podría revertir si se administraba el antivirus hasta en uno o dos días, quizás tres, después de los primeros síntomas. Demasiados tal vez. Cinco días. ¿Podía ella sentir ahora alguno de los síntomas? Se fijó en su piel. Nada. Articulaciones, dedos, tobillos. Los movió todos y aún no sintió nada. A menos que el leve cosquilleo que sentía en la pantorrilla derecha fuera una erupción.

Ahora estaba imaginando.

De pronto la mente le dio vueltas. ¿Síntomas? No, la droga comenzaba a surtir efecto.

—Creo que es hora —anunció ella.

—Un segundo. ¿Se siente cansada? ¿Aturdida? —inquirió el doctor acercándose finalmente después de manipular la máquina.

—Casi.

—¿Quiere un poco de anestesia local? Ella no había pensado en eso.

—Simplemente haga el pequeño corte —contestó, Kara quería una cortada para tener la prueba en el brazo si despertaba en otra realidad.

—De tamaño suficiente como para que sangre —dedujo Bancroft.

—Usted hágalo.

El doctor le humedeció el antebrazo derecho con una mota de algodón y luego le presionó con cuidado un escalpelo contra la piel. Un dolor punzante le subió por el brazo y se estremeció.

—Fácil —anunció él—. Terminó.

El doctor agarró una jeringa con un poco de la sangre de Thomas. La muestra era pequeña... usarían casi la mitad en este experimento.

—Habría sido más fácil inyectar esta —comentó él.

—No sabemos si funcionaría de ese modo. Solo haga lo que dio resultado con Monique. No tenemos tiempo para desperdiciar.

Bancroft bajó la jeringuilla y depositó cinco o seis gotas de la sangre de Thomas en el brazo de Kara, las que se fundieron con la sangre de la joven en una diminuta burbuja. El doctor embadurnó ambas sangres con el dedo enguantado. Por un largo momento los dos observaron la mancha roja de la mezcla.

Se miraron a los ojos. Por los altavoces se escuchaba una música pop suave... una versión instrumental de «Reina Danzante» de Abba. El hombre bajó la intensidad de las luces aún más que cuando Kara entró por primera vez al laboratorio.

—Espero que esto funcione —declaró ella.

—Duerma.

La chica volvió a cerrar los ojos.

—¿Debo despertarla?

Thomas siempre había afirmado que una hora durmiendo aquí podría ser un año en un sueño. El ingreso de la joven al mundo de él se lograría al quedarse dormida aquí. Su regreso aquí se podría precipitar durmiendo allá.

—Despiérteme en una hora —respondió ella.



DOS CEREMONIAS caracterizaban al Círculo más que cualquier otra: unión y defunción. La unión era una ceremonia de bodas. La defunción era un funeral.

Ambas eran celebraciones.

Esta noche, a cien metros del campamento al lado del estanque rojo que los atrajera a este sitio, Thomas dirigió a su tribu en la defunción. La tribu constaba de sesenta y siete miembros, incluyendo hombres, mujeres y niños, y todos lloraban y celebraban la muerte de Elijah.

Lloraban porque, aunque Elijah no dejaba parientes de sangre, el anciano había sido una alegría. A sus narraciones ante las fogatas nocturnas había asistido fielmente la mitad de la tribu. Elijah tuvo una manera de hacer que los niños rieran a carcajadas mientras cautivaba a sus oyentes adultos con misterio e intriga. Todos estaban de acuerdo, en que solo Tanis había contado leyendas tan brillantes, y eso fue antes del Cruce, mucho tiempo atrás.

Por supuesto, aparte de sus narraciones, había más cosas que gustaban de Elijah: su amor por los niños, su fascinación con Elyon, sus palabras de consuelo en ocasiones en que la persecución de las hordas se había vuelto más estresante de lo que cualquiera de ellos podía soportar.

Pero también celebraban la defunción de Elijah como alabarían la muerte de cualquiera. Elijah estaba ahora en mejor compañía. Se hallaba con Justin. Ninguno de ellos sabía exactamente cómo se encontraban con Justin aquellos como Rachele y Elijah que se hallaban realmente con él, pero la tribu de Thomas no tenía ninguna duda de que sus seres queridos se hallaban con su Creador. Tenían además tantos recuerdos de sus inmersiones en el agua tonificante del lago esmeralda como para sentir deseos de volver a reunirse con Elyon en tan absoluta felicidad.

Permanecieron en un círculo alrededor del montón de leña, mirando en silencio el cuerpo inerte de Elijah. Algunos tenían las mejillas humedecidas de lágrimas; otros sonreían con dulzura; todos ensimismados en sus propios recuerdos del hombre.

Thomas miró la tribu. Ahora su familia. Cada hombre, mujer y niño portaba una antorcha ardiendo, listos para encender la pira en el momento apropiado. Casi todos vestían las mismas túnicas beige que usaran a inicios del día, aunque muchos se

habían puesto en el cabello flores del desierto y se habían pintado el rostro con colores brillantes, mezcla de caliza en polvo y agua.

Samuel y Marie se hallaban a la derecha de Thomas, al lado de Mikil y Jamous. Ellos habían crecido mucho en este año pasado y ya eran prácticamente un hombre y una mujer. Ambos usaban los mismos colgantes en forma de monedas que llevaban todos los asistentes al Círculo, por lo general dispuestos en una cuerda de cuero alrededor del cuello, pero también como cadenas o brazaletes en los tobillos, como tenían ahora Samuel y Marie.

Johan y William se habían unido a la tribu para la reunión del consejo de la mañana y ahora permanecían a la derecha de Thomas.

A la luz de las antorchas, más allá del círculo, brillaba el sombrío estanque de agua de color rojo oscuro. Cien árboles frutales y palmas se levantaban alrededor del oasis. Antes de que terminara la noche festejarían con frutas y danzarían bajo su poder, pero por ahora tendrían un momento de tribulación.

Thomas y su pequeña banda habían encontrado el primero de veintisiete estanques rojos entre un pequeño terreno de árboles, exactamente donde Justin dijo que lo encontrarían. En trece meses el Círculo había guiado a casi mil encostrados dentro de las aguas rojas, donde se ahogaron por su propia voluntad y hallaron nueva vida. Mil. Un grupo minúsculo comparado con los dos millones de encostrados que ahora vivían en las predominantes selvas. Aun así, en el momento en que Qurong se dio cuenta del creciente movimiento, organizó una campaña para erradicar de la Tierra a los miembros del Círculo. Estos se habían vuelto nómadas, acampaban en tiendas de lona cerca de los estanques rojos cuando era posible, y huían cuando no lo era. Principalmente huían.

Johan les había enseñado técnicas de sobrevivencia en el desierto: cómo plantar y cosechar trigo del desierto, cómo hacer hilo de los tallos y tejer túnicas. La ropa de cama, los muebles y hasta las mismas tiendas eran aterradores recordatorios de las costumbres de las hordas, aunque particularmente coloreados y confeccionados con los gustos de los moradores del bosque. Comían fruta con el pan y adornaban las tiendas con flores silvestres.

Thomas dirigió otra vez sus pensamientos al cuerpo de Elijah sobre la leña. Finalmente todos morirían... esto era lo único seguro para toda criatura viva. Pero después de sus muertes cada uno hallaría una vida que apenas imaginaban en este lado del bosque colorido. En muchos sentidos, él envidiaba al anciano.

Thomas levantó su antorcha. Los demás siguieron su ejemplo.

—Hemos nacido de agua y de espíritu —gritó.

—De agua y de espíritu —repitió la tribu.

Una nueva energía pareció surgir en el frío aire nocturno.

—Quemamos este cuerpo en desafío a la muerte. Esta no tiene poder sobre

nosotros. El espíritu vive, aunque la carne muera. ¡Somos nacidos de agua y del espíritu!

Un eco de murmullos de las palabras del líder recorrió todo el círculo.

—Ya sea que nos tome la espada, la edad o cualquier otra causa, aún estamos vivos, pasando de este mundo al siguiente. ¡Por eso celebramos esta noche la defunción de Elijah! ¡Él está donde a la larga estaremos todos!

La emoción ahora era palpable. Se habían despedido y mostrado sus respetos. Ahora era el momento de saborear la victoria de ellos sobre la muerte.

Thomas miró a Samuel y a Marie, quienes lo estaban observando. Su propia madre, y esposa de él, Rachelle, había sido asesinada trece meses atrás. Ellos habían llorado esa muerte más que los demás, solo que entonces habían entendido menos que ahora.

Les guiñó un ojo a sus hijos, luego agitó la antorcha por encima de la cabeza.

—¡A vivir con Justin!

Corrió hacia la pira y metió su antorcha en la madera. Al unísono, el Círculo se reunió en el montón de leña. Los que se hallaban cerca introdujeron sus antorchas; los demás las aventaron.

El fuego envolvió el cuerpo de Elijah con un ruido repentino.

Al instante se oyó en la noche un son de tambores. Surgieron voces de júbilo y se levantaron brazos hacia el cielo en victoria, quizás en esperanza exagerada, pero con el genuino espíritu del Círculo. Sin la creencia en lo que les aguardaba a cada uno de ellos, todas las demás esperanzas eran discutibles.

Elijah había sido llevado al Gran Romance. Esta noche él era la novia, y su novio, Justin, quien también era Elyon, lo había llevado de vuelta al lago de aguas infinitas. Y a más.

Decir que no había al menos un poco de envidia entre la tribu en un momento como este sería una mentira.

Danzaron en un enorme círculo alrededor del rugiente fuego. Thomas reía a medida que la celebración tomaba vida propia. Observó el círculo, con el corazón pletórico de orgullo. Luego retrocedió de la luz danzante del fuego y cruzó los brazos. Miró la oscura noche donde un cielo estrellado perfilaba los barrancos.

—¿Ves, Justin? Celebramos nuestra defunción con el mismo fervor que nos mostraste después de la tuya.

Una imagen le inundó la mente: Justin montando hacia ellos sobre un caballo blanco el día siguiente al que lo ahogaran, luego deteniéndose, con los ojos radiantes de emoción. Justin había corrido hacia cada uno de ellos y les había agarrado las manos. Ese día declaró que ellos eran el Círculo.

El día que las hordas mataron a Rachelle.

—Espero que tuvieras razón acerca de permanecer aquí —le declaró una voz

quedamente en el hombro.

Miró a Johan, quien le seguía la mirada hacia los barrancos.

—Si las hordas están en algún lugar cercano ya habrán visto el fuego —declaró Johan.

—¿Cuándo hemos permitido que la amenaza de unos cuantos encostrados nos distraiga de celebrar nuestro amor sagrado? —expresó Thomas agarrándolo del hombro—. Además, no ha habido advertencia de parte de nuestra guardia.

—Pero hemos oído que Woref ha intensificado su búsqueda. Conozco a ese tipo; es implacable.

—Y así es nuestro amor por Justin. Estoy harto de huir.

Johan no reaccionó.

—¿Nos reunimos al amanecer?

—Suponiendo que las hordas no nos hayan expulsado a todos al desierto —contestó Thomas, y guiñó un ojo—. Al amanecer.

—Ahora le restas importancia. Muy pronto eso será una realidad —objetó Johan; inclinó la cabeza y regresó a la diversión.

—∞∞∞∞—

SE SENTARON sobre rocas planas temprano la mañana siguiente, reflexionando. Al menos Thomas, Suzan y Jeremiah reflexionaban, callados la mayor parte del tiempo. Los demás miembros del consejo, Johan, William y Ronin, también podrían estar cavilando, pero su actividad craneal no interfería con sus bocas.

—¡Nunca! —exclamó Ronin—. Te puedo asegurar sin la más leve reserva que si Justin estuviera hoy aquí, en este mismísimo cañón, te lo aclararía. ¡Él siempre insistió en que nos odiarían! ¿Y ahora sugieres que nos desviemos de nuestro camino para apaciguar a las hordas? ¿Por qué?

—¿Cómo podemos influir en las hordas si nos odian? —objetó Johan—. Sí, déjales odiar nuestras creencias. Allá no tienes argumento de mi parte. Sin embargo, ¿significa esto que deberíamos desviarnos de nuestro camino para fastidiarlos tanto que lleguen a odiar a todo albino que vean?

Las hordas se referían a ellos como albinos porque estos no tenían la piel escamosa y grisácea como la de los encostrados. Irónico, pues todos ellos eran más morenos que las hordas. Es más, casi la mitad de los del Círculo, incluyendo a Suzan, tenían varios tonos de piel color chocolate. Estos eran la envidia de los albinos de piel más clara porque los ricos tonos los diferenciaban muy dramáticamente de las blancuzcas hordas. Algunos miembros del Círculo hasta se pintaban la piel de café para las ceremonias. Todos usaban con orgullo el nombre de albinos. Significaba que eran distintos, y no había nada que quisieran más que ser diferentes de las hordas.

—Estás poniendo palabras en mi boca —cuestionó Ronin andando de un lado a

otro en la arena, con el rostro colorado a pesar del aire frío—. Nunca sugerí que fastidiáramos a las hordas. Pero Justin nunca estuvo a favor del statu quo. Si las hordas son la cultura, entonces Justin era la contracultura. Si perdemos ese entendimiento, perdemos quiénes somos.

—No estás escuchando, Ronin —suspiró Johan con frustración—. Qurong nos dejó tranquilos durante los seis primeros meses. Se hallaba demasiado ocupado derribando árboles a fin de hacer espacio para su nueva ciudad. Pero ahora la situación ha cambiado. Esta nueva campaña dirigida por Woref no es para ellos tan solo una distracción temporal. ¿Conozco a Qurong! Peor aún, conozco a Woref. Esa vieja víbora supervisó una vez el servicio de inteligencia de las hordas bajo mis órdenes. Sin duda en este mismo instante nos está acechando. No se detendrá hasta que cada uno de nosotros esté muerto. ¿Crees que Justin pretendió llevarnos a nuestra muerte?

—¿No es por eso que entramos a los estanques rojos? ¿Para morir? —inquirió Ronin; luego agarró el colgante que tenía en el pecho y lo estiró—. ¿No nos marca nuestra misma historia como muertos a este mundo?

El medallón que sostenía en la mano había sido tallado en jade verde hallado en los cañones al norte del Bosque Sur; unos artesanos le hicieron incrustaciones con pizarra negra pulida para representar la invasión de la maldad en el bosque colorido. Dentro del círculo negro se cruzaban dos tiras de cuero teñidas de rojo, que representaban el sacrificio de Justin en los estanques rojos. Finalmente, le tallaron un círculo blanco de mármol donde se cruzaban las dos tiras.

—Hallamos vida, no muerte, en los estanques —expresó Johan—. Pero aun allí podríamos considerar un cambio en nuestras estrategias.

Thomas miró al hermano de su finada esposa. Este no era el niño que una vez saltara de manera inocente en las colinas; se trataba del hombre que había adoptado una personalidad llamada Martyn y se había convertido en un poderoso líder encostrado acostumbrado a hacer su voluntad. De acuerdo, ahora Johan no era Martyn, pero aún era obstinado y estaba mostrando su fuerza.

—Piensa lo que quieras acerca de lo que Justin quería o no —continuó Johan—, pero recuerda que yo también estuve con él.

Los ojos de Ronin resplandecieron y por un momento Thomas creyó que Ronin le recordaría a su cuñado que no solo estuvo con Justin sino que lo traicionó.

Supervisó su ahogamiento. Lo asesinó.

Pero Ronin apretó la mandíbula y contuvo la lengua.

—Cometí mis equivocaciones —siguió diciendo Johan, notando la mirada—. Pero creo que él me ha perdonado por eso. Y no creo que sea una equivocación lo que ahora sugiero. Por favor, al menos considerad lo que estoy proponiendo.

—¿Qué estás proponiendo? —indagó Thomas—. En términos más sencillos.

—Propongo que demos más facilidades para que los enemigos de Elyon lo encuentren.

—Sí, pero ¿qué significa eso? —exigió saber Ronin—. ¿Estás sugiriendo que el ahogamiento es demasiado difícil? ¡Fue la manera de Justin!

—¿Dije que el ahogamiento fue demasiado difícil? —objetó Johan mirando a Ronin, luego cerró los ojos y levantó una mano—. Perdónenme.

Abrió los ojos.

—Estoy diciendo que conozco a las hordas mejor que cualquiera aquí. Conozco sus odios y sus pasiones.

Miró a Jeremiah como en busca de apoyo. El anciano apartó la mirada.

—Si queremos abrazarlos, amarlos igual que lo hace Justin, debemos permitirles que se identifiquen con nosotros. Debemos ser más tolerantes con sus costumbres. Debemos pensar en usar métodos que sean más aceptables para ellos.

—¿Como cuáles? —averiguó Thomas.

—Como abrir el Círculo a encostrados que no se hayan ahogado.

—Ellos nunca serán como nosotros sin ahogarse. Ni siquiera pueden comer nuestra fruta sin escupirla.

Thomas hablaba de la fruta que crecía alrededor de los estanques rojos. Aunque el agua roja era dulce para beber, no tenía valor medicinal conocido. Por otra parte, la fruta que crecía en los árboles alrededor de los estanques rojos era medicinal, y algunas no eran distintas de las del bosque colorido. Unas frutas curaban; otras aportaban nutrientes con un solo mordisco. Otras más producían en las personas una sensación irresistible de amor y alegría; a esta clase la llamaban woromo, la cual se había convertido rápidamente en la más valiosa entre las frutas. Esta fruta en particular tenía un sabor amargo para cualquier encostrado que no hubiera entrado a los estanques rojos.

—Eso es correcto; a ellos no les gusta nuestra fruta —concordó Johan—. Y no pueden ser como nosotros... ese es mi punto. Si no pueden ser como nosotros, entonces podríamos pensar en ser más como ellos.

Thomas no estaba seguro de haberlo oído bien. Johan no sugería que el Círculo cambiara radicalmente lo que Justin había ordenado. Debía haber diferencias sutiles en lo que él estaba sugiriendo.

—Sé que parece extraño, pero consideren las posibilidades —continuó Johan—. Si nos pareciéramos más a ellos, si oliéramos como ellos, si vistiéramos como ellos, si dejáramos de hacer alarde de nuestras diferencias, quizás ellos estarían más dispuestos a tolerarnos. Tal vez hasta vivirían entre nosotros. Podríamos presentarles lentamente las enseñanzas de Justin y ganarlos.

—¿Y acerca del ahogamiento? —preguntó Ronin.

Johan titubeó, luego respondió sin mirar al hombre.

—Quizás si ellos siguieran a Justin en principio, él no les exigiría que se ahogaran de veras —manifestó, luego miró a Ronin—. Después de todo, amar es un asunto del corazón, no de la carne. ¿Por qué no puede alguien seguir a Justin sin cambiar quién es?

Thomas sintió que le acrecentaba el frío en las venas. No porque la sugerencia fuera tan absurda, sino porque tenía tremendo sentido. Parecería que al haber salido del engaño como miembro de las hordas, Johan, más que nadie, se mantendría firme en la doctrina del ahogamiento. Pero el joven ya le había expuesto una vez sus argumentos a Thomas... y la sugerencia la motivaba la compasión de Johan por las hordas.

La supervivencia de los mil que habían seguido a Justin dependía de lograr huir de las hordas en cualquier momento. Pero las pequeñas comunidades nómadas se estaban cansando de pasarse la vida huyendo. Thomas no tenía ninguna duda de que algunos de ellos aceptarían esta enseñanza de Johan.

—No participaré en esto —expuso Ronin escupiendo a un lado, agarrando la cartera de cuero y empezando a alejarse—. El Justin que conocí nunca habría aprobado tal blasfemia. ¡Él dijo que nos odiarían! ¿Estás sordo? Nos odiarían.

—Entonces ve ante Justin y pregúntale qué debemos hacer —objetó Johan—. Por favor, no deseo ofender, Ronin. Solo estoy tratando de hacer que las cosas tengan sentido para mí mismo.

—Yo tengo otra manera —declaró William dando un paso adelante y hablando por primera vez.

Todos lo miraron, incluyendo Ronin, quien se había detenido.

—Johan tiene razón. Tenemos un grave problema. Pero en lugar de adoptar las costumbres de las hordas sostengo que sigamos a Justin separándonos de ellas como él mismo sugirió. Me gustaría llevar a mi tribu a lo profundo del desierto.

Esta no era la primera vez que William sugería huir más al interior del desierto, pero nunca había hecho una petición formal al respecto.

—¿Y cómo puedes seguir la orden de Justin de guiarles al ahogamiento si te adentras en el desierto? —desafió Ronin.

—Otros pueden llevarlos al ahogamiento. Pero piensa en las mujeres y los niños. ¡Debemos protegerlos!

—Justin los protegerá si lo desea —afirmó Ronin.

Thomas miró a Johan, luego otra vez a William. Ya empezaban a aparecer las primeras fisuras en el Círculo. Por más de un año habían seguido la guía de Ronin sobre la doctrina, como ordenara Justin, pero estos nuevos desafíos probarían el liderazgo del hombre.

¿Qué más les había dicho Justin ese día después de trazar un círculo alrededor de ellos en la arena?

No romper el Círculo.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó Ronin mirándolos—. ¿Estamos olvidando ya por qué vinimos juntos? ¿Por qué es diferente nuestra piel? ¿Estamos olvidando el Gran Romance entre Elyon y su pueblo? ¿Estamos olvidando que somos su novia?

—¿Su novia? Eso solo es una metáfora —cuestionó William—. Y aun así, si somos su novia; no lo son las hordas. Por tanto, propongo que llevemos la novia a lo profundo del desierto y que la ocultemos del enemigo.

—Somos su novia, y también lo será cualquiera que salga de las hordas y nos siga —defendió Ronin—. ¿Cómo oirán alguna vez las hordas el llamado de Elyon al amor si no es por nuestras gargantas?

—¿Elyon no necesita nuestras gargantas! —respondió gritando William—. ¿Crees que el Creador depende tanto de ti?

—Baja la voz, o despertarás al campamento —terció Thomas, poniéndose de pie; miró a Jeremiah y a Suzan, quienes aún no habían hablado—. Estamos ante una opción peligrosa.

Nadie discrepó.

—Ronin, léenos otra vez este pasaje. El que habla de que nos odian.

Ronin metió la mano en la cartera y sacó el libro de historia que Justin les había dado antes de irse. Todos conocían muy bien el libro, pero a veces, eran difíciles de entender las enseñanzas que contenía.

Ronin le quitó con cuidado la tela y abrió la portada. Las historias escritas por el Amado. Hojeó las páginas desgastadas y con las esquinas dobladas y encontró el pasaje.

—Aquí está. Escuchen —expresó bajando la voz y leyendo con un tenebroso y habitual respeto—. Si el mundo los aborrece, tengan presente que antes que a ustedes, me aborreció a mí. Si fueran del mundo, el mundo los querría como a los suyos. Pero ustedes no son del mundo, sino que yo los he escogido de entre el mundo. Por eso el mundo los aborrece.

—Las cosas cambian con el tiempo —declaró Johan.

—¡Nada ha cambiado! —exclamó Ronin, cerrando el libro—. Seguir a Justin podría ser fácil, pero tomar la decisión no lo es. ¿Estás cuestionando su camino?

—Calma —pidió Thomas—. ¡Por favor! Esta clase de división nos destruirá. Debemos recordar lo que sabemos cómo algo seguro. Volvió a mirar a Jeremiah.

—Recuérdanos.

—¿Como algo seguro?

—Absolutamente seguro.

El anciano hacía que Thomas se acordara de Elijah. Se acarició la larga barba blanca y carraspeó.

—Que Justin es Elyon. Que según el libro de historia, Elyon es padre, hijo y espíritu. Que Justin nos dejó un camino de regreso al bosque colorido a través de los estanques rojos. Que Elyon está cortejando a su novia. Que Justin vendrá pronto por su novia.

—Y que la mayor parte de lo que sabemos respecto de quién es en realidad Justin lo sabemos del libro por medio de metáforas —habló ahora Suzan—. Él es la luz, la vida, el agua que da vida.

Ella hizo señas hacia el libro de historia en manos de Ronin.

—Su espíritu es el viento; él es el pan de vida, el pastor de ovejas que dejaría a todas por el bien de una.

—Bastante cierto —comentó Thomas—. Y cuando el libro nos dice que bebamos su sangre, esto quiere decir que debemos adoptar la muerte de él. Por tanto, ¿cómo podemos ocultarnos huyendo a lo profundo del desierto, o poniendo ceniza y azufre sobre nuestra piel?

—Él también nos dijo que huyéramos al Bosque Sur —objetó William—. Si lo que estás diciendo es verdad, ¿por qué entonces no nos dijo él que corramos de vuelta hacia las hordas? Quizás porque la novia tiene una responsabilidad de permanecer viva.

William tenía razón. La aparente contradicción era una reminiscencia de la religión que Thomas vagamente recordaba de sus sueños.

—Pretendo salir hoy y llevar a un centenar a lo profundo del desierto —informó William—. Johan tiene razón. Solo será cuestión de tiempo que Woref nos haga salir. Si esperan alguna misericordia de él, están equivocados. Nos matará a todos para no tener que arrastrarnos otra vez hasta la ciudad. Esto para mí es un asunto de prudencia.

Thomas bajó la mirada al cañón, hacia la entrada a un pequeño enclave donde la tribu despertaba lentamente. Un niño se hallaba agachado en la arena por la entrada, dibujando con el dedo. De una hoguera salía humo por la pared del barranco... se estaban preparando para cocinar los panqueques mañaneros de trigo. A medida que el humo se levantaba, una brisa continua lo mantenía bajo y la mayor parte se disipaba antes de que se levantara lo suficiente para ser visto desde cualquier distancia. Un delgado vestigio de humo persistía sobre la pira funeraria más allá de las grandes y elevadas rocas a cien metros del campamento.

Thomas respiró hondo, miró la pila de grandes rocas a su derecha y estaba a punto de decirle a William que retardara su expedición cuando un hombre apareció cerca de la roca más grande.

El primer pensamiento de Thomas fue que estaba alucinando. Soñando, como solía soñar antes de que se le desvanecieran los sueños. Este que se hallaba ante él trasasándolo con sus ojos verdes no era un hombre común y corriente.

Este era...

¿Justin?

Thomas parpadeó para aclarar la vista.

Lo que vio le paralizó todo el cuerpo. Justin aún estaba allí, de pie en tres dimensiones completas, tan real como cualquier hombre que Thomas hubiera tenido delante alguna vez.

—Hola, Thomas.

Los compasivos ojos de Justin resplandecían, no con luz reflejada sino con su propio brillo. Thomas pensó que debería arrodillarse. Le sorprendió que los demás no se hubieran arrodillado ya. Ellos, igual que él, se habían inmovilizado por la repentina aparición de Justin.

—Te he estado observando, amigo mío. Lo que veo me enorgullece.

Thomas abrió la boca, pero no pudo articular nada.

—He compartido mi mente contigo —continuó Justin—. Te he dado mi cuerpo.

Su boca mostraba una sonrisa y pronunciaba con claridad cada palabra.

—Ahora te mostraré mi corazón —anunció él—. Te mostraré mi amor.

Thomas sintió que cada palabra le sacudía el pecho, como si fueran objetos suaves lanzados al aire, impactando de uno en uno. Ahora te mostraré mi corazón. Mi amor.

Thomas giró la cabeza hacia los demás. Ellos lo miraban, sin comprender. ¡Seguramente veían! ¡Seguramente oían!

—Esto es para ti, Thomas —manifestó Justin—. Solo para ti.

¡Thomas regresó a mirar a... Justin había desaparecido!

El aire de la mañana se sentía pesado.

—¡Thomas!

Thomas se volvió hacia el campamento a tiempo para ver a Mikil corriendo alrededor del barranco. Subió y lo miró, pálida.

—¿Qué pasa? —preguntó él distraído, con la mente aún dividida.

—Soy... Creo que sé algo acerca de Kara —dijo ella.

—¿Kara? ¿Quién es Kara?

Pero recordó tan pronto como hizo la pregunta. Su hermana. De las historias.



WOREF PASÓ la pierna por sobre el semental y cayó a la arena. Detrás de él, cien de sus mejores soldados esperaban en caballos que corcoveaban y relinchaban de vez en cuando en el aire frío de la mañana. La víspera los había guiado el resplandor de luz en el cielo, acamparon al borde del Bosque Sur y se levantaron mientras aún estaba oscuro. Este quizás era el día que marcaba el inicio del final de los albinos.

El teniente que primero había localizado este campamento nunca se equivocaba... y acertó una vez más. Sin embargo, muchas veces habían estado en situaciones similares, con los albinos al alcance, solo para volver a casa con las manos vacías. Los del Círculo no peleaban, pero habían perfeccionado el arte de escapar.

Woref miró los cañones al frente. El humo azul de excremento calcinado de caballo era inconfundible. Soren había informado de un pequeño oasis al sur del campamento, apenas un centenar de árboles alrededor de uno de los estanques rojos envenenados, pero los albinos eran demasiado listos para usar algo de madera a menos que el árbol ya se hubiera caído. En vez de eso usaban combustible reciclado, como haría un encostrado. Se habían adaptado al desierto con la ayuda de Martyn. Con la ayuda de Johan.

A Woref le caían rizos colgando de la cabeza, que sacudió para retirarse uno del rostro. La verdad es que nunca le había agradado Martyn. Que desertara había sido muy adecuado. Mejor aún, había despejado el camino al ascenso de Woref. Ahora él era el cazador y Martyn la presa, al lado de Thomas. La recompensa por sus cabezas constituía una posibilidad emocionante.

—Muéstrame sus senderos de retirada —ordenó Woref.

—El cañón se parece a una caja —informó Soren poniendo una rodilla en tierra y dibujando en la arena—, pero tiene dos salidas, aquí y aquí. Una lleva al estanque, aquí; la otra al desierto abierto.

—¿Cuántas mujeres y niños?

—Veinte o treinta. Aproximadamente la mitad.

—¿Y estás seguro de que Thomas está entre ellos?

—Sí señor. Apostaría mi vida.

—Te podrías arrepentir —gruñó Woref—. Qurong está perdiendo la paciencia.

Mil o más disidentes que habían jurado no violencia, no representaban amenaza para las hordas, pero la cantidad de desertiones de las hordas hacia que el Círculo pareciera como agua en la descostrada piel de Qurong. Él estaba convencido acerca de la erosión y el deterioro en la base de su poder. Thomas de Hunter lo había derrotado demasiadas veces en batalla como para tomar cualquier riesgo.

—Igual que nosotros —asintió Soren inclinando la cabeza y luego añadió—. Señor.

Woref escupió a un lado. Todo el ejército sabía que la cabeza de Thomas de Hunter no era aquí la única en juego. Lo que no sabían era que la propia hija de Qurong, Chelise, también estaba en juego.

Mucho tiempo atrás el líder supremo había prometido dejar que su hija se casara una vez que las hordas conquistaran las selvas, pero cambió de opinión cuando Thomas escapó. Mientras Thomas de Hunter estuviera libre para dirigir una rebelión, Chelise permanecería soltera. Al inicio de esta campaña, en secreto, Qurong había jurado a Woref la mano de su hija, en espera de la captura de Thomas.

Woref se preguntaba a veces si Qurong solo protegía a su hija, quien había dejado en claro que no le interesaba casarse con ningún general, incluyendo a Woref.

El rechazo de ella solo alimentaba el deseo de Woref. Si Qurong se la negaba esta vez, él mataría al líder y tomaría a Chelise por la fuerza.

—¿No tienen idea de nuestra cercanía? —preguntó.

—Ninguna señal de ello. No logro recordar una oportunidad tan prometedora como esta.

—Envía veinte a cubrir toda ruta de escape. Muerte para quien los alerte antes de que estemos listos. Atacamos en veinte minutos. Adelante.

Soren retrocedió y en silencio cumplió las órdenes.

Woref empuñó los dedos y luego los liberó. Extrañaba los días en que los guardianes del bosque peleaban como hombres. Su intrépido líder se había convertido en un ratón. Un pequeño grito y saldría corriendo por las rocas, donde las hordas tenían pocas probabilidades de encontrarlo. Los albinos seguían siendo mucho más veloces que los encostrados.

Woref había observado la batalla en la Brecha Natalga, cuando Thomas les había lanzado una lluvia de fuego con trueno que él llamara bombas. Desde entonces no las habían vuelto a usar, pero eso cambiaría una vez que tuvieran encadenado a Thomas. La batalla que precedió a esa aplastante derrota había sido de la mejor clase. Miles habían muerto en ambos lados. De acuerdo, muchos más miles de las hordas que de los guardianes del bosque, pero le habían pisado los talones a Thomas antes de que los barrancos aplastaran a las hordas.

Woref mató ese día a ocho de los guardianes. Aún recordaba cada golpe, en que cortara carne y hueso. El olor a sangre. Los gritos de dolor. Los ojos blancos de

terror. Matanza. No había experiencia que se le comparara ni remotamente.

Sus órdenes eran traer vivo a Thomas, en parte por la información que el hábil líder podría comunicar y en parte porque Qurong quería hacer de él un ejemplo.

Pero si le daba una excusa, Woref mataría al hombre. Thomas era responsable por la soledad que el encostrado había experimentado en los últimos trece meses... en realidad en los últimos tres años, incluso desde que Chelise se convirtiera en la mujer que era, tentando con su barbilla recta, su cabello largo y suelto y sus resplandecientes ojos grises a cualquier hombre con sangre en las venas. Él estaba seguro de que la iba a poseer. Pero no había esperado tanta demora.

Ásperamente, había objetado la decisión de Qurong de demorar el matrimonio de su hija después del ahogamiento de Justin. Si Martyn aún hubiera estado con ellos, la indiscreción de Woref esa noche le pudo haber costado la vida. Pero, en la confusión de tan drástico cambio, Qurong necesitaba una mano fuerte para mantener la paz. Woref había asumido el puesto de Martyn y lo cumplía sin fallo. No había un encostrado vivo que no temiera su nombre.

—¿Señor?

Soren se le acercó, pero Woref no lo reconoció, y contuvo un arrebato de ira. ¿Te dije que vinieras? No, pero viniste de todos modos. Un día nadie se atreverá a acercarse sin mi permiso.

—Ya salieron, como usted ordenó.

Woref volvió a su caballo, levantó la bota hasta el estribo, hizo una pausa para permitir que le pasara el dolor en las articulaciones y luego montó. Los albinos afirmaban no tener ningún dolor. Eso era mentira.

—Di a los hombres que ejecutaremos a uno de ellos por cada albino que escape —declaró.

—¿Y a cuántos de los albinos matamos?

—Solo a tantos como sea necesario para capturar a Thomas. Son más útiles vivos.

# 4

TU HERMANA —expresó Mikil—. Kara.

Mikil sintió que se le debilitaban las rodillas. Se quedaron paralizados, sin parpadear. Los demás los miraban como si Thomas y Mikil hubieran enloquecido.

—Yo... —balbuceó finalmente Thomas—. ¿Es posible esto? Yo... yo no he soñado en trece meses.

Mikil había despertado en su tienda con la certeza absoluta de no ser totalmente ella. Su mente estaba llena de pensamientos más allá de los que normalmente albergaba. Es más, estaba considerando la posibilidad de ser la hermana de Thomas de Hunter. Kara.

Tan pronto como pensó en esa posibilidad, su mente pareció aceptarla. Cuanto más la aceptaba, más recordaba los sueños de Thomas y más los sueños de Rachelle. Como una mujer llamada Monique.

Entonces comprendió la verdad. Kara de Hunter había hecho una conexión con ella. Se le filtraron detalles a la mente. La hermana de Thomas, quien se acababa de quedar dormida en el laboratorio del Dr. Bancroft, soñaba en ese momento como si fuera Mikil. El propio esposo de Mikil, Jamous, dormía a su lado. No tenían niños. Ella era muy voluntariosa, aunque un poco terca a veces. Era la «mano derecha» de Thomas.

Pero también tenía conocimiento de la situación de Kara en las historias. Tenía recuerdos de Mikil y de Kara al mismo tiempo. Técnicamente era Mikil, eso era muy obvio, pero de repente se sintió casi como Kara.

Así que Kara se había unido a su hermano en los sueños, al menos así le parecía en este momento. Ahora Kara se hallaba boquiabierta ante un vivo retrato de su hermano quince años mayor. Él usaba una túnica sin mangas que le realzaba los destacados bíceps. Debajo, un corto faldón de cuero que le colgaba medio apretado sobre una túnica beige muy gastada. Las botas estaban amarradas en lo alto sobre unas pantorrillas bien definidas. El hombre que tenía ante ella debía ser dos veces más fuerte que su hermano.

—Vaya —comentó ella—. Eres un completo semental.  
¿Semental? ¿De dónde le había venido esa palabra?

—Kara.

—¿Un caballo? —cuestionó William—. ¿Lo insultas?

—No, ella quiere decir algo más —enunció Thomas—. Amigos, me gustaría presentarles a mi hermana de mi mundo de sueños. Su nombre es Kara.

—A mí se me parece a Mikil —objetó William arqueando la ceja izquierda.

—Sí, pero es evidente que Mikil ha traído de visita a Kara.

—Seguramente no hablas en serio —se burló William.

—Más en serio de lo que te imaginas —contestó Mikil sonriendo—. ¿Cómo si no lo podría llamar semental? En las historias significa «fuerte», entre otras cosas.

Kara nunca lo había visto en este estado, y le sorprende lo fuerte que es nuestro Thomas comparado con el hermano de ella, quien parece el mismo pero quince años menor y con veinte kilos menos de músculos.

Mikil casi soltó la carcajada ante los giros en su propia mente. Se sentía como las dos mujeres a la vez; una experiencia emocionante, por decirlo de alguna manera.

—¿Puedo hablar contigo en privado? —se dirigió a Thomas—. Solo un momento.

Se hicieron a un lado y ella habló en un susurro.

—Dijiste que no habías soñado en trece meses. ¿Sabes por qué? Por el ceño de él, parecía estar cuestionando su conclusión inicial de que Kara estaba soñando a través de Mikil.

—¿Dónde nos criamos?

—En Manila —contestó ella.

—¿Dónde vive nuestra madre?

—En Nueva York. ¿Satisfecho?

—Así que entonces estáis vivas —declaró él mientras se le dibujaba una sonrisa en los labios—. El virus no os mató.

—Todavía no. Aún nos quedan diez días. A ti te mató Carlos en Francia hace dos días, tal vez tres. Y ahora Monique también ha desaparecido.

Él la miró, lidiando mentalmente con la información que le había dado.

—Las hordas mataron a Rachelle hace trece meses —comunicó él.

—Lo sé. Soy Mikil. Y Kara lo siente mucho... está terriblemente apenada.

—¿Estás diciendo que aquí han pasado trece meses pero solo un par de días allí? —inquirió él.

—Evidentemente. ¿Y estás diciendo que no has soñado con Thomas en Francia en todo este tiempo?

—El último sueño que tuve con Thomas fue que dormía al lado de Monique.

—En el que Carlos te disparó —informó Mikil.

—¡Entonces yo tenía razón! —exclamó él con los ojos bien abiertos—. Me caí aquí del caballo. Resulté muerto, pero Justin me sanó por medio de Rachelle.

—¿Pero no estás vivo en Francia? —preguntó ella—. Cuando regresabas antes a la vida volvías a vivir en las dos realidades.

—No. Nunca morí antes. Fui sanado al instante, antes de que muriera de veras. Ambas veces en el lago. Esta vez estuve muerto horas, antes de que Rachelle me localizara.

El intercambio de palabras se estancó.

—Por las hordas que nos persiguen, ¿de qué se trata toda esta tontería? —exigió saber Ronin interrumpiendo la conversación.

—Es el mundo de sueños de nuestro audaz líder —contestó William sonriendo; era obvio que habían estado escuchando—. Aparentemente Mikil se ha unido al juego. Mikil les hizo caso omiso.

—Entonces estás muerto en Francia, ¿verdad?

—Debo de estarlo.

Pero solo has estado muerto un par de días. Quizás tres.

—Así parece. Y Monique se ha perdido porque murió al morir Rachelle. Ella estaba conectada con Rachelle del modo en que tú estás conectada con Mikil.

No he soñado porque no tengo nada con que soñar.

—Y yo estoy aquí para llevarte de vuelta —dedujo Mikil.

—No puedo volver —indicó Thomas encajando la mandíbula—. No quiero volver. ¡Allí estoy muerto! Me siento mejor creyendo que las historias fueron un sueño. —No soy un sueño.

—Que yo sepa de nuestra infancia en las Filipinas para nada parece un sueño —objetó ella, entonces estiró la mano y le mostró el corte—. ¿Es un sueño este corte? La variedad Raison está solo a días de mostrar sus primeros colmillos, Francia acaba de disparar un misil nuclear a Israel, el mundo está a punto de morir, y hasta donde entiendo, eres el único hombre vivo que puede detener algo de eso. No me digas que es un sueño.

Él la miró indiferente.

—Han pasado trece meses... has perdido tu agudeza —continuó ella—. Pero como tú mismo expresaste, moriste aquí cuando Thomas fue asesinado en Francia. Por tanto, ahora que estoy vinculada con Mikil, ¿morirá también ella cuando el virus me mate en diez días?

En la mente de él se empezaban a encender luces. Ella presionó.

—Yo, es decir, Mikil, estaba equivocada al dudar de ti. El mundo depende de...

—Entonces el mundo depende de un hombre muerto —cuestionó él.

—¡Esto es un disparate total! —exclamó William—. Hay asuntos más importantes para tratar que este juego. Estás loca como él, Mikil. Ahora, me gustaría que este consejo consienta en que lleve mi tribu a lo profundo del desierto para formar nuestra propia facción del Círculo. Por eso vine, no para recordar tus

sueños.

Mikil y Thomas cerraron filas con el grupo.

—¿Tan rápido olvidaste, William? —expresó Thomas—. ¿Cómo crees que hice las bombas que enviaron a las hordas de vuelta al infierno? ¿Fue mi magia? No, fue información que obtuve de las historias.

—Sí, tus recuerdos de los libros de historias, recordadas en algún trance o sueño; puedo aceptar eso, por improbable que parezca. Pero esta ridiculez de salvar gente en la historia... ¡por favor! ¡Es de risa!

—Siempre has dudado de mí, William. Siempre. Ahora veo que siempre lo harás. Incluso Justin habló del libro en blanco... Thomas se detuvo.

Mikil recordó las palabras que Justin les manifestara en el desierto trece meses antes.

—Justin dijo que el libro de historia en blanco creaba historia —formuló ella lo que Thomas estaba pensando—. Pero solo en las historias. ¿Qué pudo haber querido decir eso?

—Nunca lo hemos sabido —contestó Thomas—. Nunca tuve un motivo para que me importaran las historias desde que...

Miró a Mikil con ojos bien abiertos.

—¿Dijiste solo un par de días?

—Créeme, las historias son reales. Y si no te importan porque moriste y desapareciste en Francia, deberían importarte porque Kara aún está viva. Thomas la analizó. Se volvió hacia Ronin.

—¿Tienes el libro?

—¿Qué libro?

—El libro en blanco. El que supuestamente solo funciona en las historias.

Ronin titubeó, luego extrajo un segundo libro envuelto en lona. Lo sacó del envoltorio. Pasó una mano sobre la portada. El título se hallaba estampado en relieve en una lámina dorada corroída. Narración de la historia.

—¿Cómo haría historia un libro de historia? —inquirió Mikil, poniéndose al lado de Thomas.

—¿Estás insinuando que este libro tiene poder en otra dimensión denominada «las historias»? —objetó Jeremiah—. ¿Cómo es posible eso?

Thomas corrió hacia Ronin, súbitamente ansioso.

—¿Me lo das?

Ronin le pasó el libro.

—¿Podría ser?

—Tonterías —respondió Jeremiah.

Tú lo dijiste. Las analogías y metáforas. Las historias —expuso Thomas, luego recorrió el título con los dedos—. Son reales. Las palabras se hacen carne y habitan

entre nosotros. ¿No es así como empieza el libro del Amado?

Thomas abrió el libro. Pergamino liso. Sin palabras. Los ojos de él se encontraron con los de Mikil, abiertos de asombro. Ella volvió a mirar el libro.

—¿Crees que...?

Pero no pudo expresar lo que estaba pensando. ¿Cómo era posible?

—Esto es lo más descabellado que he oído —volvió a cuestionar William—. ¿Esperas que creamos que si escribes en ese libro sucederá algo de verdad, basándote solo en palabras?

—¿Por qué no? —discutió Thomas.

—Porque toda la idea de que la palabra se hace carne es una metáfora, como dijiste. Justin no era de los que garabateara en un libro. Aquí estás traspasando la línea.

—Te equivocas —le discutió Thomas, luego se dirigió a Mikil—. De donde Kara y yo venimos, a las personas no se le exige zambullirse a un estanque de agua roja y ahogarse para seguir a Elyon. Sencillamente se les exige morir de manera metafórica.

Ahora se dirigió a Kara.

—Toman sus cruces, por así decirlo. Díselo, Kara.

Ella estaba haciendo las conexiones tan rápido como él. Ninguno de ellos había sido cristiano practicante, pero se habían criado con un capellán por padre.

Conocían muy bien los fundamentos del cristianismo.

—«Tomen su cruz y síganme», dijo Jesús. Él fue ejecutado en una cruz, como ocurrió después con muchos de sus seguidores. Pero a sus seguidores no se les exige que mueran de esa forma.

—Exactamente —corroboró Thomas—. Pero aquí nuestro «síganme» de ninguna manera es metafórico. Lo mismo se podría decir de la maldad. Allí las personas no llevan una enfermedad en la piel... se afirma que esta se encuentra en sus corazones. Pero miren a los encostrados. Su negativa a seguir a Justin en su ahogamiento se muestra como una enfermedad física.

William parecía de alguna manera asombrado por esta revelación.

—¿Así que crees que este libro, cuyas metáforas se expresan aquí de forma literal, podría hacer lo mismo en este mundo de sueños vuestro? —preguntó mirando a los demás, luego otra vez a Thomas.

—¿Quién tiene una pluma? —exigió saber Thomas—. Un marcador, cualquier cosa con que escribir. Carbón...

—Aquí —manifestó Ronin alargando una vara de escribir, con punta negra de carbón.

Thomas agarró el rudimentario instrumento y lo observó.

—Justin fue claro en que deberíamos ocultar este libro —declaró William—. Que es peligroso. Tenemos que llegar a alguna clase de acuerdo sobre esto.

—Y Justin dijo que el libro solo funciona en las historias... el mundo de sueños del que venimos Kara y yo —anunció Thomas caminando de un lado al otro, con el libro en una mano y el lápiz en la otra—. Para empezar, eso confirma que las historias son reales y que pueden verse afectadas. También significa que el libro debería ser inofensivo aquí.

Si lo que Thomas afirmaba era cierto, el poder del libro podría ser increíble.

—¿Qué escribirías? —preguntó Mikil—. Es decir, ¿qué límites habría? Por supuesto, no podemos eliminar sin más el virus con unos cuantos trazos de pluma.

—Tienes razón. Yo... eso parece demasiado sencillo —contestó Thomas poniendo el libro sobre la roca.

Los demás se reunieron alrededor, acallados por pensamientos imposibles.

—Narración de la historia —pronunció él volviendo a mirar la portada—. Eso significaba que debería ser una narración, ¿correcto?

—¿Como en «erese una vez»? —inquirió Ronin—. ¿Insinúas que si escribes «erese una vez un conejo», entonces aparecería un conejo en tus sueños?

Demasiado simple —objetó Mikil—. ¿Y qué escritura usaríamos? Había una leve diferencia entre el alfabeto usado en cada realidad... el que usaban aquí era más sencillo.

—La escritura de las historias —dijo Thomas.

—¿Qué deseas conseguir en esta otra realidad? —inquirió Ronin—. ¿Cuál es tu objetivo principal?

—Hay un virus que destruirá a la mayor parte de la humanidad... ¿sabes? La variedad Raison —informó Thomas—. La que marcó el inicio de la gran tribulación, como lo registran los libros de historias. El conocimiento de la historia se ha vuelto de alguna manera vago en los quince años desde que Tanis atravesara el Cruce, pero en una época todos conocíamos la historia por vía oral.

—Sí, por supuesto. La variedad Raison. Estas eran las historias con que Tanis estuvo fascinado —declaró Ronin, y miró a Mikil—. ¿Estás diciendo que estas historias son... ahora? ¿Reales ahora?

—¿No me habéis escuchado? —preguntó William—. Eso es lo que he estado diciendo. He dicho que él solo se está centrando en recuerdos, pero que parece creer que estos sueños son reales.

—En realidad, no estoy seguro de saber cómo funciona —terció Mikil; ¿cómo podría ella explicar su realidad dual en este mismo instante?—. Thomas es el experto aquí, pero puedo decir que sea en el pasado o en el presente, las historias no solo son reales, sino que también podemos influir en ellas.

—Pero sin duda no crees que puedas cambiar lo que se ha escrito como asunto de historia —objetó William.

—Tampoco sabemos eso —declaró Thomas—. Sin los libros reales de historias

no sabemos lo que se ha registrado. Hasta donde conocemos, las historias registran nuestro descubrimiento de este libro y lo que escribamos hoy en él.

Eso mantuvo a todos callados por un momento.

—Entonces escribe una historia —expresó finalmente Ronin.

—¿Por qué me debería importar algo de esto? —refunfuñó William disgustado—. Me importa lo que es real, aquí. Como las hordas que nos persiguen todos los días. Voy a reunir a mi gente y a adentrarla más en el desierto.

El hombre se alejó muy ofendido. Thomas le pasó el lápiz a Mikil.

—Tus recuerdos de la escritura son más frescos que los míos. Escribe tú. Ella pensó que se trataba de una excusa, pero de todos modos agarró el instrumento.

Un leve temblor le estremeció los dedos.

—¿Qué debería escribir?

—Algo sencillo que podamos probar —respondió Thomas—. ¿Cuál es nuestra preocupación inmediata?

—Tú —afirmó Mikil—. Estás muerto en Francia. Y Monique.

—¿Estás sugiriendo que escribamos que vuelven a vivir?

—¿Por qué no? —preguntó Mikil.

—¿No es eso un poco complicado? Parece demasiado. Casi absurdo.

—¿Absurdo? —inquirió Ronin—. ¿A diferencia de todo lo demás, que se supone que sí tiene perfecto sentido?

—Escríbelo —ordenó Thomas.

La mano de Mikil se mantuvo sobre la página en blanco.

—Erase una vez, ¿en qué revivió Thomas?

—Más detalles.

—No creo que yo pueda hacer esto. ¿Qué detalles? Ni siquiera sé lo que llevabas puesto.

—Escribe esto —expuso Thomas; él le miró la mano, que no se había movido—. ¿Lista?

—Está bien —contestó ella, poniendo la mano en la página.

—Thomas Hunter, el hombre que se enteró primero de la amenaza de la variedad Raison, el mismo hombre a quien dispararon en la cabeza...

—Espera —pidió Mikil llevando la vara de carbón a la página.

Si no se equivocaba, un leve calor le subía por los dedos. Los nervios también le despedían calor. Escribió las palabras al pie de la letra.

—Muy bien.

—El mismo hombre a quien le dispararon en la cabeza —continuó Thomas— fue asesinado en Francia de un balazo en la cabeza. Punto. Pero al tercer día revivió... No, olvida eso. Escribe esto: Pero en un momento en que alguno de sus enemigos dejó el cuerpo solo, él revivió. Fin.

—¿Fin? —objetó ella, levantando la vara—. ¿Qué pasa con Monique?

—Nuevo párrafo. Aproximadamente al mismo tiempo en que Thomas Hunter volvió a vivir, Monique de Raison se encontró en buena salud y totalmente capaz de continuar su búsqueda de un antivirus en Estados Unidos. Fin.

Sinceramente, no me parecen historias —terció Johan suspirando, luego miró en la dirección en que William se había ido—. Todo este asunto parece un poco ridículo frente a nuestro aprieto. ¿Puedo sugerir que nosotros...?

Johan se detuvo. El rostro se le ensombreció. Mikil miró a los otros que se habían fijado en la reacción de Johan. Él escuchaba atentamente.

Entonces ella lo oyó. El débil estruendo de cascos de caballos. En los barrancos.

¡Las hordas!

—¡Moveros! —expresó Thomas bruscamente—. ¡Dentro del túnel!



THOMAS AGARRÓ el libro y se lo metió en el cinturón mientras corría hacia las tiendas. Justin le había mostrado su rostro. Luego Kara por medio de Mikil. Y ahora las hordas estaban atacando. Ahora te mostraré mi corazón. Instantes después alcanzaron a William.

—Mikil, Johan, ¡lleven a Samuel y a Marie al túnel con los demás! William, al cañón oriental conmigo. Cinco hombres.

Habían seleccionado este banco de arena cinco días antes no solo por su proximidad al estanque rojo, sino debido a un pasaje por debajo de dos enormes rocas en el cañón oriental. La ruta era casi imposible de ver sin pararse directamente al frente. Con algo de suerte las hordas esperarían que los albinos siguieran una de las dos rutas de escape más obvias.

¿Cómo se las habían arreglado las hordas para pasar sobre los barrancos sin ser descubiertos por los centinelas?

La primera flecha perforó la roca a la izquierda de Thomas antes de que lograra llegar a las tiendas. Miró sobre su hombro. Arqueros a caballo. Cincuenta al menos.

—Adelante —gritó Mikil—. ¡Nos han cortado el cañón oriental!

Gritos de alarma resonaron en el campamento. Las mujeres corrían por sus hijos. Los hombres ya se dirigían hacia el corral. No había tiempo para recoger platos, alimentos o ropa. Sería suficiente que logran escapar vivos.

—¿William? ¿Solo cinco? —preguntó el teniente de Thomas—. Quizás los encostrados no nos sigan.

Ellos serían la distracción. Bajo otras circunstancias habría tomado diez, suficientes para levantar bastante polvo a fin de hacer que los persiguieran mientras los otros se escabullían por la ruta oculta de escape. Pero Thomas sabía que hoy tal vez no iban a escapar quienes fueran parte de la distracción.

—Solo cinco —contestó—. Tengo el fuego.

Thomas corrió hacia el centro del campamento, donde sin duda vería con claridad. Con algo de suerte se centrarían en él. El precio de su cabeza era cien veces más que la de cualquier otro. Y él había oído el rumor de que la propia hija de Qurong, Chelise, a quien él conociera una vez en lo profundo del desierto, estaba prometida a Woref, como premio por la captura de Thomas.

Los gritos se silenciaron rápidamente. El Círculo ya había participado antes en huidas. Todos sabían que gritar no era una forma de evitar llamar la atención. Había suficientes corceles para cargar a toda la tribu, un adulto y un niño por cada animal, y quedaba una docena para cargar sus provisiones.

Thomas agarró la antorcha que ardía lentamente al lado de la hoguera principal. Gritos ásperos dirigían el ataque por encima. Una flecha se deslizó por el aire y chocó con carne a la derecha de Thomas. Él giró.

Alisha, la madre de Lucy, agarraba una vara que le sobresalía en el costado. Thomas empezó a ir hacia ella pero se detuvo al ver que Lucy ya corría hacia su madre, tomando una de las carnosas y curativas frutas anaranjadas. La niña alcanzó a Alisha, bajó la fruta, agarró la vara con ambas manos y tiró con fuerza. Alisha gimió. La flecha salió.

Luego Lucy exprimió la fruta en la herida abierta.

Thomas corrió a interceptar a William, quien guiaba a Suzan y a dos miembros montados de la tribu. Saltó sobre la silla mientras el caballo ya corría y fustigó al animal para que galopara veloz, dirigiendo ahora a los demás.

Un resoplido detrás de él le hizo girar la cabeza. Se trataba del anciano, Jeremiah. La mayor parte de la tribu ya había tomado sus posiciones debajo de un saliente protector en los establos, pero el consejo se estaba llevando a cabo muy lejos de los caballos cuando empezó el ataque. El anciano se había rezagado. La lanza de un encostrado le había dado en la espalda.

En la confusión nadie corrió a ayudarlo. Si moría, la fruta no lo reviviría.

—¡William! ¡La antorcha!

Thomas le lanzó la ardiente brasa a William, quien la atrapó con una mano y se volvió a mirar para ver el problema.

—Rápido, Thomas.

—Enciende el fuego. ¡Anda!

Thomas hizo girar su caballo y corrió hacia el anciano, quien ahora yacía bocabajo. Se puso al lado de Jeremiah, con la fruta en la mano. Pero antes de poner la rodilla en la arena supo que era demasiado tarde.

—¡Jeremiah!

Agarró la lanza, puso un pie en la espalda del hombre y la extrajo de un tirón. Le habían partido en dos la columna vertebral.

Thomas aplastó la fruta con las dos manos, resoplando de ira. Vertió jugo en el orificio abierto.

Nada. Si el hombre aún estuviera vivo, el jugo habría comenzado al instante su regeneración.

Una flecha dio en el hombro de Thomas. Este se levantó y miró hacia la dirección de la que había venido. Los arqueros en el barranco más cercano lo miraban, los

habían cogido momentáneamente desprevenidos.

—¡Él fue antes uno de vosotros! —gritó.

Sin dejar de mirarlos, Thomas agarró la flecha en su hombro, la sacó y la arrojó al suelo. Se presionó la fruta en la herida.

—Ahora está muerto, como lo estáis vosotros. ¿Me oís? ¡Muertos! Todos vosotros. ¡Vivís en la muerte!

Uno de ellos soltó una flecha. Thomas vio que el proyectil iba desviado y lo dejó pasar silbando sin moverse. Fue a parar a la arena.

Entonces se movió. Más rápido de lo que habían esperado. Subió a su corcel y se dirigió directo al cañón oriental.

El primer fuego ya arrojaba espeso humo negro hacia el cielo. William había encendido el segundo en el lado opuesto del cañón y galopaba hacia el tercer montón de arbustos que habían preparado precisamente para esta eventualidad.

Thomas hizo caso omiso de las flechas que volaban, se inclinó sobre el pescuezo del caballo, y se metió entre el espeso humo.

—∞∞∞∞—

SOREN LEVANTÓ la mano para dar la señal.

—Espera —anunció Woref.

—Los demás saldrán hacia el cañón —objetó su teniente—. Deberíamos perseguirlos ahora.

—Ordené que esperaran. Soren bajó la mano.

El plan había sido encerrarlos, herir a tantos como fuera posible desde un ángulo elevado de ataque, y luego atacarlos para acabar con ellos. La maldita fruta de los albinos no tenía poder contra una guadaña en el cuello. Era una estrategia que el mismo Martyn aprobaba en otro tiempo.

Ahora Martyn se hallaba abajo entre los albinos, atrapado con los demás. Pero de repente Woref no estuvo tan seguro de la estrategia; no había esperado que encendieran fuego.

—¿Creerán que el humo los va a proteger? —inquirió Soren—. Los pobres tontos no saben que ya tenemos cubierta su vía de escape en el otro extremo.

Pero era a Thomas a quien se enfrentaban. Y a Martyn. Ninguno pensaría que un poco de humo les ayudaría a escapar de un enemigo que claramente había conocido su posición antes del ataque.

¿Por qué entonces los fuegos?

—¿Estás seguro de que no hay más rutas desde este cañón?

—Ninguna que encontrara ninguno de nuestros exploradores.

Pero debía haberlas. ¿Qué dirección tomaría él si dirigiera esta banda de disidentes? Dentro del desierto, naturalmente. Lejos de las hordas. Hacia las llanuras

donde simplemente podrían dejar atrás cualquier persecución.

—Ordena que la mitad del equipo de rastreo bloquee el desierto hacia el sur —expresó Woref.

—¿Al sur?

—No me hagas repetir alguna otra orden.

Soren se alzó en los estribos y transmitió la orden por medio de señales con la mano. Dos exploradores montados, cada uno confirmando el mensaje, hicieron girar sus cabalgaduras y desaparecieron.

—Toda la tribu se dirigirá momentáneamente hacia el humo —comentó Woref—. Quiero a todos los arqueros lanzando flechas sobre los albinos.

—Ya he transmitido la orden.

—¿Pero por qué? —musitó Woref para sí mismo—. El humo los sofocará si no salen rápidamente.

Un estruendo resonó en el cañón y, exactamente como él había previsto, casi cincuenta cabezas de caballos aparecieron por debajo del saliente de la pared del cañón en el oeste. Les cayó una lluvia de flechas. Las mujeres agarraban a sus hijos y corrían hacia el humo, fustigando a sus monturas a correr tanto como pudieran.

Múltiples blancos. Allá abajo estaban acabados. Pero solo tenían que correr cincuenta metros antes de que los tragara el humo.

Sin embargo, cayeron dos. Un caballo tropezó y su jinete corrió a pie. Un tercero se agarró a una flecha que le había dado en el pecho. El que iba a pie tropezó y tres flechas se le clavaron en la espalda.

Entonces los albinos salieron del acoso y entraron a su humo. Los hombres de Woref habían matado solo a cinco. Seis, contando el que mataron antes con una lanza. Habían herido a muchos más, pero sobrevivirían con la ayuda de su hechicería. Esa fruta amarga de ellos.

Los arqueros dispararon una docena de flechas a cada uno de los albinos caídos, luego el cañón se llenó de un espeluznante silencio.

Woref movió las riendas de su montura hacia un lado y trotó a lo largo del precipicio, hacia el este, escudriñando con los ojos la más leve señal de vida debajo del espeso humo. El silencio lo enfadó. Sin duda no volverían a exponerse a otro ataque de flechas. ¡Tenía que haber otra salida!

Detrás de él, el equipo de rastreo entraba al valle, cortando eficazmente cualquier intento de retirada.

Thomas había estado con quienes habían encendido los fuegos. El acuerdo de Woref con Qurong era por Thomas. Si los grupos se hubieran dividido...

Luego un grito del oriente. Habían divisado el grupo de Thomas.

Woref espoleó el caballo y galopó por el cañón. Entonces los vio, cinco caballos que levantaban polvo más allá del humo, yendo a toda velocidad hacia la trampa que

les había tendido.

—∞∞∞∞—

THOMAS ALEJÓ del humo a su contingente, rogando porque todas las miradas de los encostrados estuvieran puestas en él. Había inspeccionado hasta el último centímetro de este cañón y sabía dónde pondría una trampa si fuera el comandante de las hordas. Ahora sus posibilidades de atravesar esa trampa eran mínimas. Si les hubieran advertido, habrían tenido una mejor oportunidad de pasar la entrada del cañón antes de que los enemigos logaran tender la trampa. Dos hermanos, Caín y Stephen, corrían al lado de Suzan a la derecha de Thomas. William subía por detrás.

—¿Pelemos? —exigió saber William.

—No.

—¡Nos hemos retrasado demasiado! Nos estarán esperando.

Sí, estarían esperando.

—Podemos regresar —opinó William.

—¡No! No podemos poner en peligro a los demás. ¿Tienes lista tu fruta?

Tan pronto como lo dijo, oyó el grito adelante. Treinta hombres montados entraron cabalgando al descubierto, cortando la entrada del cañón.

Sin embargo, ellos siguieron cabalgado, directamente hacia las alertadas hordas.

—Justin, danos fuerzas —musitó Thomas entre dientes.

Los encostrados no estaban atacando. Nada de flechas, ningún grito, solo esos treinta hombres a caballo, esperando acorralarlos. No había manera de pasarlos.

Thomas frenó su corcel y levantó una mano.

—¡Deteneos!

Se detuvieron a cien metros de los encostrados.

—¿Vas a dejar que nos atrapen? —preguntó William—. Sabes que nos matarán.

—¿Y cuál es nuestra alternativa?

—Mikil y Johan han tenido el tiempo necesario para hacer que los demás atraviesen la brecha. ¡Aún podemos lograrlo!

—Ahora tendrán gente en el cañón —informó Suzan.

Ella había sido de las últimas en entrar al Círculo, y no había nadie cuya adhesión alegrara tanto a Thomas. Como cabecilla de los exploradores de los guardianes del bosque, ella había estudiado a las hordas más que la mayoría y conocía sus estrategias casi tan bien como el mismo Johan.

—Y, si tenemos suerte, no encontrarán el túnel —opinó Thomas.

—¡Entonces debemos pelear! Podemos darles una paliza...

—¡Sin muertes! —exclamó Thomas, mirando a Caín y Stephen—. ¿Estáis listos para lo que significa esto?

—Si hablas de muerte, entonces estoy listo —contestó Caín.

—Preferiría morir antes que ir a parar a sus mazmorras —añadió Stephen—. No me llevarán vivo.

—¿Y cómo propones forzar la mano? Si nos cogen vivos, iremos con ellos de manera pacífica. Sin pelear, ¿está claro?

—Les ayudé a construir sus mazmorras. Yo...

—Entonces puedes ayudarnos a escapar de sus mazmorras.

—¡No hay manera de escapar!

Los hermanos también habían sido de los últimos en llegar, y aún tenían fresco en sus mentes el descubrimiento de vida al otro lado del ahogamiento. Los dos eran de piel morena y se habían rapado las cabezas como parte de un voto que habían hecho. Ambos tenían claro, mostrar tanto como fuera decentemente posible su carne libre de enfermedad.

—Sin pelear —repitió Thomas.

Sostuvieron sus miradas por un momento.

—Sin pelear —asintió Stephen.

Los cinco se hallaban en fila, frente a las hordas. Resonaron cascos detrás de ellos y Thomas se volvió para ver que del humo que se iba desvaneciendo emergía el equipo que Suzan había predicho.

—Nos estamos metiendo en problemas —expresó William.

—No, estamos logrando la libertad de Mikil. La libertad del Círculo.

—¿Mikil? No me digas que esto tiene que ver con estos sueños tuyos.

Se le había ocurrido la idea. No estaba seguro de lo que habían hecho al escribir en el libro en blanco ahora en su cintura, pero o él o Kara debían regresar. Las vidas de seis mil millones de personas estaban en juego. Sin mencionar la vida de su propia hermana. Si Mikil moría, Kara moriría.

—Si estuviera preocupado solo con las historias, me habría salvado yo, ¿no es así? Aquí estamos haciendo ni más ni menos lo que sin duda haría Justin.

No había nada más de que hablar. Thomas extrajo el libro de la cintura y se lo metió en la túnica.

—∞∞∞∞—

WOREF PASÓ cabalgando junto a sus hombres y analizó el callejón sin salida en el cañón. Cinco.

Los otros cincuenta habían desaparecido.

Pero entre los cinco se hallaba Thomas. Si había calculado correctamente, los otros emergerían de estos cañones por el sur, donde sus hombres darían debida cuenta de ellos. Ahora le preocupaban estos cinco. Este.

—Envíen mensaje: cuando encuentren a los demás, mátenlos a todos. Tengo a Thomas de Hunter.

Woref fustigó su caballo y cabalgó con su guardia para reunirse con el hombre que era responsable del dolor que había soportado en los últimos trece meses. El nombre de Thomas de Hunter aún se susurraba con temor a altas horas de la noche alrededor de mil hogueras. Era una leyenda que desafiaba la razón. Al no derrotar a las hordas con la espada, había adoptado ahora el arma de la paz. Qurong preferiría enfrentarse cualquier día a una espada antes que a este heroico engaño al que llamaban el Círculo. Es verdad que solo mil habían seguido a Thomas en su demencia, pero los que ahora eran mil se podrían convertir fácilmente en diez mil. Y luego en cien mil.

Hoy reduciría su número a uno.

Y hoy Woref tendría a su novia.

Se detuvo a diez metros de los albinos. Estos parecían salamandras con su asquerosa piel al descubierto. La brisa le traía su hedor y él hizo lo que pudo para no respirarlo muy profundo. Olían a fruta. La misma fruta amarga que usaban para su hechicería, la variedad que crecía alrededor de los estanques rojos. Se decía que ellos bebían la sangre de Justin y que obligaban a sus hijos a hacer lo mismo. ¿Qué clase de enfermedad de la mente empujaría a un hombre a tales ridiculeces?

Dos de los prisioneros eran calvos. Parecían vagamente conocidos. Un tercero era una mujer. El solo pensamiento de que algún hombre se reprodujera con una salamandra tan horrible bastaba para producirle náuseas.

El general puso su caballo al lado del de Thomas de Hunter. Medallones parecidos colgaban de los cuellos de cada uno de los rebeldes. Estiró la mano, agarró el colgante de Thomas, se lo arrancó y lo sostuvo en la palma. Luego escupió en él.

—Ahora sois prisioneros de Qurong, líder supremo de las hordas —expresó, y luego hizo alejar su caballo, atosigado por la fetidez.

—Eso parece —contestó Thomas.

—¡Rocíenlos!

Dos de los encostrados cabalaron alrededor de los cautivos y les lanzaron ceniza encima. La ceniza contenía azufre y hacía soportable la pestilencia.

—¿Dónde están los demás? —inquirió Woref. Thomas lo miró, con los ojos en blanco.

—Matad a la mujer —ordenó el encostrado.

Uno de los soldados extrajo una espada y se acercó a la mujer negra.

—Matar a alguno de nosotros sería una equivocación —expuso Thomas—. No podemos decirles dónde están los demás. Solo podemos decirles cómo se burlaron de ustedes, lo cual gustosamente haremos. Pero por ahora han huido en una dirección que solo ellos saben.

Woref sintió que una nueva aversión por este hombre le recorría los huesos. Se preguntó cuan listos se verían los rebeldes sin labios. Pero entonces Qurong no

obtendría la información que necesitaba.

—Sé cómo escaparon —declaró—. Mis exploradores pasaron por alto en los barrancos una brecha que lleva al sur, al interior del desierto. En este mismo instante tu banda de rebeldes se dirige hacia nuestras manos.

—¿Por qué pregunta entonces?

Él había esperado un estremecimiento, una pausa, cualquier cosa que indicara la sorpresa del hombre al ser descubierto con tanta facilidad. En vez de eso, Thomas había soltado impasible esta reprensión.

—Pagarás por tu falta de respeto. Te lo prometo. ¡Encadenadlos!

Woref giró su caballo y salió del cañón.

—∞∞∞∞—

MIKIL MOVIÓ el monóculo alrededor del desierto que rodeaba las tierras del cañón.

—¿Otros más? —preguntó Johan.

—No. Solamente los del grupo.

Detrás de ellos, cincuenta pares de ojos blancos y redondos observaban desde la oscura caverna en que se escondían. Concluyeron el camino a través de la brecha y entraron en un cañón adyacente que los llevó aquí, al borde del desierto sur. Pero no saldrían a campo abierto hasta estar seguros de que las hordas se habían ido.

—Estarán ahora en la cueva —dedujo Johan—. Debemos movernos pronto.

—A menos que siguieran a Thomas fuera del cañón.

—Suponiendo que Thomas lograra salir del cañón —objetó Johan frunciendo el ceño.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —indagó ella bajando el catalejo.

—Juraría que vi a Woref en el barranco —anunció él en voz baja y mirando hacia atrás—. Nos cayeron encima sin advertencia, lo cual significa que ya nos habían localizado. Tendrían cubiertas ambas rutas de escape. No veo cómo nadie, ni siquiera Thomas, podría escapar sin pelear. Y los dos sabemos que él no peleará.

La revelación la dejó aturdida. No solo como Mikil, quien temía por el futuro del Círculo sin Thomas que los dirigiera, sino como Kara, quien de repente temió por la vida de su hermano.

—¡Entonces debemos regresar!

—Tenemos que pensar en la tribu —declaró él, y respiró hondo—. Primero la tribu, luego Thomas. Suponiendo que esté vivo.

Ella estaba a punto de regañarlo por sugerir algo así, pero luego se le ocurrió que, como Mikil, estaría de acuerdo.

—Entonces nos quedaremos aquí —respondió, mirando el desierto.

—Nos seguirán el rastro.

—No si bloqueamos el túnel. Piénsalo. Nunca esperarán que nos quedemos en

estos cañones. En cualquier parte menos aquí, ¿correcto? Y no hallarán esta caverna. Cerca hay un estanque rojo, agua, alimento. No quiero entrar más al interior del desierto si ellos tienen a mi hermano.

Las emociones mezcladas en el pecho de Mikil eran suficientes para hacer que quisiera gritar. Ella era Mikil, pero también era Kara, y como Kara había despertado dentro de una tormenta de fuego. De manera sorprendente solo había sentido un poco de temor, aun con las flechas de las hordas pasándole muy cerca de la cabeza. Ella había estado mil veces peleando en contra de los encostrados, muy a menudo en combate cuerpo a cuerpo.

Por otra parte, esa no era la condición de los civiles a su cargo. Habían perdido a seis en el ataque, incluyendo a Jeremiah. Se sintió angustiada.

Pero la embargaba otra emoción. El deseo de despertar en el laboratorio del Dr. Myles Bancroft. Thomas había cogido el libro... ahora desearía haberlo tomado ella. Era imposible saber cuántas oportunidades más tendrían de escribir en él. Pensar en que con esas pocas palabras que ella logró escribir tenían poder en la Tierra le hizo sentir un cosquilleo en la columna. Debía volver para saber si habían funcionado. Imaginar...

—Si bloqueamos el túnel —declaró Johan rascándose la barbilla y mirando alrededor—, ellos verán que lo bloqueamos.

—Dejémoslos. Cuando no logren encontrarnos supondrán que entramos al desierto.

—Aún buscarán nuestras huellas.

—Entonces les daremos unas que los alejen de aquí, más al oeste, a lo profundo del desierto. Con los vientos nocturnos soplando, para la mañana se habrá perdido nuestro rastro.

Él se quedó en silencio, pensando.

—Me niego a penetrar más en el desierto mientras el destino de Thomas sea incierto.

Podría funcionar —asintió él—. Pero no bloqueemos el túnel en la entrada. De todos modos es demasiado tarde para eso.

Corrió a su caballo y se subió a la silla.

—Debemos darnos prisa.



Ella sintió que le zarandeaban el hombro.

—Eso es, querida. Despierte. Lleva dos buenas horas durmiendo.

Kara miró la poco atractiva figura a su lado. El Dr. Myles Bancroft mostraba una sonrisa de complicidad. Se frotaba un pañuelo en la frente.

—Dos horas y ningún sueño —informó.

Las luces aún estaban tenues. Las máquinas zumbaban en silencio: un ventilador de computadora, aire acondicionado. El vago olor de sudor humano mezclado con desodorante.

—¿Soñó usted? —preguntó él.

—Sí —contestó ella irguiéndose; él le había limpiado la sangre del brazo y le había puesto una vendita blanca—. Sí, soñé.

—No según mis instrumentos, no. Y eso, querida mía, hace que este caso no solo sea fascinante sino duplicable. Primero Thomas y ahora usted. Algo está sucediendo con ustedes dos.

—Es la sangre de él. No me pregunte cómo empezó todo esto, pero mi hermano es la puerta entre estas dos realidades.

—Dudo mucho que existan dos realidades —opinó él—. Algo ocurre en las mentes de ustedes que sin duda está más allá de los sueños comunes y corrientes, pero le puedo prometer que su cuerpo estuvo aquí todo el tiempo. Usted no atravesó ningún armario hacia Narnia ni hizo un viaje a otra galaxia.

—Semántica, profesor —objetó ella bajándose de la camilla—. No tenemos tiempo para semántica. Debemos hallar a Monique.

Bancroft la miró con una sonrisa de vergonzosa persuasión en el rostro, como si se estuviera armando de valor para hacer la placentera pregunta.

—Así que, ¿qué pasó?

—Desperté como Mikil, teniente de Thomas de Hunter. Ella y yo escribimos en un libro que tiene poder para dar vida a las palabras; apenas logramos sobrevivir a un ataque de las hordas, y hallamos refugio seguro en una caverna después de bloquear nuestra ruta de escape. Finalmente caí en un sueño exhausto y desperté aquí.

Al oírse resumiendo la experiencia le bajó un zumbido por el cuello. En las

últimas dos semanas ella había hecho con Thomas tanto de escéptica como de creyente, y no estaba segura de qué era más fácil.

—Ninguna herida.

—¿Qué?

—Usted no tiene heridas o algo para probar sus experiencias como hizo Thomas. Cierto.

—¿Ha oído usted las noticias? —preguntó ella.

—No particularmente, no —respondió él, parpadeó y alejó la mirada—. El mundo se está yendo al infierno, hablando de modo muy literal. Finalmente liberaron el gran artefacto uniformador que la mayoría de nosotros sabíamos que soltarían. Solo que me cuesta creer la rapidez con que todo está sucediendo.

—¿El virus? Uniformar, no hacer distinción de personas. El presidente es tan vulnerable como el vagabundo desamparado en el callejón. ¿Y por qué aún se interesa por los sueños, doctor? Usted afirmó que estaba infectado, ¿no es así? Tiene diez días de vida igual que el resto de nosotros. ¿No debería estar con su familia?

—Mi trabajo es mi familia, querida. Me las arreglé para ingerir niveles peligrosos de alcohol la primera vez que se supo todo el asunto hace aproximadamente una semana. Pero desde entonces he decidido pasar mis últimos días preocupándome por mi primer amor. La psicología. Pretendo morir en los brazos de ella.

—Entonces permítame darle una sugerencia de quien ha visto más allá de la propia mente, doctor. Hable con su sacerdote. En todo esto hay más de lo que pueden ver sus ojos o registrar sus instrumentos.

—¿Es usted una persona religiosa? —inquirió él.

—No. Pero Mikil sí.

—Entonces yo debería hablar con esa Mikil suya. Kara miró el banco donde recordaba haber visto por última vez la muestra de la sangre de Thomas. Ya no estaba. —No se preocupe; está guardada en lugar seguro.

—Yo... yo la necesito.

—No sin una orden del juzgado. Se queda conmigo. Usted es bienvenida aquí en cualquier momento. Lo cual me recuerda que el ministro Merton Gains llamó hace como una hora.

—¿Gains? —preguntó Kara, pensando en la crisis nuclear—. ¿Qué dijo?

—Quería saber si habíamos alcanzado alguna conclusión.

—¿Qué le dijo usted? ¿Por qué no me despertó?

—Yo debía estar seguro. Algunos sujetos necesitan una cantidad extraordinaria de tiempo para entrar en REM. La desperté tan pronto como estuve seguro.

Kara miró a la puerta, repentinamente desesperada. Debía encontrar a Thomas o a Monique, muertos o vivos. ¿Pero cómo? Y la sangre...

—Doctor, por favor, tiene que darme esa sangre —pidió volviéndose—. ¡Él es mi

hermano! El mundo está aquí en una crisis y yo...

—Gains fue muy claro —advirtió Bancroft—. No podemos perder el control. Pareció sugerir que esta era una posibilidad, una amenaza desde adentro.

—¿Un espía? ¿En la Casa Blanca?

—No lo afirmó. Soy psicólogo, no funcionario de inteligencia.

—Está bien. ¿Qué le dijo usted de mí?

—Que no estaba soñando. Lo cual probablemente significa que experimentara lo mismo que su hermano. Quiere que usted lo llame de inmediato.

—Y usted me lo dice ahora —reprendió ella mirándolo y corriendo hacia el teléfono sobre el escritorio.

—Sí, bueno, tengo mucho en qué pensar —contestó Bancroft encogiéndose los hombros—. Voy a morir en diez días, ¿no se lo dije?

—∞∞∞∞—

UNA LUZ BRILLANTE le hirió los ojos. Luz del sol. ¿O era algo más? Quizás esa luz del más allá. Tal vez había muerto de la variedad Raison y ahora se hallaba flotando encima de su cuerpo, moviéndose a la deriva hacia la gran luz blanca en el cielo.

Ella parpadeó. Algo le presionaba el pecho. Le pinchaba la clavícula. Le dificultaba respirar. Pero no tenía dolor.

Con su primer parpadeo lo comprendió todo.

Entonces se dio cuenta que se hallaba en un automóvil en un ángulo inestable, suspendida del cinturón de seguridad del asiento. Agarró el volante para apoyarse y aspiró una gran bocanada de aire.

¿Qué había sucedido? ¿Dónde se hallaba? El pánico le invadió la mente. Si movía el cuerpo, ¡el coche podría caer!

Había follaje verde contra las ventanillas. Un rayo de luz solar atravesaba una pequeña grieta triangular en las hojas. ¿Se encontraba en un árbol?

Monique volvió a parpadear y obligó a la mente a calmarse. Recordaba algunas cosas. Había estado trabajando en el antivirus para la variedad Raison. Su solución había fallado. Eran nulas las posibilidades de encontrar algún antivirus distinto al que poseía Svensson. Ella se había dirigido a Washington... un viaje no programado en medio de la desesperación. Kara la había convencido de que Thomas podría ser la única esperanza, y tras su monumental fracaso Monique pretendía llevar el caso ante el presidente mismo. Luego iría al Johns Hopkins, donde Kara intentaría conectarse con la otra realidad usando la sangre de Thomas.

Había estado conduciendo por una carretera en la noche, siguiendo el letrero que decía «Gasolina: tres kilómetros», cuando de pronto se le nubló la vista. Eso era todo lo que recordaba.

Monique se inclinó a su derecha. El auto no se movió. Ella se inclinó más y miró por la ventanilla. El auto estaba en tierra, no en un árbol. Había arbustos a cada lado. El capó se había metido debajo de una maraña de ramas pequeñas. Tal vez ella se quedó dormida y se salió de la carretera. No había señales de sangre.

Movió las piernas y el cuello. Aún sin dolor. Ni siquiera dolor de cabeza.

El automóvil se hallaba en un ángulo de treinta grados... solo una grúa podría...

Salió del automóvil y miró a su alrededor.

Aproximadamente a cien metros, estaba lo que parecía ser un drugstore o un bar.

Se dirigió hacia allí.

Esperó un minuto completo, dándole suficiente tiempo a quien la hubiera oído romper el cristal, para que viera que la intención de ella no era robar. Luego se las arregló para pasar por el vidrio roto hasta el teléfono negro sobre el mostrador.

Había señal.

Extrajo la tarjeta que Gains le había dado y miró el número. ¿Y si se tratara del espía del que ella misma le advirtiera? Quizás debería llamar al presidente. No, él se hallaba hoy en Nueva York, hablando ante las Naciones Unidas.

Marcó el número, dejó que el teléfono sonara y rogó que Gains, espía o no, contestara.



THOMAS DESPERTÓ de espaldas. Una sábana le cubría el rostro. Extraño. Aunque a veces las noches en el desierto eran frías, él no era de los que sofocaban su respiración metiendo la cabeza debajo de ninguna clase de resguardo. Además, sábanas y mantas, impedían oír. En este instante no escuchaba la respiración de sus compañeros prisioneros, aunque sabía que se hallaban durmiendo a su derecha, encadenados a los tobillos como él. Ni siquiera lograba oír el sonido de los caballos cerca del campamento. Ni a los encostrados, hablando junto a las hogueras en la mañana. Ni a las hogueras mismas.

Se quitó la sábana de la cara. Aún era de noche. Oscuro. Pero no lograba oír nada más que su propio corazón, palpitando levemente. No había estrellas en el cielo, ni fogata, ni dunas de arena. Solo este delgado colchón de caucho debajo de él y esta helada sábana en sus dedos.

El corazón de Thomas le dio un vuelco. ¡No se hallaba en el desierto! Estaba sobre un colchón en un salón oscuro, y había despertado con una sábana sobre el rostro. Movi6 los pies. No tenía cadenas. Se había dormido como un prisionero en el desierto y despertaba en las historias. Vivo.

Palpó el borde de la cama. Unos helados tubos de acero llenaron su mano. Una camilla. Carlos le había disparado, ¿cuándo? Tres días atrás, le comunicó Kara.

No había soñado durante trece meses en el desierto porque no había Thomas vivo aquí en el sueño. Habían traído aquí su cuerpo, ¿por qué? ¿Para examinarlo? ¿Para mantener desconcertados a los estadounidenses? ¿Y dónde era aquí?

Francia.

Thomas aligeró los pies de debajo de la sábana y los hizo girar hacia el suelo de cemento. Un golpe resonó en el salón y él se sobresaltó. No había ocurrido nada.

Algo se había caído al suelo.

Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Un objeto iluminado brillaba por la abertura en el fondo del suelo. Vio a sus pies la forma cuadrada. La levantó. Un libro. Palpó la portada y se quedó paralizado.

El libro en blanco de historia, titulado Narración de la historia. Le temblaron las manos. ¡El libro había cruzado con él!

Un frío le recorrió el cuerpo. Este libro, su historia, sus palabras, lo habían

devuelto a la vida. Él se hallaba aquí, vestido de paracaidista, los pies descalzos sobre un suelo de cemento en Francia, sosteniendo un libro que podía hacer historia con unos cuantos trazos de bolígrafo.

Justin lo había llamado peligroso y poderoso. Ahora Thomas sabía por qué.

De inmediato se le clarificó su único objetivo. Debía encontrar un bolígrafo, un lápiz, cualquier cosa que pudiera marcar el libro, y escribir una nueva historia. Una que cambiara el resultado de la variedad Raison; y mientras él estuviera en ella, una que incluyera su supervivencia.

Thomas hizo una pausa ante el inesperado pensamiento de que el libro no era distinto de los artefactos de la historia judeocristiana. El arca del pacto con poder para derrotar ejércitos. La serpiente en el desierto con poder para curar. Podrán decir a la montaña: «Trasládate de aquí para allá», y se trasladará, Jesucristo, año 30. Las palabras se vuelven carne, había expresado Ronin.

Oficialmente ahora había cuatro cosas que cruzaban entre las realidades. Conocimiento, destrezas, sangre y este libro, estas palabras se volvían carne.

Apenas lograba ver el contorno de una puerta a tres metros de distancia. Fue hacia ella, examinó la perilla, vio que estaba sin seguro y la hizo girar muy lentamente. El salón más allá también estaba oscuro, pero no tanto como este. Pudo ver una mesa, un sofá. Otra puerta bordeada por luz. Una chimenea...

¡Él conocía este salón! ¡Fue donde Monique y él se reunieron con Armand Fortier! Lo habían vuelto a traer a la casa de la granja.

Thomas salió, agarrando aún el libro en la mano derecha. Contempló rápidamente el salón. No halló nada que le sirviera y se dirigió a la puerta opuesta. También sin cerrojo. Hizo girar la manilla y abrió un poco la puerta cuando alcanzó a oír el sonido de pisadas en el pasillo.

Permaneció inmóvil. Bajo ninguna circunstancia podía permitir que el libro cayera en manos de ellos. Escapar ya no era tan importante como la seguridad del libro.

Cerró suavemente la puerta y corrió de puntillas hacia la celda. Se metió en la oscuridad, cerró la puerta, se dirigió a la camilla y metió el libro debajo del delgado colchón. Se tendió de espaldas y puso la sábana sobre su cabeza.

Tranquilo. Respira. Baja el ritmo de tu corazón.

Treinta segundos después se abrió la puerta. El cuarto se iluminó. Los pasos atravesaron el piso, se interrumpieron por unos segundos, luego se retiraron. Un hombre tosió, y Thomas supo que se trataba de Carlos. Había venido por algo. Sin duda no a revisar un cuerpo inerte.

El salón se quedó a oscuras.

Thomas esperó todo un minuto antes de volver a levantarse. Fue a la puerta, encendió la luz y examinó el salón. Todo de cemento. Vacío, a excepción de la

camilla y un estante para libros. Quizás una antigua bodega. Tal vez pusieron aquí su cuerpo porque era frío y deseaban preservarlo para hacer pruebas.

Decidió que era demasiado el riesgo de que lo atraparan con el libro. Hallaría algo con qué escribir y regresaría.

Thomas revisó el salón adjunto, lo encontró despejado, y salió. Esta vez el pasillo estaba vacío. Pasó aprisa la misma ventana que Monique y él treparan solo unas cuantas noches antes. La luz del sol iluminaba bien la ventana. Estaba a punto de subir los escalones que conducían al siguiente piso cuando le llamó la atención una puerta a través del pasillo. Una puerta reforzada de acero, fuera de lugar en esta casa antigua.

Atravesó el pasillo y la abrió.

Ningún sonido.

Miró adentro. Otro pasillo largo. Paredes de acero. Aquí abajo habían construido una auténtica fortaleza. Este pasillo se extendía más allá de la Pared exterior y terminaba en otra puerta.

Ahora Thomas tenía dos opciones: subir las escaleras, las cuales, que supiera, lo podrían llevar a una garita de guardias, o podía examinar la puerta al final de este pasillo. Y lo más probable era que allí también encontrara un guardia.

Ingresó al pasillo y se movió con rapidez. Le llegaron voces cuando estaba a mitad de camino e hizo una pausa. Pero no eran voces de alarma. Corrió los últimos veinte pasos y llegó a la puerta. Las voces venían del salón que había al otro lado.

—Han matado a la mitad de peces en nuestra costa con estas dos detonaciones, ¡pero no apuntarán a nuestras ciudades!

¿Hablaban de detonaciones nucleares? ¿Alguien había lanzado armas nucleares!

—Entonces no conoces a los israelíes. Saben que no tenemos intención de entregar el antivirus, y no tienen nada que perder.

—Ellos aún tienen principios. No se llevarán a inocentes con ellos. Por favor, se lo ruego, el desierto del Neguev ya fue suficientemente malo. No podemos apuntar a Tel Aviv. Una cosa es jugar al poder para realinear poderes, pero otra es detonar armas nucleares sobre objetivos densamente poblados. Ellos están faroleando. Saben que el mundo se volverá contra ellos si apuntan a civiles. Como se volvería contra nosotros si hacemos lo mismo.

—¿Crees que la opinión del mundo es aún un elemento de igualdad? Entonces eres más ingenuo de lo que creía, Henri —contestó el interlocutor; así que el hombre que protestaba era Paul Henri Gaetan, el presidente francés—. El único lenguaje que entienden los israelíes es la fuerza bruta.

—Entrégales el antivirus —ordenó una tercera voz.

Armand Fortier.

—Perdóneme, señor, pero creo que...

—El plan debe ser flexible —explicó Fortier—. Hemos mostrado al mundo nuestra resolución de usar cualquier fuerza que se requiera para hacer respetar nuestras condiciones. Les hemos hecho dos enormes agujeros en su desierto y ellos han hecho dos agujeros en nuestro océano. ¿Y qué? Los israelíes son víboras. Nunca se sabe cómo van a reaccionar, excepto en defensa de su tierra. Si les volvemos a disparar, tomarán represalias. Dos tercios del arsenal nuclear combinado del mundo ya se encuentran cargados en barcos, viajando hacia nuestras costas. No es hora de acelerar el conflicto.

—¿Dejará intacto a Israel?

—Les daremos el antivirus —repitió Fortier—. A cambio de su armamento.

—¿Qué prueba les brindará? —volvió a preguntar el presidente Gaetan.

—Un intercambio mutuo en los mares, cinco días a partir de hoy.

El salón se quedó en silencio unos instantes. La siguiente voz que habló fue una que Thomas reconoció a la primera palabra.

—Pero usted destruirá Israel —pronunció Missirian en voz baja.

—Sí.

—¿Y a los estadounidenses?

—Los estadounidenses no tienen la fuerza de carácter de los israelíes. No les queda más alternativa que entregar sus armas, a pesar de toda su bulla. Escuchamos a diario lo que dicen. Ahora actúan en total confusión, pero nuestro contacto nos asegura que al final no tendrán otra opción que acceder.

—También podrían exigir un intercambio —comentó el presidente francés.

—Entonces les pondremos en evidencia su fanfarroneo. Puedo hacer que Israel espere hasta el momento que decidamos. Los Estados Unidos ya no jugarán ningún papel en la política mundial.

Thomas sintió latirle fuertemente el corazón. Retiró el oído de la puerta. Había oído suficiente.

—¿Y si Israel sí lanza en diez minutos como prometieron?

Thomas se detuvo. Una larga pausa.

—Entonces arrasamos Tel Aviv —contestó Fortier.

—∞∞∞∞—

THOMAS VOLVIÓ corriendo al pasillo hacia la bodega. El plan había cambiado. Tenía que avisar a los Estados Unidos antes de que Israel tuviera oportunidad de volver a lanzar misiles. Necesitaba un teléfono. Pero al buscar un teléfono podría encontrar un bolígrafo.

Peligroso, había dicho Justin. Ahora todo era peligroso.

Thomas corrió hacia la puerta de la celda y giró la perilla. Cerrada.

¿Cerrada? Solo unos minutos antes la había abierto desde este lado.

Aumentó la presión en la manilla. Se le propagó calor por el cuello. Retrocedió, lleno de pánico. Carlos debió haber echado la llave al salir.

Thomas se pasó la mano por el cabello y anduvo de un sitio a otro. Esto no era bueno.

¡Necesitaba un teléfono!

Aún estaba en curso la reunión. Thomas subió corriendo las escaleras, de dos en dos peldaños, y atravesó de sopetón la puerta en lo alto. Un solo guardia asustado se quedó mirándolo. Era claro que nunca antes había visto caminar a un muerto.

Thomas lo abatió con un pie en la sien, una rápida patada en voltereta que aterrizó con un horrible ruido sordo. Luego se oyó un crujido mientras el hombre caía sobre la silla metálica plegable que había estado usando.

Thomas no se molestó en cubrir su rastro. No había tiempo. Sin embargo, sí agarró la 9milímetros de la mano del hombre. Al no encontrar una llave de la celda, volaría la puerta de sus goznes. Ruidoso pero eficaz.

Primero el teléfono.

Pasó una ventana y vio al menos una docena de guardias dando vueltas por la entrada, fumando. Notó que eran principalmente militares franceses de alto rango.

No se veía ningún matón en los alrededores. Eso sería una preocupación en unos minutos. Teléfono... ¿dónde estaba el teléfono?

En la pared, naturalmente. Negro y pasado de moda como la mayor parte de artículos en el campo francés. Escarbó en su bolsillo, aliviado de encontrar la tarjeta que Grant le diera en Washington. Al dorso, garabateado en lápiz, la línea directa con la Casa Blanca.

Thomas agarró el auricular y marcó el largo número.

Silencio.

Por un momento temió que las líneas estuvieran muertas. Naturalmente, los franceses monitorizarían todas las llamadas. Comunicarse sería imposible.

De pronto la línea sonó. Luego silbó por un momento. Thomas rogó porque se pudiera conectar.

—Usted se ha comunicado con la Casa Blanca. Por favor, escuche detenidamente, ya que nuestras opciones han cambiado. Presione cero en cualquier momento para hablar con una telefonista...

La mano le temblaba. Cero.

—Casa Blanca —contestó una telefonista después de cuatro timbrazos.

—Habla Thomas Hunter. Estoy en Francia y necesito hablar de inmediato con el presidente.



ENTONCES ESTÁ claro que te equivocaste —manifestó Woref—. Nada de lo que creíste haber visto estuvo nunca allí.

—Puedo jurar que vi al albino meter un objeto debajo de su túnica antes de quedarse dormido —objetó Soren moviendo la cabeza de lado a lado—. Se las arregló para escondernos algo durante nuestro cacheo inicial.

—Pero no hay ningún objeto; eso fue lo que afirmaste. Duerme un poco mientras puedas. Levantamos al ejército en cuatro horas. Déjame solo.

—Sí, señor —respondió Soren inclinando la cabeza, luego salió y dejó solo al comandante en su tienda.

Habían hecho un buen tiempo y se detuvieron para dormir unas horas al final de la noche. Al día siguiente entrarían a la ciudad y recibirían su recompensa por la captura de Thomas de Hunter.

Habían obligado a los albinos a caminar la mayor parte del día, portando sus cadenas, y ellos se habían quedado dormidos casi al instante, según Soren. Aunque Hunter hubiera escondido un arma en los pliegues de su túnica, ahora tenían poco que temer de él. El antes poderoso guerrero era un esqueleto de su antiguo yo. No solo se había despojado de sus carnes saludables al meterse en los estanques rojos, sino que en el proceso había perdido su hombría. Hunter no era más que un roedor enfermo y su única amenaza para las hordas era que extendiera su enfermedad.

Woref se quitó la coraza de cuero endurecido y la colocó en el suelo al lado de su catre. Una lámpara sencilla expelía humo negro. Se pasó la mano por el pecho velludo, se quitó las escamas de piel seca que le habían caído sobre el mandil y se puso una camisa de dormir. Finalmente llegó el día en que llevaría a Chelise a su casa como esposa. El pensamiento hizo que el vientre se le aligerara.

Echó atrás la portezuela de la tienda e ingresó al aire frío de la noche. Habían acampado en una meseta inclinada hacia la selva. Desde este punto estratégico lograba ver todo el ejército, descansando en la noche, algunos en tiendas levantadas a toda prisa, la mayoría alrededor de agujeros con hogueras ardiendo. Habían celebrado con cerveza ligera y carne, ambos manjares superiores a las raciones normales de agua fermentada y fécula.

Los prisioneros yacían al descubierto a veinte metros a la derecha, bajo la guardia

permanente de seis guerreros. Woref resopló y se dirigió a la línea de árboles para hacer sus necesidades.

Una oscuridad más profunda le vino encima al pasar los primeros árboles. Las hordas preferían el día a la noche, principalmente debido a infundadas historias en que los shataikis atraían a los hombres a los árboles para consumirlos vivos. Woref nunca le había dado hasta este momento un segundo pensamiento a tal mito.

Pero ahora, con la negrura presionándole la piel, todas esas historias le bombardearon la mente. Se detuvo y miró los troncos adelante. Se volvió y vio que el campamento dormía en paz como un momento antes.

Woref escupió entre las hojas y se metió más profundo, dejando atrás la relativa seguridad de la meseta. Pero no tan lejos como para perder por completo de vista el campamento.

—Wwrrrreffffffsssss.

Se detuvo, sobresaltado por el sonido de su nombre, susurrado en la noche. Los árboles surgían contra la oscura selva como marcas de carbón. Había imaginado...

—Woreffff.

Agarró la empuñadura de su daga y dio media vuelta.

Nada. Árboles, sí. Un grueso bosque de árboles. Pero ya no veía el campamento. Se había adentrado mucho.

—Estás buscando en la dirección equivocada, hombre malo.

El sonido vino de atrás. Woref no recordaba la última vez que lo había cogido el puño del terror. No se trataba solo de la oscuridad, ni de que susurraran su nombre, ni de que no se viera el campamento. Su horror lo motivaba principalmente la voz.

¡Él conocía esta voz!

Gravilla que se agitaba en el fondo de una cubeta de agua.

Nunca antes había oído realmente la voz del shataiki, pero ahora se daba cuenta, sin volverse a mirar, de que la voz detrás de él pertenecía a una criatura de los mitos.

—No debes asustarte. Vuélvete y mírame. Te gustará lo que veas. Te lo prometo.

Woref mantuvo la mano en la hoja, pero cualquier idea de sacarla había escapado junto con su sentido común. Se volvió.

La erguida criatura en forma de murciélago que se hallaba frente a él, ni a tres metros de distancia, entre dos árboles, era asombrosamente parecida a la serpenteante figura alada de bronce del emblema de las hordas. Esta sin embargo era más grande de lo que afirmaba cualquiera de las historias.

Este era Teeleh.

El murciélago lo traspasó con sus redondos ojos rojos sin pupilas. Cerezas fuera de su órbita. El pelaje era negro y el hocico corría a lo largo de labios sueltos de los que sobresalían colmillos con costras amarillas.

El líder de los shataikis sonrió y sostuvo una fruta roja entre sus diestros y

huesudos dedos.

—¡El mismo! En carne y hueso.

Teeleh hundió los colmillos en la pulpa de la fruta. Jugo mezclado con saliva cayó al suelo de la selva. Pronunció el nombre, hablando mientras se relamía los labios.

—Teeleh.

Woref cerró los ojos por un momento, seguro de que si los mantenía cerrados un buen rato, desaparecería la visión.

—¡Abre los ojos! —ordenó Teeleh con un rugido.

El rostro del encostrado fue sacudido por un aliento caliente y dulce, y al instante abrió los ojos. Estiró la mano hacia el árbol a su derecha para afirmarse.

—¿Son tan débiles todos los humanos? —exigió saber el murciélago.

¿Habrían oído Soren o los demás el grito de Teeleh? Vendrían...

—No. No, no creo que vaya a venir alguien en tu ayuda. Y si crees que necesitas la ayuda de ellos, entonces demostrarás que me he equivocado. He estado preparando al hombre equivocado.

El terror de Woref empezó a desvanecerse. El murciélago no lo había atacado. No lo había mordido. No le había hecho daño de ninguna clase.

—¿Sabes qué es amar, Woref?

Él apenas oyó la pregunta.

—Eres real —expresó el encostrado.

—Amor.

El murciélago dio otro mordisco. Esta vez levantó el hocico, abrió del todo la boca, se metió la fruta en la garganta y se la tragó de un bocado. Cuando bajó la cabeza tenía los ojos cerrados. Los abrió lentamente.

—¿Tienes algo de amor?

Woref no respondió.

—No te importa oírme decir que los humanos me producen náuseas, ¿verdad? Incluso tú, a quien he elegido.

Las hojas de los árboles detrás de Teeleh crujieron y Woref levantó el rostro hacia una enorme cantidad de ojos rojos que brillaban en la oscuridad. El crujido se extendió por la izquierda, a la derecha, y por detrás, y parecía tragárselo.

Un murciélago del tamaño de un perro se posó en el suelo detrás de Teeleh. Ojos brillantes, piel peluda y temblorosa. Luego otro, al lado de él. Y otro. Cayeron como fruta podrida.

—Mis siervos —informó Teeleh—. Ha pasado un buen rato desde que les di permiso de mostrarse. Están muy emocionados. No les hagas caso.

Los murciélagos mantuvieron la distancia, pero lo miraban sin parpadear.

—¿La amas? —inquirió Teeleh.

—¿A Chelise?

—Ah, sí hablas. Pues sí, la hija de Qurong, primogénito entre los humanos que bebieron mi agua. ¿La amas?

—Ella será mi esposa —respondió Woref sintiendo reseca la garganta, la lengua seca como con morst en la boca.

—Esa es la idea, lo sé. ¿Pero la amas? No como yo la amo... no espero que la ames de forma tan exquisita... sino con el amor de un hombre. ¿Sientes por ella una emoción que te llena de poder?

—Sí.

—¿Estaba aquí el shataiki para bendecir la unión de él? Esa podría ser una buena señal.

—¿Y cómo podrías estar seguro de que te corresponderá ese amor que crees sentir por ella?

—Lo haré. ¿Por qué no lo haría?

—Porque ella es humana. Los humanos toman sus propias decisiones respecto de sus lealtades. Eso es lo que los convierte en lo que son.

—Ella me amará —contestó Woref con confianza. ¿O? En realidad él no había considerado otra posibilidad.

—Soy un hombre poderoso que algún día gobernará las hordas. El lugar de una mujer es servir a un hombre como yo. No estoy seguro de que entiendas con quién estás hablando.

—Le estoy hablando al hombre que me debe la vida.

Teeleh tiró al suelo lo que quedaba de su fruta y alrededor del torso envolvió las alas delgadas como el papel. ¿Estaba el shataiki atribuyéndose la ascensión de Woref al poder?

—Sí, ella será atraída por tu poder y tus fuerzas, pero no supongas que te dará su amor. Ella está engañada como el resto de vosotros, pero parece ser más obstinada que la mayoría.

Los shataikis aún no habían hecho ningún movimiento contra él. Era claro que a pesar de su feroz reputación, no querían hacerle daño. Parecía que a Teeleh le preocupaba más el matrimonio de Woref con Chelise que destruir al general.

—No estoy seguro de que esto tenga que ver contigo —objetó él, ganando más confianza.

—Tiene que ver conmigo porque la amo mucho más de lo que te podrías imaginar. Rompí la mente de Tanis y ahora tendré el corazón de su hija.

El temor volvió a cubrir a Woref.

—¿Oyes lo que estoy diciendo? La poseeré. La aplastaré y luego la consumiré, y ella será mía.

—Yo... ¿Cómo...?

—A través de ti.

—¿Me estás pidiendo que la mate? ¡Nunca! He esperado años para hacerla mía.

Aumentó la paz de la noche. Por un buen tiempo la mirada del murciélago atravesó a Woref. Los shataikis se estaban poniendo inquietos, saltando de rama en rama, silbando y chillando.

—Está claro que no entiendes lo que es el amor. Quiero el corazón de ella, no su vida. Si quisiera matarla, usaría a su padre —afirmó Teeleh, luego inclinó la cabeza y por un instante cerró los ojos—. Eres tan desdichado como ella. Todos sois tan ciegos como los murciélagos.

Desplegó las alas y dio un paso adelante.

—Pero tú te ganarás el amor de ella —siguió diciendo la criatura—. No me importa si se lo tienes que sacar a golpes.

Teeleh se acercó lentamente, arrastrando las alas entre las hojas secas. Los brazos de Woref empezaron a temblar. No se podía mover.

—No me importa si lo tienes que sacar a palos; tendrás la lealtad y el amor de ella. No la perderé ante los albinos. Entonces me la darás.

—Nunca te la podría dar —objetó Woref, sin saber de dónde sacó la repentina fortaleza para resistir, pero una rabia ciega se apoderó de él—. ¡Ella nunca te amara!

—Cuando ella te ame, me amará —respondió Teeleh, ahora en voz más alta—. Él intentará obtener el amor de ella, pero ella vendrá a mí. ¡A mí!

Entonces Teeleh se inclinó hacia delante de tal modo que el hocico le quedó a solo centímetros del rostro de Woref. La quijada del murciélago se abrió tanto que lo único que Woref pudo ver fue una larga lengua rosada introduciéndose furtivamente en el boquete que era la garganta del murciélago. Una fetidez nauseabunda y cálida sofocó al encostrado.

Teeleh se retiró y cerró rápidamente la quijada con un fuerte golpe seco.

—Te he mostrado mi poder; ahora te mostraré mi corazón —le manifestó—. Te mostraré mi amor.

Teeleh envolvió las alas alrededor de sí y sonrió perversamente. Lanzando una aguda mirada, saltó al aire, voló entre los árboles y desapareció. Las ramas se sacudían mientras sus esbirros se dispersaban en la oscuridad.

Woref sintió que lágrimas cálidas le corrían por las mejillas. Aún estaba sin poder moverse, mucho menos entender.

Te mostraré mi corazón. Mi amor. Entonces Woref vomitó.



—SÍGUEME —ANUNCIÓ Merton Gains.

Monique lo siguió por un corto pasillo hacia un salón de conferencias en el ala oeste.

—Kara está con él. El presidente está ocupadísimo con la crisis de Oriente Medio y tiene un salón lleno de asesores, pero insistió en que vinieras después de oír a Kara. Solo trátalos con indulgencia. Están muy nerviosos allá adentro.

El salón de conferencias al que entró Monique era bastante grande como para colocar cómodamente sentadas al menos a veinte personas alrededor de una mesa ovalada. Una docena de asesores y militares típicos se hallaban sentados o en pie. Unos pocos hablaban en tonos silenciosos a un lado. Los demás miraban tres enormes pantallas, las cuales informaban de la situación que se desarrollaba en Oriente Medio y en Francia.

—Señor, tengo a Benjamín en la línea.

—Dele paso a la llamada —ordenó el presidente.

El auricular zumbó y él lo levantó.

—Hola, Sr. Primer Ministro. Espero que tenga buenas noticias para mí.

Monique buscó a Kara en el salón. Sus miradas se encontraron y la hermana de Thomas se fue hacia ella.

—Estoy de acuerdo, Isaac, y no necesariamente lo culpo por empujar a esto —estaba diciendo el presidente—. Pero incluso en el más remoto contorno montañoso, usted va a tener bajas. No vemos cómo lo vaya a beneficiar alguna escalada más de violencia.

Otra pausa.

Naturalmente. Entiendo el principio —continuó el presidente, y suspiró—. Es una situación imposible, de acuerdo. Pero aún tenemos tiempo, No arrasemos nuestras ciudades antes de lo debido.

Kara se detuvo a un metro de Monique, con los ojos bien abiertos.

—Desapareciste.

—Mi coche se salió de la carretera.

—¿Resultaste herida?

—No. Solo perdí el conocimiento.

—¿De veras?

¿Por qué esto asombró tanto a Kara?

El presidente había concluido su llamada.

—Estuviste muerta —informó Kara.

—Lo dices en sentido figurado. Mi auto chocó contra un árbol y me di un golpe.

—¿Recuerdas eso? ¿O perdiste el conocimiento antes de que el auto se saliera de la carretera?

Kara tenía razón. Monique no recordaba haber salido volando por el borde.

—Primero perdí el conocimiento.

—Yo estuve allí, Monique. Con Mikil. Soñé como Mikil. Rachelle fue asesinada por las hordas hace trece meses. Creo que, debido a tu conexión única con ella, moriste al morir ella. Creíste ser Rachelle, ¿correcto?

—¿Está Rachelle muerta?

—Hace trece meses.

—Pero yo estoy viva. No estoy segura de entender.

—Te lo explicaré más tarde, pero estoy segura de que estuviste muerta.

—¿Y Thomas?

—Thomas está vivo; al menos, en el desierto. Rachelle lo halló muerto en el campamento de las hordas y lo sanó con el poder de Justin. Tú sabes acerca del poder de Justin, ¿verdad?

—Sí. ¿Y está Thomas vivo aquí?

Kara la miró profundamente.

—Tú estás viva, ¿no es así?

—Perdónenme —terció el presidente—. ¿Están diciendo que Monique murió anoche?

—¿Señor?

Él levantó la mano para hacer callar a su funcionario en jefe.

—¿Monique?

—Sí, creo que ella tiene razón. Sé que parece absurdo, pero si Rachelle murió en la otra realidad, yo habría muerto aquí. Estábamos... conectadas.

—¿Cómo conectadas?

—Creencia. Conocimiento —declaró Monique, y miró a Kara; una pequeña parte de ella aún recordaba a la teniente principal de Thomas, Mikil, del corto tiempo que había vivido como Rachelle.

—Señor, creo que usted debe atender esta llamada —presionó Ron Kreet.

—¿Quién es? —demandó el presidente sin quitar la mirada de Monique.

—Asegura ser Thomas Hunter.

—¿Thomas Hunter? —preguntó el presidente, dando media vuelta.

—¡Yo lo sabía! —susurró Kara—. ¡Las hordas no lo mataron!

—Él asegura tener información crítica para el callejón sin salida que tenían con Israel.

—Póngalo en el altavoz.

El funcionario en jefe pulsó un botón y colocó el auricular en su base.

—Sr. Hunter, tengo al presidente en la línea. Usted está en un teléfono altavoz. Su hermana y Monique de Raison también están aquí.

La línea permaneció en silencio.

—¿Thomas? —expresó el presidente.

—Hola, Sr. Presidente. ¿Entonces Monique está viva?

—Se encuentra exactamente aquí con Kara.

—El libro funciona.

—¿Qué libro? —quiso saber el presidente.

—Lo siento, Sr. Presidente. Kara puede explicárselo después. ¿Escaparon los demás?

—Están a salvo —contestó Kara.

—¿De qué se trata esto? —inquirió el presidente Blair.

—Lo siento, señor —declaró Thomas—. Sé que esto no tiene mucho sentido, pero debe escuchar con sumo cuidado. Los franceses pretenden ofrecer el antivirus a Israel en un intercambio en alta mar en cinco días a partir de ahora. La oferta es verdadera. Si Israel no les hace caso y lanza otro misil, Fortier tomará represalias aniquilando Tel Aviv.

—¿Está usted seguro de esto? —preguntó el presidente sentándose lentamente.

—Sí, señor, así es. También le puedo informar que no tolerarán la existencia de un Estados Unidos posterior al virus. ¿Me puede usted sacar de aquí?

Blair levantó la mirada a un general, quien asintió.

—Dejaré que el general Peter le dé algunas coordenadas. ¿Está usted seguro de poder lograrlo?

—No.

—Le estoy dando el teléfono a Peters —expresó Blair después de hacer una pausa—. Que Dios le ayude, Thomas. Vuelva a nosotros.

—Gracias, señor.

El general levantó el auricular y habló rápidamente, dándole información básica y coordenadas a Thomas para recogerlo en un punto a ochenta kilómetros al sur de París.

—Comuníqueme ahora con el primer ministro israelí —ordenó el presidente a Kreet; luego se dirigió a Monique y Kara—. Creo que merezco una explicación.

Kara miraba al suelo. Levantó una mano y se estiró distraídamente el cabello.

—Debo regresar y decirle a Mikil que él está con las hordas.

—¿Sabes cómo regresar? —preguntó Monique.

—Sí.

—∞∞∞∞—

THOMAS COLGÓ el teléfono y dio dos pasos hacia las escaleras antes de detenerse en seco. Del sótano venían voces. ¡Estaban en las escaleras! Habrían encontrado al guardia. Sin duda, revisaron la celda y descubrieron que él ya no estaba allí.

Thomas salió corriendo hacia la parte de atrás de la casa, por una vieja cocina, sobre un sofá de la sala, hacia una ventana grande. No se veía ningún guardia en el césped trasero. Corrió el pasador.

La ventana se abrió libremente. Thomas saltó a tierra; se hallaba a medio camino del suelo cuando llegó la primera alarma. Una fuerte sirena que lo hizo estremecer.

—¡Un hombre abajo!

Thomas corrió hacia el bosque.

—∞∞∞∞—

CARLOS OYÓ la alarma y se quedó helado en el último escalón. ¿Un intruso? Imposible. Justo el día antes habían desalojado la casa cuando los estadounidenses introdujeron fuerzas especiales en un intento por localizar a Thomas. Habían sabido de la misión por adelantado, naturalmente, y permanecieron fuera el tiempo suficiente para que el equipo se convenciera de que la información de Monique de Raison era errónea.

Ninguna intrusión en este momento podría ser parte de la obra estadounidense. No había habido informe. Siempre cabía la posibilidad de que se hubiera puesto en evidencia el contacto que tenían allí, pero Monique no habría podido decirles quién era su contacto, solo que tenían uno. Y esa fue equivocación de Fortier, no de Carlos.

—¿Señor? —graznó la radio.

—Cerquen el perímetro —ordenó después de liberar la radio de su cintura—. Cubran las salidas. Disparen apenas vean algo.

Dio dos pasos y se detuvo. Un pensamiento le vino a la mente. La herida en el cuello. La herida imposible desde la realidad de la que Thomas afirmaba haber venido. Un pequeño vendaje cubría ahora el pequeño corte.

Carlos retrocedió hacia el sótano y corrió al salón donde mantenían el cadáver. El cuerpo de Thomas Hunter. Atravesó la primera puerta e insertó la llave en la portezuela de la bodega. La abrió y encendió la luz.

Rugió de ira y lanzó las llaves contra la pared. Se habían llevado el cuerpo. ¿Pero cómo pudo un equipo haber traspasado sus defensas, irrumpir en este salón y llevarse el cuerpo en cosa de diez minutos? ¡Menos!

A no ser que este hombre realmente hubiera escapado antes a la muerte. A

menos...

CHELISE DE Qurong salió al balcón del palacio de su padre y miró la procesión que subía por la enlodada calle. Habían capturado más albinos disidentes.

Ella no lograba entender por qué las personas veían en esto un motivo de celebración, pero se amontonaban bastantes en el fondo en la calle, observando, burlándose y riendo como si se tratara de un circo en vez del prelude para una ejecución. Ella comprendía la fascinación natural de ellos por los albinos: parecían más animales que humanos con su cabello brillante y su piel tersa. Como chacales que se habían afeitado el pelaje. Corría un rumor de que tal vez ya ni siquiera fueran humanos.

La bestia de Woref había atrapado a estos chacales. Él hacía desfilar los frutos de su cacería para que todas las mujeres vieran. Chelise no estaba segura de cómo sentirse al respecto. El comandante era un salvaje, pero no necesariamente insoportable. Así se había dicho a sí misma cien veces desde que supiera que él se interesaba en ella.

Ella no se casaría con él, por supuesto. Papá nunca permitiría que su única hija cayera en tales manos.

Por otro lado, no podría ser algo tan malo casarse con un hombre tan poderoso que ejemplificaba todo lo que en realidad era honorable respecto de un ser humano. Todo hombre tenía su lado tierno. Sin duda ella podría domar aun a este monstruo. La tarea hasta podría ser placentera.

Chelise levantó los ojos hacia la ciudad. Casi un millón de personas vivían ahora en esta abarrotada selva; aunque «selva» ya no describía exactamente el gran premio del que las hordas se apoderaran trece meses antes. Al menos no aquí por el lago. Veinte mil casuchas cuadradas fabricadas de piedra y barro se extendían a través de varios kilómetros desde la orilla del lago. El castillo tenía cinco pisos y era la estructura más alta en el dominio de Qurong.

El lamento matutino aún salía del templo, donde los sacerdotes lanzaban sus peroratas acerca del Gran Romance mientras los fieles se bañaban doloridos.

Ella nunca expresaría en voz alta esos pensamientos, por supuesto. Pero sabía que Ciphus y Qurong habían creado su religión en acuerdos motivados más por intereses

políticos que por fe. Conservaban el nombre y muchas de las prácticas del Gran Romance de los habitantes de los bosques, pero también incorporaron muchas de las prácticas de las hordas. En esta religión de ellos había algo para todo el mundo.

No es que eso importara. En primer lugar, Chelise dudaba incluso que existiera un ser llamado Elyon.

Las aguas enlodadas del lago eran consideradas santas. A los fieles se les exigía bañarse en el lago al menos una vez cada semana, una perspectiva que desde el principio aterró a la mayoría de las hordas. Bañarse era una experiencia dolorosa asociada tradicionalmente con castigo, no con limpieza.

No sirvió de nada que Ciphus hubiera drenado el agua roja una semana después de que ahogaran a Justin, y que redirigiera las aguas de manantial dentro de su cuenca... el dolor era dolor, y a ningún encostrado le entusiasmaba el ritual. Pero como decía Ciphus, la religión debe tener su parte de sufrimiento para motivar la fe.

Y bañarse en esas aguas enlodadas no tenía ninguno de los efectos adversos de las aguas rojas. Es más, el ritual del baño estaba actualmente de moda entre la clase alta. Ciphus afirmaba que era necesario adoptar la limpieza, no rehuirla, y esta era una enseñanza que Chelise comenzaba a aceptar.

Ahora se bañaba una vez al día.

—Discúlpeme, ama, pero Qurong la llama.

Chelise miró a su sirvienta, Elison, una menuda mujer con largo cabello negro anudado alrededor de flores amarillas. Narcisos. Adornarse con flores era una práctica de los habitantes del bosque que Chelise adoptó con más placer que quizás cualquier otra. Nunca habían tenido ese lujo en el desierto. Primamente era cada vez más difícil encontrar flores cerca de la ciudad.

—¿Dijo que quería verme? —preguntó Chelise.

—Solo que tiene un regalo para usted.

—¿Dijo qué clase de regalo?

—No, ama —respondió Elison sonriendo—. Pero no creo que se trate de frutas o flores.

—¿La villa? —inquirió Chelise, sintiendo que se le aceleraba el pulso.

Todos sabían que Qurong estaba construyendo una villa para su hija en el complejo amurallado al que llamaban el jardín real, a cinco kilómetros en las afueras de la ciudad. Chelise aún no había visto la villa, ya que Qurong mantenía acordonada la sección donde se construía. Pero ella había estado muchas veces en el complejo, por lo general en la biblioteca para escribir o para leer los libros recopilados en los últimos quince años. El mantenimiento de los jardines y los huertos en expansión estaba a cargo de una cuadrilla de veinte siervos. No había ni una hoja de hierba fuera de lugar. Tal era la belleza, que el mismo Elyon viviría aquí, se decía.

Y Chelise también viviría allí, al lado de la biblioteca donde se aislaría en la

noche a escribir. Tal vez un día descubriría la clave para leer los libros de historias.

—Quizás —contestó la sirvienta guiñando un ojo.

—Rápido, ayúdame a vestirme —exclamó Chelise entrando a toda prisa a la habitación—. ¿Qué debo ponerme?

—Yo sugeriría un vestido blanco...

—¡Con flores rojas! ¿Está él esperando?

—Se reunirá con usted en el patio en unos minutos.

—¿Unos minutos? ¡Entonces debemos darnos prisa!

El palacio lo habían construido de madera con juncos aplanados por paredes y corteza machacada por pisos... un lujo reservado solo para la clase alta. Los habitantes del bosque habían construido sus casas de la misma forma y Qurong había prometido que muy pronto todos vivirían en esas magníficas casas. Sus sencillas moradas de barro solo eran temporales, pues se debieron construir demasiadas casas en muy poco tiempo.

Chelise se despojó de la ropa de cama que la cubría y agarró la larga túnica blanqueada que Alison sacara del armario. El vestido estaba tejido con hebras que los habitantes del bosque habían perfeccionado, lisas y suaves, distintas de las nudosas de la paja del desierto. Los costos de las campañas contra las selvas habían sido sorprendentes, pero Qurong había tenido razón al respecto de los beneficios de conquistarlas.

—Las flores...

—La villa no irá a ninguna parte —la interrumpió Alison soltando la carcajada—. Tómese su tiempo. A veces es mejor hacer esperar a un hombre, aunque sea el máximo líder.

—¿Conoces tan bien a los hombres?

Elison no respondió y Chelise se dio cuenta de que su comentario la había herido mucho. A las sirvientas les estaba prohibido casarse.

—Yo dejaré que te cases, Alison —añadió Chelise sentándose frente al espejo de resina y cogiendo un cepillo—. Te lo prometí, el día que yo me case quedarás en libertad de encontrar a tu propio hombre.

Elison inclinó la cabeza y salió de la habitación para buscar las flores.

La resina del espejo la habían vertido sobre una piedra negra plana que reflejaba los rasgos de la joven como lo haría un estanque de agua negra. Ella metió las cerdas del cepillo en un pequeño tazón de aceite y comenzó a quitar las escamas que le moteaban el cabello oscuro... una tarea interminable que la mayoría de mujeres evitaban usando una capucha.

¿Y cuándo te permitirá Qurong casarte, Chelise? Cuando encuentre un hombre apropiado para ti. Esta es la carga de la realeza. No te puedes casar con el primer hombre apuesto que se acerque a este castillo.

Chelise decidió olvidarse del cepillado y después de todo ponerse la capucha. Metió los dedos en un cuenco grande de polvo blanco de morst y se palmeó el rostro y el cuello donde ya se había aplicado pasta. La variedad regular de pasta empolvada suavizaba la piel secando toda humedad persistente, como el sudor, pero tendía a descascarillarse con la piel. Esta nueva variedad, desarrollada por el alquimista de su padre, constaba de dos aplicaciones separadas: una clara con unguento y luego un polvo blanco de morst que contenía hierbas molidas, que minimizaban eficazmente la descamación. Para las mujeres comunes y corrientes podría estar bien andar por ahí con esas escamas sueltas de piel pegadas a la túnica, pero no era adecuado para la realeza.

Elison volvió con rosas rojas.

—¿Rosas?

—También tengo flores de tuhan —contestó Elison.

Chelise agarró las rosas y sonrió.

Diez minutos después descendieron las escaleras y corrieron hacia el patio. Atravesaron un pasillo abierto techado que subía los cinco pisos y en cuyo centro destacaba un enorme árbol frutal. Fruta dulce, no la amarga podrida que preferían las tribus del desierto, era un botín de la selva del que toda la gente se atiborraba. Chelise se detuvo ante la entrada en forma de arco hacia el patio, miró a Elison y abrió las manos, con las palmas hacia arriba.

—¿Qué tal me veo?

—Está sensacional.

—Gracias.

Se volvió y besó la base de una elevada estatua de bronce de Elyon: una serpiente alada sobre un palo.

—Me siento religiosa hoy —dijo en voz baja y entró al patio.

Qurong se hallaba de pie vestido con una túnica negra al lado de Woref, quien vestía equipo completo de batalla. Detrás de ellos estaban los albinos bajo vigilancia.

La escena eliminó cualquier pensamiento de la villa. Chelise se paró en seco, confundida. ¿Quería Qurong darle de regalo algunos albinos? No, eso no sería posible. El regalo de su padre sería hacer alarde de su pequeña victoria.

Qurong la vio, extendió las manos y sonrió ampliamente.

—Mi hija llega. Una visión de belleza para hacer enorgullecer a su padre.

¿Qué estaba él diciendo? Casi nunca hablaba en términos tan majestuosos.

—Buenos días, padre. Me dijeron que tienes un regalo para mí.

Qurong rio.

—Y así es. Pero primero quiero mostrarte algo —contestó, luego miro a Woref, quien tenía la mirada fija en Chelise—. Enséñaselo, Woref.

El general inclinó la cabeza, dio un paso a un lado y se irguió tan alto como un

pavo real. Dada toda su aterradora reputación, se degradaba con esta demostración de orgullo. ¿Creía él que ella temblaría de respeto por haber capturado a unos cuantos albinos? A estas alturas, ya debía haber eliminado toda la banda de chacales.

Ella miró a las pobres víctimas. Estos pocos eran una burla de...

Algo en el albino de la izquierda la dejó inmóvil. Le parecía vagamente conocido. Imposible, desde luego... los únicos albinos que ella había visto eran los que arrastraban como prisioneros estos últimos meses. Un par de docenas a lo sumo. Este hombre no era uno de ellos. Los ojos verdes de él parecían mirar a través de ella. Desconcertante. Ella apartó la mirada.

Los prisioneros tenían las manos atadas a la espalda y los tobillos encadenados. A no ser por los taparrabos, todos estaban desnudos menos uno... una mujer.

Los habían cubierto de ceniza, pero el sudor la había quitado casi por completo, revelando amplias franjas verticales de piel rolliza.

—¿A que no sabes a quién estás mirando, querida?

—¿Qué es esto? —preguntó una voz detrás de Chelise; mamá había entrado—. ¿Cómo te atreves a traer a mi casa estas inmundas criaturas?

—Cuida tus palabras, esposa —objetó bruscamente Qurong.

Para nadie era un secreto que Patricia gobernaba el castillo, pero Qurong no toleraría ningún atrevimiento en frente de sus hombres.

—Saca por favor a estos albinos de mi casa —pidió Patricia deteniéndose al lado de Chelise y mirando a su esposo.

—Gracias por venir, querida mía. Tu casa estará pronto libre de enfermedad. Primero vosotras dos, por favor, mirad detenidamente y decidme qué veis.

Chelise miró a su madre, quien atravesaba a Qurong con la mirada. Sus ojos eran tan blancos como la luna, pero hoy la luna estaba ardiendo.

—¡Por Elyon, mujer! ¡Verlos no te matará! ¡Míralos! Finalmente la madre de la joven obedeció.

Algo extraño estaba sucediendo con esta ceremoniosa demostración, pero Chelise no sabía qué hacer. Ellos solo eran cinco albinos encadenados, a quienes llevarían a los calabozos y luego los ahogarían. ¿Por qué su padre exhibiría tanto orgullo?

Lo adivinó en el momento en que Qurong habló.

—Miren, hasta el gran Thomas de Hunter no es nada más que un albino encadenado.

¡Thomas de Hunter!

—¿Cuál? —inquirió Patricia.

Pero Chelise ya sabía cuál. Él una vez grandioso comandante de los temidos guardianes del bosque era el hombre que la miraba fijamente. Ella parpadeó y volvió a evitar la mirada. Él la miraba como si la reconociera.

—Llévenselos —pidió Chelise.

—Así que capturaste al líder —comentó su madre—. Esta es una buena noticia, pero su presencia en nuestra casa es desagradable. Estoy segura de que hallarás muchísimos plebeyos que se alegren de tu victoria.

Los músculos de la mandíbula de Qurong se tensaron. Madre lo estaba presionando demasiado.

—No es la victoria de los plebeyos —objetó él con brusquedad—. Es tuya. Y de tu hija.

¿De ella? El rostro de Qurong volvió a sonreír.

—¿De nuestra hija? —preguntó Patricia.

—Sí, de nuestra hija —contestó Qurong, mirando ahora a Chelise—. Hoy estoy anunciando el matrimonio de mi única hija. La madre de la joven lanzó un grito ahogado.

Necesitó un momento para comprender las palabras. Chelise sintió que la mano de Elison le tocaba el codo. ¿Pero qué tenía que ver su matrimonio con estos albinos?

—¿Me debo casar?

—Sí, mi amor.

—Bueno, esa en realidad es una buena noticia —opinó su madre.

—¿Casarme con quién? —cuestionó Chelise, sintiendo una momentánea ola de pánico.

—Con el hombre que realizó la captura, por supuesto —contesto Qurong al tiempo que iba a la izquierda y ponía una mano en el hombro del general—. Con Woref, comandante de mis ejércitos.

¡Woref!

Chelise sintió que se le escapaba el aire de los pulmones. Las manos del general colgaban libres a sus costados... manos grandes, gruesas y con dedos nudosos.

El hombre tenía el doble de la talla de ella. Él levantó una mano y se echó la capucha hacia atrás para dejar ver la cabeza. Sus largos rizos le cayeron sobre los hombros. No podía haber confusión alguna al respecto; este hombre tenía parte de bestia. Pero también era Woref, el hombre más poderoso en las hordas, después de su padre. Y aún ahora sus ojos grises la miraban ávidamente. Con deseo. Este poderoso hombre la quería como esposa.

Cualquier reserva con que Chelise luchara fue más que compensada por su madre, quien corrió hacia el general y se inclinó en una rodilla. Le agarró la mano y se la besó.

—Mi hija es suya, mi señor —le informó, luego se puso de pie tan rápido como pudo y besó a su esposo en la mejilla—. Me has hecho una mujer muy feliz.

Qurong rio.

—Bueno —siguió diciendo Patricia, mirando ahora a Chelise—. ¿No vas a decir algo?

Chelise aún estaba demasiado asombrada para hablar. Su sirvienta le apretó el codo.

—Es una decisión excelente —le susurró Elison. La compasiva voz de la sirvienta llenó de valor a Chelise, quien bajó la cabeza y se inclinó sobre una rodilla.

—Estoy honrada de aceptar este regalo, gran Qurong de las hordas. Me has hecho una mujer muy feliz.

Con esas palabras se le desvaneció la aprensión. Una emoción que nunca antes había conocido le inundó las venas. Se iba a casar con el hombre más poderoso de la tierra. Sería la envidia de toda mujer que aún poseyera el fuego para amar. Estaba a punto de hallar una nueva vida.

Ella oyó que él se le acercaba. Abrió los ojos pero no se atrevió a levantar la cabeza. Las enlodadas botas de batalla se detuvieron a un metro de ella. Luego una rodilla. ¡Se estaba arrodillando!

Ella.

La mano de Woref le tocó la barbilla y con ternura le levantó la cabeza, miró dentro de los ojos grises del individuo. Un temor le recorrió los huesos. ¿Era esto terror o deseo? Woref se inclinó hacia delante y le besó la frente. Le habló suavemente, Pero ella logró sentir la gran emoción en la voz de él.

—Eres mía. Para siempre, eres mía —declaró y luego se puso de pie.

El patio se había quedado totalmente en silencio. Ahora su madre aspiró profundamente. Chelise nunca antes había oído ese sonido de parte de Patricia.

—¿Cuándo se casarán? —preguntó la madre.

—En tres días —respondió Qurong—. El mismo día en que ahogemos a Thomas de Hunter.



THOMAS LA reconoció en el momento en que ella entró al patio. Esta era Chelise, la hija de Qurong, a quien una vez conociera en el desierto después de que la enfermedad se apoderara de él. Thomas la había persuadido de que era un verdugo y ella lo había tratado amablemente enviándolo en su camino con un caballo. Él apenas logró volver al lago para bañarse. Nunca olvidaría el dolor que le produjo ese baño.

Tampoco olvidaría la amabilidad de esta mujer que lo miraba con ojos grises apagados. Ella no lo reconoció.

Ahora él acababa de saber que a ella la estaban dando en matrimonio al encostrado más vil que había conocido. Woref. No estaba seguro de si la muchacha quería a Woref o lo detestaba, pero ella había reaccionado con suficiente pasión como para que a Thomas se le hiciera un nudo en la garganta.

Tanto Chelise como su madre habían usado cantidades generosas de morst para cubrir sus rostros y suavizar las rajaduras en la piel. Thomas pensó que no hacían esto solo por comodidad. Para eso no se habría necesitado tanto. El polvo que ellas usaban realmente les cubría la piel. A su manera, la clase alta de las hordas parecía estar distanciándose de la enfermedad. Al menos las mujeres de la realeza.

De no ser por la armadura de Woref y la capa de Qurong, ambas con fundas en los botones de bronce pulido, adornos y una placa con una serpiente alada en sus pechos, sería imposible distinguir a ambos hombres de cualquier otro encostrado. Llevaban el cabello largo, anudado en rizos, y la piel ajada les caía en pequeñas escamas de sus mejillas y narices. Usaban demasiado morst, pero de la variedad ligeramente empolvada que servía al propósito práctico de mantener seca la piel, si no suave. Al ver lo mejor de las hordas a tan corta distancia, Thomas recordó por qué su gente tenía tanta aversión a los encostrados. La enfermedad por la que Justin se ahogara para la curación era perturbadora hasta en lo más mínimo. Incluso mirar la enfermedad por mucho tiempo era mal visto entre algunas tribus.

Pero Thomas no podía quitar la mirada de Chelise; al principio no supo la razón. Luego comprendió: la compadecía. Él estaba seguro de que esta mujer que una vez lo tratara con tal amabilidad quería ser libre de la enfermedad. ¿O simplemente estaba él imponiendo su voluntad sobre la de la joven?

Cuando Qurong anunció el matrimonio de Chelise, Thomas se encontró rogando en silencio que ella lanzara a gritos sus objeciones. Por un momento pensó que lo haría; entonces ella se puso de rodillas y expresó su agrado, y el corazón de Thomas se derrumbó como una roca.

¿Tan ciega estaba ella? Él se sintió embargado de empatía.

Qurong acababa de decir algo, pero Thomas lo pasó por alto. El espacio estaba en silencio. Chelise lo estaba mirando otra vez. Los ojos de ambos se encontraron.

¿Me reconoces? Él deseó que ella lo hiciera. Elyon te envió una vez a salvarme la vida. Soy el hombre que se hizo pasar por un verdugo frente a tu tienda.

¿Qué había dicho Qurong que rompiera este silencio?

—Bueno, tenemos entonces tres días de preparación —declaró la esposa de Qurong—. No es exactamente mucho tiempo para preparar una boda, pero considerando la ocasión, opino que es mejor temprano que tarde.

Agarró a su hija del brazo y se inclinó ante su esposo y Woref.

—Mis señores —se despidió, luego sacó a Chelise del patio.

Tres días.

—Llévalos al calabozo —ordenó Qurong a Woref—. Aparte de ti, a nadie más que a Ciphus o a mí se le permite hablarles.

—Señor —asintió Woref con una inclinación de cabeza.

Qurong fue hasta donde Thomas y lo examinó con cuidado; levantó la mano y le pellizcó las mejillas.

—Tres días. Estoy tentado a acabar contigo ahora mismo, pero primero intentaré hacerte hablar —declaró, le soltó la mejilla y distraídamente se limpió los dedos en la túnica.

—Hablaré ahora —expresó Thomas.

—¿Así de fácil? —preguntó Qurong mirando a Woref, luego volvió a mirar a Thomas, sonriendo—. Esperaba que el poderoso guerrero fuera más reservado.

—¿Qué quieres saber?

La franqueza de Thomas pareció desconcertar al dirigente.

—Dime las ubicaciones de tus tribus.

—Se han movilizado. No sé dónde están. Qurong miró a Woref.

—Temo que así sea, señor. Las tribus se mueven cuando se las encuentra.

—Huís como una manada de perros —expresó Qurong—. Los grandes guerreros se han convertido en cachorros asustadizos.

—La valentía de mi gente es mayor que la de cualquier hombre que empuña una espada —objetó Thomas—. Podríamos matar con mucha facilidad a tus guerreros, pero esta no es la manera de Justin.

—Justin está muerto, ¡idiota!

—¿De veras? Las hordas están muertas.

—¿Parezco muerto? —cuestionó Qurong dándole una palmada en la mejilla—. ¿Te acaba de abofetear un hombre muerto?

Thomas no respondió. Este hombre lo iba a ahogar en tres días... sin suficiente tiempo para que Mikil preparara un rescate, no con el deber de ella de proteger primero la tribu. Él contaba con sus sueños. Si hubiera alguna manera de cambiar aquí las cosas, esta vendría de sus sueños.

—Ciphus afirma que se volvieron locos. Ahora veo que tiene tazón. Llévenselos a los calabozos —ordenó Qurong mientras daba media vuelta.

Un guardia agarró a Thomas del brazo y lo empujó.

—Además, Woref —continuó el líder, volviéndose—. Aliméntalo con rambután.

¿Lo sabía él?

—No queremos que estos sueños de los que hablaba Martyn interfieran En nuestros planes. Si se niega a comer, mata a uno de los otros prisioneros.

—∞∞∞∞—

WOREF LOS sacó del castillo y los llevó a la calle. Thomas observaba, aún desconcertado por los cambios. Se había acostumbrado al olor de azufre durante el largo viaje a través del desierto, pero la pestilencia casi lo había mareado cuando aún se hallaban a tres kilómetros de la ciudad de las hordas.

Habían cortado miles de árboles a fin de hacer espacio para una ciudad que más parecía un montón de basura que un lugar donde se esperaba que vivieran seres humanos. Le recordó a Thomas imágenes de las historias, barriadas en India, hechas solo de barro en vez de casuchas de latas oxidadas. El lugar estaba infestado de moscas, atraídas por la fetidez.

Miles de encostrados se habían alineado en el camino, dejando gran espacio al grupo de guerreros. Algunos se burlaban en tonos agudos; otros permanecían con los brazos cruzados; todos miraban con ojos desprovistos de emoción. No había manera de saber quiénes habían sido una vez habitantes del bosque. Thomas no reconoció un solo rostro.

Si Thomas no se equivocaba, Qurong había construido su castillo en el mismo claro en que una vez estuviera la casa de Thomas. Las estructuras de madera que habían sido casas para los habitantes del bosque aún permanecían, pero se hallaban en mal estado, y los jardines habían desaparecido.

—¡Moveros!

Caminaron hacia el lago. Las casas que una vez ocuparan Ciphus y su consejo limitaban ahora con estatuas de la serpiente alada. Teeleh.

—El lago...

Un guardia golpeó a William en la cabeza, acallándolo.

Subieron hasta la orilla. El agua roja había desaparecido y la reemplazaba un

líquido turbio. Cientos de encostrados se limpiaban con esponja a lo largo de la orilla. Así que este era el Gran Romance de Ciphus.

Thomas caminaba acompañado del repiqueteo de las cadenas, mudo de incredulidad. Había oído rumores, por supuesto, pero ver la realidad de la devastación del que una vez fuera su hogar, llegó como un sobresalto. Habían convertido las plazoletas que rodeaban el lago en torres de vigilancia. Y en la orilla opuesta, un nuevo templo.

¡Un Thrall!

Se veía casi idéntico al que una vez se levantara en el bosque colorido. La cúpula del techo no brillaba, y los peldaños estaban embarrados debido a un flujo constante de tráfico de gente, pero era una clara reconstrucción del Thrall que había en el centro de la aldea antes de que Tanis cruzara.

—Llévenlos a la cámara más profunda —ordenó Woref, escupiendo a un lado—. No deben hablar con nadie más que con el sumo sacerdote o conmigo. Si escapan, personalmente veré a toda la guardia del templo ahogada.

Dio media vuelta y salió sin volverse a mirar.

Los condujeron hacia el anfiteatro donde juzgaron y sentenciaron a Justin. Pero ahora no había anfiteatro. Había sido rellenado. No, rellenado no, se dio cuenta Thomas. Cubierto. Los llevaron a una entrada que conducía hacia los calabozos donde una vez estuviera el anfiteatro.

Thomas miró a Caín y a Stephen, quienes habían ayudado con esta construcción antes de ahogarse en las aguas rojas. Los dos miraban al frente, con ojos vidriosos.

—La fortaleza de Elyon —pronunció Thomas en voz baja.

O los guardias no lo oyeron o no les importó que él invocara el saludo común. Los mismos encostrados se referían ahora a Teeleh como Elyon, aunque no parecían notar la incongruencia de la práctica.

Los calabozos estaban oscuros y olían a moho. Los albinos fueron conducidos por un largo tramo de escalones de piedra, junto a un húmedo corredor, y los metieron a empujones a una celda de siete metros por siete con barras de bronce. Un simple rayo de luz, de poco más de un cuarto de metro cuadrado, se filtraba por una rejilla de ventilación en el techo.

La puerta se cerró con un estrépito. Los guardias corrieron un grueso pasador dentro de la pared, lo cerraron con una llave y se fueron.

Algo goteaba cerca... una simple gota cada cuatro o cinco segundos, agua, turbia o pura, sería ahora un sabor bienvenido. El lejano chirrido metálico de la puerta externa resonó en las escaleras.

Thomas se puso en cuclillas al lado de un muro y los demás hicieron lo mismo. Habían estado de pie desde que los despertaran en el desierto para a última etapa de su marcha.

Nadie dijo nada durante un interminable minuto. William fue quien rompió el silencio.

—Bueno, estamos perdidos. Esta es nuestra tumba.

No había ligereza en su voz. Nadie se molestó en contradecirlo.

La puerta exterior volvió a chirriar. Pisadas de botas bajaban por las escaleras. Podían oír cualquier aproximación como esa, no es que les diera algún consuelo saber cuándo entraba el verdugo a la mazmorra.

Un nuevo guardia apareció y empujó un contenedor a través de las barras.

—Agua —informó; entonces señaló a Thomas—. Bébela.

Thomas miró a los demás y luego agarró la jarra. Por el olor se dio cuenta que habían mezclado jugo de rambután con el agua, pero no tenía alternativa. Estaba fría y dulce.

Satisfecho, el guardia se retiró sin esperar que los demás bebieran. Ellos vaciaron toda la jarra antes de que se cerrara la puerta exterior.

Una vez más se sentaron en silencio.

—¿Alguna idea? —inquirió Thomas.

—No soñaremos ahora —contestó William.

—Correcto.

—Lo cual significa que no puedes ir a este otro mundo tuyo y rescatar alguna información que nos pudiera ayudar a salir. Como pasó cuando hicimos la pólvora.

—Así es. Estoy atascado aquí. Podría pasar un mes en este calabozo mientras allá solo pasan minutos u horas.

—¿Y qué está sucediendo allá? —indagó William; Thomas se dio cuenta de que el hombre empezaba a creer.

—Estoy durmiendo en un avión después de lograr subir a un helicóptero en el sur de París.

La explicación le ganó una mirada en blanco.

—Tú conoces a la hija de Qurong —intervino Suzan—. Fue ella quien, una vez te dio un caballo.

La mente de Thomas regresó a Chelise, quien se enfrentaba a su propia clase de ejecución sin siquiera saberlo. ¿Por qué esta preocupación de Suzan?

—¿Estás pensando en algo?

—No. Solo que parecía interesada en ti.

—En su muerte, querrás decir —se burló William—. ¡Ella es una encostrada!

—También es una mujer.

—Igual que su madre. La vieja bruja es peor que Qurong.

—Déjala hablar —pidió Thomas; luego miró a Suzan—. Ella es una mujer, ¿qué hay con eso?

—Ella podría pensar de manera distinta a su padre. No con relación a nosotros,

desde luego. Pero podría ser más razonable que Qurong.

—¿Razonable respecto a qué? —inquirió William—. Ella nos vería morir fácilmente tan pronto como su padre lo mandara.

—Razonable respecto de los libros de historias.

—¿Los libros de historia? —indagó Thomas parpadeando a la tenue luz.

—Las hordas aún los tienen, ¿cierto?

—Hasta donde sabemos.

—Y tú tienes conocimiento especial acerca de las historias.

—No veo...

—¿No dijiste que ella estaba fascinada por las historias cuando os conocisteis en el desierto?

De repente Thomas vio adónde iba ella. Se puso de pie lentamente.

—Si logras tener una audiencia con ella —continuó Suzan—, y la persuades de que puedes mostrarle cómo interpretar las historias, ella podría influir en retardar nuestra ejecución. O al menos la tuya.

—¿Pero cómo obtendría yo una audiencia con ella?

—Esto es una locura —objetó William—. ¡Las hordas ni siquiera pueden interpretar los libros de historia!

—No sabemos que no se les pueda enseñar —opinó Thomas—. Suzan podría tener razón.

—¿Y qué conseguiría la demora de nuestra ejecución? —cuestionó William.

—¿Vas a discutirlo todo? —preguntó Thomas—. Aquí no es que estemos precisamente llenos de alternativas. Dale una oportunidad. Luego se dirigió a Suzan. Por otra parte, él tiene razón. Dudo que a un encostrado se le pueda enseñar a interpretar los libros de historias. No logran descifrar la verdad en ellos.

—¿Funcionó el libro en blanco? —indagó ella.

El libro había entrado en la otra realidad. Thomas no les había hablado a sus compañeros de la desaparición del libro.

—Sí. Sí, en realidad sí.

—¿Hay más libros en blanco?

Él no había considerado esta posibilidad.

—No sé.

—Tal vez no logres tener una audiencia con Chelise, pero Ciphus te verá —juzgó Suzan—. Hazle promesas relacionadas con el poder de los libros en blanco.

—No funcionan en esta realidad.

—Promesas, Thomas. Solo promesas.

Entonces Thomas vio claramente todo el plan. Se volvió hacia Caín.

—¿Cómo logro captar la atención de un guardia?



CINCO ENCOSTRADOS totalmente armados introdujeron a Thomas al Thrall por una entrada trasera. Toda la estructura fue construida pensando en el Thrall original. Al no tener madera colorida, Ciphus había usado barro, que luego cubrió con paja seca... al estilo de las hordas. El enorme piso circular en el auditorio, en la cúpula, era verde, también trabajado en paja seca en vez de la resina brillante que en otro tiempo moldearon las manos de hombres inocentes. Cientos de adoradores yacían postrados alrededor de la circunferencia, con solo las cabezas y las manos en el círculo verde.

Era como si estuvieran rindiendo homenaje a este lago verde.

La orientación principal del Thrall original era la enorme estatua de la serpiente alada, la cual se hallaba en lo alto de la cúpula. Una réplica más pequeña colgaba de la cima interior.

Este era el Thrall de Teeleh.

Thomas fue obligado a atravesar el auditorio, entrar a un pasillo y luego a una oficina lateral, donde se hallaba un solo hombre encapuchado con la espalda hacia la puerta, mirando por una ventana pequeña. La puerta se cerró detrás de Thomas.

Permaneció encadenado ante una gran tabla de madera, a la que se podría llamar escritorio, bordeada a cada lado con estatuas de bronce de la serpiente alada.

Ardían velas en dos grandes candeleros, cuyo grasiento humo se elevaba al techo.

El hombre se volvió lentamente. El primer pensamiento de Thomas fue que Ciphus se había convertido en fantasma. El polvo en su rostro era tan blanco como la túnica blanco que usaba, y sus ojos solo un tono más oscuro.

El sumo sacerdote lo miró como un felino, sin emoción, los brazos cruzados dentro de mangas cubiertas que le ocultaban las manos.

—Hola, Thomas.

—Ciphus —contestó Thomas inclinando levemente la cabeza—. Qué bueno verte, viejo amigo.

El sumo sacerdote únicamente lo miró por largo rato y Thomas no quiso volver a hablar. Con determinación jugaría y ganaría este juego.

Ciphus fue hacia un elevado frasco sobre su escritorio y lo agarró del delgado cuello con sus largos dedos blancos. Usaba el mismo polvo que utilizaran Chelise y

su madre, reflexionó Thomas. La piel rajada aún se veía debajo, pero no en la misma forma escamosa que caracterizaba a los llenos de costras.

—¿Bebes? —preguntó el sacerdote vertiendo un líquido verde en un cáliz.

—No, gracias.

—¿Estás seguro? Es jugo de fruta.

—Tenemos fruta, Ciphus. ¿La has probado?

—¿Tus semillas amargas? Que prefieras eso debería ser la primera señal de que has perdido tu juicio. Las aves y los animales comen ansiosamente semillas amargas. Igual que tú —declaró, y sorbió el jugo de fruta.

—¿Sanan también a los animales las semillas que ellos se comen? —inquirió Thomas.

—No. Pero los animales no practican brujería. La cuál es la única clara indicación de que vosotros en realidad no sois animales. ¿Qué sois entonces Thomas? Está claro que ya no sois humanos; una mirada a tu carne es suficiente prueba. Y en realidad no eres un animal como aseguran otros. ¿Qué eres entonces? ¿Um? ¿Nada más que un enemigo de Elyon?

—Somos seguidores de Justin, quien es Elyon.

—Por favor, aquí no —expresó Ciphus con labios demacrados. Estamos en su templo; no permitiré que profieras aquí tal blasfemia. El encostrado bajó con cuidado la copa.

—Solicitaste una audiencia. Supongo que pretendes suplicar por tu vida. Cuando tienes la espada me desafías a mí y a mi consejo, y ahora caes a mis pies cuando te tengo con cadenas, ¿es así?

—No eres tú quien me tiene con cadenas, sino Qurong.

—¿Y dónde está Justin ahora? Yo habría creído que vendría galopando sobre un caballo blanco y trazaría en la arena una línea que te protegiera.

—No puedes seguir fingiendo que no ocurrió nada cuando lo mataste, Ciphus.

—¡Martyn lo mató! —exclamó bruscamente el hombre—. ¡Lo mató tu precioso Johan!

—Y tú se lo permitiste. Johan ha encontrado nueva vida. Tú aún vives en tu muerte.

—Te equivocas. La muerte de Justin demuestra que estás equivocado. Solo un bobalicón podría alguna vez estar convencido de que Elyon moriría. O que podría morir, en realidad. Vives en esta tonta condición tuya debido a tu necedad en seguir la payasada de Justin. Es el juicio de Teeleh contra ti.

—¿El juicio de Teeleh?

—No trates de engañarme —contestó bruscamente Ciphus—. Elyon te ha juzgado.

—Dijiste el juicio de Teeleh.

—Yo nunca expresaría ese nombre en el lugar santo. No pongas palabras en mi boca.

Él no se había oído. No solo estaba ciego a la verdad; estaba sordo. Un hombre a quién compadecer, no odiar.

—Justin está vivo, Ciphus. Un día, tarde o temprano, verás eso. Él no descansará hasta que su novia regrese a él.

—¿De qué tonterías estás hablando? ¿Qué novia?

Así es como él nos llama. Tú. Cualquiera que le acepte la invitación al Gran Romance.

—¿Ahogándose? ¡Qué absurdo!

—Muriendo a esta enfermedad que cuelga de tu piel y te ciega los ojos. Hallando una nueva vida con él.

Ciphus frunció el ceño y caminó a lo largo del escritorio, con las manos en la espalda.

—¿Cómo volviste color café el lago? —preguntó Thomas.

—Drenamos el agua profanada y llenamos el lago con el agua del manantial. Debimos volver al Gran Romance; seguro que lo entiendes. La gente estuvo dos semanas sin bañarse, y solo fue por la gracia de Elyon que no nos castigó por nuestra indiscreción. Una indiscreción que fue tuya, te podría recordar.

—Así que todo volvió a la normalidad. Bañar una enfermedad que permanece.

—La enfermedad está en la mente, no en la piel, necio. Esta última se manifiesta en la secta de ustedes. ¿Cómo la llaman? ¿El Círculo?

—Representa el círculo del matrimonio.

—¿Así que estáis casados con Elyon?

—En cierto modo, sí.

—¿Y cuál es ese modo?

—En el mismo modo en que él es un león, un cordero, un niño o Justin.

Ciphus cerró los ojos y respiró hondo.

—Elyon, dame fuerzas. Puedo ver que insistirás en morir, Thomas. Yo había esperado poderte ayudar a ver con sensatez. De veras. El líder supremo me escucha, tú lo sabes. Yo podría haberlo hecho cambiar.

—Y aún puedes.

—Ahora no. No con tu corazón obstinado.

—No estoy sugiriendo que lo cambies por mi bien —expuso Thomas—, sino por el tuyo.

—¿Um? ¿Es eso cierto? Yo, podría decirse el ser vivo más poderoso en el mundo, ¿necesito tu ayuda? Qué benévolo de tu parte.

—Sí. En todo esto de edificar con barro y chapotear en tu nuevo lago, quizás se te escapó un punto.

—Adelante —incitó Ciphus mirándolo.

—No eres el hombre más poderoso del mundo, aunque podría decirse que deberías serlo. Por desgracia eres un simple títere de Qurong.

—¡Tonterías!

—Te tolera como asunto de conveniencia. Sus motivos son meramente políticos.

—¡Esta charla te hará ganar una ejecución!

—Ya gané la ejecución. Sin duda ves lo que estoy diciendo, Ciphus. Acabo de venir del castillo de Qurong. Él no tiene ni pizca de interés en el Gran Romance. Sabe que someter a su gente a un poder superior solo fortalecerá su poder sobre ellos. Te está utilizando para controlar a su pueblo.

—Siempre ha habido una tensión entre política y religión, ¿de acuerdo? —objetó Ciphus—. Cuando pensabas correctamente, ¿te seguía la gente a ti, o a mí?

—Seguíamos a Elyon. ¡El Gran Romance siempre fue primero! Y ahora has permitido que el monstruo del castillo te ponga en ridículo sometiéndote a sus pies.

Ciphus se quedó inmóvil mientras Thomas hablaba, quizás tanto con temor de que lo oyeran como de que le hubiera tocado alguna fibra. Thomas debía andarse con cuidado.

—¿No? —siguió presionando—. Entonces considera esto: cuando decidiste permitir la ejecución de Justin, yo estaba impotente para detenerte. Tu palabra estaba sobre la mía. Pero si ahora le dices a Qurong que el consejo ha decidido que es necesario derribar su castillo, ¿lo haría él? Creo que en vez de eso derribaría tu Thrall.

—Esto es una charla de tontos. Para mí es un gran privilegio servir al pueblo...

—Quieres decir a Qurong. Eres esclavo de él, Ciphus. Hasta tus ojos ciegos pueden ver eso.

—¿Y crees que eso se puede cambiar? —gritó el sacerdote golpeando la mesa con el puño.

—Bien —asintió Thomas exhalando—. Entonces lo ves. Elyon no será juguete de ningún hombre, ni siquiera de Qurong. ¿Cómo te atreves a dejar hacer del Gran Romance su herramienta? Ha reducido tu gran religión a nada más que ataduras para utilizar la voluntad de su pueblo. Él hace una burla de Elyon. Y de ti.

—¡Basta! —exclamó Ciphus; el hombre había recuperado el control de sí mismo; contrajo la mandíbula y cruzó los brazos—. Esto no tiene sentido. Creo que se te acabó tu tiempo.

—Sí —asintió Thomas. Ciphus miró momentáneamente desprevenido por la rápida afirmación e Thomas. Incluyó la cabeza.

—Sí, yo podría tener una manera de cambiar el desequilibrio del poder entre tú y Qurong.

Los ojos del sacerdote giraron abruptamente hacia la puerta. Parpadeó a toda

prisa.

—Debes salir antes de que me hagas ahogar también.

—Exactamente. Qurong ahogará al sumo sacerdote solo por hablar contra él. Él lo ha tergiversado. Tú deberías tener el poder de ahogarlo por hablar en contra del Gran Romance.

Ciphus no estaba dispuesto a capitular. Él sabía lo peligrosa que era esta conversación, porque sabía que Thomas decía la verdad. Ciphus servía a Qurong. Debía ver la salida a esto antes de insinuar ningún acuerdo.

—Los libros de historia tienen un poder que está detrás de Qurong —continuó Thomas en voz baja—. Estos libros santos podrían restaurar el poder del Gran Romance en su justo lugar. Políticamente hablando. Y con ello, a ti.

—Entonces no lo sabes, ¿verdad? —objetó Ciphus con una sonrisa irónica retorciéndole los labios—. Los libros de historia, que buscabas con tanta desesperación, no son legibles. Aquí falló tu treta.

—Te equivocas. Son legibles y puedo interpretarlos.

—¿De verdad? ¿Has visto alguna vez uno de los libros?

—Sí. Y pude leerlo como si yo mismo lo hubiera escrito.

La sonrisa se desvaneció.

—También sé que hay libros en blanco. Estos contienen un poder que cambiaría todo. Y sé cómo usarlos.

—¿Cómo sabes tanto de los libros en blanco?

Thomas había supuesto que eran más; ahora lo sabía.

—Sé más de lo que posiblemente puedes imaginar. Mi interés en los libros de historias no es tan frívolo como crees. Ahora nos podrían salvar la vida.

—No comprendes cuan atrevidas son estas afirmaciones —objetó Ciphus después de volver a agarrar la copa y beber.

—No tengo nada que perder. Y con lo que propondré, tampoco tú. El hombre vació la copa y la bajó, negándose a hacer contacto visual.

—¿De qué se trata?

—De que me lleves a los libros de historia y me dejes demostrarte su verdad.

—Qurong no lo permitiría. Y si lo hiciera, ¿cómo sé que no usarías este poder contra mí?

—Los libros contienen verdad. No puedo usar la verdad contra la verdad.

—Tú representas la verdad, ¿no es así? ¿He lastimado a algún hombre desde la muerte de Justin? Soy alguien en quien confiar, Ciphus, demente o no.

—Qurong no lo permitirá —expresó el sacerdote mirándolo con cautela.

—Creo que lo hará si se formula adecuadamente la solicitud. Es asunto del Gran Romance. ¿Pero necesitas su permiso?

Un rayo de luz cruzó los ojos del sacerdote. Caminó de un lado al otro,

acariciándose el mentón.

—¿Estás seguro de que puedes interpretar los libros?

—Seguro. Y tengo la seguridad de que no tienes nada que perder al probarme. Si me equivoco, simplemente me devolverás al calabozo. Si no puedo demostrar el poder, harás lo mismo. Pero si tengo razón, juntos cambiaremos la historia.

—¿Y por qué quieres cambiar la historia conmigo?

—No necesariamente. Quiero vivir. Ese es mi precio. Si tengo razón, garantizarás mi supervivencia y la de mis amigos.

Thomas era consciente de que Ciphus probablemente no podría garantizar, o no garantizaría, tal cosa. También era consciente de que quizás no había ningún poder para mostrar a Ciphus. Usar uno de los libros en blanco podría cambiar las cosas en la otra realidad, de por sí, una buena razón para ejecutar este plan, pero los libros serían inútiles aquí.

No importaba. Estos no eran los objetivos principales de Thomas. Él seguía otro hilo. Uno muy delgado, de acuerdo, pero al fin y al cabo un hilo.

—Incluso si me equivoco respecto del poder, la capacidad de interpretar los libros de historia ofrecerá un nuevo poder en sí mismo.

—¿Puedes entonces enseñarme a leerlos?

—No has estado escuchando —respondió Thomas sonriendo—. No tienes idea de lo que tienes en tus manos, ¿verdad? Soy tu sendero hacia el que está exactamente ante ti.

Ciphus levantó su copa, bebió lo último del jugo de fruta, la bajó finalmente y se dirigió a la puerta.

—Vamos entonces.

—¿Ahora?

—¿Qué mejor momento? Tienes razón; no necesito permiso de Qurong. Tengo acceso a la biblioteca. Diré que te estoy llevando allá para sacarte una confesión completa e interrogarte sobre varios escritos que he hallado de tu Círculo.

—Solo te mostraré lo que sé con una condición.

—Sí, lo sé. Tu vida. Primero los libros.

—No, otra condición. Insisto en que esté presente una tercera parte.

—¿Por qué diablos?

—Mi protección. Quiero una parte que atestigüe nuestro acuerdo. Alguien que esté desconectado de tu propia autoridad pero que tenga suficiente autoridad para corroborarlo.

—¡Imposible! ¡Equivaldría a contarle a Qurong que estoy obrando contra él!

—Escoge entonces a alguien que desee ver develados los libros de historia tanto como tú. Sin duda hay alguien a quien Qurong respete tanto para escucharle en caso de que te vuelvas contra mí, pero que no represente una amenaza para ti.

—No lo entiendo. Si muestras este poder a alguien más, ¿qué valor tiene para mí?

—No le mostraré el poder. Solo demostraré que puedo interpretar los libros. Esto será suficiente para esta persona. ¿Qué tal la esposa de Qurong?

—Patricia. Ella simplemente me hundiría un cuchillo en el estómago tan pronto como me bañe en el lago.

—¿Quién entonces está obsesionado con las historias?

—El bibliotecario, Christoph. Pero él apenas es mejor. No veo el valor de esta absurda exigencia. Si debo confiar en ti, entonces tú debes confiar en mí.

—Tú tienes motivos para confiar en mí. Mis acciones nunca te han debilitado. Yo, por otra parte, tengo bastantes razones para dudar de ti.

—Entonces no tenemos acuerdo —objetó Ciphus devolviéndose a su escritorio a grandes zancadas.

—Sin duda, habrá alguien en la corte real que tenga bastante interés en las historias para inclinar un poco las reglas.

—La corte real es una comunidad muy pequeña. Está su esposa, su hija y... —Ciphus se interrumpió y miró a Thomas—. Su hija está bastante obsesionada con las historias.

—¿La que se va a casar con Woref? Chelise. Bueno, no me importa la persona mientras sea imparcial y tenga amor por los libros. No hay riesgo para ti. No le diremos que pretendes derrocar a su padre, solo que has acordado llevar mi caso a Qurong si puedo de veras revelar el conocimiento contenido en los libros. Por consideración a Qurong, te niegas a molestarlo con el asunto hasta que hayas verificado que tengo algo que ofrecer.

—¡No más charlas de derrocamiento! —susurró Ciphus con dureza—. ¡No dije tal cosa! Es estrictamente como dices: Estoy investigando este asunto con toda la intención de motivar la atención de Qurong si encuentro algún mérito.

—Por supuesto. Y podrías sacar a Chelise del salón cuando llegue el momento de mostrarte el poder de los libros. Ciphus frunció el ceño.

—¡Guardias! —llamó.

—¿De acuerdo? —preguntó Thomas.

—Hablaré con ella.

La puerta se abrió unos instantes después y entraron dos guardias. Lleven al prisionero a las mazmorras.



EL ARREGLO era sencillo, aunque un poco sospechoso para Thomas. Chelise había acordado esperarlos en el interior de la biblioteca al anochecer después de que el bibliotecario hubiera dejado de trabajar. ¿Por qué tan tarde? Thomas quiso saber. Ciphus dijo que era porque a menudo Chelise se quedaba en la biblioteca más tiempo que Christoph.

Ciphus utilizó su propia guardia montada para transportar a Thomas encadenado por varios kilómetros de selva hasta un extenso refugio amurallado que era prodigiosamente hermoso. Sensacional, en realidad. En el instante en que pasaron la puerta principal, Thomas se preguntó si no había despertado en sus sueños, rodeado por un jardín botánico en el sur de Francia.

Pero no, se hallaba durmiendo en un avión por sobre el Atlántico. Este espléndido jardín era muy real.

Todo el complejo estaba asentado en una extensa pradera que Thomas recordaba bien. El jardín botánico cercado por arbustos muy bien recortados era nuevo, pero antes estuvo aquí el huerto de árboles frutales. Senderos de piedra formaban círculos perfectos alrededor de seis enormes tramos de césped con un diferente árbol frutal en cada uno. El huerto también era circular, así como el jardín botánico.

Thomas caviló que este era el Círculo de Qurong. En el centro había una estructura de dos pisos hecha de madera fina. Otros tres edificios, que parecían casas de habitación, se alzaban en cada esquina del refugio. Había un cuarto acordonado detrás del jardín.

—La villa que Qurong le dará a Woref y su hija como regalo de bodas —informó Ciphus—. Ella aún no lo sabe.

—¿Y es esa la biblioteca? —quiso saber Thomas, señalando con la cabeza la enorme edificación a la que se acercaban.

—Sí.

Parecía demasiado grande para una biblioteca, mucho menos una construida para contener los libros de historias. Era claro que cualquier cosa que alojara era más valiosa para Qurong que el Gran Romance. Seguramente Ciphus podía verlo ahora. Quizás por primera vez.

Atravesaron grandes puertas dobles hacia un pasillo cubierto, vacío a no ser por

un elaborado escritorio negro tallado y una más de las estatuas de bronce de Teeleh.

—Espere aquí —ordenó Ciphus a su guardia.

—¿Qué pasa con esto? —preguntó Thomas alargando los brazos encadenados. Ciphus titubeó.

—Libérenle los brazos. Déjenle encadenados los pies.

—Gracias —contestó Thomas sobándose las muñecas.

—No me agradezcas nada aún. Camina por delante.

Siguió a Thomas dentro de un salón de dos pisos que parecía antiguo a pesar de su construcción relativamente nueva. Diez enormes escritorios cubrían el suelo, cada uno con su propia lámpara. Las paredes estaban alineadas con libreros, cada uno repleto con rollos y libros empastados. Dos escaleras conducían al segundo piso, donde Thomas vio estantes similares detrás de una barandilla de madera.

Miró alrededor, asombrado por la obra de carpintería. Esto era trabajo de habitantes del bosque. Incluso los libros...

—¿Puedo? —preguntó, dando un paso adelante hacia un librero.

Ciphus no contestó.

Thomas sacó un libro de una de las estanterías. Era de los que él había enseñado a usar a los escribanos del Círculo, con los recuerdos que él tenía de las historias. Corteza machacada atada alrededor de resmas de papel organizado de manera rudimentaria. Abrió el libro. La escritura eran caracteres básicos en cursiva.

Estas son nuestras propias historias, creadas por los escribanos —comentó Ciphus—. A Qurong le complace mucho la historia. Todo está registrado con sumo cuidado, hasta los detalles más triviales. Durante el día todos los escritorios están ocupados por historiadores. Tenemos nuestros propios escribanos del templo para registrar la historia de Elyon desde la Segunda Era.

—¿La Segunda Era?

—El Gran Romance desde nuestra época como uno.

—Entonces reconoces que el Gran Romance cambió.

—Todo cambia —respondió Ciphus.

—El edificio es más grande que este salón —comentó Thomas recorriendo el espacio con la mirada—. ¿Qué hay en el resto?

—Chelise está esperando —expresó Ciphus señalando una puerta en el extremo más lejano.

Thomas rodeó los escritorios, puso la mano en una manilla grande metálica y abrió la puerta. Varias antorchas iluminaban un salón enorme con librerías en línea del suelo al techo. Miles de libros.

Soltó la puerta y entró. Los estantes se elevaban siete metros y eran atendidos por una escalera. Aquí no había escritorios adornados ni candeleras, solo libros, muchos más de los que Thomas se había imaginado.

Libros empastados en cuero.

¿Los libros de historias?

—Estos... ¿qué son estos?

—Los libros de historias, por supuesto.

—¿Tantos? Yo... ¡yo no tenía idea que fueran tantos! ¿Son libros de historias todos estos?

—Una admisión no muy alentadora del hombre que afirma saber todo lo que hay respecto de los libros —manifestó una voz baja a la derecha de Thomas.

Él se volvió. Chelise se hallaba detrás de un escritorio grande, sobre el cual tenía abierto uno de los libros. La joven rodeó el escritorio y camino hacia ellos, con un vestido negro suelto alrededor de los tobillos. Se había echado la capucha para atrás, dejando ver un cabello largo, oscuro y brillante. Asombraba en gran manera el contraste entre el rostro blanco y el pelo negro.

—¿Cree usted que mi padre iba a cargar con todos los libros adondequiera que fuera?

Los ojos de ella examinaron los de Thomas y por un momento creyó que lo pudo haber reconocido.

—No tengo toda la noche —expresó ella mirando a Ciphus—. O este albino sabe algo, o no lo sabe. Podemos dejarlo claro en pocos minutos.

—Los asuntos de historias nunca se establecen con ligereza —informó Ciphus—. Te doy una hora.

—Ahórreme la elocuencia, sacerdote. ¿Puede él interpretarlos o no? —preguntó ella; luego se volvió hacia Thomas—. Demuéstralo.

Thomas aún se hallaba demasiado asombrado para pensar correctamente. Sabía que quizás esta era su única oportunidad de pasar algo de tiempo con los libros.

¿Cuáles eran las posibilidades de encontrar los libros particulares que trataban con el Gran Engaño y la vacuna Raison?

—¿Cuántos hay?

—Muchos —respondió Chelise—. Muchos miles. Thomas se encaminó al salón. La luz de las antorchas irradiaba un débil brillo sobre los lomos de cuero.

—¿Están clasificados?

—¿Cómo clasificar lo que no podemos leer? —objetó Ciphus.

—¿Ni siquiera pueden leer los títulos?

—¿Cómo podríamos? No están en nuestro idioma.

Pero estaban en el idioma común. Thomas miró un libro en la estantería más cercana. Las historias según el segundo de cinco volúmenes. No tenía idea qué significaba, pero pudo leer las palabras con bastante facilidad. Todos habían oído decir que las hordas no podían leer los libros de historias, pero esto parecía un poco ridículo. ¿Estaban sus mentes tan engañadas? Y ahora Ciphus se hallaba entre ellos.

—¿Cree usted que el registro de todo lo que ha sucedido se hallaría en dos o tres libros? —inquirió Chelise.

—No. Solo que no esperaba tantos —contestó; debía encontrar lo que pudiera respecto de la variedad Raison—. ¿Sabe usted si están en algún orden? Me gustaría ver uno que trate del Gran Engaño.

—No, no hay orden —explicó Ciphus—. Los pusieron en el sitio hombres que no leen. Creí que ya habíamos dejado claro eso.

—¿Dónde los encontró Qurong?

Ninguno contestó.

—¿No lo sabe usted? —indagó Thomas mirando a Chelise—. ¿Cómo pudo su padre entrar en posesión de tantos libros sin un registro de dónde los halló?

—El afirma que Elyon se los mostró.

—¿Elyon? ¿O fue Teeleh?

—Cuando yo era más joven él decía Teeleh. Ahora dice Elyon. No sé cuál, y francamente, no me importa. Estoy interesada en lo que dicen, no de dónde vinieron.

—Lo que dicen solo se pude entender al comprender primero de dónde vinieron. Quién los escribió.

—¿Es este tu gran secreto? —objetó Ciphus—. ¿Nos vas a decir que la única forma de interpretar estos libros es a través de tu comprensión de Elyon? No nos hagas perder el tiempo.

—¿Dije que Elyon los escribió?

—¿Sabe usted quién los escribió? —quiso saber Chelise. Él había suscitado algún interés en ella. Habla con cuidado, Thomas. No te puedes dar el lujo de poner a Ciphus contra ti.

—¿Dónde están los libros en blanco?

—¿Los libros en blanco? —preguntó Chelise mirando a Ciphus—. No me interesan los libros en blanco. Puedo leer páginas en blanco tan bien como usted.

Ciphus apartó la mirada.

—Muéstreme entonces el libro que usted tiene abierto —pidió Thomas.

Ella le lanzó una larga mirada, luego se dirigió con garbo hacia el escritorio. Él la siguió con Ciphus a su lado.

Solo él sabía que esta mujer tenía su destino en las manos. Debía hallar una forma de ganarse su confianza. Pero al verla atravesar ligeramente el piso de madera sintió un rayo de esperanza. Suzan había visto algo en los ojos de ella y él también estaba seguro de haberlo visto. Anhelos por la verdad, quizás Chelise rodeó el escritorio y bajó la mano hacia la página abierta. Sus ojos analizaron brevemente la página, luego los levantó hasta toparse con los de él. ¿Cuántas veces había mirado ella con ansia estos libros, preguntándose qué misterios contenían?

—Tengo abierto este —informó ella.

—¿Por qué este?

—Es el primero que miré cuando era niña.

Thomas bajó la mirada a la página abierta. Escritura inglesa. Podía leer perfectamente bien el escrito. Ellos no debían enterarse de que, aparte del libro Las historias escritas por el Amado, y del que había abierto en la tienda de Qurong, este era el primer libro de historia que él también había leído.

—Y si puedo leer este libro, si puedo decirles lo que dice, ¿qué me darán?

—Nada.

—Mi muerte es el regalo de bodas de Woref para usted. ¿No creería usted que la vida del hombre que puede leerle estos libros sería de más provecho que su muerte?

Ella pestañeó.

—¡No tendré parte en esto! —exclamó Ciphus—. No dijiste nada...

—Está bien, Ciphus —tranquilizó Chelise—. Creo que puedo hablar por mí misma. La vida de usted es insignificante para mí. Aunque pudiera leer este libro, lo cual no me ha demostrado, usted no me serviría para nada. No puedo soportar estar en el mismo cuarto con usted suficiente tiempo como para oírle leer o aprender a leer. Años de curiosidad me trajeron aquí esta noche, pero esta será la única vez.

Pareció que hubieran succionado el aire del salón. Thomas no estaba seguro por qué le afectaron las palabras de la muchacha, solo que así fue. Él se había enfrentado antes a la muerte. Aunque esas palabras fueran la sentencia de muerte ante este estúpido plan, el dolor que sintió no era por su propia muerte sino por el rechazo de ella hacia él.

—Ciphus me prometió vivir —anunció él.

—Dije que presentaría tu caso. Será Qurong quien determine tu destino, no Chelise. Eres un necio al pensar otra cosa.

Era al menos una esperanza, pero las palabras sonaron insustanciales.

Thomas asintió y rodeó el escritorio.

—∞∞∞∞—

CHELISE SE dio cuenta de que sus palabras lo habían herido, y lo encontró un poco sorprendente. ¿Qué pudo él haber esperado? Él sabía que era un albino.

Sabía que al desafiar a Qurong se había ganado una sentencia de muerte y sin embargo persistía en desafiar.

Si Ciphus no hubiera estado presente, ella podría haber dicho lo mismo con un poco menos de mordacidad. Aunque era verdad, la puso nerviosa el pensamiento de estar sola por mucho tiempo con un albino. Incluso asqueada.

Ella lo vio rodear el escritorio, alicaído. Pensar que este hombre había desafiado una vez al gran Martyn y hasta a Woref. Ahora no parecía ningún guerrero. Los brazos de él eran fuertes y su pecho musculoso, pero sus ojos eran verdes y su piel...

¿Cómo sería rozar una piel tan suave?

La joven rechazó el pensamiento y se hizo a un lado para que él pasara. Él podría haber agarrado muy fácilmente el libro desde el otro lado del escritorio. En vez de eso se acercó a ella.

Chelise estaba siendo demasiado sensible. Era indudable que él la odiaba, más de lo que ella lo odiaba a él. Y si no era así, él era un necio por malinterpretar la repugnancia de ella hacia la enfermedad de él.

Thomas estiró la mano hacia la página y siguió las palabras en lo alto. El escrito era extraño para ella, pero él leyó en voz alta como si hubiera estado leyendo este lenguaje toda la vida.

—Kevin bajó lentamente por la vía, atraído hacia el enorme roble al final de la calle. Estaba completamente seguro de que se le partía el alma, y saber que su madre no tendría que volver a trabajar no le ayudaba a sanar la herida.

Thomas levantó la mano, pero sus ojos siguieron examinando, leyendo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Chelise.

—Es una historia acerca de un muchacho llamado Kevin.

—¿No de las historias?

—Sí. Sí, es la historia de la vida de Kevin, escrita en forma de relato.

—¿En forma de relato? —dijo Ciphus—. No escribimos historias en forma de relato. Esto es infantil.

—Quizás entonces deberías pensar como un niño para entender —expresó Thomas—. El muchacho acaba de perder a su padre y el seguro de vida no tiene sentido para él.

Chelise no sabía qué quiso él decir con seguro de vida, pero la historia la conmovió. Tal vez algo acerca de la simplicidad, la emoción, hasta de la manera en que el albino leyera la había electrizado.

—¿Cómo es el resto?

—¿El resto? —indagó Thomas, que se hallaba hojeando—. Me llevaría horas leerle el resto.

—¿Cómo sabemos que no estás simplemente inventando esta historia? —cuestionó Ciphus.

—Tendrás que aprender a leer por ti mismo. O usted, Chelise. ¿Y si le enseñara?

—¿Cómo?

—Convirtiéndome en su siervo. Podría enseñarle a leerlas. Todas ellas. ¿Qué más grande humillación podría Qurong echar sobre mí, su más grande enemigo, que encadenarme a un escritorio y obligarme a traducir los libros? Matarme es demasiado fácil.

—¡Basta! —exclamó bruscamente Ciphus—. Ya planteaste eso y es inútil. Por favor, si a usted no le importa, insisto en que nos deje. No dejaré que este hombre

siga soltando sus mentiras. Qurong no lo aprobaría.

Chelise calmó un temblor en sus manos e inclinó la cabeza.

—Entonces saldré.

—Pero antes de hacerlo —asintió Ciphus tranquilizando la voz—, ¿me podría mostrar amablemente dónde han ido a parar los libros en blanco? No están en la estantería donde los vi la última vez.

—Desde luego —asintió ella, yendo hacia la librería donde se hallaban los volúmenes; los había visto solo tres días antes.

—Por aquí. No sé para qué quiere usted libros que han... Ella se detuvo a medio camino a través del salón. El librero estaba vacío, desde el piso al techo, donde cientos de libros habían reposado una vez recogiendo polvo, solo quedaban estantes vacíos.

—Han... —balbuceó ella mirando rápidamente alrededor—. Han desaparecido.

—¿Qué quiere decir con que han desaparecido? No pueden desaparecer.

—Entonces los cambiaron de sitio. Pero los vi solo unos días atrás. No creo que alguien haya estado aquí desde entonces.

—¿Cuántos había? —preguntó Thomas; parecía afligido.

—Cientos. Tal vez mil.

—¿Y sencillamente han... desaparecido?

—¿Dónde podría alguien ocultar tantos libros? —objetó Ciphus. Los dos estaban reaccionando de manera extraña. ¿De qué se trataba esto de los libros en blanco?

—¿Qué significa esto? —preguntó Ciphus a Thomas.

—Sin los libros, el asunto no significa nada —contestó el albino.

—Entonces morirás en tres días —declaró el sacerdote, mirándolo.



—EN REALIDAD no me importa si solo tenemos cuatro horas, Sra. Sumner. En este momento no nos tomamos las cosas con calma —manifestó él dirigiéndose a ella por el altavoz del teléfono.

—Entiendo, Sr. Presidente.

El presidente le había permitido a Kara quedarse en la Casa Blanca, donde ella había observado el caos tan cerca cómo se atrevió, lo cual era principalmente en los pasillos y en el perímetro. A menos que el avión de Thomas llegara en unas cuantas horas, ella estaba fuera de lugar.

El presidente le había pedido que viniera con Monique una hora antes mientras trataban por centésima vez con el asunto del antivirus. Habían estado al teléfono durante los últimos diez minutos con Theresa Sumner. No había nada bueno en lo que ella estaba informando. Lo habitual: ninguna de las noticias que Kara había oído en las últimas veinticuatro horas, desde la llamada telefónica de Thomas, había sido buena. Defensa, inteligencia, salud, interior, seguridad nacional, de todo... todos andaban a ciegas.

Para empeorar el asunto, el líder de la mayoría del Senado Dwight Olsen habría estado detrás de una protesta fuera de la Casa Blanca. Según el último informe, más de cincuenta mil manifestantes habían jurado esperar hasta que la Casa Blanca saliera de su silenciosa vigilia. Esto se había convertido en una reunión espiritual de la clase más extraña. Una cantidad de lúgubres rostros, cabezas rapadas y túnicas, y aquellos que querían tener cabezas rapadas y túnicas.

La víspera habían encendido velas y cantado en voz baja. La creciente multitud era flanqueada por varios cientos de reporteros que se las habían arreglado para hacer de lado el clamor normal por esta espera silenciosa de las autoridades. «Denos algunas noticias, Sr. Presidente. Díganos la verdad».

Al frente se hallaba el gran maestro de ceremonias, el presentador de CNN, el primero en dar a conocer la historia. Mike Orear. Cuando quedaban menos de diez días, él se había convertido en un profeta a los ojos de medio país. Su gentil voz y su aspecto severo se habían convertido en el rostro de la esperanza para todos aquellos cuya religión eran los noticieros, y para muchos que nunca admitirían algo así.

Los periodistas la denominaron una vigilia para que todos los hombres y las

mujeres de toda raza y religión oraran a su Dios y apelarán al presidente de los Estados Unidos, pero cualquiera que observaba más de una hora sabía que simplemente se trataba de una protesta. Calculaban que para la noche la multitud ascendería a doscientos mil. Para mañana, a un millón. Esto se convertía en nada menos que en un peregrinaje final y desesperado, en el nacimiento de los problemas y las esperanzas de las personas.

En la Casa Blanca, donde en este mismo instante el presidente y su gobierno echaban chispas, tratando de apagar mil fuegos y remover mil piedras, estaban desesperados por prevenir el desastre y hallar esa solución evasiva.

Al menos así era como Kara lo veía.

Ella miró a los hombres desaliñados en cuyas manos el mundo se había visto obligado a poner su confianza. El ministro de defensa Grant Myers aún estaba con cara de sueño debido al intercambio nuclear entre Israel y Francia. Habían persuadido a Israel de no atacar y de seguir el juego de ofrecer a Francia un intercambio en alta mar, pero el primer ministro israelí estaba recibiendo una paliza en su propio gabinete por esa decisión. Kara creía que ninguno de ellos sabía acerca de Thomas.

La recomendación de seguirle el juego a Francia se precipitó debido a la información de Thomas Hunter.

Phil Grant, director de la CIA, escuchaba con atención, masajéandose lentamente la piel de la amplia frente. Otro dolor de cabeza, quizás. Dentro de diez minutos se levantaría y tomaría más aspirinas. Kara no estaba segura de qué pensar de Phil Grant.

El director de la oficina manejaba la mayor parte de la comunicación que llegaba al presidente y que salía de él, un flujo continuo de interrupciones que Blair parecía manejar con mentalidad fraccionada. Los demás reunidos allí eran asesores clave.

Kara no se podía imaginar a un hombre más apropiado para tratar con una crisis de esta magnitud que Robert Blair. ¿Cuántas personas podían hacer malabarismos, conservar su compostura general y a la vez mantenerse totalmente humano? No muchos. Ella no creía que un presidente pudiera mudar de verdad la piel política que lo llevara al cargo, pero Blair parecía haberlo hecho. Él era íntegro hasta la médula.

—Necesito a Monique con Thomas, al menos el tiempo suficiente para desenredar este asunto. Estará a disposición total de usted en el momento en que ella esté libre. Jacques de Raison viene en un vuelo desde Bangkok con varias muestras promisorias, como usted sabe. Necesito esas muestras en las manos correctas. En definitiva, no logro pensar en nadie más cualificado para coordinar esto que usted. ¿Está de acuerdo?

—No, Sr. Presidente. Pero estoy agotada —contestó ella; su voz sonó como si estuviera en un tambor—. Y para ser perfectamente sincera, no comparto su optimismo. He hablado con el Sr. de Raison acerca de las muestras y se necesitaría un

mes para analizar...

—¡Me importa un bledo si se necesita un año para analizarlas! ¡Necesito que se haga en cinco días!

Los arrebatos del presidente eran raros pero no asombrosos. Ni siquiera sorprendentes.

—Lo siento —se excusó él, cerró los ojos y respiró hondo para calmarse—. Si usted cree que alguien más está mejor cualificado para manejar esto, dígamelo ahora.

—No, señor. Perdóneme a mí. Sería útil tener aquí a Monique.

—Entiendo —expresó el presidente Blair mirando a Monique.

El día antes habían llevado a Monique a los Laboratorios Genetrix en Baltimora y la genetista había regresado en un vuelo esa mañana para seguir trabajando con Theresa por medio de una consagrada conexión de comunicaciones. Casi todo laboratorio con instalaciones de investigación genética, o relacionado con drogas, se había conectado con Laboratorios Genetrix después de que los Centros para el Control de Enfermedades y la organización Mundial de la Salud habían demostrado ser inadecuados. Un personal de veinticinco investigadores con doctorados en campos relacionados registraba miles de datos y se fijaba en alguno que cumpliera el modelo principal que Farmacéutica Raison había establecido para descubrir un antivirus.

Aunque su antivirus «puerta trasera» había resultado insuficiente, Monique había traído de vuelta con ella una información importante: las manipulaciones del gen que ella había diseñado al crear la vacuna Raison eran al menos una parte del antivirus. Minutos antes le había explicado todo el panorama al presidente. Valborg Svensson nunca la habría conservado viva tanto tiempo como hizo a menos que necesitara la información que ella le proporcionara, concretamente, las manipulaciones genéticas que completaban el antivirus.

—¿Deduzco entonces por sus afirmaciones anteriores que aunque descubramos un antivirus en los próximos cinco días sería un problema fabricar suficiente y distribuirlo? —indagó Blair haciendo girar el cuello y caminando de un lado a otro.

—¿Monique? —exclamó Theresa, dejándole que respondiera.

—Eso depende de la naturaleza del antivirus, pero usted comprende que morirán personas. Aunque hallemos hoy la respuesta, algunas morirán. Individuos aislados, por ejemplo, quienes han decidido vagar por el desierto para encontrar paz.

—Entiendo. Pero tomemos un panorama más amplio. Nuestros mejores cálculos son que los primeros síntomas catastróficos de la variedad Raison se podrían manifestar tan solo en cinco días, ¿correcto?

—Sí, señor.

—Pero podríamos tener hasta diez días. Y la aparición de la enfermedad tardará unos cuantos días más... no todo el mundo fue infectado en los primeros días.

—Una semana para la aparición total... eso es correcto.

—Por tanto podríamos tener más de dos semanas antes de que algunas personas muestren síntomas.

—Quizás. Pero es probable que el período de incubación sea más corto. Podríamos comenzar a ver síntomas en menos de tres días en Bangkok y las otras ciudades.

—¿Y cuánto tiempo tenemos hasta que empiecen a morir personas?

—Los mejores cálculos indican cuarenta y ocho horas desde el comienzo de los síntomas. Pero solo es una conjetura...

—Por supuesto. Todo esto lo es —interrumpió Blair levantando una mano y mirando directamente a Monique—. Si fuéramos a recibir en cinco días el antiviral de parte de Armand Fortier, suponiendo que ese fuera el inicio de los primeros síntomas, ¿podríamos fabricarlo y distribuirlo con suficiente rapidez para salvar a la mayor parte de nuestra población?

—Depende...

—No, Monique, no quiero ningún «depende». Quiero nuestros mejores cálculos.

—Seis mil millones de jeringas... —comenzó a decir ella poniendo los codos sobre la mesa y entrelazando los dedos.

—Tenemos veintiocho plantas en siete países fabricando jeringas en todo el mundo. La Organización Mundial de la Salud suplirá las jeringas solicitadas en caso de que usted tenga éxito.

—Millones que viven en países del Tercer Mundo no tendrán acceso inmediato a esas jeringas.

—Ellos también fueron los últimos en ser infectados. Tendremos todo avión que pueda volar cargado con el antiviral una hora después de haber dado la orden.

Hemos ideado un plan detallado de distribución que en una semana entregará a la mayor parte del mundo un antiviral en una jeringa. Será una carrera, lo sé, pero quiero saber quién la ganará.

—Es probable que un antiviral de acción rápida pueda revertir el virus, si lo administramos en las cuarenta y ocho horas después de los primeros síntomas —contestó ella respirando hondo.

—Por consiguiente, si empezamos con las primeras ciudades, como Nueva York y Bangkok, y en cinco días a partir de ahora inundamos el mercado con un antiviral, tendríamos una posibilidad de salvar a la mayoría. Suponiendo que el virus espere cinco días, sí. La mayor parte. ¿Noventa por ciento? Eso sería la mayor parte, sí.

—¿Sra. Sumner?

—Yo estaría de acuerdo —contestó Theresa por el parlante telefónico.

El presidente se dirigió al extremo del salón, con las manos agarradas a la espalda. Levantó la mirada hacia un televisor que mostraba el desarrollo de un motín

en Yakarta, desatado por la noticia de que el estallido supuestamente controlado en Java en realidad no había sido controlado en absoluto.

—Estamos manteniendo unido al mundo con un hilo —comentó el presidente Blair—. Nuestros barcos están programados para entregar la mayor parte de nuestras armas nucleares en un período de tres días. Nuestra única esperanza de conseguir el antiviral de la Nueva Lealtad es desarmarnos y exponernos a un holocausto nuclear. Aun entonces, no creo que Francia pretenda tratar directamente con nosotros, ni con los israelíes. Les darán lo que tengan a rusos y chinos, pero no a nosotros.

Volvió a mirarlos.

—No podemos tratar con Fortier. Nuestra única esperanza verdadera reposa en ustedes.

La posición del presidente le pareció extrema a Kara, pero ella ya no confiaba en sus propios juicios en cuanto a qué era extremo. Que le constara, su única esperanza no reposaba en Monique, Theresa o alguien de la comunidad científica, sino en Thomas. Debía haber una razón para que todo esto estuviera sucediendo.

—Reúnanse conmigo cuando llegue Thomas —indicó el presidente—. Pueden salir.

Ellas salieron sin decir nada. Ron Kreet le estaba diciendo al presidente que tenía una llamada del premier ruso en dos minutos.

—No parece prometedor —le comentó Kara a Monique mientras caminaban por el pasillo.

—Nunca lo fue. No puedo imaginar que la solución a esto venga desde este extremo.

—¿Este extremo? ¿Thomas?

Monique asintió.

—No estoy afirmando que tenga sentido para mí, pero sí tú estuviste allá, Kara. Es real, ¿no es cierto? Quiero decir, lo sentí muy real cuando lo soñé.

—Tan real como esto. Es como si Thomas fuera una ventana dentro de otra dimensión. Él vive en las dos realidades, y nuestros ojos se abren por medio de su sangre. —Pero me sentí más como Rachelle cuando estuve allí. Monique solo era un sueño para mí.

—Esto no puede ser un sueño —negó Kara, mirando alrededor—. ¿Puede serlo?

Ella no contestó. No necesitaba hacerlo... ambas supieron lo que debían hacer ahora para entenderlo.

—¿Piensas en él? —indagó Kara.

—Todo el tiempo —respondió Monique.

—Probablemente él aún esté durmiendo —comentó Kara mirándose el reloj—. Eso significa que ahora mismo está con las hordas. Si no está soñando con las hordas, no hay forma de decir cuántos días pasarán antes de que despierte.

—En esa realidad.

—Sí.

—¿Cómo dejaría de soñar?

—Las hordas podrían conocer la fruta rambután.

—¡Entonces deberíamos despertarlo ahora! —exclamó Monique pestañeando—.

¿Y si las hordas lo ejecutan?

—No importa si lo despertamos. El tiempo que pasa allá depende de sus sueños allá, no de su despertar aquí. Créeme, tardé dos semanas en comprender eso. Él podría pasar una semana con las hordas en los escasos minutos siguientes que esté soñando en el avión.

Entraron en una pequeña cafetería. Pronto estará aquí —manifestó Kara—. Esperemos que tenga algunas respuestas.

WOREF SE paró ante Qurong en la cámara del consejo, escuchando al anciano echar chispas acerca de los libros de historias. Esa mañana, el bibliotecario, Christoph, informó que esos libros habían desaparecido. Los escribanos habían revuelto todo buscándolos, pero sin éxito.

—¿Cómo pueden mil volúmenes desaparecer así sin más en el aire? —refunfuñó Qurong—. Quiero hallarlos. No me importa si tienen que buscar en todas las casas de la ciudad.

—Lo haremos, su alteza. Pero ahora tengo otros asuntos.

—¿Qué otros asuntos? ¿Son más urgentes tus asuntos que los míos?

El necio vejete no podía mantener un pensamiento fijo por más de unos cuantos minutos. Su obsesión con estos libros estaba interfiriendo con asuntos más importantes; sin duda él lo sabía.

Una imagen de Teeleh relampagueó en la mente de Woref, y él apretó la mandíbula. Había decidido rechazar a la bestia. Poseería a Chelise, sí. Y la amaría como él sabía amar. Ella sería suya y si se le resistía usaría cualquier forma de persuasión adecuada en el momento. Pero Teeleh habló de amor como si fuera una fuerza aplastante. El pensamiento le produjo náuseas.

—Tengo una boda mañana.

—¿Y tienen tus bodas prioridad sobre mis libros? ¿Esperas que yo asista en este estado a la boda de mi propia hija?

—No, señor. Nunca —contestó el general, por cuyo corazón corrió un rayo de ira al comprender que Qurong podría posponer la boda por un asunto trivial como este.

—Esto tiene prioridad —declaró Qurong andando de un lado a otro refunfuñando—. Nada sucederá hasta que hallemos los libros.

—Señor, me atrevo a sugerir que tal vez a su esposa no le parezca muy comprensivo un aplazamiento...

—Mi esposa hará lo que yo diga. Se trata de ti, Woref. Tu encendida pasión compromete tu propia lealtad a tu rey. Has estado acosando por años a mi hija y, cuando finalmente te la entrego, ¡de inmediato cuestionas mi autoridad! Debería olvidarme de todo el asunto.

Woref reprimió su furia. Tomaré a tu hija. Y luego tomaré tu reino.

Las palabras de Teeleh susurraron en su memoria. La haré mía.

—Usted tiene mi lealtad eterna, mi rey. Suspenderé nuestra búsqueda de los albinos restantes y personalmente me encargaré de encontrar sus libros.

En vez de expresar la debida ansiedad ante la sugerencia de Woref de hacer una pausa en la campaña militar, Qurong estuvo de acuerdo.

—Bueno. Revuelve cada piedra. Eso es todo —ordenó, recogió su copa y se alejó, dejando a Woref en un ligero estado de shock.

Qurong se detuvo en la puerta como si de pronto se le acabara de ocurrir algo.

—¿Quieres casarte con mi hija? Entonces empieza con ella. Nadie conoce la biblioteca como ella —manifestó, se volvió y miró cuidadosamente a Woref—. Veremos si tienes las habilidades necesarias para domar a una moza. Ella está en su cámara.

Woref tembló de ira. ¿Cómo podía un padre hablar de tal manera respecto de la mujer que iba a ser suya? Una novia tan preciosa, que conserva su belleza natural, que descansa en este mismo instante en su habitación mientras su propio padre la difama.

Teeleh, sí. ¡Pero el padre!

Woref puso la mano sobre la mesa para calmarse. El día de atravesar una daga por el vientre de Qurong llegaría más pronto de lo que cualquiera se podría imaginar.

Estás enojado porque Qurong es siervo de Teeleh y ahora sabes que tú también lo eres.

Hizo rechinar las muelas y resopló. Sí, era cierto, y se despreció por eso. Woref atravesó el salón, entró al pasillo cubierto y miró las escaleras que subían de piso en piso, hasta el quinto, donde esperaba en silencio, la cámara de Chelise. El hombre miró alrededor, vio que se hallaba solo, y salió corriendo hacia las escaleras.

El deseo le hervía en el vientre. No tocaría a Chelise, naturalmente. En ese sentido él para nada era como Qurong. Y nunca le haría daño a ella. ¡Qurong golpeaba a su esposa! No era apropiado en la realeza. Sea como sea, Woref no podría lastimar a su tierna novia.

Pero también...

No. Solo quería verla. Mirarle el rostro, sabiendo que mañana la iba a poseer. Él nunca había estado en el quinto piso, mucho menos en la habitación de ella. Pero ahora Qurong le había dado permiso. Los libros. No olvidaría preguntarle por los libros.

Trepó rápidamente, temiendo que en cualquier momento saliera la esposa de Qurong y le exigiera irse. Se haría como dijera Patricia. Un día también tendría que silenciarla.

Quizás la tome como segunda esposa. Era una mujer que a él le gustaría golpear. Pero no a la hija. Nunca a Chelise.

Se paró ante la puerta y tocó suavemente.

—Adelante.

Woref abrió la puerta. La joven se hallaba sentada sobre la cama con su sirvienta. Los ojos de ambas centellearon con sorpresa.

—Discúlpame —expresó él inclinando la cabeza—. Temo que Qurong insistió en que hablara de inmediato contigo.

—Entonces usted debió enviar a que una criada me buscara —contestó Chelise.

—Él insistió en que viniera. Es un asunto de grave importancia —declaró, y miró a la criada—. Déjenos solos.

La mujer miró a Chelise y, al no objetar ella, se retiró.

Woref cerró la puerta y miró a su novia, quien ahora estaba de pie al lado de la cama. Tenía blanca y hermosa la piel. No tan blanca como cuando llevaba puesto el morst, pero él la prefería de este modo. La fragancia de piel sin tratar, lo agitaba de una forma que solo entendería un verdadero guerrero. Los ojos de ella eran blancos, como lunas gemelas. Tenía la boca redonda y el cuerpo esbelto en la larga y suelta túnica.

Nunca había visto una criatura tan hermosa.

—¿De qué se trata? —exigió saber la joven.

Él se acercó a ella, cuidando de no parecer muy ansioso.

—Qurong está preocupado acerca de algunos libros que han desaparecido de la biblioteca —anunció Woref—. Él cree que tú podrías ayudarnos a encontrarlos.

—¿Qué libros?

—Los libros de historias en blanco.

—¿Han desaparecido?

—Todos.

—¿Cómo es posible eso? ¡Hay demasiados!

Woref se acercó más. Ahora podía olerle el aliento, la fragancia de almizcle del amor.

—Por favor, no se acerque más —pidió ella.

Él se detuvo, sorprendido por la petición.

—No fue mi intención ofenderte.

—De ninguna manera. Pero aún no estamos casados.

—Eres mía por compromiso matrimonial. Estaremos casados.

—Mañana.

Lo irritó el tono con que Chelise lo dijo. Era como si ella estuviera insistiendo en mañana en vez de ahora. Como si pudiera esperar disfrutar un último día separada de él. ¿No lo ansiaba ella como él la deseaba?

—Sí, desde luego —contestó él apoyándose en el otro pie.

—¿Qué tengo que ver con esto? —preguntó ella.

Aumentó la irritación de Woref. Habló rápidamente para cubrir su bochorno.

—Parece que tu padre cree que podrías saber algo respecto de los libros. Has pasado más tiempo en la biblioteca incluso que él.

—No tengo idea de qué les pudo haber pasado a esos libros. No veo por qué lo ha enviado a interrogarme acerca de sus asuntos. No se permiten hombres en este piso. Mamá no lo aprobaría.

—No creo que comprendas la importancia de esto para el líder Supremo. Y no veo qué tiene que ver la opinión de tu madre, sobre mi llegada aquí, con que te ofendas. Me fuiste dada a mí, no a ella.

—Dígale a mi padre que no sé nada respecto de los libros y yo le diré a mi madre que usted desapruera sus reglas.

—Las reglas de ella no significarán nada mañana. Viviremos por mis reglas. Nuestras reglas.

—Usted pudo haber ganado mi mano, Woref —objetó ella sonriendo—. No lo discuto. Pero también tendrá que ganarse mi corazón, Podría empezar enterándose de que soy hija de mi madre. Ahora puede salir.

Woref no estaba seguro de haberla oído correctamente. ¿Estaba ella provocándolo? ¿Tentándolo? ¿Rogándole que la sometiera?

—La situación es más grave de lo que podrías comprender —afirmó él, decidido a probarla acercándosele más—. Qurong pospondrá nuestra boda hasta que se encuentren los libros.

Ella volvió a sonreír. Esta vez él estaba seguro de que se trató de una risa tentadora. Sintió que la mente se le mareaba de deseo. Se acercó otro paso, suficientemente cerca para tocarla.

—Posponer nuestra boda podría ser prudente. Le daría tiempo a usted de aprender a respetar los deseos de una mujer.

La visión de Woref se ensombreció. ¿Cómo se atrevía ella a conspirar con Qurong para retener lo que le pertenecía! Ella seguía burlándose de él con esta sonrisa, a gusto, rechazándolo.

Él hizo oscilar la mano sin pensar. La golpeó contra la mejilla de ella con un fuerte chasquido. Ella gimió y salió volando de espaldas sobre la cama.

—¡Nunca! —rugió él.

—∞∞∞∞—

EL ASOMBRO al ser golpeada fue mayor que el dolor. Chelise era consciente de que había estado jugando con las emociones de Woref, pero no más de lo que había hecho antes un centenar de veces con otros hombres. En realidad había descubierto que era excitante la presencia del general en su habitación. Naturalmente no tendría nada que ver con someterse bajo sus manos... ¿qué clase de señal enviaría eso? Él creería que

ella no era más que una muñeca que podría arrojar a su capricho hasta que se cansara por completo de ella. Mamá le había dicho exactamente lo mismo anoche. Chelise giró hacia él, horrorizada. Woref temblaba de pies a cabeza.

—¡Nunca! —volvió a rugir.

Ella se hallaba demasiado asombrada para pensar correctamente. ¡La había golpeado!

Súbitamente se dibujó en el rostro de Woref la comprensión de lo que acababa de hacer. Regresó a mirar la puerta, y cuando volvió a mirar a la muchacha tenía los ojos embargados con temor.

—¿Qué he hecho? —manifestó él, y alargó la mano hacia ella—. Mi preciosa...

—¡Aléjese de mí! —gritó ella, estirando la mano hacia un lado; rodó en la cama y se puso de pie en el lado opuesto—. ¡No se me acerque!

—No, no, no quise lastimarte —rogó él caminando rápidamente alrededor de la cama, presa del pánico.

—¡Atrás!

—Te lo ruego, ¡perdóname! —suplicó, dejándose caer sobre una rodilla.

—¡Deje de implorar! ¡Póngase de pie! —Él se levantó.

—¡Cómo se atreve a golpearme! ¿Espera usted que me case con un bruto? ¡Yo estaba jugando con usted!

La espantosa equivocación de él quedó patente de manera definitiva y terrible. Se agarró la cabeza con ambas manos y se fue hasta el pie de la cama. El repentino poder de ella sobre él no lo había abandonado. Le dolía la mandíbula. Ella no se casaría con este hombre hasta enderezar algunas cosas entre ellos, pero en general él le había dado su regalo más grande. Le había descubierto su debilidad.

—¿Cómo me puedo casar con un hombre como usted? —inquirió ella.

—Cualquier cosa —expresó él, girando otra vez—. Juro que te daré cualquier cosa.

—Me dará hoy cualquier cosa, ¿y luego me quitará mañana la vida en un ataque de ira? ¿Parezco tonta?

—No, querida mía. Lo juro, nunca más. Mi honor como el más grande general de esta tierra está en tus manos.

—Una palabra a mi madre y usted lo perdería todo.

—Y pasar una eternidad sufriendo por el temor de perderte en un momento. No soporto la idea de demorar nuestra boda, ni siquiera un día.

Ella le había vuelto la espalda y miraba por la ventana, sorprendida por la satisfacción que sintió al verlo postrarse. Despojado de su rango era un simple hombre, motivado por pasión y temor. Quizás más malvado que la mayoría. Pero aún deshecho por su deseo hacia una mujer.

Ella usaría esto para su ventaja. La realidad era que hoy tenía en la mente más que

su boda mañana. Pensamientos de los libros de historias le habían colmado los sueños y la habían despertado temprano ese día. Su anhelo de entender los misterios ocultos en esas páginas era más grande que cualquier deseo que ella hubiera conocido.

Chelise enfrentó a Woref, quien se había recuperado de sus súplicas y la contemplaba con algo que parecía más desprecio que remordimiento.

—Um. ¿Me dará lo que yo quiera?

—Cualquier cosa que esté en mi poder. Debo tener tu amor. Lo que sea.

—Entonces le dirá a mi padre que la boda se deberá retrasar hasta que se hallen los libros en blanco... los dos insistiremos. El rostro de él se ensombreció.

—Ese es el precio por su falta de control. Si quiere ganar mi amor, puede empezar por mostrarme que es un hombre que puede castigar y ser castigado.

—Como quieras —asintió él bajando la cabeza.

—Y además quiero también un regalo de su parte.

—Sí, por supuesto. Lo que sea.

—Quiero un nuevo criado.

—Te daré diez.

—No solo cualquier criado. Quiero al albino. Thomas de Hunter. Ella le podría haber lanzado agua en el rostro.

—Eso es imposible.

—¿Lo es? Extraño, sí. Desagradable, sin duda. Pero he oído que este hombre puede interpretar los libros de historias. ¿Pretende usted ejecutar al único hombre que puede cumplir mi sueño de revelarme los libros? Su muerte no solo me afrentaría sino que sería demasiado honorable para él. Mejor es mantenerlo encadenado a un escritorio como esclavo. El pueblo se lo agradecería a usted.

Ella había tomado la decisión de manera impulsiva, exactamente ahora motivada tanto por un rencor como por lo que Thomas podría brindarle. Que ella supiera, él solo pretendía leer de los libros para prolongarse la vida.

—Qurong nunca permitiría que un albino viviera en este castillo —declaró él, con menos convicción de la debida.

—No vivirá en este castillo. Vivirá en el jardín real. En el sótano de la biblioteca, bajo mi supervisión. Si él puede leer los libros, mi padre estará de acuerdo.

A Woref no le gustó la idea, pero efectivamente ella lo tenía agarrado de los tobillos. Había cierta lógica en toda la idea.

—Ciphus no estará de acuerdo.

—Ciphus no es tonto. Verá mi razonamiento.

¿Y qué hay de ti, Woref? ¿Eres un tonto?

—Considérelo un regalo anticipado de bodas —siguió diciendo Chelise antes de que él cavilara demasiado sobre la insinuación de ella—. Estoy pidiendo a Thomas de Hunter encadenado, un regalo más apropiado para mí que su cabeza en una bandeja.

El solamente la miraba.

—Usted dijo: «Cualquier cosa». ¿Le asusta Thomas de Hunter? Una mirada de desprecio le cruzó el rostro a Woref. Ella había ido demasiado lejos. Él se volvió y salió de la habitación.

# 16

EL CALABOZO muy bien podría ser la parte más limpia de toda la ciudad. Lo habían discutido extensamente y decidieron que, a causa del hedor que se filtraba de todo encostrado vivo, este hoyo profundo en la tierra era uno de los mejores lugares en el cual estar. Era preferible el olor a humedad de la tierra y las rocas. En realidad, de lo más celestial, declaró Caín.

—Yo lo sabía —manifestó Suzan, caminando al lado de un muro.

—La cuestión es si nos van a ejecutar —expresó William. Thomas miró a sus compañeros, rabiando porque aún no se hubiera decidido el destino de ellos.

—Haré todo lo que esté en mi poder para que salgamos.

—¿Y qué poder es ese? —investigó William.

Se lo habían hecho saber menos de cinco minutos antes por intermedio de un guardia del templo.

—Parece que la muerte es demasiado honorable para ustedes —les informó el guardia con una sonrisita de complacencia—. El poderoso guerrero es ahora un esclavo, ¿no es así? Mejor lamer los pies de su conquistador que terminar con una espada.

El guardia se volvió a reír.

—Pasarán por usted en diez minutos. Despídase de sus amigos.

—¿Adónde voy? —preguntó Thomas.

—Adondequiera que Qurong desee. Hoy a la biblioteca real. Parece que necesitan un traductor.

—¿Y nosotros? —interrogó William.

—Ustedes son un regalo para la boda —contestó el hombre sonriendo y dando la vuelta para salir; luego musitó mientras salía—. Por desgracia la boda se ha aplazado. Ahora ellos esperaban.

—El mismo poder que él utilizó para ganarse la lealtad de ella —le dijo Suzan a William.

—No estés tan segura. ¡Está tan claro que ella es una serpiente mentirosa como que ante sus ojos somos salamandras! —exclamó William escupiendo a un lado—. Preferiría morir antes de servir a la mesa de Qurong.

—No creo que sea a la mesa de él —objetó Suzan—. Sino a la de su hija. La treta

de Thomas funcionó. Los libros de historias podrían salvar nuestro pellejo antes de que esto termine.

—¡La mesa de su hija sería peor! No hay nada tan repugnante como una mujer encostrada.

—Coincido con William —terció Caín—. Preferiría servir a la mesa de Qurong que a la de su esposa o su hija. Es mejor enfrentarse a la espada de un guerrero que a las lenguas mentirosas de esas mujeres.

—Quieres decir lenguas podridas, ¿no es verdad? Se pueden oler cuando vienen...

—¡Basta! —exclamó Thomas—. Me estáis dando asco. No es culpa de ellas que apesten.

—Si escogieran el ahogamiento, no apestarían; ¿cómo puedes decir que no es culpa de ellas?

—Está bien, es su culpa. Pero apenas lo comprenden. Estas son las personas a las que Justin está cortejando.

—Nosotros somos su novia —afirmó William—. No estas ramera.

A Thomas le desconcertó que William usara esta palabra. Una vez había sido una expresión común para él, pero no desde el ahogamiento.

—Estaríamos tremendamente agradecidos si pudieras convencer a esta ramera de que nos salve la vida —expresó Suzan mirando a William—. ¿Tienes un plan?

Thomas fue hasta el rincón de la celda y volvió.

—Imagino que lo podrías llamar así. Soñaré si logro evitar el jugo de rambután. Si sueño, despertaré en las historias y le diré a mi hermana cómo atacarnos.

—Tu hermana, Kara, quien también era Mikil en la reunión del consejo —manifestó William con una ceja arqueada—. ¿Estás poniendo nuestras vidas en manos de un personaje de tus sueños?

—No, en las de Mikil —contradijo Thomas—. A menos que tengas un plan mejor.

Lo miraron en silencio. Así era; no había más planes.

—Bueno, Thomas de Hunter. Por lo pronto pondré mi confianza en ti —expuso finalmente Caín yendo hacia Thomas y agarrándole los antebrazos para formar un círculo entre ellos, el tratamiento común—. Esto no tiene sentido para mí, pero siempre nos has dirigido por el sendero correcto. La fortaleza de Elyon.

—La fortaleza de Elyon.

Thomas repitió el apretón con cada uno.

—Ten cuidado, amigo mío —advirtió William—. No dejes que la enfermedad te manipule la mente. Si yo fuera Teeleh no vería victoria más grandiosa que atraer al gran Thomas de Hunter a la senda de Tanis.

Thomas le agarró los brazos. Ellos nunca habían visto que nadie del Círculo

volviera otra vez a tener la enfermedad después de ahogarse... ni siquiera estaban seguros de que esto fuera posible. Pero algunas de las palabras de Las historias escritas por el Amado sugerían que era posible. El libro decía: Permaneced en mí, y yo permaneceré en vosotros. No sabían exactamente qué significaba esto, pero creían que lo opuesto también era cierto. La advertencia de William era buena.

—La fortaleza de Elyon.

—La fortaleza de Elyon.

—∞∞∞∞—

—¿DÓNDE ESTÁ ahora? —exigió saber Woref.

—Encerrado en el sótano —respondió Ciphus—. Como acordamos. Qurong se hallaba en lo alto de las escaleras que llevaban al baño real. Habían construido el edificio del baño en la base del Thrall, lejos de las curiosas miradas de los plebeyos. Solo a la familia real, a los generales y sus esposas, y a los sacerdotes se les permitía bañarse en la casa de piedra.

—¿Y Chelise?

—Fue tu propia recomendación —recordó Qurong, mirando al general—. ¿Estás ahora preocupado como una mujer?

—Solo estoy preocupado por proteger lo que es mío —contestó Woref bajando la cabeza.

—¿Es tuya mi hija? No recuerdo una boda. Lo que sí recuerdo es que no habrá una a menos que se encuentren los libros.

—Por supuesto. Pero este hombre no es alguien común y corriente. No confío en él.

—Yo tampoco. Por eso lo quería muerto. Aunque debo admitir que esta idea tuya me gusta cada vez más —declaró, sonriendo irónicamente.

Qurong abrió su túnica y la dejó caer al suelo. Alrededor del perímetro se levantaba vapor de las piedras calientes que los criados habían puesto dentro del estanque. Él detestaba bañarse, no solo por el ardor sino porque le recordaba la pena de muerte. Ahogamiento. El Gran Romance era una forma brillante de mantener a la gente en su lugar, pero debería haber una excepción para la realeza.

—Solo me preocupa la seguridad de su hija, mi señor.

—Ella tiene su guardia. El albino está encerrado bajo llave. Si yo no lo supiera bien, diría que estás celoso, Woref.

—Por favor, mi señor, no me insulte.

Qurong bajó los escalones y entró a la plataforma del baño. Metió un pie en el agua y luego lo sacó. Esta práctica terrible lo iba a matar.

—¿Y tú, Ciphus? ¿Qué dices?

—Afirmo lo que ya dije. Para mantener a tu cautivo a raya se necesita una mano

más fuerte que para matarlo.

—Entonces concuerdas en que requiere una mano más fuerte.

—Los albinos no creen en la espada, si eso es lo que quieres decir —contestó el sumo sacerdote aclarándose la garganta—. Ni siquiera Thomas de Hunter lastimaría a tu hija. Pero podría tratar de escapar.

—¿Existe alguna manera de escapar de la biblioteca?

—Eso tienes que preguntárselo a Woref.

—Muy bien entonces, ¿Woref?

—Siempre hay una vía de escape.

—¿Sin violencia?

Titubeó.

—¿Bien?

—No, no que se me ocurra.

—¿Por qué entonces te preocupas? No has hallado los libros. A mí me preocuparía eso.

—Entonces solicitaría que tan pronto como me haya casado con su hija me permita matar a Thomas de Hunter —pidió Woref.

—Creí que eso era lo acordado. Woref miró a Ciphus, quien habló.

—En realidad, creo que se supone que Thomas sirva indefinidamente, mientras demuestre ser útil en traducir los libros de historias. Esa es una tarea de mucho beneficio para el Gran Romance.

—No estoy interesado en una traducción hecha por mi enemigo. No sería confiable. Si él puede enseñar a Chelise a leer los libros, le dejaré terminar su tarea antes de matarlo. O si no morirá.

El sacerdote frunció el ceño.

—Chelise supone que...

—¡No me importa lo que piense mi hija! Soy yo quien toma esta decisión. Woref tiene razón. ¡No se debe confiar en este albino! Cualquier acuerdo al que llegaron cuando golpeó a mi hija no es de mi incumbencia. —Sí, sé más de lo que crees, Woref.

—Thomas de Hunter será mi esclavo hasta que ya no sea útil —continuó Qurong—. Luego lo mataré yo mismo. Ahora, si ustedes dos tienen la amabilidad de dejarme, tengo el terrible deber de bañarme en este agujero apestoso por un momento.

Ellos hicieron una reverencia, retrocedieron, y se volvieron para salir.

—Ciphus.

—Sí, mi señor.

—Me gustaría que dispusieras una exhibición pública de mi esclavo. Un desfile o una ceremonia en que el pueblo lo vea firmemente debajo de mi pie.

- Una idea excelente —comentó Woref.
- ¿Cuánto tiempo necesitaríamos? —inquirió Qurong.
- Quizás dos días —contestó Ciphus lentamente.
- ¿Mañana no?
- Sí, mañana, si deseáis apresuraros.
- Entonces dos días —decidió Qurong volviéndose hacia el estanque.



THOMAS PASÓ la primera noche solo en la celda fría y oscura debajo de la biblioteca, orando porque Elyon se le mostrara. Una señal, un mensajero de esperanza, un pedazo de fruta que le abriera los ojos. Un sueño.

Pero no había soñado. Ni con Kara ni con nada.

No había visto un alma desde que lo condujeran al sótano de la biblioteca y lo encerraran en la celda desprovista de ventanas. Lo más seguro es que si Chelise hubiera estado tan ansiosa por descubrir los misterios de los libros, habría venido esa primera noche a exigirle que leyera más.

Quizás la lectura era para ella una delicada distracción. O tal vez era Qurong quien quisiera oírlo leer. O es posible que Ciphus hubiera dispuesto así las cosas, ansioso por otra oportunidad de que Thomas le mostrara el poder que había prometido.

Habían estado tres días en la ciudad de las hordas. ¿Habría Mikil organizado un rescate? No, no si ella cumplía el acuerdo entre ellos. No hace mucho los guardianes del bosque habrían irrumpido con espadas desenvainadas, habrían matado unos centenares de encostrados, y los habrían liberado o habrían muerto en el intento. Pero sin armas la tarea era demasiado peligrosa. Todos ellos lo sabían.

Thomas apoyó la cabeza contra el muro de piedra y levantó la mano frente al rostro. Si usaba la imaginación, la vería. ¿Podría verla? Igual que sus sueños, allí pero más allá de su vista normal. Como los murciélagos shataikis que vivían en los árboles. Como Justin. Todos ellos estaban fuera de la vista sin la adecuada iluminación. Eso no significaba que no estuvieran allí.

De pronto se abrió la puerta. Él se levantó.

Dos guardias del templo vestidos con túnicas negras y capuchas aparecieron en la entrada, las espadas desenvainadas.

—Salga. Camine con cuidado.

Entró a la tenue luz del sótano. Ellos le hicieron subir las escaleras y andar por un corredor paralelo a la biblioteca principal donde trabajaban los escribanos. A través de una serie de ventanas pudo ver el jardín real. A excepción del canto de las aves que piaban alegremente afuera, el único sonido eran las pisadas de ellos sobre el

suelo de madera.

—Espere adentro —ordenó uno de los guardias después de abrir una puerta con una enorme llave.

Thomas entró al gigantesco depósito donde se guardaban los libros de historias. La puerta se cerró. Con seguro.

Cuatro antorchas añadían luz a la que entraba por dos claraboyas. Lo habían dejado solo con los libros. Él no sabía cuánto tiempo tendría, pero he aquí una oportunidad. Si tan solo encontrara un libro que registrara lo que sucedió durante el Gran Engaño; cualquier libro que analizara la variedad Raison.

Thomas corrió hacia la estantería más cercana y sacó el primer libro. Las historias como las escribiera Ezequiel. ¿Ezequiel? ¿El profeta Ezequiel?

Thomas abrió el libro, el corazón le palpitaba con fuerza. Si no estaba equivocado, se trataba del profeta Ezequiel. Las frases parecían bíblicas, al menos lo que recordaba bíblico de sus sueños.

Reemplazó el libro y cogió otro. Este trataba de alguien llamado Artimus... un nombre que no significaba nada para él. Y, si tenía razón, no se relacionaba de ninguna manera con el libro de Ezequiel a su lado. No había orden en los libros.

¡Había miles de libros! Corrió hacia la escalera, la empujó hasta el extremo opuesto y trepó a lo alto del estante. Solo había una forma de hacer esto: una búsqueda metódica de arriba abajo, libro por libro. Y debería guiarse solamente por los títulos. Había demasiadas obras como para inspeccionar con cuidado cada una.

Sacó el más lejano a su derecha. Ciro. No.

El siguiente.

Alejandro. No. El siguiente. No.

Aceleró el paso, sacando libros, revisando las portadas, volviéndolos a meter ya que no le provocaban ningún recuerdo. El sonido de cada volumen al chocar con el fondo de la pared resonaba con un suave ruido sordo. No. No. No.

—Demasiado frenético, ¿verdad?

Thomas giró en la escalera. El libro que tenía en sus manos salió volando, atravesó el aire, y cayó dos pisos más abajo sobre el suelo de madera. Fue a parar cerca de los pies de ella con un fuerte estrépito.

Ella no se movió. Sus redondos ojos grises lo analizaron como si no pudiera decidir si él se entretenía o estaba confundido. Una débil sonrisa se le formó en la boca.

—Yo no quería interrumpir al gran guerrero.

—Lo siento —declaró Thomas empezando a bajar—. Solo estaba buscando un libro.

—¿Ah, sí? ¿Qué libro?

—No sé. Uno que esperaba que hiciera sonar un timbre.

—Nunca he oído de un libro que haga sonar un timbre.

—Es una expresión que usamos en las historias —explicó él mirándola, ya en lo bajo de la escalera.

—Usted quiere decir en los libros de historias. Pero dijo en las historias.

—Sí.

—¿Lo halló? —preguntó ella, recogiendo el libro caído.

—¿Hallar qué?

—El libro.

—No —respondió él, y miró las estanterías—. No estoy seguro de poder lograrlo.

—Pues bien, temo que yo no lo pueda ayudar. Apenas logro distinguir un libro de otro.

Bueno, aquí estaba ella, su ama. Quedó aliviado de que fuera ella y no Ciphus o Qurong. Esta esbelta mujer tenía una lengua poderosa... ya se lo había demostrado bastante. Pero también le interesaba de veras lo que los libros le podían enseñar, no el poder que le podrían dar. Su motivación parecía pura. O al menos más pura que la de los demás. En algunos sentidos le recordaba a Rachele.

Ella tenía puesta una túnica verde con capucha. Seda. Antes de conquistar las selvas, las hordas habían estado limitadas a sus rústicas telas de hilo enrollado de tallos del desierto.

—¿Le gusta?

—¿Perdón?

—Mi vestido. Usted lo está observando.

—Es hermoso.

—¿Y yo? —preguntó ella caminando lentamente alrededor de él.

El corazón de él le dio un vuelco. No se podía atrever a expresarle lo que pensaba en realidad: que el aliento de ella era fétido, que su piel era horrible y que tenía muertos los ojos. Debía ganarse el favor de esta mujer para que su plan funcionara. Tenía que soñar. Era la única manera en que podía salir de esto.

—Soy solo un albino —contestó—. ¿Qué importa lo que yo crea?

—Cierto. Pero hasta un albino debe tener corazón. Usted está entregado a extrañas creencias y a esta secta que tienen, pero sin duda el gran guerrero cuyo nombre una vez sembrara terror en todas las hordas aún puede reaccionar ante una mujer.

Si él no lo supiera mejor, diría que en la voz de la mujer había un ligero dejo de seducción.

¿Cómo la vería Elyon?

—Usted es hermosa —contestó él con tanta convicción como pudo expresar.

—¿De veras? Yo habría creído que usted me encontraría repugnante. ¿Encuentra un pez atractivo a un pájaro? Creo que usted miente.

—Belleza es belleza, de pez o de ave.

—No le estoy preguntando si soy hermosa —objetó ella dejando de caminar, a tres metros de él—. Le estoy preguntando si me encuentra hermosa.

Él ya no pudo continuar con este engaño.

—Entonces, para ser perfectamente sincero, veo en usted tanto belleza como algunas cosas que no son tan hermosas.

—¿Como cuáles?

—Como su piel. Sus ojos. Su olor.

Ella lo miró por unos momentos, inexpresiva. Él la había herido. El corazón de él se le llenó de compasión.

—Lo siento, yo solo estaba tratando de...

—Le pregunté porque quería estar segura de que usted no encuentra ningún atractivo en mí —confesó ella—. Si hubiera hallado algo de belleza en mí, habría tenido que conservar mi distancia.

Ella se volvió y se fue hacia el escritorio.

—Naturalmente, de todos modos usted debe guardar su distancia de mí. Para mí usted es tan repugnante como yo para usted.

—Yo no dije que usted me repugnara. Solo que la enfermedad hace eso.

Este no era un buen inicio.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí juntos? —inquirió él.

—Eso depende de cuánto tiempo yo lo pueda soportar.

—Entonces por favor, le ruego que me perdone. No fue mi intención ofenderla.

—¿Cree usted que un albino me puede ofender tan fácilmente?

—No me hago entender. Estoy seguro de que debajo de la enfermedad usted es una mujer sensacional. Impresionante. Si yo pudiera verla como Elyon la ve...

—Me baño en el lago de Elyon casi todos los días —lo interrumpió ella mirándolo—. Él no tiene nada que ver con esto. Creo que sería mejor que cambiemos de tema. Usted está aquí para enseñarme a leer estos libros. Usted es mi esclavo; recuerde eso.

—Soy su más humilde siervo —respondió él, inclinando la cabeza.

Chelise se dirigió con femineidad hacia el librero y recorrió los dedos a lo largo de los lomos de varios libros. Sacó uno, lo miró, luego lo devolvió y siguió la fila.

¿Qué importaría cuál libro iba a escoger si no sabía leer?

—Yo solía pasar horas hojeando estos libros cuando era niña —manifestó en voz baja—. Reflexionaba en la esperanza de que finalmente hallaría alguien que supiera leer. Siquiera unas cuantas palabras. Cuando crecí, un hombre me dijo una vez que algunos de ellos estaban escritos en inglés. Si tan solo pudiera encontrar esos, me sentiría feliz.

—Un hombre llamado Roland —confesó él.

—¿Cómo lo sabe? —se sorprendió ella volviéndose.

—Conozco a Roland. Él la conoció en el desierto y usted le dio un caballo. Me dijo que usted le salvó la vida.

—Roland, el verdugo. ¿Es ahora también un albino?

—Sí. Sí, lo es.

Thomas la siguió a lo largo del estante, pasando los dedos por los libros.

—Y hay más. Todos los libros están escritos en inglés.

Ella rio.

—Entonces usted sabe menos de lo que cree. ¿Cuántos de estos libros ha leído de verdad?

—Creo que es hora de nuestra lección. Escoja uno.

Ella fijó la mirada en él, luego en los libros.

—Cualquiera de ellos. Da lo mismo.

Ella agarró del librero un libro negro grueso y con cuidado pasó la palma por la portada.

—¿Puedo verlo? —preguntó él, estirando una mano.

Ella se acercó a Thomas y le dio el libro. Él pudo haber ido hasta el escritorio; sin duda habría sido natural leer en el escritorio un libro tan grande. Pero ahora él tenía motivos ocultos.

Abrió el libro en ambas manos y examinó las páginas. Una obra acerca de alguna historia en África. Empezó a volverse hacia el escritorio.

—Aquí, permítame mostrarle algo —comunicó.

Ella miró el libro.

—Venga acá. Déjeme mostrarle.

Él dejó colgando el libro por la mitad y recorrió el dedo a lo largo de las palabras en la mitad que sostenía. Ella se le acercó, a centímetros de su cuerpo.

—¿Ve usted esta palabra?

—Sí —contestó ella.

—¿Me puede ayudar con esto? —preguntó él agarrando bien el libro. Chelise estiró la mano y levantó el extremo que colgaba. Ahora ellos se hallaban lado a lado, sosteniendo cada uno una portada del libro. El hombro de ella le tocaba levemente el de él. Un fuerte olor del perfume femenino, fragancia de rosas, inundó los orificios nasales de Thomas. No le cubría por completo el hedor de la piel, pero el perfume era asombrosamente tolerable.

—Ponga el dedo sobre esta palabra, como yo estoy haciendo.

Ella titubeó.

—Por favor. Es parte de la manera en que se leen los libros.

Chelise puso el dedo debajo de la primera palabra en su lado.

De pronto el salón se oscureció. Thomas levantó la mirada y vio que una nube

había atenuado la luz del sol. Bajó la mirada. Titilantes llamas anaranjadas de las antorchas iluminaban la página. Chelise tenía la mano sobre el libro, esperándolo.

A esta luz la mano de ella tenía una tonalidad casi de color carne. En su mayor parte la enfermedad estaba cubierta de morst, y lo que él vio al brillo de la antorcha lo cogió totalmente desprevenido.

Esta era una mano de mujer. Delicada y suave, reposando ligeramente sobre la página con un dedo extendido como él había solicitado. Tenía las uñas pintadas de rojo, nítidamente arregladas.

El espectáculo lo paralizó. El tiempo se detuvo. Una terrible empatía le recorrió por la garganta. Así era como Justin la veía, sin su enfermedad.

—¿Qué está usted haciendo? —objetó ella retirando la mano.

—Nada...

Él la miró a los ojos. Nunca antes había estado tan cerca de ningún encostrado. Menos de treinta centímetros le separaban el rostro del de Chelise. Ella era bastante hermosa. Los ojos parecían color avellana y las mejillas se le colorearon con un dulce color rosado. Era un truco de la luz, él lo sabía, pero por un momento la enfermedad de la joven había desaparecido ante los ojos de él.

—Solo estaba observando qué buena estudiante sería usted —opinó él.

—¿Cómo así?

—Las herramientas de trabajo. Dedos suaves. Ojos diáfanos. Si ahora logramos trabajar en su mente, usted ya podría leer este libro.

Las nubes pasaron y el salón se hizo más brillante. Thomas volvió a mirar la página.

—¿Ve usted esta palabra?

—Sí.

—Sabe... Quizás sería mejor en el escritorio —anunció él mirando hacia el mueble.

Ella lo siguió al escritorio donde él continuó con la lección, inclinándose esta vez sobre el costado de Chelise mientras ella se sentaba.

—Esta es la palabra «el». ¿La ve?

—No. No me parece para nada a «el».

—¿Y qué parece?

—Líneas garabateadas.

—Pero para mí dice «el». Le puedo asegurar que esta es una e y una ele. Mis ojos lo ven tan claro como el día.

—Eso es imposible —afirmó ella mirándolo con sus grandes ojos—. ¿Insinúa usted que este desorden de líneas es inglés? ¿Por qué entonces no puedo verlo?

Thomas se enderezó. La realidad era que la enfermedad le robaba a ella toda capacidad de entender la verdad pura, y los libros de historias contenían verdad pura.

Así como los ojos de ella eran grises, su mente estaba engañada. Pero si él simplemente le decía eso ahora, quizás ella no querría volver a verlo.

—No estoy seguro de que usted aún esté lista para esa lección. Tenemos que empezar aquí, con simple comprensión y confianza.

—¿Es entonces brujería esto? ¿Lee usted con magia?

—No. Pero es un poder que hay detrás de cada uno de nosotros —declaró Thomas parándose y caminando alrededor del escritorio—. Creo que hoy deberíamos empezar con una lectura. Debemos familiarizar nuestras mentes con estas palabras, de modo que cuando yo esté listo para desenredarlas usted esté familiarizada con la manera en que se interpretan.

—¿Leerá para mí?

—Si usted quiere que yo lea.

—Sí —respondió ella parándose ansiosamente—. Si lo tengo a usted para que me lea, ¿por qué debería yo leer?

—Porque no me tendrá para siempre. Pero mañana empezaremos la lección en serio. Ahora, si me pudiera ayudar a encontrar este libro que yo estaba buscando.

—No, por favor, este —insistió ella, levantando el libro negro en que acababan de leer.

—Yo estaba pensando en otro.

—¿Cuál?

—No sé dónde está.

—Entonces lea este. Por favor.

De mala gana él agarró el libro y se sentó detrás del escritorio.

—∞∞∞∞—

ELLA CAMINABA mientras él leía desde el escritorio. Era un excelente lector, de verdad. Leía en tono suave y con gran modulación, pero fuerte cuando la historia lo requería. Chelise miraba las sobresalientes estanterías y se embebía en la historia que él estaba leyendo. Luego otra, y otra.

—¿Debo detenerme?

—No. Por favor. ¿Puede leer más?

—Sí.

Y él leyó.

Su voz pronto parecía casi mágica. Ella decidió que él era alguien en quien podía confiar. Un buen hombre que desafortunadamente era albino.

¿Cuántas veces Chelise había querido leer lo que ahora oía? Este era un día especial. Ella se apoyó en una librería y echó la cabeza hacia atrás. El sol caía de lleno.

Mediodía. Si estas palabras fueran peldaños, sin duda ella treparía todo el camino

hasta el cielo.

Chelise rio y se sentó en el suelo. La lectura se detuvo por un instante, y luego comenzó otra vez. Lee, mi siervo. Sigue leyendo.

Thomas siguió leyendo.

¿Cómo podían unas simples palabras cargar tal peso? Era como si obraran su magia en este mismo instante. Metiéndosele en la mente y embarcándola en un viaje que pocos habían hecho. A tierras remotas, colmadas de misterio. A lagos y nubes, nadando, zambulléndose, volando.

Ella se subió a una ventana y se puso de lado, ensimismada en otros mundos. No parecía importar qué historia estuviera él narrando; todas eran poderosas.

La que leía ahora trataba de una traición. Brotaron lágrimas en los ojos de la joven y el corazón le palpitó con fuerza, pero sabía que todo estaba bien, porque era al fin consciente de que nunca la defraudaría la clase de poder que se hallaba en estos libros.

Sin embargo, la historia que él leía era espantosa. Un príncipe había perdido su único amor y examinó el reino solo para descubrir que a ella la habían obligado a casarse con un hombre cruel.

Chelise miró al techo y empezó a sollozar. El lector paró y, al reiniciar la lectura, ella comprendió que él también estaba llorando. Su nuevo criado lloraba mientras leía.

¿O ella solo estaba oyéndolo en la mente?

La historia cambió. La novia encontró una manera de escapar a la cruel bestia con la ayuda del príncipe.

Chelise comenzó a reír. Levantó las piernas, extendió los brazos y rio hacia el techo.

Solo después de algún tiempo comprendió que la suya era la única voz en el salón. Se detuvo y se sentó, desorientada. ¿Qué estaba sucediendo?

Thomas se hallaba en el escritorio mirándola; él tenía las mejillas manchadas de lágrimas.

Y ella estaba en el suelo.

La joven se puso de pie y se sacudió el polvo de la túnica.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. Yo... ¿qué sucedió?

—No puedo ver la página —contestó él.

Los dos habían estado llorando. Después de todo ella no lo había imaginado. Miró la puerta... aún cerrada. ¿Y si alguien hubiera entrado mientras ella se hallaba en este horrible estado? Nunca lo podría explicar. Ni siquiera estaba segura de lo que había ocurrido consigo misma.

—¿Hizo eso la historia? —indagó Chelise mirándolo.

—Parece que el poder de la verdad es muy impresionante en su mente opinó él,

quien parecía tan sorprendido como ella.

—¿Mi mente? ¿No en la de usted?

Yo me he impresionado muchas veces. Intente morir ahogada y sabrá cuan impresionante es.

Ella se enderezó las mangas, súbitamente avergonzada. ¡Pero el poder! El gozo, el misterio. Lo único que se le ocurrió fue sonreír. ¿Podría hablar con alguien acerca de esto? No. Podría ser muy peligroso.

—Eso tendrá que ser todo por ahora —anunció Chelise después de carraspear y de respirar hondo.

—¿Nos veremos mañana? —preguntó él poniéndose de pie.

Ella sinceramente no sabía cómo proceder. Fue una experiencia estremecedora. Embriagadora.

—Veremos. Creo que sí, si encuentro tiempo.

—Tal vez podríamos volver a leer esta noche —opinó él, rodeando el escritorio.

—No, eso no podría ser. Usted es mi criado, no mi bibliotecario.

—¿Podrían entonces darme una antorcha para mi celda? No hay luz.

—¿No hay luz? Insistí en que usted tuviera luz.

—Y me están haciendo beber jugo de rambután bajo amenaza de las vidas de mis amigos. Si bebo el jugo, no puedo soñar, y debo soñar.

—Ahora está yendo demasiado lejos. Le conseguiré luz y alimento, pero este asunto de los sueños no es de mi incumbencia.

Ella fue hacia la puerta, con la mitad de la mente aún atrapada en los cielos.

—¿Y vivirán mis amigos?

—Estoy segura de que eso se puede arreglar —contestó ella volviéndose en la puerta—. Sí, por supuesto. ¿Algo más? ¿Quizás las llaves de su celda? Él sonrió.

THOMAS NO estaba seguro de qué le había sucedido en la biblioteca ese primer día con Chelise, pero descubrió que, por mucho que lo intentara, no se la podía quitar de la mente. El corazón de Chelise se había abierto a una astilla de la verdad; él lo sabía. La joven había oído narrar la historia, la verdad inalterada, y se había impregnado de ella. Otra persona pudo haber oído lo mismo y escuchado con vago interés. Thomas entendía esto. Lo que estuvo mucho menos acertado fue su propia reacción ante ella.

De alguna manera extraña, los ojos del guerrero se habían abierto a Chelise. Ella había oído la verdad, quizás por primera vez, pero él había visto una verdad a la que nunca antes había prestado atención. La verdad era Chelise. Como Elyon veía a la muchacha.

Pasó únicamente una hora con la muchacha la mañana siguiente y ella pareció cautelosa. Incluso temerosa. Caminó otra vez mientras él leía, pero esta vez se detenía a cada momento para preguntarle de qué trataba la historia. En qué período se había escrito. Quién la escribió.

Finalmente Thomas cerró el libro y atravesó el salón hacia donde ella había retirado otro volumen.

—¿Qué pasa? —inquirió ella.

—Usted está distraída.

—Woref está despotricando como un loco. Está poniendo la ciudad patas arriba buscando los libros en blanco. Es una inquisición.

Thomas estaba bastante seguro de que no los encontrarían, pero no lo dijo.

—No me refiero a eso. ¿Qué leí ayer? —indagó él.

—Una historia.

—¿Qué historia? Hábleme de la historia que yo estaba leyendo cuando usted lloró.

Chelise miró a lo lejos, distraída.

—¿Fue demasiado para usted?

—Usted leyó una historia acerca de una princesa que fue llevada cautiva por un hombre malvado.

La historia que Thomas leyera había sido un simple relato de historia, apenas el

drama que ella recordaba. Sin embargo, ¿había ella oído el drama en la historia?

Los ojos de la joven se humedecieron y se mordió el labio inferior. Thomas se vio con deseos de consolarla. Ella estaba parada en la luz del sol de una ventana encima de ellos, el rostro blanco con morst, los ojos grises y sin vida. Una vez una imagen repugnante; pero ahora...

—Esa era la verdad detrás de las palabras que leí —comentó él—. No lo que leí. Usted abrió su mente a la verdad.

—Entonces usted no debería leerme más los libros.

—¿Por qué no? Es lo que usted siempre ha buscado.

—¡No la verdad de usted! ¡Nunca he buscado la verdad de un albino! ¿Sabe usted quién soy?

—Usted es Chelise, la hija de Qurong. ¿Y quién soy yo?

—Usted es mi criado. Un esclavo. ¡Un albino!

—¿Y cree usted que hay alguna verdad en este albino?

Ella no quiso mirarlo. Se quedaron en un silencio torpe. Finalmente Chelise puso el libro en las manos de él y se fue hacia la puerta.

—Hay una visita a la ciudad planeada para esta tarde. Qurong quiere mostrarle los prisioneros a la población. Usted irá encadenado detrás de nosotros. Ellos se burlarán de usted. Esa es mi verdad.

Chelise salió sin mirar hacia atrás.

—∞∞∞∞—

COMO PROMETIERA, esa tarde Qurong arrastró a sus prisioneros por la ciudad. La familia real marchaba en una línea de tres en corceles negros seguida por Woref y Ciphus. Luego Thomas, a pie y cada brazo encadenado a un encostrado. William, Suzan, Caín y Stephen seguían detrás con sus propios guardias. En la retaguardia, un ejército de mil guerreros en uniformes de batalla, armados con guadañas. Los cuernos anunciaban su llegada y en las calles se alinearon cientos de miles de encostrados atormentados por la enfermedad.

Thomas veía a cada lado la verdadera miseria de las hordas. Un bebé gateaba sobre el suelo lodoso entre las piernas de su madre, gritando para ser oído en medio del barullo de insultos que se había convertido en un firme estruendo. Thomas estaba seguro de que los niños lloraban tanto por el dolor de la enfermedad como por cualquier otra incomodidad.

Los guardias se separaban de vez en cuando para dejar que los jóvenes arrojaran fruta podrida a los prisioneros. La poca hierba que había crecido a lo largo del sendero del desfile fue rápidamente pisoteada y embarrada. Varias casuchas cayeron bajo el peso de los espectadores.

Parecía haber una infección particular extendiéndose entre una considerable parte

de los pobladores. Llagas rojas en sus cuellos, en carne viva y sangrante.

Thomas caminaba lenta y pesadamente, temeroso de mirarlos, de sentir afecto por ellos.

El desfile duró más o menos una hora y Chelise no lo miró ni una vez con ojos amables ni le mostró ninguna señal de recelo. Cabalgaba erguida, sin mostrar ninguna emoción. Ella tenía razón: esta era su verdad.

Thomas pasó la noche en su celda, demasiado asqueado para comer. Pero aún no se podía quitar de la mente la imagen de ella. Le rogó a Elyon por el entendimiento, el corazón, la mente y el alma de la muchacha. Finalmente lloró hasta quedar dormido.

No soñó.

—∞∞∞∞—

CHELISE CABALGÓ hasta el jardín real la mañana siguiente, tan pronto como sintió que podía librarse de las miradas curiosas de la corte. Ella se estaba involucrando en un juego peligroso. Hasta la más ínfima amabilidad mostrada a Thomas podría abrir una brecha entre ella y Qurong. Su padre la amaba; estaba segura de eso. Pero ese amor estaba condicionado por las costumbres de su pueblo. Cientos de miles de hombres habían muerto en batalla tratando de derrotar a Thomas de Hunter. Ayudarlo de alguna manera se podría ver como una traición. Qurong nunca aceptaría una traición, y no precisamente en su propia corte.

Y Woref... Chelise se estremeció al pensar en lo que Woref haría si llegara a sospechar incluso la más pequeña delicadeza que ella albergara por Thomas de Hunter.

La noche anterior ella había resuelto otro asunto con su sirvienta, Elison.

—¿Por qué está tan disgustada por esto, Chelise? —le había preguntado Elison—. Creo que a usted le convino hacer desfilar encadenado a su nuevo esclavo.

¡Con mayor razón tratándose de Thomas de Hunter! Qurong afirma que es esclavo de él, pero se dice en las calles que la idea fue de usted.

—¿De dónde sacaste eso? ¿Tienen oídos las paredes aquí?

—Creo que Ciphus comentó algo. El punto es que la población la ama por eso. La princesa que arrastra encadenado al poderoso guerrero.

—A ningún hombre se le debería ultrajar de ese modo. Especialmente a un gran guerrero. ¡Las personas son como perros hambrientos! ¿Les viste la mirada en los ojos?

—Por favor, mi señora —objetó Elison—. No malinterprete la situación. Thomas de Hunter es el hombre responsable de dejar viuda a una mujer de cada diez en esta ciudad.

—Él es grande, pero no tanto.

—Los guardianes del bosque entonces. Bajo sus órdenes.

—Los guardianes del bosque ya no existen. Ni siquiera portan espadas... ¿qué clase de enemigo es ese?

Elison la miró, sin poder decir nada.

—No te hagas la ignorante conmigo, Elison. Si no puedo confiar en ti, ¿en quién entonces confiaría?

—Desde luego que puede.

Ella se volvió hacia su criada, la agarró de la mano, y la llevó al asiento de la ventana.

—Dime que preferirías morir antes que traicionarme. Júramelo.

—Pero, mi señora, usted conoce mi lealtad.

—¡Júralo entonces!

—¡Lo juro! ¿Qué es esta charla sobre traición?

—Simpatizo con él, Elison. Algunas personas considerarían eso como traición.

—No entiendo. Si usted fuera a decir algo más escandaloso, algún servicio que requiriera de él como esclavo, yo podría entenderlo. ¿Pero simpatía? Él es un Albino.

—¡Y tiene más conocimientos que Ciphus y Qurong juntos! —exclamó Chelise; los ojos de Elison se abrieron de par en par—. ¿Ves por qué insistí en que juraras? Matar a Thomas de Hunter sería acabar con la mente más grandiosa. Quizás él sea el único que pueda leer los libros de historias.

—Usted... a usted le gusta —dijo la criada mirándola con cara de haber caído en la cuenta.

—Tal vez sí. Pero él es un albino, y encuentro repulsivos a los albinos —cuestionó ella, y miró por la ventana a la luna creciente—. Es extraño que los llamemos albinos cuando somos más blancos que ellos. Incluso cubrimos nuestra piel para suavizarla como la de ellos.

Elison se paró asombrada.

—Siéntate.

Ella se sentó.

—Te estás olvidando de ti. Creo que deberías simpatizar con Thomas. Los dos estáis en servidumbre. Él es un hombre amable, Elison. Diría que el más amable que he visto. Simplemente simpatizo con Thomas del modo en que podría simpatizar con un cordero condenado. Sin duda puedes descubrirlo en ti misma para entender eso.

—Sí. Sí, supongo que puedo —contestó ella, con los ojos aún desorbitados—. ¿Le ha... le ha tocado usted la piel?

—¿Quién es ahora la escandalosa? —preguntó Chelise soltando una risotada—. ¿Me estás tratando de indisponer? No siento ninguna atracción hacia él como hombre, gracias a Elyon por eso, o podría estar metida en un verdadero lío. ¿Te puedes imaginar la reacción de Woref?

—Amar a un albino sería traición. Penada con la muerte —le recordó su sirvienta.

—Sí, así sería.

Chelise había salido después, sintiendo seguridad en su sencillo análisis. La primera vez que pensaba en el uso del morst como una forma de llegar a ser más albina.

Solo una coincidencia, por supuesto. La moda era algo cambiante y en este momento sucedía que el nuevo morst que les cubría la carne escamosa distinguía de los plebeyos a las mujeres de la realeza. En los años venideros podría ser una pintura azul.

Ahora ella atravesó la puerta principal del jardín real y se volvió a Claudus, el guardia principal que se había criado como hijo del cocinero.

—Buenos días, Claudus.

—Buenos días, mi señora. Hermosa mañana.

—¿Pasó alguien esta mañana?

—Los escribanos. Nadie más.

—¿Se bañó mi esclavo como ordené?

—Sí, ¡y no estaba mugriento! También le dimos una túnica limpia. La espera adentro con los libros.

—Bien. Además debería haberle pedido que lo empolve —manifestó ella fustigando el caballo, y luego pensó que era mejor aclarar su afirmación—. Apenas puedo soportar estar cerca de él.

—¿Lo empolvamos entonces?

—No. No, no soy tan débil. Gracias. Claudus.

—Desde luego, mi señora.

Se dirigió a la biblioteca, deseosa de estar otra vez entre los libros. Con Thomas. Con toda sinceridad creyó que el pensamiento de empolvarlo sería una infamia.

No deseaba que él fuera como ella. Ahora sentía vergüenza.

Chelise ató el caballo en la entrada posterior y entró a la biblioteca, reprendiéndose por escurrirse como una colegiala. Todos sabían que ella se hallaba aquí, haciendo precisamente lo que se esperaba que hiciera. Qurong le había insistido en hacer que Thomas le leyera los libros después de la primera lección, pero Chelise tenía otra opinión. Le afirmó que deseaba sorprenderlo leyéndole ella misma los libros. Thomas era su esclavo... lo menos que ellos podían hacer era dejar que ella pasara unos días aprendiendo a leer antes de que le quitaran el regalo.

Además había convencido a Qurong de que los demás prisioneros también podrían leer los libros. Era necesario mantenerlos con vida por el momento.

Chelise abrió la puerta, puso la mano en la manija, respiró profundo y entró al enorme salón de almacenaje.

Al principio pensó que aún no habían traído a Thomas. Luego lo vio, en lo alto de

la escalera, otra vez buscando como loco entre los libros. Parecía un niño pillado robando un pastelillo de trigo del recipiente.

—¿Busca aún su libro secreto? —preguntó ella.

Él descendió rápidamente y se quedó con los brazos a los costados, a siete metros de ella. La larga túnica negra lo hacía ver noble. Con la capucha puesta y un poco de morst debidamente aplicado se vería como uno de ellos.

—Buenos días, mi señora.

—Buenos días.

—Tengo una confesión que hacer —expresó él.

—¿Ah? —exclamó ella poniéndosele a la derecha, con las manos agarradas a la espalda.

—Me pareció vergonzoso el desfile de ayer.

Ella sabía que la estaba sondeando, pero no le importó.

—Estoy apenada por eso. Mi confesión es que a mí también me pareció vergonzoso.

La afirmación de ella lo dejó sin palabras, pensó Chelise.

—Ningún hombre decente tendría que soportar eso —expuso ella.

—Concuerdo con lo que usted dice.

—Bueno. Entonces tenemos un punto de acuerdo. Hoy me gustaría aprender a leer.

—Tengo otra confesión —reveló él.

—Dos confesiones. No estoy segura de poder corresponderle.

—No me la he podido sacar de la mente —reconoció él. Ahora la afirmación de él la dejó sin palabras. Le bajó un calor por el cuello. Él se estaba sobrepasando. Sin duda el esclavo comprendía que ella solo podía hacer algunas cosas por él. Luz, comida, un baño, ropa. Pero ella tenía limitaciones.

Nunca seré su salvadora, Thomas. Usted comprende eso, ¿verdad?

—No pienso en usted como mi salvadora. Pienso en usted como en una mujer, amada y valorada por Elyon.

Usted se está sobrepasando. Deberíamos empezar ahora la lección.

—Por supuesto —contestó alejando la mirada, avergonzado—. No me refiero a que sienta algo hacia usted. No como mujer así. Solo...

—¿Solo qué? ¿Tiene usted una esposa albina?

—La mataron los suyos en nuestro primer encuentro en el lago rojo. Nuestros hijos están ahora con mi tribu. Samuel y Marie.

Ella no estaba segura de qué responder. Nunca había oído que Thomas de Hunter hubiera perdido a su esposa. Ni que tuviera hijos, en realidad.

—¿Qué edad tienen?

—Samuel se cree de veinte años, aunque solo tiene trece. Marie va a cumplir

quince.

Thomas fue hacia el estante y sacó un libro.

—Creo que es importante que usted comprenda que su maestro la respeta. Como estudiante. Como mujer que tiene oídos para oír. Solo quiero que sepa eso.

¿Empezamos?

Pasaron una hora con el libro, repasando las letras que él insistía en que eran inglesas. No lo eran, desde luego, pero ella comenzó a asociar ciertas marcas con letras específicas. Se sintió como si estuviera aprendiendo un nuevo alfabeto.

Thomas la trató al principio con mesurado sentido común, explicándole con dulzura y repasando cada letra. Pero a medida que pasaban las horas aumentaba la pasión de él por la tarea, y esta se volvió contagiosa. Explicaba con creciente entusiasmo y el movimiento de sus brazos se volvió más exagerado.

Trabajaron muy de cerca, Chelise en una silla detrás del escritorio, él sobre el hombro de ella, cuando no se hallaba caminando frente a ella. Él tenía el hábito de presionarse las puntas de los dedos mientras caminaba, y ella se descubrió preguntándose cuántas espadas habrían sostenido esos dedos con los años. ¿Cuántas gargantas habrían degollado en batalla? ¿A cuántas mujeres habría amado?

Solo pudo imaginar una. Su finada esposa.

Rieron y luego analizaron algunos puntos excelentes, y ella se sentía gradualmente más cómoda con la cercanía de él. Con la cercanía al lado de él, tocándole el hombro cuando él pasaba a un punto en una letra que a ella se le había escapado; con la proximidad al dedo de él, tocándole accidentalmente el de ella; con la proximidad de la mano de él, palmeándole la espalda cuando ella lo hacía bien.

Sentía en la mejilla el aliento del hombre cuando él se apasionaba más respecto de algún punto en particular hasta darse cuenta de que estaba hablando en voz alta, demasiado cerca.

Ella no era tonta, desde luego. Thomas no era un bufón. En la propia manera prudente de él, intentaba atraerla. Desarmarla. Ganarse su confianza. Quizás hasta su admiración.

Y ella se lo estaba permitiendo. ¿Era tan malo chocar el hombro de un albino? ¿No le tocaron los guardias la piel cuando lo encadenaron?

Habían pasado tres horas cuando Thomas decidió que finalmente parecía indicado hacer un examen.

—Muy bien —indicó él, palmoteando—. Lea todo el párrafo, de principio a fin.

—¿Todo? —objetó ella sintiéndose positivamente mareada.

—¡Por supuesto! Lea lo que ha escrito.

Ella se concentró en las palabras y comenzó a leer.

—La mujer se le dio la espada hombre si corriendo...

Se detuvo. Aquello no tenía sentido para ella.

—Eso no es lo que usted ha escrito —afirmó él—. Por favor, en orden, exactamente como lo escribí.

—¡Estoy leyendo exactamente como escribí!

—Entonces inténtelo de nuevo —contestó él, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Por qué suena tan confuso?

—Por favor, inténtelo de nuevo. Desde el principio. Siga sus dedos como le mostré.

Ella empezó de nuevo, señalando cada palabra mientras leía.

—La mujer corriendo como si caballo... —Chelise levantó la mirada hacia él, horrorizada—. ¿Qué es esta tontería que sale de mi boca? ¡No puedo leerlo!

El rostro de él se le iluminó un poquitín. Dio un paso adelante y agarró el papel en que ella había escrito. Los ojos de él recorrieron la página.

—Usted no está leyendo lo que está en la página —declaró—. Está mezclando las palabras.

Chelise sintió que se le iba la esperanza como harina de una vasija rota.

—Entonces no podré aprender. ¿Qué hay de bueno, en poder escribir su alfabeto y formar las palabras si estas no tienen ningún sentido?

Él bajó el papel y caminó de un lado al otro.

Chelise se sentía aplastada. Nunca podría leer estos misterios. ¿Era estúpida? De pronto sintió una opresión en la garganta.

—Lo siento, Chelise —expresó Thomas mirándola—. No se trata de su escrito o su lectura, sino de su corazón. Es la enfermedad. Mientras tenga la enfermedad, no podrá leer de los libros de historias.

—¿Lo sabía usted? —objetó la muchacha sintiéndose de repente furiosa con él—. ¡Cómo se atreve a jugar conmigo!

—¡No! Sí, yo sospechaba que la enfermedad no le permitía oír, pero el otro día usted sí oyó la verdad detrás de la historia. Y pensé que podría aprender a leer.

—¡No tengo enfermedad! Usted es el albino, ¡no yo! —exclamó mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Thomas se veía acongojado. Rodeó corriendo el escritorio y se arrodilló al lado de ella.

—Lo siento. Por favor, ¡podemos arreglar esto!

Chelise se puso una mano en la frente. Respiró hondo y se tranquilizó. No comprendía la brujería de Thomas, pero dudaba que él tuviera algo que ver con la ignorancia de ella.

—Yo le puedo ayudar —declaró él poniéndole una mano en el hombro—. Le puedo enseñar a leer los libros de historias, lo juro. ¿Me oye? Lo haré.

—¿Qué significa esto?

La voz de Woref resonó en el salón como el chasquido de un látigo.

Chelise lanzó instintivamente un grito ahogado y se incorporó. Woref los miraba desde la entrada. ¿Había dejado ella la puerta sin cerrojo?

El general entró al salón. Thomas retiró la mano y retrocedió.

—¿Cómo te atreves a tocarla? —protestó con furia Woref.

—Mi señor, él solo me enseñaba este pasaje —explicó Chelise poniéndose de pie—. Solo hacía lo que le ordené. ¿Cómo se atreve a sugerir otra cosa?

—Qué importa lo que le hayas ordenado. ¡Ningún hombre, mucho menos un albino, tiene derecho de tocar lo que es mío! Aléjate de ella.

—Las reglas de estos libros santos superan las reglas del hombre —informó Thomas alejándose—. ¿Estás sugiriendo que tu autoridad es mayor que la del Gran Romance?

—Te debería cortar la lengua y dársela de alimento a Elyon.

Chelise pensó que Woref había perdido la razón.

—Entonces dejaremos que Qurong decida por cuál autoridad vivimos —expresó ella—. La de usted o la de Elyon.

Woref la miró con el ceño fruncido, luego a Thomas.

—No veo por qué alguna instrucción requeriría del consuelo de este tipo.

—¿Consuelo? —cuestionó Chelise sonriendo irónicamente—. ¿Cree usted que yo permitiría que este albino patético me consuele? Estábamos haciendo teatro. Es parte del código requerido para percibir que lo que ahora veo está claramente más allá de lo que usted puede comprender.

—Tranquila, Chelise.

Ella se le acercó y le guiñó un ojo.

—Pero lo que me fascina en un hombre no es su mente. Es su fortaleza y valor lo que encuentro estimulante. Si usted fuera un pobre escribano, nunca consentiría en nuestro matrimonio.

Chelise llegó hasta donde Woref y le pasó el dedo por sobre el hombro, deteniéndose detrás de él.

—Lo que menos me esperaba es esta diatriba —continuó ella—. Usted me halaga; pero ha malinterpretado el asunto, mi señor. Dígame ahora por qué ha venido.

Él no se estaba tragando totalmente el juego, pero ella lo había cortado con éxito.

He cambiado de opinión acerca de los libros en blanco —informó él, aun con severidad—. Han desaparecido. Mis hombres han escudriñado todo escondite posible para tan enorme colección y no los han hallado. Creo que se debe culpar a la brujería de este albino. Desaparecieron más o menos cuando él llegó.

—No tengo brujería —objetó Thomas.

Woref no hizo caso a la afirmación.

—Exijo que convenzas a tu padre para que retire su petición de que yo encuentre los libros antes de nuestra boda.

—¿Le habló usted al respecto?

—Lo hice. Él está obsesionado con los libros en blanco.

—Comprendo la razón —expuso Chelise—. Los libros en blanco completan la colección. Sin duda usted puede hallarlos.

—Como dije, ya no existen. ¡No retrasaré mi posesión de ti por esta tontería!

—Entonces haga que mi padre comprenda.

—El solo hará la concesión en cuanto a los albinos —objetó Woref—. Necesito que me ayudes a hacerle comprender con relación a los libros. Te puedo asegurar que haré que el asunto dependa de ti.

—¿Qué concesión hizo en los albinos? —inquirió Chelise.

—Estuvo de acuerdo en matar mañana a los otros cuatro. Dijo que creías que se los debería mantener vivos, pero lo he convencido de lo contrario. Un albino vivo ya es de veras muy malo.

Ella miró a Thomas y vio el temor que le cruzó el rostro. Pero ella debía escoger sus propias batallas.

—Bueno. Déjeme pensar en cómo persuadir a Qurong de que se olvide de los libros en blanco. Si nos disculpa usted ahora, estamos en medio de una lección.

Woref miró a Thomas por unos segundos, escupió en el piso, y salió del salón sin cerrar la puerta.

—Te lo ruego, Chelise, ¡no puedes dejarlos morir! —susurró Thomas, tuteándola.

—Eso no está en mis manos —contestó ella corriendo hacia la puerta y cerrándola—. ¿Cómo se vería que yo rogara por las vidas de ellos?

Thomas caminó de un lado al otro, trastornado.

—Estamos en terreno peligroso. No solo usted, sino ahora yo. Conozco a Woref y sé que un día pagaré por lo que él acaba de ver. Tienes que ser más cuidadoso —le suplicó ella tuteándolo también—. Por favor, guarda tu distancia.

—¡Ahora puedo soñar! —exclamó él mirándola y deteniéndose repentinamente.

—¿De qué estás hablando?

—He estado bebiendo jugo de rambután porque Woref ha estado poniendo la vida de mis amigos en mis manos. ¡Él acaba de quitar esa amenaza! Esta noche me negaré a comer la fruta y soñaré. Pero podrían tratar de obligarme. ¿Puedes detenerlos?

Chelise no contestó. Ella no sabía por qué este asunto de soñar era tan importante para él. Pero él tenía razón; Woref había desautorizado su propia amenaza.

—Por favor, te lo ruego —rogó él corriendo hacia ella y agarrándole la mano—. ¡No puedes decir una palabra acerca de esto!

Él le besó la mano.

—Por favor, ¡ni una palabra!

—Yo... —titubeó ella; él aún le sostenía la mano—. Esto no es guardar la distancia.

—Perdóname —expresó él soltándola y retrocediendo—. No pretendí hacerlo. Me descontrolé.

—Evidentemente.

—¿Pero me ayudarás?

—No te puedo ayudar. Pero no veo que haya algo de malo en unos cuantos sueños —manifestó, y luego añadió algo que hasta a ella misma dejó impresionada

—Mientras prometas soñar conmigo.

EL HELICÓPTERO se posó en el césped de la Casa Blanca con un golpazo que casi le hace estallar la cabeza a Kara. Thomas se hallaba en ese helicóptero. Su hermano, que había ido y vuelto al infierno en las últimas tres semanas. ¿O eran ahora cuatro semanas?

Los rotores disminuyeron la velocidad. Se abrió la puerta y Thomas emergió en el sol del atardecer. Saltó al pasto, agachó la cabeza y corrió hacia ellas.

—Hola, Thomas —expresó Kara cerrando la brecha entre ellos y recibéndolo entre la línea de agentes del servicio secreto, los cuales se habían duplicado desde que la noticia de la crisis inundara las pequeñas pantallas.

—Hola, hermanita —contestó él tomándola en los brazos y abrazándola.

—Estás vivo —expresó ella.

—Y coleando —bromeó, se volvió hacia Monique, quien esperaba con una sonrisa tímida—. Monique.

—Hola, Thomas —dijo ella agarrándole la mano y besándolo en la mejilla.

—¿Cómo lo sentiste?

Kara creyó que preguntaba acerca del despertar de la muerte.

—Dímelo tú —respondió Monique.

—Como despertar de un sueño.

—Se está haciendo mucho de eso últimamente por aquí.

—Más de lo que quisiera. Aunque debo decir que esta vez no creo andar bien encaminada.

Merton Gains dio un paso adelante, con la mano extendida.

—Qué alegría que hayas vuelto. El presidente te espera.

—∞∞∞∞—

HABÍA MUCHA actividad en todo el salón cuando entró Thomas, seguido de Kara y Monique. El presidente Blair lo vio y se disculpó de una conversación con el ministro de estado. Se acercó con una sonrisa cansada y extendió la mano.

—Después de todo, el gato tiene nueve vidas.

—En realidad, dos —expresó Thomas, miró alrededor del salón y bajó la voz—.

Lo que debo decir tiene que ser en privado, señor. No estoy seguro de en quién podamos confiar.

—No puedo trabajar en completo vacío —dijo el presidente—. No a estas alturas del juego.

—Por favor, señor, solo escúcheme. Entonces usted podrá decidir quién debe saber. ¿Le dijeron que hay un espía dentro?

—Sí. Está bien, espéreme en mi despacho. Deme un minuto. Merton, llévalos por favor al despacho presidencial y déjalos allí.

—Inmediatamente, señor.

Blair llevó aparte al director de la oficina y habló en voz baja.

—Por aquí —mostró Gains.

Lo siguieron en silencio por varios corredores repletos de actividad. Entraron a la oficina ovalada.

Ellos se quedaron en la majestuosa oficina, rodeados de silencio.

—El libro atravesó conmigo, Kara.

—¿El libro en blanco? ¿A qué te refieres con «atravesó»?

—Estaba conmigo cuando desperté sobre la camilla en el sótano del complejo de Fortier. Es el único objeto que ha cruzado entre las realidades. Habilidades, sangre y conocimiento... y ahora este libro. Y, si estoy en lo cierto, los demás libros en blanco de algún modo me pudieron haber seguido.

—Los libros son conocimiento —afirmó Kara—. El conocimiento cruza. ¡Esto es increíble!

No, esto no es increíble. Perdí el libro. Se lo llevó uno de los guardias, quien no tiene idea de lo que este puede hacer. ¿Cuánto tiempo tenemos con el virus?

—Cinco días. Tal vez menos, quizás más. Diez a lo máximo.

—Entonces creo que el libro tendrá que esperar.

La puerta se abrió de golpe y el presidente entró solo.

—Lo siento, tuve que colgar —comunicó, fue hasta su escritorio y recogió una lata de Pepsi, luego los guio hasta los sofás; luego se dirigió a Thomas, tuteándolo—. Muy bien, Thomas, estás aquí.

—¿Está limpia esta oficina?

—La limpiaron de micrófonos esta mañana.

—¿Quién? Lo siento, no importa. No logro decidir en qué mundo me encuentro.

—Dime —expresó Blair, asintiendo.

—Está bien —dijo Thomas, respiró profundo; se sentó en el borde del sofá y correspondió al tuteo—. Sígueme atentamente. Entiendo que la crisis inmediata entre Israel y Francia se ha aplacado.

—Por ahora. Pero la situación puede empeorar en cualquier momento. En tres días perderemos nuestro arsenal nuclear.

—Vamos a necesitar a los israelíes.

—¿Cómo? —cuestionó el presidente.

Thomas vaciló antes de hablar.

—¿Qué dirías si te cuento que podría haber una manera de que yo introduzca a un hombre en el círculo íntimo de ellos?

—¿Te refieres al lado de Fortier?

—Bastante cerca para olerle el aliento.

—Diría que debimos haberlo hecho hace dos semanas. ¿Quién?

—Carlos Missirian.

—Él está con ellos. No comprendo.

—Creo que podríamos entrar a la mente de Carlos. Para eso necesito a Johan. Ya antes compartieron una conexión; creo que Johan podría volver a hacerlo.

Pero él tendrá que soñar estando en contacto con mi sangre.

—No estoy seguro de conocer a este Johan.

—¿Está Johan... conectado con Carlos? —quiso saber Kara.

—¡Sugieres que Johan despertaría como Carlos si sueña usándote como entrada! —exclamó Monique.

—Sí.

—¡Podría funcionar!

—Discúlpenme —terció el presidente levantando una mano—. Quizás podrían ser un poco más claros.

—Es la manera en que funcionan los sueños —explicó Thomas—. Los tres hemos soñado. Conocemos a alguien en el otro mundo que podría llegar a Carlos.

—¿De veras? Me sorprende que yo no hubiera pensado en eso.

—Por favor, Sr. Presidente, se nos acaba el tiempo.

—Bien —manifestó Blair levantando ambas manos—. Intentaré algo en este punto. ¿Cómo conseguimos a este Johan?

—Bueno, en realidad tenemos un problema. En este momento me tienen cautivo. Debemos llegar a Johan a través de mí, y aquí es donde entra Kara —expuso, y miró a su hermana—. Vuelve conmigo. Como Mikil. Tú y Johan tenéis que sacarnos de la ciudad... la ejecución de los otros está programada para mañana.

—¿Sacarlos sin lucha? —preguntó ella, desorientada por la sugerencia.

—Tengo una idea. Será difícil, pero con la ayuda de Johan tendréis una buena probabilidad.

—¿No puedes pelear? —inquirió Monique—. Deberías entrar allí y hacer lo que sea necesario. ¡Matar a un montón si tienes que hacerlo!

—No —objetó Thomas—. Esa no es la manera en que funciona ahora el Círculo.

El presidente se recostó y cruzó las piernas.

—Si no estuviéramos enfrentándonos a la extinción, en este momento yo podría

estar llamando a seguridad.

Los tres lo miraron. Thomas se volvió hacia Kara.

—Tienes que liberarme. Si Mikil aún está cerca del Bosque Sur, a un día de camino, quizás ya sea demasiado tarde. Pero no se me ocurren alternativas.

Un grueso libro de pasta negra de cuero yacía en el extremo de la mesa a la derecha de Thomas. Una Biblia. Su sueño del Círculo le giró vertiginosamente en la mente.

—Pero no está prevista tu ejecución, ¿verdad? —indagó Kara.

—No —respondió él—. ¿Significa algo para ustedes la frase «pan de vida»?

Se quedaron en silencio, al no esperar la extraña pregunta. Thomas volvió a mirar a Kara.

—El pan de vida. La luz del mundo. Dos de una docena de metáforas que usamos en el Círculo para referirnos a Justin.

—El pan de vida —concordó Kara—. Parece una frase que papá solía usar cuando era capellán.

—De los Evangelios —explicó el presidente.

Thomas estiró la mano hacia la Biblia y la levantó lentamente. Los Evangelios. ¿Sería posible? El aire se sentía espeso. Las palabras pronunciadas por su padre años antes se le entrecruzaron en la mente. Él nunca les había prestado mucha atención, pero ahora le hablaban suavemente desde el fondo de su memoria, como susurros de los muertos.

¿O de los vivos?

Abrió el libro y lo hojeó por la parte final. Halló los Evangelios. El Evangelio de Juan.

Thomas leyó la primera línea y sintió que se le iban las fuerzas del brazo. Aquí en sus manos tenía una copia de un libro que Justin les había dejado.

Las historias escritas por el Amado.

Kara se había levantado y miraba el libro.

—¿El libro de historias?

—Uno de ellos —declaró Thomas cerrando la Biblia y bajándola.

—¿Es ese uno de los libros? —preguntó Monique—. ¿Cómo es posible?

—Todo lo que ha ocurrido aquí está registrado en los libros de historias —explicó Thomas—. Todo.

Pero era más que eso, ¿correcto? Este era el único libro que Justin les había dejado. En gran medida, el dogma del Círculo se basaba en esta obra.

El presidente Blair carraspeó.

—Suponiendo que llegues hasta Carlos, ¿cuál es el plan?

Sí, el plan.

LA MULTITUD aumentaba a gran velocidad, pero no con suficiente rapidez para Phil Grant. El plan había sido bastante sencillo y el líder de la mayoría del senado había llegado, pero el tiempo se agotaba, y ahora Thomas Hunter había vuelto a gastar una de sus bromas pesadas de esos sueños. Phil atravesó el césped con la radio en la mano, frotándose la frente con un pañuelo. Cada cincuenta metros estaba ubicada una línea de militares blindados con uniformes color café, hasta formar un largo perímetro alrededor de los terrenos de la Casa Blanca. Ejército regular. Toda una división se había asignado a Washington. Había varios tanques por las calles, con las portillas abiertas y soldados en sus torres blindadas. La presencia de estos artefactos se había tolerado solo porque la nación estaba preocupada con asuntos peores. La guardia nacional se había volcado a las calles de las cincuenta ciudades más grandes de la nación, que abarcaban desde Nueva York hasta Los Ángeles. No había incidentes de conflicto fatal. Todavía.

Mil pares de ojos seguían a Phil mientras caminaba. Los manifestantes estaban detrás de la valla, como a cien metros de distancia, pero sus miradas señalaban incluso a esa distancia. La gente era una combinación de «se lo dije, el mundo se acaba», activistas antigubernamentales y una sorprendente cantidad de ciudadanos comunes y corrientes que se habían conectado con Mike Orear y que decidieron que adoptar una causa, por poco práctica que fuera, era mejor que sentarse a morir en casa.

Dwight Olsen caminaba al ritmo veloz de Phil, quien miró al líder de la oposición. El hombre no parecía darse cuenta del verdadero juego entre manos, pero su odio por el presidente lo había convertido en un títere fácil.

—Esperaremos al último minuto —manifestó Phil—. Mañana a más tardar. Si usted no lleva esto a cabo, el presidente tratará de hacer algo estúpido. Lo entiende, ¿no es así?

—Usted ya dijo eso antes, pero sabe que no puedo forzar las cosas. No me puedo imaginar al presidente iniciando una guerra. Tal vez él y yo no estemos de acuerdo, pero no es tonto.

—Ese es el punto; no podemos dejar que inicie una guerra. Es demasiado tarde para eso. Nuestro propósito total aquí es evitar una guerra.

Se acercaron a las líneas de manifestantes. Mike Orear fue hacia ellos, con el rostro demacrado. Docenas de políticos conocidos estaban empeñados en sofocar la protesta, pero los ojos del mundo se hallaban fijos en este hombre.

Phil le había dado un indicio a Theresa en el vuelo de regreso desde Bangkok y ella lo escuchó con atención. Debían dar al pueblo una alerta previa y la única manera de hacerlo sin trincar la confianza del presidente era traer a alguien que pudiera tomar la decisión de ir al público por cuenta propia. Alguien como su novio, quien tenía amplio acceso a los medios masivos de comunicación. Si Theresa no hubiera mordido la carnada tan rápidamente, Phil habría usado a cualquiera de los otros directores con quienes estaba trabajando. El truco había sido ocultar la noticia el tiempo suficiente para dejar que Fortier asegurara su control sobre Francia.

Cuando finalmente se supiera la noticia, deberían darle una gran cobertura.

Orear sonrió y se pasó una mano por su ya descuidado cabello.

—¿Impresionado?

—Mike, me gustaría presentarle a Phil Grant, director de la CIA —expresó Dwight Olsen. Se dieron la mano.

—Qué buen espectáculo está presentando usted, Mike.

—Todo es cosa del pueblo, no mía. Estoy seguro de que es un inconveniente para todos los políticos charlatanes, pero es obvio que el mundo está más allá de consideraciones de conveniencia, ¿no es cierto?

Phil miró a Olsen.

—Bueno ese es sencillamente el punto, Mike —enunció el senador—. Después de todo no estamos tan seguros de que su vigilia sea un inconveniente.

Mike le lanzó una mirada en blanco.

—Es más, después de un análisis cuidadoso hemos concluido que simplemente podría ser lo único que tenga alguna posibilidad de cambiar el equilibrio en este juego.

—Se refiere a obligar al presidente a confesar.

Phil sonrió. Agarró a Mike de un brazo y lo alejó de las líneas de seguridad.

—No exactamente. ¿Puedo contar con su absoluta confianza?

Olsen caminó al lado de ellos.

—Depende.

—Eso no basta —continuó Phil—. Esto está ahora más allá de cualquier hombre; sin duda usted entiende eso. Las decisiones que se tomen en los próximos cinco días determinarán el destino de cientos de millones.

—Entonces usted está hablando de hacer cambiar de opinión al presidente.

—Se nos está acabando el tiempo.

—Y el público no tiene idea de qué está pasando realmente —opinó Mike—. Ese es todo el asunto de esta vigilia, ¿correcto? El derecho del público a saber. ¿Y cómo

sugiere usted que cambiemos lo que no sabemos?

—Le diré a usted lo que el presidente está planeando —formuló Phil—. Pero necesito su confianza total, tengo la seguridad de que lo entiende.

—Muy bien. Si creo, que usted es franco conmigo, tendrá mi confianza. Pero no crea que no le diré al pueblo lo que merece saber. No les traicionaré su confianza.

—No me refiero a traicionar a las personas. Estoy hablando de servirles. Usted podría tener ahora más poder en la nación que nadie. Debemos usar ese poder.

—Ahórrese sus estupideces políticas —advirtió Mike deteniéndose. Entonces supongo que tendré que confiar en usted, Mike. Espero no estar cometiendo una equivocación.

El presentador de CNN solamente lo miró. Él era el hombre perfecto, pensó Phil, quien de veras creía en esa estupidez.

El presidente está planeando empezar una guerra nuclear. Está convencido de que Francia no entregará el antivirus como prometió, y se ha olvidado en este asunto de los principios, está decidido a hundirse en las llamas. Si él no cumple con las exigencias que hemos recibido, este país dejará de existir.

—Pero ustedes no creen que él tenga razón.

—No, no lo creemos. La mayor parte de su círculo interno está contra él. Tenemos información que nos lleva a creer que los franceses entregarán el antivirus a tiempo. Bajo ninguna circunstancia podemos permitir que el presidente dispare el gatillo.

—Así que el presidente no confía en los franceses —comentó Orear mirando hacia la Casa Blanca—. Y ustedes sí.

—Básicamente, sí.

—¿Y si ustedes están equivocados?

—Si el presidente empieza una guerra, no tendremos una posibilidad de encontrar el antivirus, así de sencillo —objetó Dwight Olsen dando un paso adelante—. Si no lo hace, tendríamos una posibilidad.

—Entonces nuestros científicos no están tan cerca de crear un antivirus como nos han hecho creer.

—No.

—Es repugnante... —juzgó Mike, con los músculos de la mandíbula flexionados por la frustración—. Entonces esta vigilia nuestra no es más que nuestra propia procesión fúnebre.

—No necesariamente —objetó Phil, quitándose una gota de sudor de la frente—. Para mañana usted tendrá más de un millón de personas involucradas. Un ejército. Con el estímulo adecuado, este ejército podría hacer cambiar la opinión del presidente.

—La manifestación está bien, Mike —añadió Olsen—. Pero se nos está acabando

el tiempo. Filtre la noticia de que podría ser inminente una guerra nuclear. Necesitamos que el presidente entienda que el pueblo no quiere guerra. Y necesitamos que los franceses vean nuestra buena fe. Es un esfuerzo desesperado, pero es lo único que tenemos.

—Ustedes quieren que yo empiece una revuelta.

—No necesariamente. Una revuelta enviaría señales variadas de caos.

—¿Qué esperan ustedes que estas personas hagan? ¿Qué invadan la Casa Blanca? Phil captó una rápida mirada de Olsen.

—Estoy abierto a sugerencias. Pero vamos a morir —opinó, dejando que su voz se llenara de frustración, del todo legítima—. ¡Esto no es ningún espectáculo masivo que usted esté organizando para el pueblo! Usted hace lo que debe hacer, o no lo hace. Pero quiero saber qué hará. Ahora.

Mike frunció el ceño. Se volvió a mirar hacia las líneas de seguridad y más allá la manifestación pacífica a la luz de velas del «ejército». Un hombre de túnica blanca realizaba una torpe danza, Phil no podía asegurar si motivada por religión o por drogas. Un niño sin camisa se hallaba inclinado contra la barandilla, mirándolos al otro lado del césped. Mike dejaría este desorden en dos días; ese era el acuerdo. A tiempo para contactar con Francia y tener el antivirus antes de que fuera demasiado tarde.

—Está bien —concordó Mike—. Estoy en esto.

—∞∞∞∞—

SE COLOCARON codo con codo en el poco iluminado laboratorio de Bancroft, listos para dormir y soñar. Sobre ellos, treinta guardias armados que el presidente había convocado de las fuerzas especiales formaban un perímetro alrededor del edificio de piedra en el campus del John Hopkins, de otra manera vacío. El buen doctor estaba en casa cuando lo localizaron, pero había acudido apresuradamente a su laboratorio a realizar un experimento aún más increíble en sus dispuestos sujetos. El único propósito verdadero que tenía era ponerlos a dormir en dúo, pero él insistió en engancharles los electrodos a las cabezas y dejarlos sin sentido como dos frankensteins en su mazmorra de investigaciones.

Durante el viaje en helicóptero Thomas había pasado quince minutos hablando por una línea de seguridad con el presidente, diseñando su plan con los israelíes.

Blair estuvo al instante de acuerdo con los valientes pasos que él le había bosquejado. El mayor desafío a que se enfrentaban era planificar y ejecutar la operación sin que los franceses intuyeran la menor señal de ella. El problema estaba en que no sabían con quiénes podrían estar trabajando los franceses. Quizás nunca lo sabrían. El presidente estuvo más reacio a acordar no reunirse con los jefes, ni con el

FBI, ni la CIA, ni los protocolos militares habituales.

La comunicación con los israelíes la manejaría Merton Gains en persona. Él era el único en quien Thomas estaba seguro de que podían confiar.

—Entonces —anunció el Dr. Bancroft, aproximándose con una jeringa en la mano—. ¿Están listos para soñar?

Thomas miró a Kara. La mano de su hermana se hallaba atada a la suya con gasa y cinta. El buen doctor les había hecho pequeñas incisiones en las bases de los pulgares y les había hecho los honores.

—Cinco kilómetros al este, exactamente como te mostré —informó Thomas—. Tienes que llegar allí esta noche si es posible.

—Lo intentaré, Thomas —respondió ella, inspirando—. Créeme, lo intentaré.

MIKIL DESPERTÓ sobresaltada y miró el negro espacio. Solo era la segunda vez que Kara había cruzado, pero debido a sus tratos pasados con los sueños de Thomas, al instante supo lo que estaba sucediendo. Ella era Mikil. Para todo propósito práctico, también era Kara. De cualquier forma, Johan y Jamous se hallaban durmiendo al lado de ella.

—¡Despierten! —exclamó Mikil poniéndose en pie de un salto. Ellos se sobresaltaron. Se agarraron las caderas, giraron, se levantaron y se pusieron en cuchillas, Johan agarrando un cuchillo y Jamous sosteniendo una piedra. Trece meses de no violencia no les había atenuado sus instintos de defensa.

—¿Qué pasa? —exigió saber Johan, pestañeando.

—Estoy soñando —informó Mikil—. Levanten el campamento. Debemos irnos.

—¿Encostrados? —susurró Jamous, recorriendo con la vista la selva alrededor.

—No estás soñando —corrigió Johan—. Estás despierta. Vuelve a dormir y sueña un poco más. ¡Me vas a provocar un ataque cardíaco!

—No, ¡Kara está soñando! —exclamó ella, recogió sus cosas y las enrolló rápidamente.

Ellos habían conseguido un nuevo campamento para la tribu y, después de más discusión de la que ella habría juzgado razonable dada la urgencia del apuro de Thomas, habían acordado como consejo enviar a tres de sus más calificados guerreros en una misión de vigilancia que se podría convertir en un intento de rescate si la situación lo requería.

Habían pasado cinco noches desde que las hordas capturaran a sus compañeros. ¡Cinco noches! Y con cada noche que pasaba aumentaba en ella la seguridad de que Thomas estaba muerto. Momentos como estos la tentaban a pensar en adoptar la doctrina de William de agarrar la espada o de huir a lo profundo del desierto.

Hasta Justin había una vez empuñado la espada y peleado con las hordas. Entonces también había sido Elyon, ¿cierto? Así que Elyon había usado una vez la espada.

¿Por qué no ahora otra vez, para rescatar al hombre que dirigiría el Círculo de Elyon?

Mikil colocó su cama enrollada sobre el caballo, la abrochó en su lugar y giró

hacia los dos hombres que la miraban en silencio mudo.

—Bueno. ¡Debemos irnos ahora! ¿Me están oyendo? Thomas está vivo y le acaba de decir a Kara cómo llegar hasta él. Lo tienen en el sótano de la biblioteca a cinco kilómetros al este de la ciudad de las hordas. Los demás... está previsto que sean ejecutados mañana.

—¿Te dijo todo esto Thomas? —inquirió Jamous.

—¡No tenemos tiempo! —declaró Mikil montándose en su corcel—. Lo explicaré por el camino.

Ella espoleó la montura y se dirigió al norte por un extenso campo, haciendo caso omiso del ruego de Jamous de que se detuviera.

Muy pronto la alcanzarían. El sol se levantaría en menos de tres horas y Mikil no tenía deseos de acercarse a la ciudad a plena luz del día.

Johan la alcanzó primero, retumbando por detrás en su enorme garañón alazán.

—¡Sé razonable, Mikil! ¡Disminuye la velocidad! Al menos lo suficiente para que nos pongamos al tanto.

Llegaron al borde de la selva y Johan aflojó hasta trotar al lado de ella.

—¿Te pidió que irrumpamos en esta biblioteca donde lo tienen? —preguntó él.

Mikil se agachó para evitar una rama baja. Aquí los árboles eran escasos, pero al este de la selva les haría más lenta la marcha. Ella instó al caballo a seguir adelante.

—Me dio algunas ideas y me dijo que tú sabrías qué hacer con ellas. Tú viviste con las hordas bastante tiempo para entenderlas mejor que la mayoría.

Johan no respondió.

—Me dijo también otras cosas respecto de ti, Johan —le informo mirándolo a la tenue luz—. Necesitamos que tú también sueñes. Es evidente que estás conectado con un hombre llamado Carlos que necesita ver la luz.

—Por ahora es suficiente hablar de liberar a Thomas basándonos en un sueño —opinó Johan—. ¿Cuánto tenemos de la fruta curativa?

—Dos para cada uno —contestó Jamous—. ¿Estás esperando una pelea?

—¿Crees que Thomas nos perdonaría si sanamos a unos cuantos después de derribarlos?

—¿Herir encostrados y luego sanarlos? No sé —preguntó Mikil mirando a Johan. Mientras no se los mate...

—¿Por qué no? ¿Es esa tu recomendación?

—¿Cómo puedo recomendar algo sin saber lo que Thomas te dijo en este sueño vuestro?

—Me dijo exactamente dónde lo mantenían. Me notificó la configuración del terreno y me avisó que había una mujer con acceso ilimitado a él. Sugirió que me hiciera pasar por esa mujer.

—¿Y qué mujer es esta?

—Chelise, la hija de Qurong.

Los dos la miraron como si se hubiera vuelto loca.

—∞∞∞∞—

—¿CUÁNTO TIEMPO tenemos? —exigió saber Mikil.

—Date la vuelta; déjame ver la luz de la luna —pidió Johan.

—¿Cuánto? —repitió ella.

—Menos de una hora —contestó Jamous.

—¡Entonces tendremos que hacerlo! —exclamó Mikil mirando el muro del complejo, como a cincuenta metros a la derecha.

—No funcionará —objetó Jamous escupiendo a un lado.

—Danos entonces una idea mejor —sugirió Mikil—. ¿Cómo estoy?

No desacostumbraban ponerse túnicas tradicionales de encostrados... a denudo usaban las capas cuando se aventuraban en lo profundo del bosque. Pero Mikil nunca se había aplicado esta arcilla blanca en el rostro y las manos. Thomas le había sugerido que para la noche se convirtiera en una princesa encostrada y Johan había insistido en una gruesa capa del sustituto más cercano para el morst que pudo encontrar. Arcilla blanca.

—Como la mismísima princesa —comentó Johan.

—Excepto por los ojos y la voz.

—Todo disfraz tiene sus limitaciones. Haced exactamente lo que dije.

Jamous tenía razón; el plan era absurdo. Lo único peor sería intentarlo a la luz del día.

—Recordad —mencionó Mikil—, la biblioteca está en el centro del jardín. Él habló de cuatro guardias, dos en el exterior y dos en el sótano.

—Lo recordamos —le aseguró Johan—. Danos cinco minutos antes de que los saques. Y debes levantar ligeramente el tono de tu voz. Chelise es tan... directa como tú. No trates de parecer demasiado débil. Camina erguida y...

—Mantener la cabeza en alto, lo sé. Creéis que no sé cómo camina una princesa estirada.

—Yo no diría que ella es estirada. Audaz. Refinada.

—Por favor. No es posible reconciliar las palabras «encostrada» y «refinada».

—Tú mantente alerta —insinuó Jamous—. Quizás no sean refinados, pero pueden empuñar muy bien sus espadas.

Thomas había dicho que si Mikil moría, Kara también moriría en el laboratorio del Dr. Bancroft. Extraño. Pero Mikil estaba acostumbrada al peligro.

—Vamos.

Jamous vaciló, luego sujetó los brazos de Mikil para formar el acostumbrado círculo.

—La fortaleza de Elyon.

—La fortaleza de Elyon.

Los hombres desaparecieron en medio de la noche. Mikil corrió hacia la elevada cerca de postes y trepó al árbol que habían elegido. Thomas lo había llamado el jardín real. Había media luna... ella lograba ver el contorno de los arbustos colocados con cuidado alrededor de los árboles frutales. El enorme edificio en espiral, a cien metros dentro del complejo era más despejado. La biblioteca.

En este lado del jardín no había señal de ningún guardia. Mikil agarró los afilados conos en dos postes adyacentes, lanzó ambas piernas sobre la cerca, y cayó a tierra tres metros abajo. La túnica era negra... si caminaba con el blanco rostro agachado sería bastante invisible. Atravesó corriendo el jardín, sorprendida por el cuidado que las hordas habían puesto en recortar los bordes y los setos. Por todos lados había flores. Hasta los árboles frutales habían sido podados adecuadamente.

Se ocultó detrás de un gigantesco árbol de nanka a treinta metros de la puerta principal de la biblioteca, donde dos guardias se hallaban recostados contra la pared. Era extraño que desde el ahogamiento no sintiera ira hacia ellos. No podía decir que sintiera alguna compasión por los encostrados, como sentían algunos, pero consideraba bastante misericordiosa su falta de furia. El hecho de que ella hubiera sido cómplice en condenar a Justin solo la hacía enojarse con el engaño que los cegaba tan agudamente.

Mikil no se sorprendió al comprender que su enojo estaba dirigido a la enfermedad, no a las hordas. No tenía compasión por la enfermedad. La diferencia entre ella y algunos de los demás, William por ejemplo, era que al ver a dos guardias enfermos ella vio principalmente la enfermedad; William habría visto solo a los guardias.

La teniente alejó con un parpadeo sus pensamientos. Era hora de practicar un poco de su engaño. Debía suponer que Johan y Jamous se hallaban en sus puestos.

Bajó la cabeza y se dirigió directamente hacia el amplio sendero que llevaba a la biblioteca. Veinticinco metros. Apareció gravilla bajo sus pies... seguramente ya la habrían visto. Respiró profundo, se irguió todo lo que pudo con gracilidad, levantó la barbilla como podría hacerlo una princesa y caminó a grandes zancadas hacia los dos guardias.

De repente el guardia de la izquierda se irguió y tosió. El otro lo oyó, vio a Mikil, y rápidamente se enderezó. No supieron qué hacer. No muchos visitantes a esta hora de la noche, ¿no es así, sacos de escamas?

Ella se detuvo cerca del fondo de las escaleras.

—Abran la puerta —ordenó calmadamente.

—¿Quién es usted? —preguntó el guardia de la derecha.

—No sean idiotas. ¿No pueden reconocer en la noche a la hija de Qurong?

Él titubeó y miró a su compañero.

—¿Por qué está usted usando...?

—¡Acercaos! —ordenó ella señalando el suelo—. Bajad aquí, ¡los dos! ¿Cómo os atrevéis a cuestionar mi elección de ropa? ¡Quiero que veáis mi rostro de cerca para que nunca más duden de quién les está dando órdenes! ¡Moveos!

Ella no estaba segura de que se la oyera como una princesa, pero los guardias descendieron cautelosamente las escaleras.

—Pretendo dejar pasar esta indiscreción, pero si os movéis tan lentos podría cambiar de parecer.

Ellos corrieron hacia delante.

Dos sombras volaron de cada esquina del edificio, y Mikil levantó la voz para cubrir cualquier sonido que pudieran hacer.

—Ahora la realidad es que no soy la hija de Qurong, pero sé que estoy aquí en nombre de ella. Ella me dijo dónde encontrar al albino para poder rescatarlo. Está enamorada de nuestro querido Thomas, ¿sabéis?

Los guardias se detuvieron en el último peldaño exactamente cuándo Johan y Jamous saltaban los peldaños por detrás y los aporrearon a cada uno en la base de las nuca. Gimieron y cayeron a dúo.

A rastras alejaron a los guardias de las escaleras y los colocaron sobre el césped.

—¿Algún daño? —inquirió Mikil.

—Sobrevivirán.

Thomas objetaría, pero finalmente vería el motivo. Y aunque estos podrían hacer peligrar el rescate, de todos modos vivirían. En sí esta era una modalidad de no violencia. Era absurda la parte acerca del amor de la princesa por Thomas... algo que más adelante provocaría risa en los guardias. Si Mikil tenía suerte, eso incluso podría meter en aprietos a la princesa.

—Vamos.

Johan y Jamous entraron en silencio a la biblioteca con Mikil detrás. La puerta hacia el hueco de la escalera se hallaba exactamente donde Thomas le había dicho que estaría.

—Por aquí. Los llamaré.

Ella esperó que Jamous y Johan se ocultaran en las sombras a cada lado de la puerta, luego la abrió un poco. Desde abajo brilló luz de antorchas.

Ella asintió a Jamous, abrió del todo la puerta y bajó un escalón.

—¿Hay alguien despierto aquí? ¡Necesito inmediatamente la ayuda de dos guardias!

La voz de ella resonó a sus espaldas. Creyó haber oído un sonido, pero no estaba segura.

—¿Están ustedes dormidos? ¡No tengo toda la noche! Se hallaron los libros, ¡y

Woref exige de inmediato la ayuda de ustedes!

Ahora el sonido de pisadas golpeaba las piedras planas abajo. Ella dio la vuelta exactamente cuándo se divisaba a dos guardias, ambos empuñando antorchas.

—¡Rápido, rápido! —exclamó ella entrando al vestíbulo mientras las botas de ellos subían los escalones pisando fuerte.

Jamous y Johan agarraron a estos dos guardias incluso con menos incidentes que a los de afuera. Había sido demasiado fácil. Otra vez, la inteligencia adecuada era a menudo la clave para la victoria en cualquier batalla.

Mikil buscó las llaves en el cinturón de uno de los guardias, las encontró, le arrebató una antorcha de las manos a Jamous y descendió las escaleras tan rápido como le permitía su larga túnica. Un corredor de piedra tallada llevaba a una puerta a la izquierda.

—¿Thomas?

—¡Aquí! ¿Mikil? La puerta, ¡rápido!

Ella insertó la llave y desatrancó la puerta. La abrió y la antorcha iluminó a Thomas, de pie con una larga túnica negra casi idéntica a la de ella. Él le vio el rostro y se quedó paralizado. La teniente había esperado que él saltara hacia ella y tomara el control inmediato. En vez de eso pareció extrañamente asombrado por su amiga.

—Tranquilo. Pese a mi apariencia fantasmal, no soy una aparición.

—¿Mikil?

—¿No es esto lo que esperabas? No me digas, ¿te deja anonadado mi belleza? —bromeó ella sonriendo.

—Gracias a Elyon —comentó él, sacudiéndose el temor; corrió hacia ella y le agarró los brazos—. ¿Y los otros?

—Tengo a Jamous y a Johan. Aún no hemos ido por los otros.

—¡Entonces debemos apurarnos! —exclamó, saltando hacia las escaleras.

—Tuvimos que usar un poco de fuerza, Thomas —le advirtió ella.

Él entró al vestíbulo y se paró en seco. Dos cuerpos yacían amontonados. Desde allí miró a Johan, luego a Mikil quien se paró a su lado.

—Solo un golpe, Thomas. Si quieres, podríamos darles un poco de fruta —expresó Mikil.

Thomas corrió hacia la puerta y miró hacia el cielo. Un leve brillo surgía en el horizonte oriental.

—No hay tiempo.

THOMAS CORRIÓ detrás de ellos con la aterradora sensación de que sería demasiado tarde. No había manera de que cuatro albinos pasaran desapercibidos una vez que la ciudad comenzara a despertar.

—Rapidez, no sigilo —explicó Thomas, pasando a Mikil—. No tenemos tiempo para pasar desapercibidos. Cabalgamos con energía y los soltamos con rapidez.

—¿Y hacer que cuelguen hoy a ocho en vez de cuatro? —cuestionó Johan—. Debemos pensar esto detenidamente.

—No he hecho otra cosa que pensarlo detenidamente —respondió Thomas—. No hay otra manera en el tiempo que tenemos.

—¿Y pretendes que hagamos esto sin usar la fuerza?

—Haremos lo que tengamos que hacer.

Saltaron de prisa la valla y montaron los caballos. Thomas cabalgó a dúo con Johan, pero necesitarían cinco corceles más si esperaban dejar atrás a las hordas.

Thomas los llevó a los establos, donde consiguieron los caballos.

—¿Sillas? —susurró Mikil.

—Bridas solamente. Podemos montar a pelo.

Habían gastado quince minutos, y el cielo se veía gris. ¡Iban retrasados! Entrar al galope en la ciudad sería un suicidio.

Y salir era tan bueno como condenar a muerte a los otros.

Thomas saltó sobre uno de los caballos y refunfuñó de frustración. Muy Cerca. El palacio se levantaba a la derecha. Chelise dormía allí. Algo acerca de este escape le parecía como una ejecución. Nada parecía correcto. O los atraparían y los ejecutarían como Johan sugiriera, o escaparían para enfrentarse a otro terrible destino.

—¿Qué pasa? —exigió saber Johan.

—Nada.

—¡Este «nada» no está en tu rostro! ¿Qué sabes que no sepamos nosotros?

—¡Nada! Sé que podrías tener razón en cuanto a ser atrapados. Solo necesito a uno conmigo. Mikil y Jamous, reuníos con nosotros en las cataratas en treinta minutos.

—No vine para huir —objetó Mikil—. Además, tengo el disfraz.

—Estás casada —declaró él y espoleó el caballo.

—A las cataratas —ordenó Johan—. Rápido.

—Entonces toma esto. No lo necesito.

Mikil se quitó la túnica y se la lanzó a Johan.

Thomas y Johan cabalgaron con dos caballos extra cada uno, a trote rápido, directamente hacia el lago, ahora a menos de mil metros delante de ellos.

Johan se puso la túnica mientras cabalgaba.

—Ella tiene razón en una cosa —opinó Johan—. Cualquiera que vea nuestros rostros sabrá que somos albinos.

—Entonces nuestra única esperanza es atacarlos antes de darles la oportunidad de pensar ¿qué albinos serían tan dementes como para aparecer en su ciudad? ¿Tienes un cuchillo?

—¿Estás planeando usarlo?

¿Lo estaba?

—Planeando, no. No tengo un plan.

—Eso es raro en ti.

Siguieron cabalgando, ahora directos hacia las mazmorras. La suave tierra cenagosa ahogaba las pisadas de sus caballos. Un humo de madera se levantaba por el aire matutino desde una hoguera en una de las cabañas a la izquierda. Un galló cantó. El castillo aún permanecía en silencio, ahora detrás de ellos.

—Mikil me dice que necesitas que sueñe contigo —manifestó Johan en voz baja—. Algo respecto de un tal Carlos.

Casi lo había olvidado.

—¿Es esa una razón para vivir?

—Quizás.

Por supuesto que lo era. Pero por el momento él no tenía la paciencia para pensar detenidamente en esto de soñar. Aquí, rodeados por la ciudad de las hordas, algo le roía la mente, intranquilizándolo; y no lograba entender de qué se trataba.

No quieres ser liberado, Thomas.

No, no se trataba de eso. Haría cualquier cosa en su poder para ser libre de estos animales. Aunque eso significara lastimar a unos cuantos.

Una oleada de odio lo recorrió, y él se estremeció. ¿Qué clase de bestia amenazaría con matar aquello por lo que Elyon había muerto por salvar?

¿Dónde está tu amor por ellos, Thomas?

—No puedo fingir que sepa lo que te ha sucedido, Thomas, pero no eres el mismo hombre que vi la última vez.

—¿No? Quizás vivir aquí entre tus antiguos amigos me ha vuelto loco.

Johan no lo condecoraría por esta cuchillada.

—Perdóname —expresó Thomas—. Te amo como a un hermano.

—¿Puedo usar mi arma? —preguntó Johan.

—Usa tu conciencia.

Johan hizo un gesto con la cabeza hacia un grupo de guerreros que se extendía en lo que parecían barracas directamente adelante.

—Dudo que mi conciencia ayude contra ellos.

Thomas no los había visto. Varios los miraron con curiosidad. Incluso con las capuchas bajas, pronto los encostrados sabrían la verdad. Sus rostros, sus ojos, su olor. Ellos eran albinos, y no había forma de ocultarlo.

—¿Tienes la fruta?

—Dos pedazos.

—Cabalga duro cuando yo lo haga.

—¿Es ese tu plan?

—Ese es mi plan —respondió Thomas en el momento en que uno de los encostrados salió repentinamente caminando hacia el camino para cortarles el paso—. Cabalga, hermano. Cabalga.

—¡Arreee! —exclamó, espoleando su cabalgadura.

El corcel salió disparado. Los dos caballos al cabestro resoplaron ante el súbito jalón en los frenos. Galoparon directo hacia el sorprendido encostado, quien salió disparado del camino.

Thomas y Johan habían pasado los barracones a toda velocidad antes de que se oyera el primer grito.

—¡Ladrones! ¡Ladrones de caballos!

Mejor que albinos. Thomas sacó su corcel de la calle, lo llevó a la orilla del lago y lo orientó directo hacia las mazmorras.

Había dos guardias de turno en la entrada. Por sus expresiones, Thomas imaginó que nunca habían defendido el establecimiento contra un asalto. El guardia a la izquierda solo había sacado la mitad de la espada de su funda cuando Thomas se bajó de su caballo y se la volvió a meter.

Hizo oscilar el codo en la sien del hombre con tanta fuerza que lo derribó donde se hallaba.

El segundo guardia tuvo tiempo de sacar la espada y echarla hacia atrás antes de que Thomas lo pusiera fuera de combate con un rápido taconazo a la barbilla. Como en los viejos tiempos: con rapidez y brutalidad.

—¡Necesito treinta segundos! —gritó mientras arrebatava las llaves del cinturón del guardia.

—No estoy seguro de que tengamos treinta segundos —informó Johan.

Un grupo de guerreros avanzaba pesadamente a pie por el sendero. Los habían cogido a pie, pero ahora comprendían que robar caballos no era la intención de los dos jinetes que los pasaron a toda velocidad.

—Haz lo que debas —anunció Thomas; luego descendió bruscamente los peldaños, de tres en tres. Aún había algo royéndole en el estómago, pero lo sintió con una nueva claridad. Debían llevar una antorcha por todo el lugar.

—¡William! —gritó corriendo por el estrecho pasillo.

Había olvidado agarrar una de las antorchas de la pared, y ahora estaba pagando por esta prisa. Había rumores de que algunos de las hordas aun mantenían vivos a sus antiguos prisioneros en alguna parte de este calabozo, pero Thomas no tenía tiempo para buscarlos.

—¡William! —gritó en la oscuridad.

—¿Thomas?

Más abajo. Pasó corriendo una fila de celdas y chocó con los barrotes de la sexta. William y Suzan se hallaban de pie, aturcidos. Caín y Stephen se pusieron a su lado.

—Tenemos dos docenas de encostrados acercándose —informó Thomas jadeando; metió la llave en la cerradura y la giró con fuerza; el pasador se liberó con un fuerte ruido metálico.

—¿Hay otros?

—Probablemente.

—¡Corred! Los caballos están esperando.

Thomas corrió sin volverse a mirar. Ellos se ayudarían entre sí. Sintió una sorprendente compulsión de combatir con los encostrados que se le venían encima a Johan. Un año antes, dos de ellos se podrían haber encargado de dos docenas y al menos mantenerlos a raya. Él pudo sentir como cobre en la lengua las ansias de arremeter contra ellos. Ansias de sangre.

Thomas subió las escaleras a grandes zancadas, con los pulmones a punto de reventársele por la actividad. Los gritos de encostrados le llegaron cuando apenas se hallaba a mitad de camino.

—¡Agarradlos!

Una voz gritó de dolor. ¿Johan?

Thomas salió del calabozo a la luz y se paró en seco.

Lo que vio lo dejó paralizado. Veinte encostrados empuñando espadas habían formado un semicírculo alrededor de la entrada. Johan se hallaba con la capucha echada hacia atrás, sangrando en abundancia por una profunda herida en el brazo derecho. Las hordas estaban momentáneamente sorprendidas al ver a su antiguo general, Martyn, mirándolos.

La escena trajo a la memoria recuerdos de trece meses antes. Entonces se habían reunido alrededor de Justin, pero a los ojos de Thomas esta escena apenas era diferente. Ellos pensaban en matar.

Algo le chasqueó en el horizonte. Rojo. Recogió la espada caída del segundo guardia a quien él había golpeado antes y la hizo oscilar por encima de la cabeza.

—¡Retroceded! —gritó mientras se echaba atrás la capucha—. ¿No conocéis a Thomas de Hunter? ¡Retroceded!

La ferocidad en su voz lo puso nervioso hasta a él. Se aferró a la empuñadura con manos temblorosas, desesperado por arremeter contra los encostrados. Johan lo miraba. Las hordas lo miraban. Él tenía un poder conocido a mano, y de pronto supo que lo usaría.

En ese mismo instante empuñaría lleno de ira una hoja por primera vez en trece meses. ¿Qué importaba? De todos modos estaban muertos.

Los encostrados estiraban las espadas con cautela. Pero no retrocedieron como él ordenara.

William y los demás salieron de la mazmorra detrás de él.

—¿Estáis sordos? —gritó Thomas—. Agarra la otra espada, Johan.

Johan no se movió.

—Thomas...

—¡Recoge la espada!

Estás ensimismado, Thomas.

Él corrió hacia los encostrados, gritando. Su hoja refulgió. Pegó contra carne. Tajó.

Luego quedó libre y se inclinó para su segunda oscilación. La espada cortó limpiamente uno de los brazos de ellos. La manga del guerrero se inundó de sangre.

El ataque había sido tan rápido, tan enérgico, que ninguno de los demás había tenido tiempo de reaccionar. Ellos eran guardias, no guerreros. Sabían de Thomas por las incontables historias de su incalculable fortaleza y valentía.

Thomas estaba resollando, la espada lista para cortar la primera cabeza que se estremeciera. Estos animales consumidos por la enfermedad no merecían nada mejor que la muerte. Estos shataikis atormentados por la enfermedad habían rechazado el amor de Justin.

Se les debía culpar por el engaño de Chelise.

Thomas sintió que el pecho se le oprimía con terrible angustia. Cerró los ojos y gritó, a todo pulmón, al cielo. Un gemido se le unió... el segundo hombre al que había cortado estaba de rodillas agarrándose firmemente el brazo.

—La fruta —expresó, dirigiéndose a Johan.

Johan metió la mano en su bolsillo y sacó una fruta que parecía un durazno.

—Usa esto —le dijo al encostrado, lanzándole la fruta. Inmediatamente los encostrados retrocedieron aterrados, dejando al hombre herido con la fruta cerca de su rodilla derecha. Thomas bajó la espada y caminó al frente.

—Por amor de Elyon, ¡no es brujería, amigo! —exclamó, agarró la fruta y le exprimió el jugo que se le escurrió entre los dedos—. ¡Es un regalo!

Agarró la manga del hombre y tiró con fuerza. La costura se rompió en el hombro

y la larga manga quedó suelta, dejando desnudo un brazo escamoso, herido por debajo del codo. El hueso y el músculo estaban cortados.

El hombre empezó a quejarse atemorizado.

Thomas alargó la mano hacia el brazo, pero el hombre lo echó hacia atrás.

La anterior rabia lo volvió a inundar. Golpeó al hombre en la mejilla.

—¡No seas idiota!

Él sabía que todo lo que realizaba estaba mal, que todo esto de la huida había salido muy mal. Pero ahora estaba comprometido.

Thomas agarró con una mano el brazo del hombre y le exprimió la fruta en la herida. El jugo se le metió en el profundo corte.

Chisporroteó.

Un hilillo de humo se levantó de la carne partida. Se estaba obrando la curación.

Thomas se paró y lanzó la fruta al primer hombre que había cortado.

—¡Úsala!

Se volvió de espaldas a las hordas. Los demás lo miraban con algo entre horror y asombro; él no estaba seguro de qué. Se dirigió a su caballo y montó.

—Montad.

Estaba seguro que las hordas se precipitarían sobre ellos, pero no lo hicieron. Miraban con horror al hombre a quién él le había dado la fruta. El brazo se hallaba ahora medio sano y aun curándose. William corrió hacia el caballo. Suzan, Caín y Stephen se montaron en los otros.

—Si ustedes creen que el poder de Qurong es digno de temer o amar, entonces recuerden lo que han visto hoy aquí —dijo Thomas—. Esta vez les di fruta para sanar sus heridas. Si nos persiguen, quizás no sean tan afortunados.

Diciendo eso hizo girar el caballo y galopó hacia la selva, asombrado, confundido, lleno de náuseas. ¿Qué había hecho?

—¿NADA? —preguntó Qurong.

—Huyen mejor de lo que pelean —contestó Woref.

Se hallaba en el techo plano del castillo con el máximo líder, mirando al sur sobre los árboles. Pero Woref no miraba los árboles. Ni siquiera miraba al sur. Sus ojos miraban su interior y veían la bestia siniestra que firmemente se le había abierto paso dentro del vientre en los últimos días.

Había conocido a esta bestia llamada odio, pero nunca tan íntimamente. Sospechaba que tenía algo que ver con su encuentro con Teeleh, pero había renunciado a tratar de entender la reunión. Es más, se hallaba medio convencido de que todo el asunto había ocurrido en sueños. No había un monstruo real arrastrándose por sus tripas, pero la opresión en el pecho y el calor que le recorría las venas no eran menos reales. Por sus propias razones, ahora se hallaba desesperado por Chelise, razones estas que nada tenían que ver con ninguna pesadilla de Teeleh.

La poseería a cualquier coste, para ella o para él. Si no lograba tener el amor de la hija, ¿cómo podría obtener el reino?

—Eso no contesta mi pregunta —objetó Qurong—. ¿Los logras ver o no?

—No.

El supremo dirigente apoyó las manos en la barandilla que recorría el techo. Se quedó muy quieto, vestía una túnica negra y la capucha retirada dejaba ver sus gruesos rizos.

—¿Ejecutaste a los guardias como te ordené?

—Sí.

—¿Al que fue sanado por la brujería?

—Murió muy rápidamente. Un segundo guardia intentó usar la fruta, pero no funcionó.

—¿Y qué importa esto? —inquirió Qurong; se volvió y miró directo a los ojos a Woref—. Estoy interesado en los albinos, no en unos pocos guardias que no colocaste de manera apropiada.

Ya habían tratado la responsabilidad de Woref en esta catástrofe. El hecho de que Qurong volviera a tocar el tema, ni siquiera dos horas después del hecho, mostraba la debilidad del líder.

—He aceptado la responsabilidad total. Mientras usted echa humo, ellos huyen.

Qurong gruñó y regresó a mirar la selva, quizás sorprendido del atrevimiento del general. Woref seguía mirando al sur. Cuando llegara el momento de tomar su puesto como gobernante máximo incendiaría toda esta selva y empezaría de nuevo. Ya no le atraía nada aquí.

Se tragó la ira. A excepción de Chelise, desde luego. Y en cierto modo ansiaba tanto a la madre como a la hija. Si un día no mataba a Patricia, también la haría su mujer. Pero era la posibilidad de poseerlas, no sus hermosos rostros, lo que le producía esta opresión en el estómago.

Se estremeció.

—No estoy seguro de que comprendas lo que ha sucedido aquí —declaró Qurong—. Hace dos días hice desfilar a Thomas por las calles para celebrar mi victoria sobre su insurrección. Hoy él me deja en ridículo al escapar. Si crees que sobrevivirás a Thomas, te equivocas.

—Usted le dio demasiado prestigio —se defendió Woref.

—Tardaste trece meses en traerlo, ¡y ahora se ha vuelto a escapar de tus garras!

—¿Lo hizo? Conozcamos a nuestro enemigo, solemos decir. Creo que estoy comenzando a entender a este enemigo.

—Sí. Entiendo que se burla de ti a cada momento.

—¿Y si yo le dijera a usted que conozco la debilidad de Thomas?

—¡Él es un albino! —vociferó Qurong cruzando los brazos y quitando la vista de la selva—. ¡Conocemos su debilidad! Y eso no nos ayuda.

—¿Qué precio está usted dispuesto a pagar para traerlo de vuelta? —preguntó Woref.

—¡Estoy dispuesto a dejarte vivir!

—¿Y qué consecuencia para la persona que ayudó a escapar al albino?

—Cualquier cosa que no sea un ahogamiento sería burlarse de mí ^ expresó Qurong.

—¿Nada de misericordia, fuere quien fuere?

—Nada.

—¿Y tendría misericordia de su hija?

—¿Qué tiene que ver ella con esto? —exigió saber Qurong.

—¡Todo! —chilló Woref; el rostro le ardía—. Ella es todo para mí, ¡y usted se la dio de comer a ese lobo!

—¡Recuerda quién eres! —exclamó Qurong; los ojos le relampagueaban con ira—. Tu deber para conmigo como general reemplaza cualquier deseo que tengas por mi hija. ¿Cómo te atreves a hablar de ella en un momento como este?

—Él escapó con ayuda de ella —afirmó Woref; podría haber abofeteado al líder supremo.

—No seas ridículo.

—Ella dio instrucciones a los guardias de que no lo obligaran a tragarse la fruta de rambután como ordené.

—¿Y es esto ayudar al albino? Estás ciego con los celos de un guerrero encadenado.

—Ahora no está encadenado. Ese es el punto, ¿no es verdad? Está libre porque soñó y halló una forma de usar su brujería para guiar a Martyn, exactamente como este aseguró una vez que Thomas de Hunter podría hacer. Soñó porque no comió la fruta. Chelise es cómplice, ¡se lo advertí a usted!

—Ya verás, Woref, si un solo guardia sugiere que esto es una falsedad, ¡yo mismo te ahogaré!

—Ejecutamos a los guardias hace una hora.

Qurong se fue a grandes zancadas a la puerta que llevaba abajo y la abrió de golpe.

—¡Tráiganme a Chelise ahora mismo! —vociferó y lanzó la puerta Entonces te permitiré acusarla. ¿Cómo te atreves a acusar a mi sangre de favorecer a un albino?

—¿Cree usted que no estoy consternado? No he dormido desde que los vi.

—¡Ni una palabra más!

—Puedo probarlo.

Qurong reaccionaba como Woref mismo pudo haberlo hecho de no haber visto él mismo aquella escena. No le parecía nada razonable la idea de que alguien, mucho menos de carne y sangre real, conspirara con el enemigo. La puerta se abrió de golpe y Chelise entró.

—¡Acabo de oír que usted dejó escapar a mi maestro! —exclamó ella bruscamente, mirando directamente a Woref—. ¿Es verdad eso?

—¿Fui yo? —contraatacó Woref, sintiendo que el control lo abandonaba; ella lo injuriaba al pensar que él no sabía lo que sucedía bajo sus órdenes—. ¿O fuiste tú?

Chelise miró a Qurong.

—¿Vas a permitir que este hombre sugiera que ayudé a escapar a los albinos?

—No importa si se lo permito. Ya lo hizo.

—¿Y le crees? El albino quería soñar para poder leer mejor los libros, lo cual en parte depende de soñar. Naturalmente le permití hacerlo. ¿Es eso un crimen?

¡Ella lo sabía! ¡Era la única razón para que confesara tan rápido! Intentaba parecer inocente, pero la ramera que ella tenía en el interior se estaba mostrando con bastante claridad.

—¿Les diste instrucciones a los guardias de no hacerle comer la fruta? —cuestionó Qurong.

—Sí. Él es mi criado y creí que eso le ayudaría en sus deberes.

—¿Y esos deberes incluirían agarrarte la mano y susurrarte tiernamente al oído?

—preguntó Woref.

Ella pareció palidecer, incluso con el morst en el rostro.

—¿Cómo se atreve usted?

—¿Lo niegas? —preguntó Qurong.

—¡Por supuesto que lo negará! Pero sé lo que vi con mis propios ojos cuando los encontré en la biblioteca, solos. De no haberse tratado de mi propia mujer los habría matado a ambos.

—¿Es verdad eso? —interrogó Qurong, descontrolado.

—¿Que me haya enamorado de un albino? ¡Totalmente absurdo, Thomas es un maestro razonable que puede leer los libros de historias, pero esa no es razón para llamarme ramera! —contestó ella y miró al líder supremo—. Padre, exijo que retires inmediatamente tu consentimiento de que me case con este hombre. No tendré nada que ver con él hasta que retire su calumnia y se disculpe.

A Woref le daba vueltas la cabeza por la furia. Nunca lo habían tratado con tanto desdén. Tal vez después de todo había juzgado mal a esta mujer. Ella podría ser más difícil de quebrantarse de lo que él imaginara al principio.

Y esta es la razón de que estés tan desesperado por ella.

—Niegas entonces cualquier favor hacia Thomas de Hunter —dedujo Qurong.

—El hecho de que mi padre tenga que preguntar eso me hace cuestionar a quién ha estado oyendo.

—Un sí o un no, ¡hija!

—Por supuesto que no favorezco al albino. El techo se quedó en silencio por un largo momento.

—Déjanos solos —ordenó Qurong. Chelise miró a Woref y salió.

—¿Dices que puedes probar esta relación entre ellos? —indagó Qurong

—Sí, mi señor. Puedo.

—¿Comprendes que te has puesto en una situación peligrosa?

—Peligrosa solo si estoy equivocado. Pero no lo estoy.

—Muéstrame entonces cómo —pidió Qurong suspirando.

—Si tengo razón, quiero entonces su palabra de que Chelise será mía sin ninguna restricción.

—Será tuya cuando te cases —respondió el dirigente arqueando una ceja—. ¿Qué más podrías querer?

Quiero enseñarle a ella quién es su amo, quiso decir Woref. Quiero romperle uno o dos huesos para que nunca olvide quién soy.

En vez de eso, inclinó la cabeza.

—Quiero su mano en matrimonio sin más restricciones.

—De acuerdo —consintió Qurong frente a la barandilla, mirando otra vez hacia el sur—. ¿Cuál es tu plan?

—Aún tenemos en el calabozo profundo al albino que capturamos hace dos meses. Libérela para que encuentre a los albinos con el mensaje de que si Thomas no regresa dentro de tres días, Qurong, el líder supremo de las hordas, ahogará a su propia hija Chelise por traición contra el trono.

—Thomas de Hunter no sería tan idiota —objetó Qurong mirándolo, pero solo por un instante—. Aunque lo fuera, yo nunca ahogaría a mi propia hija.

—Usted no tiene que hacerlo. Si estoy en lo cierto, Thomas regresará. Esa será mi prueba.

—No estás pensando claro. Él no arriesgaría su vida por una mujer que apenas conoce.

—A menos que ella lo hubiera seducido.

El líder supremo lo fulminó con la mirada.

—Pruébeme entonces —retó Woref.

—¿Y si no viene?

—Entonces usted firmará cediéndome la muerte de ella. La tomaré como esposa y la perdonaré a mi manera. Si traiciono mi palabra, usted podrá matarme.

Qurong pareció meditabundo por primera vez desde que Woref hiciera a sugerencia.

—De modo que si te equivocas, ¿terminarás teniendo a mi hija? ¿Qué hay en juego para ti?

¡Mi honor! Si estoy equivocado, mi honor será restaurado por mi matrimonio con Chelise. Si estoy en lo cierto, mi honor será restaurado por la muerte de Thomas.

¿Y si Thomas no recibe el mensaje?

Enviaremos un guerrero con el albino para que vuelva con la respuesta. Al mismo tiempo dirigiremos la definitiva cacería de la tribu que se nos escapó en el Bosque Sur. La tribu está sin Thomas, Martyn y otros líderes y será vulnerable.

—A menos que Thomas regrese a ellos.

—No lo hará. No si tengo razón.

Qurong meditó el plan en la mente, pero las luces ya le resplandecían en los ojos.

—¿Se estaban tocando cuando los viste en la biblioteca?

—Los vi —contestó Woref escupiendo sobre la barandilla.

—Ella siempre fue testaruda —bramó Qurong—. Mantendremos esto entre nosotros. Tienes un convenio. No estoy seguro de rezar porque tengas razón o te equivoques. De cualquier modo parece ganar.

—Ya he perdido —objetó Woref—. Vi lo que ningún hombre debería haber visto.

—∞∞∞∞—

LA RUTA por la que se habían visto obligados a viajar les había hecho lenta la marcha durante el día. No mucho tiempo atrás la vista del desierto siempre había

llenado de inquietud a Thomas. Aquí era donde se peleaban batallas y morían hombres. Era donde vivía el enemigo. El ahogamiento de Justin había invertido los roles y el desierto se había convertido en el hogar de ellos. Pero mientras Thomas sacaba de la selva al grupo de ocho por el borde del mismo cañón donde una vez quedarán atrapados y mataran a cuarenta mil de las hordas, sentía el mismo terror subyacente que sintiera una vez al dejar los árboles.

Detuvo su caballo ante una catapulta que había sido incendiada por las hordas. Esta era la primera vez, desde la gran batalla en la Brecha Natalga, que visitaba otra vez el escenario. Cúmulos de hierba crecían ahora en la saliente donde la pólvora había mandado trozos del barranco al cañón abajo, aplastando como hormigas a los encostrados.

Johan espoleó su montura hacia el borde y miró el suelo del cañón. Aquel día él no había dirigido el ejército de las hordas, pero el ataque había sido plan suyo.

Thomas se puso a su lado. Los escombros aún se apilaban en lo alto. Mucho tiempo atrás, las aves y otros animales se habían encargado de los cadáveres a los que les fue posible desplazar las armaduras de batalla. Desde esta posición estratégica los restos de las hordas parecían un basurero de armas, esparcidas por fuertes vientos y descoloridas por el sol.

—Gracias a Dios que las hordas no han descubierto cómo hacer pólvora — comentó Johan.

—Han estado intentándolo. Conocen los ingredientes, pero además de mí, solo William y Mikil conocen las proporciones. Dales unos meses más y finalmente descubrirán cómo hacerlo.

Los demás se habían acercado al borde y miraban por encima. Thomas regresó la mirada hacia la selva, como a kilómetro y medio detrás de ellos ahora. Esta parecía oscura en el poniente sol, un adecuado contraste con las tierras rojas del cañón que se proyectaban contra la selva. Las tenebrosas hordas se escondían en su prisión mientras el Círculo deambulaba libre en su mar de color rojo.

Pero algo profundo en la selva negra lo llamaba. Una imagen de Chelise le llenaba la mente. El rostro blanco y los ojos grises de la joven, mirando con ansias los libros de historias. El solo había encogido los hombros cuando los demás le preguntaron por su prolongado silencio durante la escapada de la ciudad de las hordas; no estaba seguro de por qué se sentía tan abatido. Sus amigos creían que se debía a haber usado la fuerza, y él los había convencido de que así era.

Sin embargo, sabía que se trataba de algo más; que se trataba de Chelise.

Thomas sacó al caballo del cañón y recorrió lentamente la rocosa meseta. Los demás hablaban en voz baja, recordando los hechos, pero otro corcel lo seguía... probablemente Mikil. Kara. Tenían trabajo que hacer.

—Así que ahora no hay duda alguna, Kara —manifestó él—. ¿Qué es más real

para ti? ¿Aquí o allí?

—No lo sabría decir.

Él se volvió. Era Suzan, quien miraba la selva.

—Creí que eras Mikil.

—Estás distraído. Es más que la ruta de escape, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Porque fui yo quien sugirió esta ruta en primer lugar. Creo que funcionó.

—Fue un buen plan. Tal vez debería darte el mando sobre una de nuestras divisiones —expresó él sonriendo; pero sabía que ella no hablaba del plan.

—No estoy hablando de mantenernos con vida, sino de ganar la confianza de Chelise.

—Sí, bueno, eso también fue bueno.

—Creo que quizás ella también ganó tu confianza.

Él miró a Suzan en la menguante luz. La piel más morena de ella tan suave y brillante. Thomas conoció a varios que la cortejaron sin éxito. Ella era cauta y prudente y no había engaño en su alma. Suzan sería una esposa sensacional para cualquier hombre.

—Quizás —contestó él.

—Quiero que sepas que no creo que sea algo malo.

—Una cosa es confiar, Suzan —explicó él en voz baja, no del todo seguro de por qué le estaba diciendo esto—. Cualquier cosa más sería sacrilegio. Yo nunca llegaría a eso. Lo comprendes, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió ella después de pensar por un momento.

—Justin atrae a las hordas, y así lo hacemos nosotros. Lo puedes llamar amor. Pero un albino como yo y una mujer de las hordas...

—Imposible.

—Repugnante.

—No sé cómo soportaste el hedor en la biblioteca durante tres días —comentó ella.

—Fue horrible.

—Horrible.

—¿Dónde acampamos? —preguntó Mikil, trotando por detrás.

—En el cañón —respondió Thomas—. En una de las cuevas protegidas, lejos de los cadáveres. Las hordas evitarán a sus muertos.

—Entonces nos debemos ir. Tenemos que llevar allá a Johan a toda velocidad y hacerlo regresar.

—∞∞∞∞—

NO HABÍA hoguera. Tampoco ropa caliente. Ni más sacos de dormir que los de

Mikil, Jamous y Johan. Solo arena.

Thomas se estremeció y trató de concentrarse en la próxima tarea. Johan.

Se hallaban en un círculo de ocho, pero la conversación era entre los tres que hablaban de sueños. Los otros escuchaban con una mezcla de fascinación e incredulidad. El hecho de que Mikil hubiera sabido exactamente, dónde tenían a Thomas impedía que todos expresaran sus persistentes reservas.

Era más bien como el ahogamiento... solamente la experiencia misma podía finalmente llevar a que alguien se volviera creyente.

Johan se puso de pie y recorrió el perímetro.

—Resumiré esto por ti, Mikil, para que puedas oír exactamente cuan... único es. Estás diciendo que si me corto y Thomas se corta, y nos quedamos dormidos con nuestra sangre mezclada, compartiré los sueños de él.

—No sus sueños —corrigió Mikil—. Su mundo de sueños.

—Lo que sea. Su mundo de sueños, entonces. Espero despertar como un hombre llamado Carlos porque él antes hizo alguna conexión conmigo y cree que él podría ser yo.

—Algo así —expresó Thomas—. No estamos diciendo que sepamos cómo funciona exactamente. Pero sabes que Kara y Mikil tuvieron la misma experiencia. Que sepamos, todos nosotros podríamos experimentar lo mismo. Por alguna razón, soy la conexión a la otra realidad. Otra dimensión. Soy la única puerta que conocemos. Si no sueño, nadie sueña. Solo vida, destrezas y conocimiento son transferibles. Lo cual es lo que le ocurrió al libro en blanco.

—Desapareció hacia tu mundo de sueños porque Mikil escribió en él —recordó Johan.

—Sí. Y, si tengo razón, el resto de los libros en blanco fueron con él.

—¿Los viste allá?

—No, solo ese del que puedo estar seguro. Es un presentimiento.

Johan suspiró.

—Por favor, Johan —indicó Mikil—. Nuestro futuro podría depender de ti. Tienes que hacer esto.

—No estoy diciendo que no lo haré. Si insistes, te dejaré usar una pinta de mi sangre. Pero eso no significa que deba creer.

—Crearás, confía en mí —aseguró Thomas—. Ahora siéntate. Hay más.

Johan miró alrededor a los demás, luego se sentó.

Tenían que ser cuidadosos con lo que le decían a Johan acerca de la situación en Washington. Johan podría accidentalmente plantar conocimiento en la mente de Carlos. Y no se podían arriesgar a dejar saber sus intenciones a esa gente en caso de que Carlos se negara a cooperar.

—Cuando despiertes como Carlos, estarás desorientado —le informó Thomas

inclinándose—. Confundido. Distráido por lo que te está sucediendo.

Pero tienes que poner atención y volver con tanta información como puedas respecto del virus, Svensson, Fortier... cualquier cosa y todo lo que tenga que ver con los planes que tienen. Sobre todo, el antivirus. Recuerda eso.

—¿Quiénes son esas personas?

—Olvida eso —advirtió Thomas agitando una mano—. En el momento en que seas Carlos sabrás quiénes son. Pero cuando vuelvas a despertar aquí podrías olvidar detalles que supiste como Carlos. Así que concéntrate en el antivirus. ¿Está claro?

—El antivirus.

—Y mientras estés allí, mira si él sabe quién tiene el libro en blanco de historia. Lo cogió uno de sus guardias. ¿Está claro?

—El libro en blanco de historia.

—Bien. Además, hay dos informaciones que necesitamos que plantes en la mente de Carlos. Nuestro objetivo es hacerlo cambiar, pero para eso necesitamos que él crea dos cosas.

—Está bien. Creo que puedo manejar dos cosas.

# 24

POR UN momento que se estiró demasiado, dentro del siguiente, Carlos estuvo en el ático. Más abajo se encontraba el sótano del cual Thomas (y Monique) escaparan solo días antes, después de decirle a Carlos que estaba conectado con otro hombre más allá de este mundo... quien sangraba en el cuello. Ese era él, Johan.

Carlos se tocó el cuello. Húmedo. Retiró los dedos. Sudor, no sangre.

Por supuesto que no hay sangre, pensó Johan. Eso fue hace trece meses. Pero aquí en este mundo fue solo una semana atrás. ¡Estoy en el sueño del que me hablara Thomas! ¿Comprende Carlos que estoy aquí? Johan se sentó.

—∞∞∞∞—

CARLOS SUPO inmediatamente que algo había cambiado, pero no podía definir ese cambio. Se sintió nervioso. Estaba transpirando. Una voz lejana le advirtió del peligro, pero no lograba oír la voz. Intuición. ¿O era más? Los susurros de misticismo de su madre habían cobrado vida en estas últimas semanas. Thomas Hunter había hallado una manera de intervenir en lo desconocido. Había estado muerto durante dos días sobre el catre antes de quitarse aparentemente la sábana y subir las escaleras hacia el nivel principal. Ciertamente, ningún médico había confirmado su muerte, como Fortier lo señalara. Había ejemplos más extraños de experiencias cercanas a la muerte. Pero Carlos rechazaba el análisis agnóstico del francés. Hunter había estado muerto.

Recorrió el salón con la mirada. ¿Y ahora, estaba aquí?

—∞∞∞∞—

NO, PENSÓ Johan. No es Carlos; soy yo. Y aunque conozco sus pensamientos, él no necesariamente conoce los míos, al menos no todavía. Carlos no es el que está soñando, sino yo. Es como Thomas dijo que sería.

¿Por qué Carlos? Porque Carlos creía que existía una conexión única entre ellos, aunque no una creencia suficiente para hacer comprender a Carlos que Johan se

hallaba presente, como en el caso de Mikil y Kara.

Y para probarlo el hombre tenía un corte de una semana de antigüedad en el cuello. El mismo corte que Johan había recibido de Thomas hacía trece meses en el anfiteatro cuando Justin lo había expuesto. Una alteración del estado mental. Pero real. Tan real como Thomas y Mikil prometieron que sería.

En este mismo instante él se hallaba en las historias. No se podía imaginar cómo... alguna clase de contorsión del tiempo o de distorsión espacial, cualquier nombre que tal vez Mikil sugiriera para eso. Más importante, según Thomas, él podría afectar la historia depositando pensamientos en la mente de Carlos y enterándose de las intenciones de este. Dos cosas, había insistido Thomas. Convencerlo de estas dos cosas, enterarse de lo que pudiera y luego salir.

—∞∞∞∞—

CARLOS HABÍA tenido una sensación de paramnesia. Algo conocido residía en su mente, pero no podía sacudírselo para examinarlo de manera adecuada. Se puso de pie y fue al vestidor. Se pasó un pañuelo por la cara. Sintió irregular la respiración y caliente el rostro.

Así es como te sentirás cuando Fortier ponga veneno en tu bebida después de haberte usado como un animal... antes de lo que crees.

El pensamiento lo cogió desprevenido. Naturalmente, tenía algún motivo para desconfiar de Fortier. Hunter mismo lo había sugerido. En el momento en que Carlos tuviera el antivirus daría los pasos necesarios para protegerse. Él ya le había contado a Fortier que, según le informara Hunter, inmediatamente después del virus vendría un golpe de estado. Tal vez ni siquiera se imaginarían que el golpe sería organizado por el mismo Carlos. Pero este se hallaba impotente hasta disponer del antivirus.

Ahora le vino el pensamiento de que esperar mucho tiempo podría ser un problema.

¿Por qué dejaría Fortier que alguien capaz de dar un golpe viviera el tiempo suficiente para llevarlo a cabo? Tienes un día, quizás dos; luego te eliminará.

Un frío le bajó por la columna a medida que el pensamiento se le abría paso hacia la mente, no porque esta simple sugerencia fuera nueva o incluso sorprendente, sino porque de repente comprendió que era verdad. Fortier incluso podría acabar con Svensson. Su asidero de este nuevo poder solo duraría mientras tuviera la oportunidad de contraatacar a sus muchos enemigos recientes. Fortier se aislaría para protegerse. Quemaría sus puentes detrás de él.

Esto era solo una teoría, desde luego, pero Carlos estuvo de repente seguro de haber tropezado con algo a lo que ya no podía hacer caso omiso.

Una barba de un día le oscurecía la barbilla. Derramó colonia en las manos y se palmeó las mejillas. Una ducha habría sido parte de su rutina normal en la mañana.

Este no era un campamento en el desierto de Siria.

Se le ocurrió otro pensamiento: debía reunirse con Fortier. Ahora. Inmediatamente.

Exactamente por qué, no estaba seguro.

Sí, estaba seguro. Tenía que probar al hombre. Tantearlo sin parecer demasiado obvio. Fortier salía esta mañana para la ciudad.

Carlos fue al clóset, sacó del gancho una camisa beige de seda y se la puso. Levantó la radio de la cómoda.

—Revisión de perímetro.

Una leve pausa. Estática.

Luego los guardias apostados alrededor del campamento empezaron a reportar sus posiciones.

—Uno despejado.

—Dos despejado.

—Tres despejado.

—Cuatro despejado. La revisión terminó en once.

Satisfecho, Carlos examinó una vez más su imagen en el espejo y salió del desván. Tres tramos hacia el sótano, y un recorrido por un largo pasillo.

Ingresó el código de seguridad, oyó desconectarse los pasadores y entró al enorme y seguro salón.

Sobre una felpuda alfombra verde había una mesa de conferencias rodeada por diez sillas blancas. Los monitores a lo largo de la pared sur se hallaban alimentados por una docena de antenas, de las cuales solo una estaba localizada en este edificio. La mayoría se encontraba a muchos kilómetros de distancia. Fortier no había reparado en gastos para encubrir el complejo. Ya no importaba... el centro ya estaba comprometido por Monique y ahora por Thomas. Esta era la última visita de Fortier.

No había indicios del francés.

—Carlos, reúname conmigo por favor en el salón de mapas —se oyó por un intercomunicador que tenía detrás.

Él sabía. Siempre sabía.

Y hasta podría encargarse de ti ahora.

Carlos no se dejó afectar por el pensamiento y caminó hacia la tercera puerta a su izquierda. ¿Por qué este francés lo ponía nervioso con tanta facilidad? Solo era un hombre, y tenía la mitad de habilidades de matar que poseía Carlos.

¿Qué guardia se llevó el libro?

¿Qué diablos era eso? ¿Qué libro? Un guardia habría agarrado el libro de registros... de ser así, él no recordaba que le hablaran al respecto.

Agitó la cabeza y entró al salón, cerrando la puerta detrás de él. Allí había otros tres, además de Fortier. Estrategas militares. Como Carlos lo entendía, todos ellos se

irían hoy.

Fortier se volvió de una pared de mapas que mostraba la posición exacta de cada arsenal de poder nuclear, viajando hacia Francia. Varios ya se habían descargado; los chinos y los rusos estaban ahora casi intactos en tierra francesa. Los británicos y los israelíes habían seguido el ejemplo de Estados Unidos de ofrecer sus arsenales a cambio del antivirus. Debía haber un enorme enfrentamiento en la costa francesa en el Atlántico. Pero las condiciones del intercambio solo garantizaban que Fortier conseguiría lo que deseaba.

Las armas.

—Déjenos solos, por favor —pidió Fortier a los otros.

Ellos miraron a Carlos y salieron del salón sin hacer comentarios.

—Carlos —declaró Fortier, con una leve sonrisa; se agarró las manos por detrás y miró los mapas—. Tan cerca, pero tan lejos. Yo diría que los tiene acorralados, señor —opinó Carlos.

—Quizás. ¿Has sabido de alguna vez en que los israelíes se dejaran arrinconar?

Desde el principio la principal preocupación de Carlos había sido la destrucción de Israel. Fortier miró hacia atrás.

—No creo que estén permitiendo nada, señor. Se están viendo obligados.

Y en una semana ya no importará.

—Porque en una semana los aniquilaremos, pase lo que pase en este intercambio —informó Fortier—. ¿Es eso lo que quieres decir?

—Suponiendo que tomemos sus armas, sí.

—¿Y si no les quitamos las armas? ¿Y si están faroleando?

—Entonces consideramos su farol y de todos modos los destruimos. Tenemos las armas con qué hacerlo.

—Las tenemos. En realidad, en este momento tenemos el mayor arsenal del mundo con base en el planeta. La mayor parte del arsenal de Estados Unidos está en el océano. Pero desde una perspectiva netamente militar, nuestra posición aún es débil.

—Se está olvidando del antivirus.

—Estoy poniendo de lado el antivirus y sigo diciendo que sin él nuestra posición es fuerte, pero no lo suficiente. La sola flota de submarinos de Estados Unidos nos podría aún causar un daño considerable. Todavía estamos montando los misiles tácticos desde China. Rusia tiene ciento sesenta misiles intercontinentales bajo mis órdenes apuntados hacia Estados Unidos y sus aliados. En general estamos en la posición perfecta para terminar el juego exactamente en la forma en que deseábamos.

—Pero usted tiene reservas —aseguró Carlos.

—Ayer pasé nueve horas en conferencias con delegados del más alto nivel de Rusia, China, India y Pakistán. Todos ellos han aceptado nuestros planes, ansiosos de

tener su parte en un mundo cambiante. Ha habido discusiones, naturalmente, pero al final su reacción es mejor de lo que pude haber esperado.

Algo le molestó a Carlos respecto del tono del hombre. En la frente le brillaba sudor; parecía más cauto de lo normal. Quizás hasta nervioso.

—Pero no confío en los estadounidenses —continuó Fortier—. No confío en los israelíes. No confío en los rusos y no confío en los chinos. Es más, no confío en ninguno de ellos. ¿Y tú?

—No estoy seguro que usted esté obligado a confiar en ellos —contestó Carlos.

—Siempre se necesita confianza. Un arma escondida podría acabar con medio París.

—Entonces, no. No confío en ellos.

—Muy bien —enunció Fortier.

Levantó un gran libro negro de la parte alta de un archivador y lo deslizó sobre la mesa frente a Carlos, quien nunca lo había visto.

—¿Qué es esto?

—Este es el nuevo plan —anunció Fortier frunciendo el ceño. Podría ser bueno y podría ser malo... Carlos aún no estaba seguro si lo uno o lo otro.

Alargó la mano hacia el libro.

—Página uno únicamente —informó Fortier.

Carlos dejó el libro sobre la mesa, levantó la portada, y pasó a la primera página. En ella había una lista de nombres. El suyo era el cuarto hacia abajo. Missirian, Carlos. El resto de la página contenía al menos otros cien nombres, registrados igual que el suyo, el apellido primero.

—No estoy seguro de entender —reconoció, levantando la mirada.

—Nuestra lista de sobrevivientes. Cien millones en total, por familia. No tenemos dudas en cuanto a sus lealtades, basándonos en vínculos familiares e historia, y tenemos planes precisos sobre cómo distribuirles el antivirus. Se necesitaron cinco años para recopilar la lista. Habrá algunas manzanas podridas, por supuesto, pero trataremos fácilmente con ellas tan pronto el resto haya desaparecido.

Carlos sintió que la sangre se le iba del rostro. Fortier no tenía intención de entregar el antivirus a ninguna nación. Solo estos sobrevivirían.

—De ti depende que tu nombre siga en esta lista, desde luego —advirtió el francés—. Pero mi decisión es definitiva.

Se quedó sin palabras. ¿Por qué le estaba diciendo esto Fortier? A menos que pretendiera confiar en él después de todo. ¿O se lo decía para ganarse la lealtad de Carlos y luego poder finalmente eliminarlo con facilidad?

—Esto no es...

Carlos se detuvo. Señalar lo obvio no le favorecería. Fortier iba a eliminar a la mayor parte del islamismo... difícilmente esta podría ser la voluntad de Alá.

—Te preocupa el islamismo —comentó Fortier—. Te aseguro que el libro contiene los nombres de tus más respetados imanes.

—¿Y estarán ellos de acuerdo con el plan?

—Se les dará esa oportunidad. Sí, por supuesto.

—Es prudente. Audaz. Lo soluciona todo. Fortier lo analizó, luego sonrió finalmente.

—Esperaba que lo vieras de ese modo.

—¿Y el intercambio? —preguntó Carlos.

—Aún crítico. Todavía no estamos fuera de peligro. Siempre existe la posibilidad de que ellos encuentren el antivirus a tiempo. Una vez que tengamos sus armas está asegurada la destrucción.

—¿Comprende usted cuan peligrosa es esta lista? —inquirió Carlos yendo hasta el extremo de la mesa—. ¿Cuántos la conocen?

—Diez, incluyéndote. Ninguno de ellos tiene aún el antivirus.

Un pensamiento suelto resplandeció de pronto en la mente de Carlos. Svensson era la clave para el antivirus; sin duda había asegurado su supervivencia manipulando el antivirus de una forma que solo él conocía. Lo había afirmado dos semanas atrás, y Carlos no dudaba de él. Si mataban a Svensson, el antivirus moriría con él. Aunque ya habían almacenado el remedio, sin duda Svensson había desarrollado también un plan para esta contingencia.

Coge a Svensson.

Ese fue el pensamiento.

Hasta que el antivirus se distribuyera ampliamente, Svensson podría ser el más poderoso del par. Controlarlo significaba controlar más de lo que Carlos podría imaginar.

—Te quedarás aquí hasta después de que se haya completado el Intercambio —continuó Fortier—. Necesitamos poner una presión total sobre el presidente estadounidense a través de estos disturbios. Esa es ahora tu mayor prioridad. Después del intercambio quiero arrasadas estas instalaciones.

—¿Y los asesinatos de gente importante?

—Como están planeados, dependiendo de lo bien que se comporten.

—∞∞∞∞—

ARMAND FORTIER observó cerrarse la puerta detrás del chipriota y se preguntó si había cometido una equivocación al mostrarle la lista. Pero necesitaba toda la cooperación del sujeto en estos últimos días, y no había mejor manera que engendrar la confianza plena del hombre. Era muy arriesgado matarlo ahora, antes de que tuvieran el control de las armas nucleares. ¿Quién sabía qué medidas de protección propia tenía Carlos en mente ahora mismo?

El celular le vibró en el bolsillo. Lo sacó y miró el número. Una llamada en código.

Fortier fue a un teléfono rojo en la pared y comenzó el tedioso proceso de hacer una llamada al extranjero a través de canales seguros. Solo una vez antes había hablado con el hombre, y la conversación no había durado ni diez segundos. El director de la CIA demostraba ser de gran valor y se había ganado la vida. Lo menos que se imaginaba...

Finalmente se conectó la llamada.

—Grant.

—Habla rápidamente. Pausa.

—Tengo motivos para creer que han doblgado a mi contacto.

¿Contacto? ¿Carlos?

—El hombre de Chipre.

—Sí —contestó el estadounidense.

—¿Estás seguro?

—No. Pero están tratando de alcanzarlo.

—¿Cómo?

—A través de los sueños de Thomas.

Sueños. El único elemento no previsto de todo esto. Fortier aún no estaba seguro de creer la tontería esa. Había explicaciones alternativas que, por improbables que fueran, tenían más sentido que esta estupidez mística.

—Procedimientos normales —ordenó Fortier.

—Sí, señor.

—No debe saber que sospechas de él.

—Entendido.

—∞∞∞∞—

—¿QUÉ HORA es?

—Casi las seis —contestó el Dr. Bancroft—. De la tarde. Habían dormido aproximadamente tres horas. Kara se sentó y miró los brazos, que aún estaban unidos. Miró a Thomas.

—Lo logramos.

—Por el momento. Estamos vivos y libres.

—Y Johan está soñando.

—Esperemos.

Bancroft extendió la mano hacia Thomas y cuidadosamente retiró la cinta que les unía los brazos.

—Johan está soñando —repitió el doctor—. Díganme que esta es una buena

noticia para nosotros. Aquí, quiero decir.

—Tan buena como se puede lograr por el momento. Lo que Carlos haga ahora depende de él —dijo Thomas; hizo oscilar los pies hacia el suelo y agarró una toallita húmeda antiséptica que le ofreció el doctor.

—Increíble —exclamó Kara—. ¡Esto es absolutamente increíble!

—Se hace más real cada vez. Tres o cuatro veces y no sabes cuál es verdaderamente real.

—Sinceramente, si no lo supiera mejor, diría que este es el sueño —opinó ella.

—Podría ser —respondió Thomas.

—Siempre me he preguntado lo que sería vivir en un sueño —comentó el Dr. Bancroft con una leve sonrisa.

—Hasta que usted entienda que hay otras realidades más allá de esta, y que experimente de verdad una de ellas, esta es muy real, doctor. Mi padre solía decir que nuestra lucha no es contra cosas de este mundo sino contra... no puedo citarlo textualmente, pero era algo espiritual. Créame, doctor usted no está viviendo en un sueño —manifestó Thomas al tiempo que se rascaba una picazón debajo del brazo; Bancroft le siguió los dedos, y luego lo miró a los ojos—. Solo se trata de una erupción. Probablemente algo que agarré en Indonesia.

Se paró y se dirigió al teléfono sobre el escritorio.

—¿Le importaría salir un momento, doctor? Debo hacer una llamada.

El Dr. Myles Bancroft salió de mala gana, pero salió. Thomas marcó el número de la Casa Blanca y esperó mientras lo conectaban. El presidente se hallaba durmiendo, pero había dejado órdenes de que lo despertaran cuando Thomas llamara.

—Thomas. ¿Soñaste? —preguntó Blair con voz cansada.

—Soñé, señor.

—¿Y Johan?

—Si no le importa, en persona. La línea podría estar limpia, pero...

—Por supuesto. El helicóptero está listo esperando.

—¿Están avanzando las cosas? —preguntó Thomas mientras asentía.

¿Se refería a si Gains se hallaba en camino a Israel?

—Sí. Pero estamos a dos días...

—Perdóneme, señor, pero no en el teléfono.

—Podríamos tener otro problema. Las manifestaciones están empezando a inquietar.

—Haga intervenir al ejército.

—Ya lo hice. No es mi seguridad lo que me preocupa. Es el sentimiento público. Si esto se pone feo me podrían torcer la mano.

—Necesito más tiempo.

—Y yo debo averiguar lo que está sucediendo...

—Tan pronto como vuelva a soñar, lo sabré —aseguró Thomas.

El presidente se quedó en silencio. Se estaba extendiendo a favor de Thomas. Si fallaba el juego de mover las fichas como Thomas sugería, varios miles de millones de personas perderían la vida.

Además, ¿qué alternativa tenía él en realidad?

—Ven tan pronto como puedas —pidió el presidente y colgó.

THOMAS CAMINÓ en círculos alrededor de Johan, extrayendo a su amigo información respecto de Carlos.

Pero esta primera experiencia había sido tan impactante que la mayor parte de la información fue desplazada por la cruda vivencia de vivir indirectamente a través de otra mente. Habían estado en ello por media hora. Aparte de la insistencia de Johan en que Carlos no sabía nada acerca del libro en blanco, y de sus repetidas exclamaciones sobre lo increíble del sueño en que había estado, no llegaron a ninguna conclusión. Con cada minuto que pasaba se deterioraba más el recuerdo en Johan.

—Sí, sí, lo sé —coincidió Thomas—. Indescriptible. Pero lo que debo averiguar es si Fortier pretende llevar a cabo el intercambio, antivirus por armas, como convino.

—No.

—¿No? Dijiste...

—Quiero decir sí —corrigió Johan—. El intercambio sí, pero el antivirus que recibirás no será eficaz. Creo. ¿Tiene algún sentido?

—Sí. ¿Estás seguro?

—Bastante —afirmó Johan, parpadeando—. ¿Así que en este mismo instante tú, este otro Thomas, estás durmiendo en este palacio llamado la Casa Blanca? Estás soñando contigo mismo. Pero Carlos no está soñando conmigo. Soy real.

—Yo también lo soy —objetó Thomas haciendo un gesto con la mano—. No trates de entenderlo. Háblame de los planes de Carlos. ¿Crees que se le puede cambiar?

—Quizás. Él fue sensible a mis sugerencias. De inmediato, en realidad. Especialmente si él fuera a venir aquí como yo, del modo que sugieres. Ya ha tenido ideas místicas. Y hay algo acerca de un libro de nombres. El francés está planeando algo que nadie espera.

—¿Ah sí? ¿Y esperaste tanto tiempo para decírmelo? ¿Qué?

—Se me acaba de ocurrir. Y no estoy seguro de qué se trata. Algo con la gente a la que planea darle el antivirus. No es lo que todo el mundo cree. Muchos menos.

—¡Yo lo sabía! —exclamó Thomas, escupiendo—. ¡Está faroleando! Así es,

¿verdad?

—Creo que sí. Svensson es la clave. No sé por qué, pero Carlos estaba pensando en él.

—No recuerdo que Rachelle fuera así de olvidadiza cuando soñó —comentó Thomas.

—Mi pericia es la batalla, no los sueños.

—Eres absolutamente igual de listo de lo que era ella. Solo que te está distraendo tu propio entusiasmo. Como un niño obsesionado por un paseo.

—¡Fue un paseo de locura! —exclamó Johan riendo—. Nunca lo habría creído de no haberlo experimentado en persona. Quiero regresar.

—Solo recuerda, ahora que no tienes ninguna duda de tu conexión con Carlos, que el destino de él muy bien podría ser el tuyo. Debemos tener mucho cuidado. Si Carlos se descuida y muestra su juego, ellos intentarán...

El sonido de cascos de caballos sobre las rocas captó su atención. Cuatro caballos trotaban a la vuelta de la esquina. Caín y Stephen. Un albino a quien Thomas no reconoció. Y un encostrado.

¿Un encostrado?

—Los encontramos en lo alto de los barrancos —anunció Caín, adelantando su caballo—. Qurong los envía con un mensaje.

Al instante Thomas abandonó todo pensamiento de Johan y Carlos. El encostrado se hallaba vestido con los cueros de guerrero, pero no llevaba armas.

—Este es Simion —informó Caín, refiriéndose al albino, y desmontó. Se lo llevaron cautivo hace varios meses y lo han tenido cautivo en los calabozos más profundos.

Thomas corrió hacia el flacucho hombre y lo ayudó a bajar del caballo. Le apretó los brazos en saludo.

—Gracias a Elyon. No sabíamos dónde encontrarte. ¿Hay otros? —le preguntó, luego se volvió hacia Johan—. Un poco de fruta y agua, rápido. Simion sonrió. Había perdido un diente y Thomas comprendió que probablemente se lo había arrancado una bota o un puño.

—Siéntate, siéntate —le ayudó a sentarse—. ¿Hay otros?

—Solo yo —contestó Simion en voz baja.

—Ayuden a nuestro invitado a bajar del caballo y denle un poco de fruta —declaró Thomas mirando al encostrado, quien observaba cautelosamente.

—Desmante —ordenó William.

—Estoy desarmado —advirtió el encostrado bajando con cautela—. Mi único propósito es llevar su respuesta de vuelta a mi comandante, Woref.

—¿Y qué es lo que quiere Woref? —inquirió Thomas.

El encostrado miró a Simion, quien se paró de modo inseguro.

—Qurong ha emitido un decreto —contestó Simion.

Mikil dio un paso adelante y le ofreció la mano al hombre. Él la rechazó con un gesto de la mano.

—Qurong ha declarado que, a menos que Thomas de Hunter vuelva a su cautiverio dentro de tres días, ahogará a su hija, Chelise, por traición.

Ninguno habló. A Thomas le daba vueltas la cabeza. Chelise no era más culpable de traición que...

Ella lo había dejado soñar.

—¿Ahogaría él a su propia hija? —preguntó, mirando a Johan.

—Le aseguro que lo hará —insistió el encostrado.

—¿Qué asunto de traición es este? —inquirió Johan con el ceño fruncido.

—Él no lo dijo —terció Simion—. Solo dijo que Thomas de Hunter lo sabría.

Ellos lo miraron.

—Chelise me dejó soñar —confesó él distraídamente—. Seguramente ningún hombre, ni siquiera Qurong, mataría a su propia hija por permitirle soñar a un prisionero.

—No —declaró Johan—. Estoy de acuerdo; debe de haber más. Esto es obra de Woref.

—Pero ¿por qué iban ellos a creer que una demanda tan absurda nos iría a preocupar? —exigió saber William. Thomas lo supo de inmediato.

—Caín. Stephen. Quédense en compañía de nuestros huéspedes —ordenó; halló la mirada de Suzan—. Convoco un consejo.

—¿Para qué? —cuestionó William—. Este es un asunto sencillo.

—Entonces nuestra reunión será corta. La vida de una mujer está en juego. No rechazaremos el asunto sin la adecuada consideración.

Les dio la espalda y caminó por el cañón, rodeó una curva y llegó a una franja de arena descubierta sombreada por los elevados barrancos. Emociones en conflicto se le revolvían en el pecho.

Se pasó una mano por el cabello y caminó de un lado al otro. No tenía por qué sentirse tan preocupado por esta mujer. Chelise. Una mujer a quien apenas conocía. Una mujer que había mostrado desprecio por las tribus y que era cómplice en la cacería de ellas. ¡La propia hija de Qurong! Los demás nunca entenderían.

—Si no te conociera mejor —comentó William detrás de él—. Diría que sentiste algo por esta mujer.

Thomas los miró. Estaban en un círculo alrededor de él: Johan, William, Mikil, Jamous y Suzan.

—Mis sentimientos por ella no son diferentes de los sentimientos de Justin por ti, William. Ella es su creación tanto como tú.

William pareció quedarse sin argumentos.

—¿Estás considerando de veras la demanda de Qurong?

—¿De qué sirve un consejo si no discutimos nuestras opciones? —gritó Thomas—. Tú ya tomaste una decisión... así no es como lo hacemos.

Los demás se pararon ante el eco de la voz de Thomas.

—Tiene razón —opinó Suzan—. Está en juego la vida de una mujer.

—La vida de una encostrada.

—Suzan tiene razón —intervino Mikil—. Aunque tiendo a coincidir con William acerca de la vida de un encostrado, deberíamos escuchar a Thomas. Todos fuimos encostrados una vez.

Ella se sentó. Los demás hicieron lo mismo. Mucho tiempo atrás decidieron que sentarse era la posición preferida si era probable que estallara una discusión.

—Elyon, solicitamos tu mente —expresó Mikil en la manera acostumbrada—. Permítenos verte.

—Así sea —contestaron los demás al unísono.

—Perdóname por mi respuesta impulsiva —pidió William, respirando para calmarse—. Estoy impaciente por regresar a la tribu. Ellos son vulnerables sin nosotros.

Luego respiró más hondo.

—Tienes razón, Mikil. Una vez nosotros mismos fuimos encostrados. Pero arriesgar la vida de Thomas por la hija de Qurong, quien seguirá viviendo en desobediencia a Elyon, no solo es poco sensato sino que podría ser inmoral.

—Tal vez Thomas debería explicarse primero —expuso Suzan.

Lo miraron con expectación. ¿Qué se suponía que tenía que decir? ¿Creo que me he enamorado de una princesa encostrada? Lo inesperado del pensamiento lo horrorizó. No. No debía decir nada en absoluto acerca de amor.

—Quiero dejar en claro que no me he enamorado de una princesa encostrada —manifestó, y luego carraspeó—. Pero admitiré que se ganó mi confianza mientras estuve con ella en la biblioteca.

—¿Confianza? —indagó Johan—. Yo no confiaría en ninguna hija de Qurong.

—Llámalo empatía entonces —expresó bruscamente Thomas—. No puedo explicar cómo me siento, solo que lo hago. Ella no merece su propio engaño.

—Pero es de ella misma —objetó Mikil—. Todos somos libres de tomar una decisión, y ella tomó la suya.

—Eso no significa que no pueda elegir de manera distinta. Ella es una persona, ¡como cualquiera de nosotros!

La afirmación resonó muy fuerte por el pequeño cañón.

—No, Thomas, ella no es como cualquiera de nosotros —cuestionó William—. Es una encostrada. Nunca habría creído que oíría de ti estas palabras. Tus emociones están nublando tu juicio. ¡Cálmate, amigo!

—¿Y las emociones de Justin? —preguntó Suzan—. ¿No fue su amor lo que lo llevó a su propio ahogamiento?

Varios hablaron a la vez y sus palabras fueron todo un revoltijo para Thomas. Como sus propios sentimientos. No estaba seguro de qué sentía. Las emociones no eran confiables; todos ellos lo sabían. Por otra parte Suzan hizo una buena pregunta. ¿Cómo vería esto Justin?

Él levantó una mano para que hicieran silencio. Los demás se callaron.

—Si Ronin estuviera aquí, aceptaríamos su juicio. Admito que me duele pensar en la muerte de esta mujer, pero aceptaré el juicio de este consejo. No tengo más argumento que mis propias emociones, las cuales he expresado. William, explica tu doctrina.

—Gracias —contestó William con una inclinación de cabeza—. Tengo tres puntos que nos guiarán. Uno, en cuanto a la pregunta de Suzan respecto de las emociones de Justin, se dice que Elyon está enfermo de amor por su novia. Todos sabemos esto. También sabemos que nosotros, el Círculo, somos su novia. Él nos lo dijo en el desierto. Las hordas no son su novia.

Él miró alrededor, no recibió ninguna objeción, y continuó.

—Dos, la enfermedad, que solo se puede limpiar por medio del ahogamiento, es una ofensa a Elyon. Algunos afirman que todo lo que un encostrado toca es inmundo, aunque yo no iría tan lejos. Pero no hay duda de que un encostrado es inmundo. Aceptar a tan desgraciada criatura que ha adoptado la inmundicia es abrazar la inmundicia misma.

—Justin me abrazó cuando yo era un encostrado —objetó Johan.

—Eso fue antes de que el ahogamiento estuviera disponible. Es más, por eso es que él proveyó el ahogamiento, para que pudiéramos curar la enfermedad.

—¿Estás diciendo que no hay ninguna diferencia en que estemos limpios o no? Él no habría llegado tan lejos si no hubiera diferencia.

Había algo de lógica en el argumento de William, pero no le sentaba bien a Thomas. Él no confió en sí mismo para hablar.

—Él odia la enfermedad —intervino Suzan—, pero no al hombre o la mujer debajo de esa enfermedad.

—¿Es por eso que el libro establece que Justin quemará toda rama que no permanece en él y que no lleva fruto? —preguntó William—. Yo soy la vid y ustedes son las ramas, pero veamos qué le sucede a aquellas ramas que no llevan fruto.

Eso los acalló.

—Y finalmente, si esto no basta, pensad en la ira de Elyon contra quienes lo rechazan. ¿Te cambiarías por Teeleh, Thomas? ¿O por un shataiki? ¿Están los encostrados menos engañados que ellos? Yo diría que entregarte a alguna encostrada, o por ella, no es menos ofensivo que proteger a un shataiki, y eso invocaría la ira de

Elyon.

El argumento era tan ofensivo que ninguno de ellos pareció absorberlo adecuadamente. En vez de encontrar algo de ánimo para hacer lo que Thomas ahora sabía que se debía hacer, sintió que su desesperación se profundizaba. Pudo sentir el pulso en sus oídos.

—Todos sabéis, que discrepo de William —manifestó Johan—. En el último consejo sostuve que deberíamos aceptar a las hordas haciéndonos más como ellas. Pero esto es distinto. El Círculo te necesita, Thomas. Tu tribu te necesita. A través de tu liderazgo llegarán al Círculo muchos más de las hordas que esta mujer única.

Thomas miró a los otros. Mikil permaneció en silencio, igual que Jamous. Ni siquiera Suzan objetó la afirmación de Johan.

—¿Es esta la decisión del consejo?

Nadie dijo nada.

—Que así sea —contestó él poniéndose de pie.

Se alejó de ellos, rodeó la esquina y fue hacia el encostrado que esperaba.

—¡Thomas! Por favor, ella es una encostrada, por el amor de Dios —exclamó Mikil corriendo a alcanzarlo; luego susurró—. Renuncia al asunto.

—¡Estoy renunciando! —afirmó con brusquedad.

Se detuvo frente al encostrado.

Vaya y dígame a su general que Thomas de Hunter no aceptará más, sus ridículas condiciones, de que él beberá su propia sangre —le informó; lo menos que podía hacer por Chelise era enviarle a Qurong un claro mensaje de que despreciaba a su hija—. Y dígame a Qurong que lo que haga con su hija es asunto suyo. Ahora váyase.

El encostrado titubeó, luego montó rápidamente, hizo girar su caballo y salió al galope por el cañón.

SALIERON DEL valle en fila india y se dirigieron por el desierto hacia el Bosque Sur. El huraño estado de ánimo de Thomas había acallado al grupo.

Mikil y Johan habían intentado aliviarle su disposición hablándole de los sueños, pero rápidamente les recordó que había poca esperanza de sobrevivir en los sueños por más de una semana. Podría ser mejor que él comiera fruta de rambután cada noche por el resto de su vida y olvidar incluso que las historias alguna vez existieron. Finalmente lo dejaron en su propio enfurruñamiento.

William dirigía y Thomas se hallaba en la retaguardia, detrás de Suzan, quien lo había consolado con una amable sonrisa. Los caballos caminaban lenta y pesadamente por las arenosas dunas sin más que un bufido ocasional para quitarse el polvo de las fosas nasales.

Con cada paso Thomas sentía que el corazón se le hundía más y más en el estómago. Aunque lo intentara, no podía levantar su propio espíritu. No había motivo para esta lucha de emociones. Ninguno en absoluto. Se dijo esto más de cien veces.

Ella es una encostrada cubierta por la enfermedad, Thomas. Su aliento apesta a azufre, y su mente está nublada por el engaño. Era más probable que ella ordenara tu muerte a que se ahogara en un estanque rojo.

¿Por qué entonces esta irremediable atracción hacia ella? Sin duda él no la amaba como un hombre ama a una mujer. ¿Cómo podía amar a alguna mujer después de perder a Rachelle hace solo trece meses? ¿Cómo podía alguna mujer, mucho menos esta ramera enferma, reemplazar a Rachelle?

La fila se movía más rápido que él, pero en vez de instar a su cabalgadura a alcanzarlos, aminoraba aún más la marcha. La decisión de ellos de sentenciar a muerte a Chelise los había separado de él.

Es tu vergüenza lo que te mantiene atrás. ¿O es por protestar?

Sea como sea, quedarse atrás parecía adecuado. Ellos regresaban a mirar pero le permitían tener su espacio. Pronto estuvo una duna completa detrás de ellos.

Solo entonces, al estar totalmente fuera de la vista, empezó a sentirse tranquilo. Dejó que imágenes de la muchacha le inundaran la mente sin remordimiento.

Chelise mirándolo hacia arriba en la escalera, con los brazos cruzados mientras él

buscaba frenéticamente entre los libros de historias.

Chelise repitiendo las palabras que ella había escrito, los ojos llenos de emoción.

Chelise desilusionada por su incapacidad de componer una frase completa.

¿Qué clase de mujer sería si se le quitaba la enfermedad de la piel y el engaño de la mente? ¿Qué príncipe sería digno de esta princesa?

—Hola Thomas.

Se sobresaltó sobre el caballo. Pero no había nadie. Se hallaba al lado de una formación de rocas entre dos dunas, solo. No había señal de los demás.

El sol se estaba apoderando de su mente.

—Aquí, mi viejo amigo.

Thomas se dio la vuelta al oír la voz. Allí, sobre una pequeña roca detrás de él, se hallaba un murciélago.

—Un murciélago blanco. Un roush.

—¿Michal?

—Uno y el mismo —contestó el peludo animal con una amplia sonrisa en el hocico.

—¿Er... eres realmente tú? No he visto...

Thomas se salió de la senda.

No has visto un roush en mucho tiempo, sí, lo sé. Eso no significa que no estemos aquí. Te he estado observando. Debo decir que lo has hecho mucho mejor de lo que supuse públicamente ante todos los demás, aunque detesto admitirlo.

Thomas desmontó del caballo y corrió hacia el murciélago. Deseaba dar sus brazos alrededor del cuello de la criatura y decirle a Michal cuánto gusto le daba verlo. En vez de eso se puso a tres pasos de Michal y boquiabierto como un colegial.

—Es... Tú estás realmente aquí... —tartamudeó finalmente Thomas.

—En carne y hueso. Aunque preferiría que mantuvieras entre nosotros este encuentro.

Thomas cayó de rodillas, en parte por la debilidad y en parte por la talla más corta de la criatura.

—Lo siento. No sé lo que me está sucediendo.

—Pero yo sí.

—Entonces dímelo —pidió Thomas respirando hondo.

—Ella viene a ti —confesó Michal.

—¿Quién? —preguntó Thomas poniéndose de pie; ¿cuánto más sabía Michal?

—Chelise. La princesa.

—Siento simpatía hacia ella, si eso es a lo que te refieres. Ella no merece morir. Pasamos tiempo juntos, en la biblioteca; y podrá ser una encostrada, pero no es lo que yo esperaba que fuera cualquier encostrada. Sin duda Elyon puede tener misericordia hasta de...

—¿Llamas simpatía a esto? —cuestionó Michal—. Yo lo llamaría amor.

—No. No, no es igual.

—Entonces tal vez debería serlo —opinó el roush.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Thomas mirándolo estupefacto—. Ella es una encostrada.

—Y tú también lo fuiste. Pero él no lo ve de ese modo.

—¿Justin?

—Justin.

Thomas levantó la mirada hacia la duna y el rastro dejado por los otros.

—Pero la doctrina...

—Entonces debes tener la doctrina equivocada. Dime lo que William afirmó.

¿Por qué Michal había escogido este momento para revelarse? En el pecho de Thomas empezó a surgir la esperanza.

—El Círculo es la novia de él. Él está enfermo de amor por el Círculo.

—Muy cierto, pero incluso ahora está cortejando a su novia —explicó Michal—. Créeme, si fueras a ver ahora a Justin, él estaría allá por esas rocas, andando de un lado al otro con las manos en el cabello, desesperado por obtener el amor de las hordas. Ellas serán su novia tanto como tú.

Thomas miró las rocas y se imaginó a Justin andando de lado a lado. El corazón le comenzó a palpar con fuerza.

—¿Qué más dijo William? —inquirió el roush.

—Que la ira de Elyon hacia quienes lo rechazan se debe apaciguar con el ahogamiento antes de que podamos aceptarlos.

—Yo habría imaginado que después de la muerte de Justin lo entenderías mejor —expuso Michal frunciendo el ceño—. La ira de Elyon está dirigida hacia todo lo que obstaculiza su amor. Hacia Teeleh y los shataikis que engañarían y robarían ese amor. Detesta cualquier cosa que dificulte el amor de su novia. —No a los encostrados.

—No estoy afirmando que lo comprenda... Elyon está más allá de mi mente. Pero su amor es inagotable. ¿Sabes que cuando te ahogaste él hizo un pacto para olvidar tu enfermedad? Él solo recuerda tu amor. Aunque tropieces como William lo hace ahora, Justin jura olvidar y solo recuerda el amor de William, por imperfecto que este pueda ser. Decir que ustedes los humanos han entendido el asunto sería errado. Yo enderezaría a William, sin duda. Elyon está principalmente emocionado. Sí, se debe pagar un precio. Sí, es necesario ahogarse, pero él está emocionado con su novia y desesperado por atraer a otros hacia el Círculo.

Thomas sabía todo esto; ¡desde luego que lo sabía! Pero no en términos tan manifiestos.

—Si tuvieras un atisbo del amor de Justin por Chelise, te marchitarías aquí mismo

—expresó Michal con una pequeña sonrisa—. Este es el Gran Romance.

Thomas comenzó a caminar de un lado al otro. ¿Qué significaba esto? ¿Que él tenía razón en cuanto a que Chelise era como cualquier otra mujer? ¿costrada o no? ¿Que él tenía razón en querer salvarla? ¿Que el amor que pudiera sentir por Chelise no era diferente de su amor por Rachelle?

Sin embargo, ¿cómo podría él amar a una encostrada de la misma manera que había amado a Rachelle? No, lo más probable era que Michal no se refiriera a eso.

—Sigue tu corazón, Thomas. Justin te ha mostrado el suyo.

Recordó las palabras de Justin. Levantó la cabeza, miró hacia el desierto y dejó que la verdad le inundara la mente. Esto estaba más allá de él. Él amaba a Chelise. Quizás ella no lo amaba, pero él no podía negar el simple hecho de que la amaba, más de lo que podía recordar haber amado a alguien que no fuera Rachelle.

—¡Thomas!

Se volvió hacia la duna. Suzan se hallaba en lo alto de la cima mirándolo hacia abajo. Ella no había visto antes a Justin; ¿vio ahora a Michal?

Dio la vuelta. ¡El roush había desaparecido!

—Thomas, los demás están esperando —gritó ella.

Se quedó quieto, abatido durante un prolongado momento. Entonces supo lo que haría. Lo que debía hacer.

Corrió hacia su caballo y saltó sobre el lomo. Con una mirada de despedida a Suzan hizo girar la cabalgadura y galopó alejándose de ella, hacia la selva.

—¡Thomas! ¡Espera!

Trepó la primera duna y bajó por el lado opuesto.

—¡Thomas! ¡Espera! ¡Estoy contigo!

Suzan estaba siguiéndolo. Él detuvo el caballo en seco. Ella llegó al galope por detrás.

—Volveré por Chelise.

—Entonces ambos regresaremos por ella —declaró Suzan.

—No te puedo pedir que hagas eso.

—Me enseñaste a vivir para el peligro. Y aunque nadie lo sabe, soy una bobalicona para el romance.

Nadie más había en las dunas detrás de ella. Los otros les verían las huellas y sabrían lo que había ocurrido. Se esperaba que fueran sensatos y siguieran hacia la tribu, donde los necesitaban.

—Entonces debemos darnos prisa —expresó él espoleando el caballo. Tenemos que llegar donde está ella antes que el mensajero.

—¿No te irás a entregar?

—Voy a sacarla de allí.

Corrieron a toda velocidad sobre la duna.

—¿Y si ella se niega a salir?

—Entonces tendré que persuadirla, ¿no es así? —contestó él con una amplia sonrisa.

—∞∞∞∞—

LAS HUELLAS hablaban con mucha claridad.

—El tonto ha regresado —comentó William.

—Y Suzan con él —añadió Mikil.

—No planea entregarse, o no le habría permitido a Suzan que lo siguiera —declaró Johan volviéndose hacia la siguiente duna—. Va tras Chelise.

Esta obsesión que Thomas había desarrollado por la hija de Qurong estaba más allá de él. La había conocido como una mujer valiente, hermosa entre los encostrados, pero aún una encostrada, tan enferma como cualquiera.

Johan había sostenido que el Círculo debía ablandar las normas para facilitar que las hordas se convirtieran, pero había estado pensando en el ahogamiento, no en el amor. Ahora se preguntaba si debía reconsiderar el asunto. Quizás ellos debían seguir inflexibles en los compromisos que exigían para ingresar al Círculo, pero amar a las hordas a pesar de todo. En muchos sentidos, lo que Thomas hacía ahora probaría sus propios argumentos. ¿Se convertiría Thomas en encostrado, o se volvería Chelise una albina?, ¿eran irreconciliables las condiciones que tenían?

—¡Tenemos que detenerlos! —expresó Mikil.

—¿Y cómo lo harías? —objetó William—. ¿Siguiéndolos todo el camino de vuelta a los calabozos?

—Esperándolos —opinó Johan—. Aquí.

—No podemos dejar la tribu sola tanto tiempo.

—Entonces yo los esperaré.

—¿Jamous? —inquirió Mikil mirando a su esposo.

—Esperaremos con Johan —contestó Jamous, luego se volvió hacia William—. Lleva a Caín y a Stephen contigo.

—No me gusta esto —expresó William después de suspirar—. El Círculo está pasando momentos de prueba y sus líderes arriesgan el pellejo por una ramera.

—Necesitas un poco de iluminación, William —dijo bruscamente Johan—. Se trata de Thomas, el mismo hombre que te salvó el pellejo docena de veces.

—Entonces los veremos en la tribu —contestó William con el ceño fruncido y haciendo girar su caballo—. La fortaleza de Elyon.

—La fortaleza de Elyon —asintió Johan.

—¡MÁS! —INSISTIÓ Thomas—. Quiero pasar inspección en cinco pasos.

—Entonces te tendrán que salir escamas —cuestionó Suzan.

Luego que hubo oscurecido, de una casa en el perímetro de la ciudad habían robado pasta y polvo de morst con algunas ropas. Thomas se había quitado la camisa y se embadurnaba de polvo. Suzan se lo frotaba en la espalda.

—Estará oscuro y tendrás puesta una capucha. En realidad no veo la necesidad de estar tan entusiasmado con esta porquería.

—¡El olor! —exclamó él, mirándola con ojos abiertos de par en par, como un niño.

La pasión de Thomas por su misión era contagiosa. Los demás habrían creído que se había vuelto loco si lo hubieran visto comportándose como lo había hecho durante el día.

Él no se había deschavetado. Se había enamorado. Quizás no lo admitirá, pero Suzan reconocería estos síntomas con los ojos cerrados. Thomas de Hunter transitaba ahora un camino que había eludido a propósito desde la muerte de Rachelle. Se hallaba en las primeras etapas de enamorarse como un loco.

Al observarlo, Suzan sentía añoranza por lo mismo.

Aún estaba haciendo lo posible por ocultar sus emociones, o quizás en realidad no se hallaba seguro de qué hacer con estas, pero no lograba contenerse.

Le había contado a ella lo que sucediera entre él y Chelise en la biblioteca con muchos más detalles de lo que haría cualquier hombre que alguna vez Suzan conociera. Le había hablado con gran expresividad, con muchos movimientos de brazos, sacando conclusiones irracionales acerca de los intercambios más simples.

—Ella tenía los brazos cruzados, Suzan —le diría él—. ¡Imagínate eso!

—Me lo estoy imaginando. No estoy segura de captar el significado.

—¡Cruzados! Ella sabe muy bien que cuando se para de ese modo es adoptando una pose seductora.

—¿Brazos cruzados? No estoy segura...

—No son los brazos. Olvídate de los brazos. Es todo respecto de ella. Verás.

Ahora él se hallaba cubriéndose el rostro con morst, hablando del olor.

—Quiero oler a las hordas. Ya lo hice antes, exactamente en la cámara de Qurong mientras él roncaba como un dragón —describió, agarrando otro puñado y lanzándoselo en la mejilla. El blanco residuo le cubría la cabeza.

—Esta vez es dentro de la habitación de Chelise, y tengo la sensación de que ella será más sensible que su padre. El mosto no cubrirá mi olor a albino si solo está en mi rostro, ahora, ¿verdad?

—Si no te conociera mejor, diría que quieres convertirte en encostrado para más que escabullirte en el castillo. ¡Quieres ser como ella!

—¿Quiero eso? Bueno, tal vez hubo alguna insinuación de los argumentos de Johan. Me estoy convirtiendo en encostrado a fin de rescatar a una encostrada para que deje de serlo.

—Con solo mirarte ella sabrá que no eres encostrado —advirtió Suzan riendo—. No hay manera de ocultar tus verdaderos colores... allí es donde Johan se equivoca.

—De acuerdo —asintió él parándose y volviéndose hacia la luz de la luna—. ¿Cómo me veo?

—Como un encostrado.

Este era un Thomas que pocos habían visto nunca. Para la mayoría se trataba del poderoso guerrero convertido en reflexivo filósofo. Pero aquí en el desierto se estaba convirtiendo en Thomas el amante. Suzan sonrió. A ella le gustó este lado oculto de él.

Thomas corrió hacia la túnica y se la puso sobre la cabeza.

—¿Bien? —preguntó.

—Muy bien. Definitivamente un encostrado.

—Magnífico entonces. Creo que estoy listo. Tardaré una hora en llegar al castillo desde aquí y una hora en regresar. Dame hasta el amanecer. Si no regreso usa tu mejor juicio —informó, y se subió al caballo.

Thomas marchaba hacia la insensatez para ir a buscar a una mujer que, pesar de las erróneas suposiciones de él, no lo amaba. Y Suzan se lo estaba permitiendo porque sabía que una vez que Thomas de Hunter ponía su cabeza en algo, siempre veía a través de eso. Tanto eso, como el romance en el propio espíritu de Suzan, lo alentaban.

Todo perfecto y bien, pero ¿y si no regresaba? Él la había atraído con su contagiosa pasión, pero ¿y si todo salía mal? Si Thomas estaba muerto para la mañana, ella compartiría la culpa.

—Ten cuidado, Thomas. Si te agarran, será el lago, no la biblioteca.

—Lo sé —convino él mirando al norte, hacia la ciudad—. ¿Estoy haciendo lo adecuado?

—¿La amas?

—Sí.

- Entonces ve por ella, Thomas de Hunter. Ya dijimos todo lo que se debe decir.  
—La fortaleza de Elyon —manifestó él sonriendo y asintiendo con la cabeza.  
—La fortaleza de Elyon.

—∞∞∞∞—

THOMAS SE acercó a la ciudad por el oriente, alrededor del jardín real.

Por el camino menos transitado que llevaba directamente al castillo. Una luz brillante se había levantado en lo alto. Si alguien le hablaba, contestaría con una inclinación de cabeza. Con algo de suerte no tendría que mostrar su imitación de encostrado.

El castillo se levantaba a la derecha, imponente a la luz de la luna. Se dejó guiar por el caballo, este era terreno conocido para el animal. Thomas sentía el sudor que se le acumulaba debajo de la túnica, mezclado con el morst.

¿Y si ella no viene, Thomas?

Suzan le había hecho la pregunta y él en su entusiasmo le había asegurado que Chelise vendría. Pero ahora no estaba tan seguro. Es más, al pensar ahora claramente en su misión comprendía que entrar en el cuarto de ella sería la parte más fácil. Sacar a Chelise con su consentimiento podría ser mucho más difícil. El camino aún se hallaba vacío. Hasta el momento eso era bueno. Le vino la idea de que la ventaja mayor que tenía era la política de no violencia del Círculo. Las hordas no tenían verdaderos enemigos que amenazaran su seguridad. Sus defensas no estaban construidas para un asalto y el castigo para crímenes simples, tales como el robo, era tan severo que pocos encostrados se atrevían a intentarlos alguna vez. Thomas había oído que cualquier infracción contra la casa real se castigaba con la muerte para toda la familia del autor.

Sin duda, la guardia alrededor del castillo se habría incrementado desde que él escapara, pero ellos no estaban acostumbrados a la clase de sigilo que el Círculo había perfeccionado. Al menos esa era la esperanza de Thomas. Si la mala actuación que los guardias de las hordas tuvieran el día anterior constituía alguna medida, él gozaba de un buen motivo para tener esperanza.

Ingresó en la selva antes de que viniera algún guardia por el camino. Echó las piernas hacia atrás en una posición razonable para cabalgar, y guio al animal entre los árboles, hacia los establos detrás del castillo. La yegua relinchó ante el conocido olor del corral.

—Tranquila, chica.

Thomas se apeó y ató el animal a una rama. Las luces de las habitaciones traseras del castillo se filtraban a través de los árboles, a pesar de ser medianoche. Esperaba que fueran antorchas encendidas toda la noche.

Debajo de los pies le crujieron ramitas, pero ningún guardia detectó el ruido.

Thomas corrió alrededor de los establos. Chelise le había dicho que su habitación daba a la ciudad en el piso alto. Durante el último escape él había visto las escaleras que llevaban al techo. Corrió hacia la valla que rodeaba los terrenos y miró entre los postes.

No había guardias.

Bien. Una vez en lo alto estaría comprometido. Se agarró a la parte superior del poste, respiró hondo y saltó por encima.

—¿Quién va ahí?

Thomas aún se hallaba en el aire, cayendo hacia el suelo como un paracaídas, cuando la voz cortó el aire nocturno. Cerca.

Aterrizó en ambos pies y miró al guardia parado a su derecha. El guerrero había estado apostado junto a la valla.

Thomas bajó la cabeza y caminó hacia el castillo como si no fuera nada extraño que un encostrado cayera del cielo.

—¡Deténgase! ¿Qué significa esto?

Thomas se detuvo y enfrentó otra vez al guerrero, la mente le daba vuelta pensando en las opciones. Más exactamente, la opción. Singular. Debía deshacerse del guardia. La vida de Chelise dependía de eso. Fue hacia el guardia, con la cabeza agachada. Cinco pasos, pensó.

—¡Deténgase allí!

—El general, Woref, me pidió que me reuniera aquí con él.

—¿El general?

—Soy su concubina.

—Su...

Thomas se movió antes de que el hombre pudiera procesar la sorprendente afirmación. Se lanzó hacia su derecha, rodó una vez y fue a parar a un metro a la derecha del guardia. El hombre giró, haciendo resplandecer la espada.

Thomas transformó su impulso en una amplia patada. Conectó sólidamente el pie en la sien del hombre.

Un gemido, y luego el individuo cayó como un saco de rocas.

—Perdóname —susurró Thomas.

Se puso de rodillas, rasgó la manga del guardia en el hombro, y lo ató de pies y manos a la espalda. Rompió la otra manga y le amordazó la boca, bien apretada.

Thomas corrió hacia el edificio y subió las escaleras. Resbaló en el tejado y se puso en cuclillas detrás de la barandilla. ¿Se había roto la túnica? Lo comprobó, conteniendo el aliento. Intacta, hasta donde podía ver.

Ahora la rapidez sería el problema. El guardia despertaría pronto y, aunque amordazado, podría crear suficiente alboroto para llamar la atención.

Thomas corrió hacia el único hueco de escaleras que pudo ver. Presionó la

manilla en la puerta. Cerrada. Analizó la manilla. Era tecnología del bosque. Diseñada por él mismo.

La había diseñado para asegurar la puerta contra fuertes vientos, no contra ladrones. Un simple pasador de bronce sostenía en su lugar todo el montaje. Liberó el pasador, el cual le cayó en las manos. Lo colocó en el suelo y abrió la puerta.

Una débil luz llenó el estrecho hueco de la escalera. Thomas entró, cerró la puerta detrás de él y se quedó en silencio total.

Ningún sonido. El castillo pernoctaba.

Trepó con cuidado los peldaños, haciendo una pausa en cada crujido. Podrían haber usado la tecnología del bosque, pero habían hecho el trabajo a toda prisa.

En el fondo, una terraza recorría el perímetro del piso alto. Frente a él, una antorcha ardía entre dos puertas. Si él tenía razón, una llevaba a la habitación de Chelise. Solo había una manera de averiguar cuál.

Asomó la cabeza sobre la barandilla, vio que el patio abajo estaba vacío y corrió hacia la primera puerta.

Otra vez cerrada.

Otra vez su diseño.

Otra vez sacó el pasador.

Entró al cuarto y cerró la puerta. Una lámpara de aceite proyectaba una tenue luz sobre una cama grande. ¡Ella se hallaba en la cama, durmiendo!

Thomas recorrió el resto de la habitación de una ojeada. Puertas que llevaban a otra terraza. Un enorme armario sobre el cual se hallaba una lámpara. Un escritorio con un espejo. Largas cortinas sueltas. Realeza de las hordas.

Había llegado el momento de la verdad. Si esta no era Chelise, él podría verse obligado a atar de pies y manos a un encostrado más.

Se deslizó sigilosamente hasta la cama y se inclinó sobre la forma bajar la sábana. ¿Dormía ella con sábanas sobre la cabeza? Debía verle el rostro para estar seguro, pero el pensamiento de destaparla mientras dormía...

El piso crujió detrás. Algo le golpeó la cabeza. Thomas cayó hacia delante sobre la figura que dormía y se movió apresuradamente a la derecha.

El objeto lo volvió a golpear, de lleno en la espalda. Esta vez él gimió. Entonces se le ocurrió, a medio gemido, que lo que tenía debajo de él no era para nada un cuerpo. Almohadas.

El tercer golpe lo recibió en la cabeza y por un momento creyó que se podría desmayar. Se las arregló para poder hablar.

—¡Soy yo! ¡Thomas!

Su atacante se detuvo el tiempo suficiente para que Thomas se volviera. Allí, a la anaranjada luz de la lámpara, se hallaba de pie una mujer totalmente vestida.

—¿Thomas?

—¡Chelise! —exclamó él, sentándose, sobándose la cabeza; luego la tuteó—. ¿Qué estás haciendo?

—¿A qué te refieres con qué estoy haciendo? —susurró ella—. Me estoy defendiendo.

—Estoy aquí para ayudarte, no para atacarte.

Chelise tenía en las manos una antorcha apagada. Ella miró la puerta.

—¿Cómo entraste aquí? ¿Has venido para entregarte?

—No. No, no puedo hacer eso.

—¿Por qué no? Tu huida me puso en una terrible posición. He estado esperando toda la noche que esa bestia entre aquí. Me dijeron que habías rechazado la exigencia de Qurong.

Así que todo era cierto. La joven comprendía que estaba en peligro su propia vida.

—Si me entrego, me matarán. ¿Quieres eso? La mujer bajó la antorcha.

Thomas se paró y se puso frente a ella. Se miraron por primera vez desde que ella lo había dejado en la biblioteca. El rostro de la muchacha se veía hermoso a la llama de la lámpara.

Thomas fue hacia Chelise y empezó a levantar la mano hacia el rostro de ella, y luego se detuvo.

—He venido a rescatarte.

—No necesito ser rescatada. Lo que necesito es que te entregues a Qurong para que podamos olvidarnos de esta locura. Ahora mismo debo llamar a los guardias.

La negativa de ella envió un rayo de dolor por el pecho de Thomas.

—Entonces llama a los guardias —desafió él con el rostro enrojecido.

—Mantén baja la voz. Te ves ridículo con ese morst.

—¿Me prefieres sin eso?

Ella fue hacia el escritorio, dejó allí la antorcha y miró el espejo, que no mostraba nada en esta débil luz.

No había llamado a los guardias.

—Escúchame, Chelise. Sabes tan bien como yo que ya se acabó cualquier vida que pensaste tener en este castillo. Woref te destruirá. Si sobrevives entregándome, esa bestia, como lo llamas, te dará una muerte en vida. Y si no te encoges de miedo ante su puño, te matará.

—Nada de esto habría pasado sin ti —contraatacó ella—. Sin ti Woref no sería el cerdo que es, y sin ti yo no me habría colocado en esta terrible posición de elegir.

—Entonces al menos ves que tienes una elección.

—¿Entre qué? ¿Entre un animal y un albino? ¿Qué clase de elección es esa?

—Entonces no nos elijas a ninguno de los dos —objetó él, haciendo caso omiso a la mordacidad en las palabras de Chelise—. Salgamos de este lugar y negociemos

con tu padre desde una posición fuerte.

La idea la paralizó. Cuando ella volvió a hablar se le había suavizado la voz.

—Si huyo contigo, Woref nunca me perdonaría.

—No vendrás conmigo. Te llevaré por la fuerza.

—¿Por la fuerza? —objetó ella riendo—. Como tu prisionera. ¿Cómo puedo negociar con Qurong siendo tu prisionera?

—Pensaremos en algo. Le diré a Qurong que deseo a Woref en intercambio por ti. Algo como eso. ¿Y qué haría Woref por tenerte?

—Lo que sea.

—Exactamente. Lo ves; si sales, puedes obligarlos. Si te quedas, tu vida será un desastre, aunque me entregues.

Una leve sonrisa se formó en el rostro de Chelise.

—Pero debes entender que yo...

¿Cómo decir esto? De repente Thomas deseó no haber hablado.

—¿Qué? —exigió saber ella.

—Que creo que sienta algo por ti —confesó él—. Te puedo ver de manera diferente, pero no sería adecuado sacarte de aquí sin ser totalmente sincero respecto de mis intenciones.

—¿Y cuáles son? —preguntó ella, esta vez seria—. ¿Ganar mi amor? Entonces permíteme ser sincera contigo. Sé cómo nos miran ustedes los albinos. Les resultamos repulsivos. Nuestro aliento les apesta y nuestra piel les produce náuseas. No sé qué clase de idea de adolescente se te ha subido a la cabeza, pero tú y yo nunca podríamos ser amantes.

—Podríamos si te ahogaras.

—Nunca.

Thomas se preguntó si había cometido una terrible equivocación. Pero Michal le había dicho que siguiera su corazón, y su corazón estaba por esta mujer. ¿No era así? Pues sí, la idea de dejarla lo aterraba. Sin duda su corazón era para esta mujer.

—No fue mi intención ofenderte —estaba diciendo ella; había visto el dolor de él—. Lo siento. Pero tú tienes tu vida y yo tengo la mía. Me siento atraída hacia hombres como yo. Hombres con mi carne.

—Está bien.

—¿Entiendes entonces?

—Entiendo. No lo acepto. Creo que he visto más en tus ojos.

—Aunque así fuera, no puedo actuar en base a eso —expresó ella; luego lo miró sin decir nada y se dirigió al armario.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió él.

—Estoy tomando lo que necesito para un viaje por el desierto.

—¿Vienes entonces?

—Mientras convengas en traerme de vuelta en intercambio por una exigencia de mi elección.

—Sí. De acuerdo —acordó él sintiéndose impaciente de pronto—. No necesitas nada. Debemos apurarnos.

—Una mujer necesita lo que necesita —respondió ella, poniendo rápidamente varios artículos en una bolsa de cuero—. Hay un envase de most y un poco de pasta en el tocador.

—¿En realidad tú...?

—Es del tipo perfumado que usé en la biblioteca. Créeme, te agradecerá que lo lleve.

Thomas sacó el pequeño envase. Ella se acercó y abrió la bolsa. Intercambiaron una larga mirada, y él podía jurar que tenía razón. Detrás de esos ojos había más de lo que ella admitía.

O quizás no.

—Dirige el camino —pidió ella.

—∞∞∞∞—

LO HABÍAN llamado al castillo a medianoche, a causa de preocupaciones incluso en tiempos de paz. Considerando los acontecimientos de los últimos días, Woref temió lo peor.

Esto tenía que ver con Chelise; podía sentirlo. Llevó su caballo por la calle y afirmó el paso, pero la sangre ya le hervía. No había mayor fuente de problemas en el mundo que las mujeres. Amaban y mataban, y aún al amar mataban. El hombre podía hacer algo mejor para quitar la tentación de la faz de la tierra. ¿Cuán bueno era el amor a tan terrible precio?

Desmontó, entró al vestíbulo y se echó la capucha hacia atrás.

—Woref —llamó Qurong, quien esperaba dentro del patio—. Me alegra que mi general de confianza haya venido.

Woref inclinó la cabeza en respeto.

—Me acaban de despertar unas noticias muy malas —informó Qurong; se estaba mostrando demasiado reservado con esto como para que no se tratara sino de terribles noticias—. Hallaron a uno de nuestros guardias atado en la cerca trasera.

¿Robo?

—Afirmó que un hombre fingiendo hablar como mujer saltó sobre la cerca, aseguró ser tu concubina, y lo puso fuera de combate. Un poco más tarde regresó con otra mujer y lo volvió a dejar sin sentido.

—Le aseguro, señor, que está mintiendo. No tengo concubina.

—¡No me importan tus mentiras, general! La segunda mujer era mi hija. ¡Chelise ha desaparecido! —exclamó Qurong, primero lentamente y luego con voz

temblorosa.

—¿Cómo...?

—La primera «mujer» era Thomas, ¡idiota!

—Thomas de Hunter —expresó Woref—. Él se la llevó.

¿O se fue ella por voluntad propia?

—El guardia afirma que la estaban obligando. Thomas le dijo que transmitiera que él cumplirá con la exigencia. Liberará a Chelise cuando accedamos.

Ella se fue por voluntad propia, pensó Woref. El rostro se le enrojeció pero no mostró su ira.

—Ahora es tu vida la que está en juego —explicó el líder máximo—. Si mi hija resulta con un solo cabello lastimado, te haré responsable. Tú le dijiste que la ahogaríamos, sabiendo muy bien que yo nunca lo haría. Tú dijiste que esto le enseñaría una lección a Chelise y tú hiciste saber el mensaje para poner en evidencia a Thomas. Ahora ella ha desaparecido.

—No estamos sin recursos, mi señor. Recibí mensaje de que mis hombres se están acercando a la tribu de Thomas. Él no tendrá la única pieza de negociación.

Qurong lo miró con escepticismo.

—Ellos están sin sus líderes —informó Woref—. He enviado refuerzos. No escapan a toda una división.

—Es a Chelise a quien quiero, ¡no a un grupo de albinos!

—Usted tendrá a Chelise. ¡Pero solamente si la voy a tener yo!

—¡Encuéntrala! —gritó Qurong con el ceño fruncido.

LO INTENTÓ, pero no pudo dormir. Y decidió que no soñaría, no hasta que se hubiera ganado el amor de ella.

Probablemente el virus lo iba a matar en unos cuantos días del tiempo de la otra realidad, y él no permitiría que eso interfiriera con el drama que se desarrollaba aquí. Simplemente comería la fruta de rambután todas las noches. Una semana, un mes, lo que se necesitara. Cuando finalmente soñara, solo habrían pasado unas cuantas horas donde dormía ahora, en la Casa Blanca.

Se apoyó contra la roca al lado de Suzan, mirando a Chelise, quien dormía a tres metros de los dos.

—Por Dios, Thomas, duerme —susurró Suzan—. Pronto amanecerá.

—No estoy cansado.

—Lo estarás. Y me molesta que estés sentado de ese modo.

—¿Estás celosa?

—¿De ella? Si fueras otro hombre, quizás... sin faltarte al respeto, pero mi corazón ya ha sido tomado.

—¿Ah, sí? —exclamó él, quien sorprendido puso toda su atención en Suzan—. Nunca has dicho nada.

—Es mejor mantener algunas cosas en secreto.

—¿Quién es?

—No te lo voy a decir. Pero lo conoces —expuso ella apoyándose en el codo—. Sin embargo, debo decir que este nuevo Thomas es digno de admiración.

—No hay nada nuevo de mí.

—No te había conocido permaneciendo así despierto, mirando a una mujer dormida que no te ama. O mostrarte tan interesado en a quién amo. Siempre había creído que te importaba más blandir una espada que cortejar a una mujer.

—Es obvio que no me has conocido. Cortejé a Rachele en el bosque colorado, ¿no es así? —objetó él, y miró las estrellas—. Esos eran los días en que el romance se sentía en el aire.

—Yo era demasiado joven para recordar —expresó ella tranquilamente.

—Ya no lo eres.

—Así que supongo que estás cediendo a este impulso —afirmó ella—. De modo

incondicional.

—Nacimos para el Gran Romance —declaró Thomas evitando una respuesta directa.

—Por supuesto.

—Solo estoy siguiendo mi corazón.

—Tal vez yo te podría mostrar algunas cosas, Sr. Poeta —alegó Suzan.

—Entonces revélanos a tu hombre y déjanos ver cómo os cortejáis mutuamente.

—Escúchame. Sigues hablando como un poeta.

—Tonterías —respondió él sonriendo—. Siempre he sido elocuente. Una vez mi palabra fue mi espada, pero ahora es un canto de amor para la doncella que yace allí. ¿O es aquí?

—Veo que deberé enseñarte los puntos más exquisitos de la poesía.

—¿Quieres verdadera poesía? —expuso Thomas bajando la voz mientras sus ojos se posaban en la durmiente mujer—. Entonces oye esto: He perdido mi corazón. Ahora su dueña es Chelise, esta asombrosa criatura que pacífica duerme. Cuando frunce el ceño, veo una sonrisa; cuando se burla, veo una sonrisa. Cabalgamos codo a codo durante dos horas, eligiendo nuestro camino a través del oscuro bosque sin pronunciar palabra alguna, pero oía su corazón susurrándome palabras de amor cada vez que su caballo ponía el casco en tierra. Ahora dormir no logro porque el amor es mi sueño y he tenido suficiente para que dure una semana. Ella finge no amarme, porque la enfermedad la ha rebosado de vergüenza, pero puedo verle los ojos penetrando el corazón donde ella revela sus verdaderos deseos.

—Si la mitad de eso es cierto, entonces estás muy entusiasmado, Thomas de Hunter —manifestó Suzan riendo socarronamente.

—Lo estoy —contestó él, desvaneciendo la sonrisa y desviando la mirada.

Chelise se movió de repente. Se volvió hacia ellos.

—¿Vais a hablar toda la noche? Estoy tratando de dormir.

—Estás despierta —comentó Thomas parpadeando.

—Y tú estás hablando demasiado. No sé cómo los albinos cortejan a sus mujeres, pero tal vez quieras considerar un poco de sutileza. Se hizo silencio en el campamento.

—Tiene razón —declaró finalmente Suzan.

—Yo... yo no sabía que estabas escuchando —titubeó Thomas; en la oscuridad logró ver que Chelise sonreía—. Muy bien, entonces, imagino que es hora de dormir.

Se acostó, inseguro de si debía estar avergonzado o emocionado de que ella hubiera oído lo que él decía.

Yacieron en silencio por largo tiempo.

Entonces Chelise habló en voz baja.

—Gracias, Thomas. Fueron palabras muy amables.

—De nada —manifestó él tragando saliva.  
—Solo recuerda nuestro trato —pidió ella volviéndose.  
—Sí, desde luego.  
El acuerdo que tenían. Él casi lo había olvidado.

—∞∞∞∞—

CHELISE Y Suzan dejaron dormir a Thomas hasta la salida del sol. Ambas se habían levantado una hora antes y decidieron que podían esperar otra hora antes de entrar al desierto. Era remota la posibilidad de que algún encostrado los encontrara en el pequeño cañón en que habían hecho el campamento.

Suzan se había bañado en un pequeño riachuelo cercano, y Chelise también decidió bañarse. Esperó hasta que Suzan terminara antes de meterse cautelosamente al agua. Aunque se había acostumbrado al ritual del baño en el lago, el agua fría le hizo arder la piel.

De no ser por Thomas, Chelise nunca se habría bañado en un arroyo, pero se sintió obligada a presentarse en una manera que no fuera ofensiva para los albinos. Soportó el dolor y se lavó bien la piel. Luego con cuidado se aplicó el aromático most usando una pequeña laguna como espejo. Recogió varias de las flores más pequeñas y perfumadas de tuhan y se las puso en el pelo. Todo esto por él.

¿Y por qué, Chelise? ¿Por qué te preocupa tanto agradar a Thomas? No pudo contestar esa pregunta. Quizás porque él era muy amable con ella. Albino o no, él era un hombre y ella difícilmente podía hacer caso omiso a este afecto irracional que él había mostrado al rescatarla.

Chelise miró a Suzan, tratando de no mirarle la piel oscura. Muy diferente de su propia carne blanca. El colgante que usaban los albinos le colgaba del cuello.

—¿Por qué usas el pendiente? —le preguntó a Suzan.

La albina levantó el medallón en la mano y lo miró.

—Estos son los colores del Círculo. Verde por el bosque colorido, luego negro por el mal que nos destruyó a todos. Después rojo, ¿ves? —explicó, indicando las dos franjas que cruzaban el cuero rojo—. La sangre de Justin. Y finalmente, un círculo blanco.

—¿Y por qué blanco?

—Blanco —señaló Suzan mirándola directo a los ojos—. Somos la novia de Justin.

Qué extraña manera de ver las cosas. Incluso ridícula. ¿Quién ha oído alguna vez ser la novia de un guerrero asesinado? Por supuesto, ellos creían que él aún estaba vivo.

Absurdo.

—¿Deberíamos despertarlo? —preguntó Chelise mirando a Thomas.

—Me cuesta creer que aún esté durmiendo —contestó Suzan sonriendo—. Debiste haberlo agotado anoche.

—¡Ja! Creo que él me está agotando con todo su entusiasmo.

—¿Sientes algo por él? —inquirió Suzan, asegurando la montura extra que Thomas trajera de la ciudad.

Chelise no había esperado una pregunta tan directa. No supo qué decir.

—Allí yace Thomas de Hunter, leyenda de los guardianes del bosque, enamorado de ti, hija de su agente de perdición, Qurong. Es un cuento de hadas en ciernes.

—Él es un albino —objetó Chelise.

—Eso no significa que sea demasiado bueno para ti —replicó Suzan al tiempo que ponía la mano sobre la silla y miraba de frente a la princesa.

—Eso no es lo que quise decir.

—No, pero es lo que sientes. Por eso te bañaste y por eso cubres tu piel para él. Que conste, estoy de acuerdo con Thomas. Creo que eres bastante hermosa. Y no creo que tengas idea de cuán afortunada eres de que este hombre te ame.

Chelise se sintió súbitamente emocionada. Miró a Thomas. Allí se hallaba el rey de los albinos. ¿O era Justin su rey? A pesar de los intentos de Thomas por quitarse el morst que se había aplicado la noche anterior, este aún le cubría partes del rostro.

—Sin embargo te hace sentir bien, ¿no es verdad? —indagó Suzan.

—¿Qué?

—Ser amada.

—Sí —contestó ella después de titubear.

No estaba segura de haberse sentido nunca tan incómoda. ¿Tenía razón Thomas al decir que ella estaba cubriendo su vergüenza? Y ahora Suzan le había dicho lo mismo. Ella nunca lo había pensado en esos términos.

—Creo que lo mereces —opinó Suzan.

Creció el nudo en la garganta de Chelise, y debió tragar saliva para no llorar. No sabía de dónde había salido la repentina emoción, pero no era la primera vez que los albinos la afectaban con tanta facilidad. Las lecciones en la biblioteca con Thomas habían sido parecidas.

Ella decidió entonces, mirando hacia la selva para que Suzan no pudiera ver las lágrimas que intentaba reprimir, que le gustaban los albinos.

—¿Por qué no lo despiertas? —preguntó Suzan—. Debemos irnos.

—Despierta —expresó Chelise yendo hacia él, contenta por el descubrimiento.

Thomas gimió y giró la cabeza, perdido aún para el mundo. Ella miró a Suzan, pero la mujer estaba muy ocupada ensillando otro caballo.

—Despierta, Thomas —ordenó la muchacha inclinándose y tocándolo.

Él despertó sobresaltado, miró alrededor, luego la vio y volvió en sí. Se levantó y se sacudió la capa.

—¿Qué hora es? ¿Me dejaste dormir?

—Parecías cansado.

Él miró a Suzan, luego analizó a Chelise.

—Volveré en un instante —anunció él y se fue corriendo en dirección al riachuelo.

Era interesante esta obsesión de los albinos con la limpieza. Thomas volvió diez minutos después, con el radiante rostro limpio del morst.

—Me siento como un hombre nuevo. No pretendo ofender, pero la cosa esa me produce picazón en la piel.

—¿De veras? Para mí es muy calmante.

—Te quedan bien. Las flores blancas son un complemento perfecto.

—Gracias —manifestó ella sonriendo; ¿creía él de verdad que ella era hermosa, o la estaba tratando con condescendencia?

Montaron y se dirigieron al sur alejándose de la ciudad, hacia el desierto. Thomas las guio a lo largo de un sendero de caza, lejos de todas las rutas frecuentemente transitadas.

—∞∞∞∞—

CABALGARON DURANTE una hora sin hablar, Suzan en la retaguardia.

—¿Soñaste a gusto, Thomas? —preguntó Chelise, rompiendo finalmente el silencio.

—No soñé en absoluto. Comí el rambután.

—Pensé que querías soñar. Casi pierdo la vida por tus sueños.

—Hice un juramento: nada de sueños mientras esté contigo. Ella no sabía lo que él podría tener en mente, pero no forzó ninguna explicación.

—¿Has decidido lo que deberíamos exigir a cambio de tu regreso? —inquirió Thomas acercando su caballo al de ella.

—Podríamos cambiarme por Woref, como sugeriste —respondió ella—. Lo podrías convertir en albino. Eso le serviría a la bestia.

—Por desgracia, el ahogamiento funciona solamente si se hace de manera voluntaria. De otro modo reuniríamos encostrados por montones y los obligaríamos a meterse en el agua, ¿no es así, Suzan? —dijo Thomas riendo entre dientes.

—Así se haría —contestó ella.

—Qué horrible muerte sería —comentó Chelise encogiéndose de hombros.

—¿Parezco muerto? —objetó Thomas—. Más vivo de lo que nunca has visto.

Luego estiró el brazo.

—Cuando muevo el brazo, no hay dolor en mis articulaciones. Y no es porque me haya acostumbrado a sufrir.

El pensamiento de ahogarse la aterraba. Se había acostumbrado tanto al dolor en

las articulaciones que sencillamente le hacía caso omiso la mayor parte del tiempo.

—Podríamos exigir asilo para tu Círculo —opinó Chelise.

—¿Harías eso?

—¿Por qué no? —respondió ella encogiendo los hombros.

—Suzan, creo que se nos está animando.

Solamente ayer Chelise habría respondido con un comentario cortante para aclararle las cosas a Thomas. Ahora sentía ridículo tal comentario, por lo que ella lo desechó.

—Quizás deberíamos dejar que mi padre sufra durante uno o dos días —comentó la joven; no estoy en posición de chantajearlo muy a menudo.

—Perfecto. Entonces esperaremos una semana.

—¿Una semana? Yo no sabría qué hacer aquí durante una semana.

—Cabalgarás con nosotros.

—¿Y hacia dónde exactamente estamos cabalgando?

—Aún no lo he decidido —anunció él—. Lejos de las hordas. Fuera de peligro. ¿Te gustaría visitar nuestro Círculo?

—No, no. No podría hacer eso. ¡Se asustarían! Y yo de ellos. A cualquier parte menos a una de tus tribus.

—Entonces simplemente nos dirigiremos al sur —declaró él sonriendo—. Mientras esté contigo para mantenerte a salvo, y estés cómoda, cabalgaremos.

—Parece justo —convino ella, quien no podía mirarlo sin sentirse incomoda.

El sol pasó por encima y comenzó a descender hacia el horizonte occidental. Suzan se salió varias veces del camino para inspeccionar la ruta, a veces Chelise se preguntaba si Thomas y su teniente no habían planeado las prolongadas desapariciones para que él pudiera estar a solas con ella. No es que eso le importara mucho.

Thomas le contó historias de sus días como comandante de los guardianes del bosque y ella le correspondió con recuerdos de sus días en el desierto: cómo habían hecho uso de la paja del desierto, dónde hallaban el agua, cómo fue criarse jugando con otros niños que no tenían sangre real.

Él parecía especialmente conmovido por las historias de ella acerca de los niños e hizo muchas preguntas sobre cómo aprendieron a sobrellevar la enfermedad, como él la llamaba. En realidad él pensaba que la condición de la piel de los encostrados era una anomalía. Y, desde luego, lo era para él, igual que la condición de él lo era para ella. Sin embargo, como señalaba Chelise, si se tomara el mundo como un todo y se compararan los millones de encostrados con solo mil albinos, ¿quién sería anormal? ¿Y quién estaría enfermo?

Él gentilmente cambió de tema. No había manera de reconciliar las enfermedades de ellos.

—Te conocí una vez en el desierto —le confesó él con una sonrisa.

—¿Antes? ¿Cómo pudiste haberlo hecho?

—Roland.

—¿Roland? Pero Roland era de las hordas.

—Roland era Thomas, comandante de los guardianes del bosque, quien se había extraviado y contraído la enfermedad. Naturalmente, me vi obligado a mentirte.

—¿Eras Roland? ¿Tuve la vida de Thomas de Hunter en mis manos? ¡Debí haberte degollado!

—Entonces te habrías privado del placer de cabalgar hoy conmigo.

—Sinceramente, me cayó muy bien Roland. Recuerdo eso.

—Si te volviera a suceder, ¿me degollarías? —inquirió él.

—Sabiendo lo que sé hoy, sabiendo que estaría en posición de chantajear a mi padre, no —confesó ella mirando hacia abajo las bamboleantes patas del caballo.

—¿Aun sabiendo que yo seguiría matando a muchos de tus guerreros en las guerras posteriores a ese día? —planteó él.

—Entonces sí, siento decir que te habría cortado el pescuezo.

—Bueno. Me gusta una mujer sincera.

Los dos rieron.

Era obvio. Thomas de Hunter, este famoso guerrero que cabalgaba al lado de ella, quería ganarse su amor.

Para cuando llegaron al desierto, ella no estaba segura de no sentir algo por Thomas. Por una vez él cabalgó delante para localizar a Suzan, y sorprendentemente Chelise se sintió abandonada. Solitaria. No, más que solitaria, añorando la compañía de él. Y cuando él reapareció cinco minutos después con una tonta sonrisa, ella sintió alivio.

—¿Me has echado de menos? —quiso saber él.

—Ah, lo siento. ¿Te habías ido? —contestó ella, pero al instante quiso retirar la broma—. Me sentí sola.

—¿Cuándo había sucedido todo esto? ¿En la biblioteca?

Suzan galopó hacia ellos, saludando con las manos. Thomas se echó atrás en su montura.

—Encontró algo.

—¿Las hordas?

—No lo creo. ¡Vamos!

Los dos salieron corriendo al encuentro de la teniente.

—Johan está esperando con Mikil y Jamous —informó Suzan frenando, con mirada vivaracha—. Han debido enviar a William hacia delante con los demás.

—¿Dónde?

—Tienen un campamento en el cañón —señaló ella—. A poco más de tres

kilómetros.

—¡Excelente! —exclamó Thomas mirando a Chelise—. Se trata de Martyn.

—¿Está él aquí?

—En carne y hueso —anunció Thomas haciendo girar el caballo—.

¡Cabalguemos!

Chelise se hallaba aterrada por este súbito descubrimiento... Thomas y Suzan eran una cosa, pero la posibilidad de encontrar a más de los del Círculo no le apetecía en absoluto. ¡Además, Martyn! Después de Thomas, no había otro nombre al que ella hubiera llegado a odiar más.

La princesa cabalgó.

MIENTRAS THOMAS dormía en la Casa Blanca ante la insistencia del presidente Blair, Kara se hallaba siguiendo una historia propia. No tenía deseos de dormir, no había motivo para soñar. Solo quería una cosa, y era entender la virulencia que le había aparecido debajo del brazo.

Los Laboratorios Genetrix se habían convertido en el hogar de Monique. Dormía sobre un catre en la oficina, y comía lo que quedaba de alimentos en la cafetería, aunque no habían recibido una remesa en tres días; la empresa que atendía el servicio de comida había suspendido las operaciones. No importaba. Disponían de suficientes alimentos no perecederos para dar de comer a quinientos técnicos y científicos al menos durante dos días. Para entonces sabrían si era hora de ir a casa y empezar a despedirse, o de dedicarse de lleno a un último y desesperado esfuerzo.

Monique examinó en silencio el brazo de Kara, quien le observaba los ojos... era demasiado malo que Thomas se hubiera encaprichado con esta otra mujer en el mundo de Mikil. Chelise. Cuanto más tiempo pasara Kara con Monique, más pensaba que la refinada francesa era más débil de lo que inicialmente había supuesto. Ella y Thomas podrían hacer una buena pareja. Suponiendo que los dos sobrevivieran.

La mirada de Monique ya no se enfocaba en la herida que le había llamado la atención. Miraba el resto del brazo.

—¿Qué pasa? —quiso saber Kara.

—¿Has notado sarpullido en alguna otra parte? ¿Quizás en el estómago o la espalda?

—¿Ya está sucediendo? —preguntó Kara retrocediendo.

—En algunas personas, sí. ¿Ninguna otra erupción?

—No. No que yo haya notado.

Por otra parte, ahora que pensaba al respecto, la piel parecía picarle en muchas partes.

—¿Cuánto tiempo hace que lo notaste?

—Unas horas —respondió Monique.

—¿Y tú? —le preguntó Kara volviéndose hacia ella.

—No.

—¡Creía que teníamos otra semana! ¿Quién más?

—Ha habido una cantidad importante de casos en Bangkok. Theresa Sumner. Todo el equipo que llegó para reunirse con Thomas unas semanas atrás.

Algunos en el Lejano Oriente nos informan que han tenido el sarpullido hace diez días. Suponíamos que esto solo ocurriría entre aquellos cuyos sistemas están luchando activamente contra el virus. La erupción es la prueba de la resistencia del cuerpo, aunque eso no significa mucho.

La revelación no fue tan espeluznante como ella creyó que sería. Es más, constituía un poco de alivio después de tanto misterio. Como saber que después de todo el cáncer que se tiene es terminal. Que se va a morir exactamente en treinta días. Que hay que vivir y prepararse para morir.

—¿Cuántos?

—Varios miles —contestó Monique encogiendo los hombros—. Nuestros cálculos iniciales del período de latencia del virus solo eran eso: cálculos.

Siempre supimos que podría venir antes. Ahora parece haber hecho exactamente eso.

Intercambiaron una prolongada mirada. ¿Qué más se podía decir?

—Estamos muertos, a menos que se lleve a cabo este intercambio con Francia y consigamos el antivirus —opinó Kara.

—Así parece.

—¿Lo sabe el presidente?

—Todavía no. Estamos haciendo pruebas. Lo sabrá en una hora.

Kara suspiró, hurgó en el paquete que llevaba, y extrajo un frasquito de vidrio con una muestra muy pequeña de sangre. Sangre de Thomas. Su hermano había insistido antes de salir del John Hopkins. El razonamiento era simple: estaba muy seguro de que volvería a Francia, pero no quiso explicar la razón. En caso de que algo le sucediera, quería que Kara y Monique tuvieran algunas opciones.

Kara dejó el frasquito sobre el escritorio.

—¿De Thomas? —quiso saber Monique.

—Idea de él. ¿Sabes lo que sucedería si tú y yo soñamos con esta sangre?

—Rachelle está muerta —contesto Monique mirándola—. Tú despertarías como Mikil. No sé cómo quién despertaría yo.

—No. Pero despertarías. ¿Y qué pasaría si comes la fruta de rambután mientras estés allí?

—Nada de sueños.

—¿Y si comes el rambután todos los días por el resto de tu vida?

—¿Importaría? Si muero aquí, muero allá. ¿No es así como funciona?

—No si tener un sueño de una noche aquí dura cuarenta años allá. Podríamos vivir toda una vida en otra realidad mientras esperamos que la muerte nos lleve de aquí.

Una pequeña sonrisa cruzó por el rostro de Monique. Luego una risotada de incredulidad.

—¿Sugirió Thomas que hiciéramos esto?

—No. Él dijo que sabríamos qué hacer con la sangre. ¿Tienes una idea mejor?

—No. Pero eso no le da sensatez a tu idea.

—¿No lo harás entonces? Él te mencionó a ti, a nadie más.

—Por supuesto que lo haré —contestó Monique, agarrando el frasquito—. ¿Por qué no?

La sonrisa se le suavizó en el rostro. Miró la muestra de sangre.

—¿Tiene Thomas algún sarpullido?

—Ahora que lo mencionas, así lo creo, sí —contestó Kara recordando lo que él había dicho acerca de la erupción que había notado en Indonesia—. Lo cual significaba que él podría estar entre los primeros.

No hubo respuesta.

—∞∞∞∞—

MIKE OREAR examinó la creciente multitud, demasiadas personas ahora para contarlas; los cálculos hablaban de casi un millón. Se necesitaría mucho para redirigir los pensamientos de todos ellos hacia la indignación. Innegable la frustración en los ojos de la gente. Las palabras que él estaba a punto de lanzar al aire no harían nada más que abrir las puertas de la ira, redirigida al mejor símbolo conocido del poder: la Casa Blanca.

Había llamado temprano a Theresa y casi comprendió, algo más respecto de la posibilidad de un antivirus, pero ella se había venido abajo desde que él tomara esta posición como voz del pueblo. Era un milagro que aún se comunicara con ella. Cuando la enfrentó con la acusación de que la administración estaba engañando al pueblo, y ofrecerle una esperanza aunque no la había, Theresa simplemente suspiró y le contó que no estaba trabajando en turnos de veinticuatro horas para complacer a la administración.

Luego Theresa había colgado.

Esta supuesta esperanza era insustancial. La única esperanza real estaba en el único hombre que poseía un antivirus: Svensson. Si el presidente no quería saber nada de Francia, no había esperanza.

Orear se rascó las axilas. El picazón que le apareció una semana antes se había calmado, pero ahora volvía a surgir. Era extraño que muy pocos tuvieran el sarpullido. Suponiendo que se relacionara con el virus, él habría pensado que el sarpullido se extendería ampliamente. Su madre lo tenía. Tal vez era algo genético. Quizás unos pocos mostraron síntomas antes de que la comunidad médica lo predijera.

Hizo a un lado los pensamientos y se dirigió a la tienda donde las cámaras de CNN esperaban su actualización en vivo cada hora. La tienda se había colocado en una tarima a un metro y medio por encima de la calle, suficiente altura para darle una clara visión de la multitud. Marcy Rawlins discutía acaloradamente con uno de los cámaras respecto del desastre que estaban haciendo con el equipo, y él señalaba que el orden ya no podía ser señal de virtud.

Un tipo alto y calvo con bigote en forma de manubrio caminaba a lo largo de la barricada de madera, mirando a Mike. Usaba una túnica beige con mangas brillantes en los puños... Este hombre parecía capaz de acabar con la barricada con un poco de ánimo. Los soldados armados se verían obligados a disparar sus gases lacrimógenos. Se hallaban a menos de un kilómetro de la Casa Blanca, la cual se levantaba majestuosa detrás de ellos, pero la única manera en que los guardias podrían detener un ejército en marcha de manifestantes airados era matar a unos cuantos.

Esas muertes estarían sobre la cabeza de Mike. Él lo sabía tan bien como sabía que Marcy necesitaba un valium. Pero la muerte de algunos podría traer esperanza y posiblemente vida a millones. Por no mencionar a las 543 almas de Finley, Dakota del Norte, donde su madre esperaba que él hiciera lo humanamente posible para detener este desastre.

—Dos minutos, Mike —informó Nancy Rodríguez, sentándose a su lado.

—Entendido.

Hace tiempo que había prescindido de la corbata... él era del pueblo, para el pueblo. Y esta noche presionaría al pueblo.

Sally le aplicó un rápido cepillado de base para suavizarle el brillo en las mejillas, le recogió el cabello, luego se alejó sin pronunciar una palabra. En estos días, no había muchos que hicieran un maquillaje artístico.

Su copresentadora se inclinó hacia él.

—Tú también tienes que saberlo —anunció Nancy—. Acabo de decírselo a Marcy. Esta es mi última transmisión.

—¿Qué?

—Tengo familia en Montana, Mike.

—Y yo tengo familia en Dakota del Norte. ¿Y qué pasa con lo que estamos haciendo aquí, por esas familias?

—No estoy segura de lo que estamos haciendo aquí; que no sea morir con los demás.

Mike entendía. A veces se sentía igual. Pero él no tenía alternativa al respecto. El pueblo se había convertido en su familia, y ahora también estaba obligado con esta gente.

—Quédate unos cuantos minutos, y te prometo que verás lo que estamos haciendo aquí.

—Vamos —gritó Marcy—. ¿Listo, Mike?

Él inició el reportaje actualizando informes de todo el mundo, en su mayor parte de revueltas y temas por el estilo. Nada acerca del antivirus, como solía hacer. Solamente problemas.

Comentó, que la muchedumbre sobrepasaba el millón. Habían obligado a parar el tráfico dentro de Washington, D. C., y la policía estaba apartando a la gente. Habían puesto altavoces cada cincuenta metros hasta donde Mike podía ver, y en todas las esquinas a lo largo del Boulevard Constitution. La voz de Orear resonaba hacia la multitud. He aquí el periodista de las ondas, el salvador de la gente. Calculaban que en este momento su audiencia en todo el mundo era casi de mil millones de personas. Habían vendido las actualizaciones, patrocinadas por Microsoft, a cien millones el anuncio. Si sobrevivían a esto, Microsoft resplandecería. Si no, moriría con los demás.

Inteligente modo de pensar.

—Estas son las noticias, amigos —expresó Mike después de respirar hondo—. Eso es lo que ellos quieren que sepan. Eso es lo que todo el mundo sabe ahora. Pero me he enterado de algo más, y quiero que pongan atención a cada palabra que estoy a punto de pronunciar, porque su vida muy bien podría depender de lo que diga a continuación.

Miró a Marcy. Ella estaba más que sorprendida por lo que él pudiera decir. Lo miraba con expectación; ahora era más audiencia que producción.

—La esperanza de descubrir un antivirus, a pesar de lo que la Casa Blanca nos ha estado diciendo estas últimas dos semanas, es ahora casi inexistente.

Un manto de silencio cayó sobre Washington mientras él pronunciaba estas palabras. Toda televisión, toda radio, todo altavoz transmitía el anuncio de Orear. Mike imaginaba las salas de los hogares de Estados Unidos, en silencio, excepto por los latidos del corazón de quienes lo escuchaban. Esta era la noticia que habían estado esperando. Contra todo pronóstico.

—En cuestión de días, todo hombre, toda mujer y todo niño vivo sobre este planeta comenzará a mostrar los síntomas de la variedad Raison. En días, quizás en horas, después de eso, el mundo tal como lo conocemos habrá...

Un terrible sonido surgió de la muchedumbre y al principio Mike creyó que uno de los altavoces se había sobrecargado con retroalimentación. Pero no eran los altavoces, sino las personas.

Un gemido terrible, probablemente de uno de los grupos del «fin mundo», se extendía ahora como fuego.

—¡Silencio! Por favor, hay más. No se callaron.

—¡Por favor! —gritó Mike, de repente tan furioso con ellos como lo estaba con la Casa Blanca—. ¡Cállense! ¡Por favor! El gemido decayó.

Marcy estaba mirándolo.

—Lo siento, pero no es un juego lo que estamos representando ¡Me tienen que oír!

—¡Díselo, Mikie! —gritó alguien; siguió un aluvión general de aprobaciones.

—¡Oídmeme! —anunció él levantando una mano—. La realidad es que todos vamos a morir.

Hizo una pausa. Dejó que el ruido amainara.

—A menos...

Ahora los dejó pendientes con estas dos últimas palabras. En momentos como este, era plenamente consciente de su poder. Como había dicho el director de la CIA, lo quieras o no, en este instante Mike era una de las personas más poderosas de la nación. No le hacía ninguna gracia el hecho, pero tampoco podía hacer caso omiso.

—A menos que encontremos una manera de tener en nuestras manos el antivirus que ya existe. Ese es el asesino: un antivirus que ya existe podría acabar todo esto en dos días. Ni uno solo de nosotros debería morir. Pero eso no es lo que va a ocurrir. No va a suceder porque Robert Blair ha rechazado un trato que cambiaría nuestro arsenal nuclear por el antivirus.

Volvió a hacer una pausa ante el efecto. Ellos ya conocían el ultimátum de los terroristas, pero nunca se lo habían expuesto tan claramente, y nunca ante el fracaso de la comunidad mundial de la salud.

—Amigos míos, oíd, dadles las armas. Que nos den el antivirus. Dadnos una oportunidad de vivir. Dadles otro día, otra semana, otro mes, otro año a nuestros hijos ¡y dejadlos vivir para luchar! —exclamó él y lanzó el puño al aire.

De inmediato, un rugido brotó de la multitud.

—¡Las reglas han cambiado! —gritó, incitando los gritos de la creciente multitud—. ¡Estamos en una lucha por nuestras mismísimas vidas! ¡No podemos permitir que un hombre sacrifique nuestra supervivencia por sus propias ideas infladas de principios!

Mike respiraba con dificultad. La adrenalina le corría por las venas.

Señaló con el dedo la parte trasera de la Casa Blanca.

—¡Esta farsa no debe continuar! ¡En algunos días todos moriremos a menos que ellos cambien de opinión! ¡Oídmeme, luchad por vuestras vidas!

¡Tomad al asalto la Casa Blanca! ¡Atended, si vamos a morir, moriremos peleando por nuestro derecho a vivir!

La mano le temblaba. Se le acababan las palabras.

Un silencio de mal augurio había sofocado a la multitud. Una cosa eran gritos de protesta. Otra era incitar a una insurrección. Este discurso de muerte estaba yendo demasiado lejos.

El grito empezó en alguna parte atrás, como a diez manzanas en el fondo, hasta

donde él supo.

La turba se movió como si hubieran cortado las correas que la ataban. Se lanzaron hacia delante, gritando proclamas de muerte. El calvo con el bigote en forma de manubrio estaba entre mil que abrieron primero una brecha en la barricada.

Luego corrieron.

El cámara se dio la vuelta y enfocó a la turba. Retrocedió, tropezó con una cuerda, pero rápidamente se sobrepuso y mantuvo la programación en directo.

Mike no sabía qué hacer. Hasta donde podía ver, la multitud se movía. Hacia delante. Hacia él.

Una ametralladora repiqueteó... unos reflejos pasaron veloces por sobre la turba.

Las tropas del ejército ya estaban de pie. Las advertencias resonaban por sus megáfonos, pero se perdían entre el rugido de la multitud. La primera fila pasó corriendo la plataforma.

Marcy gritaba algo, pero Mike no logró entenderla. La gente iba a pasar exactamente por esas defensas y a correr hacia la Casa Blanca. Nadie podía detener esto. Él no tenía idea...

¡Pum!

Gritos de terror. ¡Pum! ¡Pum!

—¡Retrocedan o nos veremos obligados a disparar! ¡Pum!

De un bote salió una nube que fue a parar a siete metros del escenario.

—¡Gases lacrimógenos! —gritó alguien; tan pronto como lo dijo, el ardor golpeó los ojos de Mike. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

Las palas del helicóptero giraban cerca con fuerza, muy cerca para hacer cualquier daño que se les ordenara hacer.

La turba avanzó con violencia entre las nubes de gas. Otra ametralladora rugió. Siguió un silencio momentáneo.

Cuando se reanudó el griterío, sonaba muy diferente y Mike supo que habían alcanzado a alguien.

—¡Sube aquí! —gritó, dando la vuelta.

Pero el cámara ya corría entre la multitud.

La guerra había empezado. La piel se le puso de carne de gallina.

La guerra de Mike.

—∞∞∞∞—

—LA RESPUESTA es no —manifestó bruscamente el presidente Blair—. Me quedo aquí, punto. Encuentren a Mike Orear y su pandilla y tráiganlos. Quiero salir al aire libre, tan pronto como sea posible.

Phil Grant frunció el ceño.

—Señor, firmemente le insto a considerar las consecuencias...

—Las consecuencias son que a menos que andemos con sumo cuidado durante los próximos dos días, ninguno de nosotros tiene esperanza. Hace más de dos semanas que lo sé; ahora la gente también lo está entendiendo. Me sorprende que hayan necesitado tanto tiempo para derribar las barricadas.

Debido a la vacilación del presidente, el director de la CIA no estaba seguro de la respuesta imparcial de Blair a los disturbios.

—No estoy seguro de que estén equivocados al respecto, señor —opinó finalmente.

Por primera vez se cruzó en la mente de Blair la posibilidad de que Phil Grant pudiera estar trabajando con Armand Fortier. ¿Quién mejor que él?, pensó de repente en los últimos años, buscando incongruencias en la actuación del hombre. Si Blair no recordaba mal, no había habido ninguna. El presidente estaba buscando fantasmas detrás de todo aquel que entraba a su despacho en estos días.

—Los disturbios se desataron solo hace una hora y ya hay seis cadáveres en el césped, por Dios —dijo Grant resaltando su punto de vista—. El perímetro de la Casa Blanca se podría restaurar, pero están destrozando la ciudad. La gente de esta nación quiere una cosa, señor: sobrevivir. Démosle a Fortier sus armas. Consigamos el antiviral. Vivamos para luchar otro día.

Blair se alejó deliberadamente. Este era el mismo argumento, casi palabra por palabra, que Dwight Olsen había defendido casi quince minutos antes.

Las motivaciones de Dwight eran transparentes, pero Phil Grant era una bestia distinta. Esto no le gustaba. Sabía que eran casi nulas las posibilidades de conseguir el antiviral de p de Fortier. Mostrar militarmente los dientes al francés y luego rogarle un antiviral era sencillamente inaceptable. Mientras tuvieran alguna influencia, los Estados Unidos estaban dentro del juego. Tan pronto como renunciaran a esa ventaja se acabaría el juego.

Grant sabía todo esto. Blair decidió recordárselo.

—No confío en los franceses.

—No estoy seguro de que usted aún tenga una alternativa —advirtió Grant—. Para mañana podría tener en sus manos una guerra civil declarada. Usted representa al pueblo. El pueblo quiere este intercambio.

—El pueblo no sabe lo que yo sé —contestó Blair volviéndose.

—¿Y de qué se trata? —cuestionó Grant parpadeando.

Fácil.

La insistencia de Thomas de que no confiara en nadie, ni en una sola alma, le recorrió la mente. Gains, había dicho Thomas. Quizás Gains, así es.

—Se trata de lo que usted sabe. Fortier no tiene motivos aceptables para entregar el antiviral cuando nuestros barcos se reúnan con los de él —informó el presidente y miró el reloj de pulsera—. Dentro de treinta y seis horas.

Grant lo analizó, luego lanzó a la mesa la carpeta que tenía en las manos.

—Comprendo su renuencia. La acepto, naturalmente. Nunca se podría confiar en absoluto en los franceses —comentó, se puso de pie y se metió las manos en los bolsillos—. Esta vez no creo que tengamos alternativa. No con estos disturbios extendiéndose. En Nueva York y Los Ángeles ya están empezando. La nación estará ardiendo para mañana al mediodía.

—Eso es mejor que morir en cuatro días.

El intercomunicador chirrió.

—Señor, tengo una llamada privada para usted.

Gains. Había dejado instrucciones muy específicas. Ni siquiera la operadora sabía que la llamada era de Gains.

—Gracias, Miriam. Dígale que la llamaré de inmediato. Ponga en espera todas mis llamadas por algunos minutos.

—Sí señor.

Blair suspiró.

—Nada como una madre amorosa —manifestó, señalando la puerta con la cabeza—. No se preocupe, Phil, no voy a permitir que esta nación arda para el mediodía. Duerma un poco... parece que podría necesitarlo.

—Gracias. Quizás así sea.

El director salió.

Fantasmas, Robert. Estás viendo fantasmas.

Sacó el pequeño teléfono satélite del cajón de su escritorio, cerró la puerta del despacho y se metió con cautela en el armario. Había disturbios furiosos en la ciudad; las primeras señales del virus Raison lo había visitado temprano con este sarpullido; la mayor parte del arsenal nuclear del mundo estaba a punto de ir a parar a manos de un hombre que probablemente lo usaría; y el valiente Robert Blair, presidente del país más poderoso del planeta, se hallaba acurrucado en su armario, marcando un número con ayuda del traslúcido brillo verde de un teléfono satélite seguro.

La llamada necesitó casi un minuto completo para conectarse.

—¿Señor?

—Rápidamente.

—Tenemos una posibilidad. Los israelíes ya han dirigido su flota como exigieron los franceses.

Blair soltó una larga y lenta expiración. Además de Thomas, quien había sugerido primero este plan, solo otros cuatro en este lado del océano conocían los detalles.

—¿Cuántos están en esto?

—El general Ben Gurion. El primer ministro. Es todo.

—¿Dónde están ahora sus barcos?

—Cerca del Estrecho de Gibraltar. Darán la vuelta en Portugal y llegarán a sus

coordinadas en solo treinta horas, como exigieron los franceses.

—Bien. Lo quiero a usted en el USS Nimitz tan pronto como sea posible.

—Aterrizo en España en tres horas y saldré mañana —anunció Gains, luego se oyó estática—. ¿Qué hay con Thomas?

—Está durmiendo —contestó Blair—. Dependiendo de lo que suceda en sus sueños...

Se contuvo, sorprendido por el sonido de sus propias palabras. ¿Estaban contando con los sueños?

Sí, los sueños del mismo hombre que sacara a la luz la variedad Raison.

—Si todo resulta bien, él se reunirá con usted.

Nadie, a excepción de Kara y Monique de Raison, entendía a Thomas tan bien como Merton Gains. Este sintió el bochorno de Blair.

—Es lo correcto, señor. Aunque Thomas no nos diera nada más, lo que nos ha dado hasta este momento ha sido inapreciable.

—No estoy seguro de si estar de acuerdo o discrepar —objetó Blair—. Él provocó esto, ¿no es así?

—Fue Svensson.

—Por supuesto. Voy a la televisión tan pronto como traigan a este tipo, Orear, y voy a decirle al pueblo estadounidense que voy a colaborar con los franceses.

—Comprendo.

—Que Dios nos ayude, Merton.

—Sí señor. Que Dios nos ayude.

JOHAN OBSERVÓ los tres caballos que galopaban dentro del cañón hacia ellos. Suzan los había descubierto desde lo alto del barranco e hizo señas con la mano. Ahora ella los guiaba, tenía el cabello oscuro suelto al viento. Nacida para cabalgar. Recordaba su reputación como comandante de los exploradores. Podía localizar un simple grano de paja del desierto en cualquier cañón. Cuando era Martyn la había temido casi tanto como a Thomas. Inteligencia era la clave de muchas batallas y Suzan lo había igualado en cada una de ellas.

No se había imaginado que alguna vez tendría el placer de cabalgar a su lado. Verla acercarse con tal garbo y belleza hizo que se le acelerara el pulso. Quizás era hora de expresar sus sentimientos por esta mujer.

Thomas cabalgaba detrás de ella. Extraño pensar en eso, pero si él estaba despierto aquí, significaba que dormía en su otra realidad.

Además de Thomas, la mujer. La hija de Qurong.

—Lo logró de veras —comentó Mikil al lado de él—. Mírala cabalgar.

—Thomas debió sacarla a la fuerza. La Chelise que conocí nunca estaría de acuerdo en venir por su cuenta.

—El amor obliga a la mujer más fuerte —expresó Jamous guiñándole un ojo a Mikil.

—¿Amor? —exclamó Johan soltando la carcajada—. Dudo que el amor obligue a la hija de Qurong.

—De cualquier manera, estás consiguiendo lo que has sostenido —expuso Mikil—. Estamos a punto de ver cuán amigos pueden ser albinos y encostrados.

—No tenía esto en mente. Me refería al ahogamiento. Y cuanto más pienso en el asunto, más creo que estaba equivocado.

—Ten cuidado con lo que esperas.

Suzan bajó del caballo, dio dos rápidos pasos hacia ellos y luego disminuyó la marcha. ¿O eran dos rápidos pasos hacia él? No había duda de que la mirada de ella estaba fija en él. Johan se preguntó si los demás lo notaron.

Thomas y Chelise habían disminuido la marcha hasta un trote suave. Suzan viró hacia Mikil y le agarró los brazos.

—La fortaleza de Elyon. Me agrada verte. ¿Y William?

—Continuó hacia la tribu con Caín y Stephen.

Thomas montaba radiante. Chelise se detuvo a su lado, mirando con cautela desde su capucha, el rostro blanco con morst. Se había puesto flores de tuhan en el cabello. Esto, junto con la suave textura del morst, era nuevo para las hordas.

—Me gustaría presentarles a la princesa —expresó Thomas señalando con la mano—. Amigos, les presento a Chelise, hija de Qurong y deleite de Thomas.

Los ojos de Mikil se abrieron de par en par con asombro. ¿Deleite? Era una encostrada. ¿Y correspondía Chelise a sus sentimientos?

—Y este, princesa Chelise, es Johan —anunció Suzan colocando una mano en el hombro de Johan.

¿Habían hablado de él?

—Es un placer volver a verte —manifestó Johan dando un paso e inclinando la cabeza.

Chelise se quedó muda. Nunca lo había visto como albino. La pobre muchacha estaba aterrada.

Thomas bajó a la arena y estiró la mano hacia Chelise, quien la agarró y desmontó con garbo. Luego él la tomó de la mano y Chelise no hizo ningún intento por desanimarlo. ¿Había alguno de ellos visto alguna vez una escena así? Un albino, Thomas, comandante de los guardianes, agarrando festivamente la mano de una mujer enferma.

Chelise finalmente le soltó la mano y siguió adelante. Inclinó la cabeza.

—Johan. Es un placer volver a ver al gran general.

—En realidad el gran general está detrás de ti —objetó Johan—. Se llama Thomas, y yo soy su humilde siervo.

Él señaló a los otros.

—Esta es Mikil, tal vez la recuerdes como la segunda al mando de Thomas, y su esposo, Jamous.

Jamous asintió con la cabeza.

—Veo que tú y Thomas os habéis hecho amigos —declaró Mikil dando un paso al frente, después hizo una pausa prolongada—. Cualquiera que sea amigo de Thomas también es mi amigo.

La teniente sonrió y estiró la mano.

Chelise sonrió tímidamente y le correspondió. Recibir a una encostrada como hiciera Mikil no era una escena tan fuera de lo común... el Círculo había guiado a muchos encostrados dentro de los estanques rojos para ahogarlos.

—Lo siento, el aire está prácticamente impregnado con romance —opinó Mikil volviéndose y suspirando; luego fue hasta donde Jamous, le agarró el rostro entre las manos y lo besó de modo apasionado en los labios—. No puedo evitarlo.

Thomas se ruborizó e intentó poner las cosas en su lugar para la asombrada princesa.

—Tendrás que perdonarnos, pero en el Círculo no somos muy tímidos acerca del romance. Creemos que el amor entre nosotros no es muy distinto del amor entre Elyon y su novia. Lo llamamos el Gran Romance. Quizás recuerdes eso. Del bosque colorido.

—He oído rumores —comentó Chelise, pero la mirada de curiosidad en el rostro de la joven reveló su ignorancia de tales rumores.

Todos se quedaron en silencio.

—¡Bien entonces! —exclamó Thomas dando una palmada—. El sol se va a poner, y nos gustaría un poco de carne. Solo hemos comido fruta todo el día. Johan, dime por favor que has cazado algo. Es lo menos que un poderoso general como tú podría hacer por una princesa.

Los ojos de Thomas centellearon.

—¿Quieres carne, verdad, Chelise? Me confesaste cuánto te gusta un buen bistec con su vino. ¿Tenemos vino, Johan?

—En realidad, un sencillito pastel de trigo estaría bien...

—¡Tonterías! Esta noche celebramos. ¡Carne y vino!

—¿Y qué estamos celebrando? —preguntó Chelise; Johan pensó que ella ya se sentía más cómoda.

—Tu rescate, desde luego. ¿Johan?

Una tímida sonrisa recorrió la boca de Chelise.

—Tenemos tres conejos y nuestra agua es tan dulce como el vino. ¿Nos arriesgamos a encender fuego?

—No puedes tener una celebración adecuada sin fuego. ¡Por supuesto que nos arriesgamos a encender una hoguera!

—∞∞∞∞—

LA NOCHE era cálida y la luna estaba llena, pero Thomas apenas lo notó. Podría ser helada y a él no le importaría. En su pecho ardía un fuego, y con cada hora que pasaba abrazaba más esa calidez. Así se lo repetía él mismo.

Pero al mismo tiempo Thomas estaba plenamente consciente de que aumentaba su recelo. También era probable que él apenas notara la fría noche debido a la oleada de confusión que sentía. ¿Dónde los conducirían sus insólitos sentimientos por Chelise? Ver a sus amigos en el campamento, solo realzaba la peculiaridad del extraño romance. Audazmente la había llamado su deleite, por supuesto, pero se sentía como un hombre lleno de nervios en el día de su boda. ¿Con qué derecho había hecho tan atrevidos comentarios tan pronto y en tan contrarias circunstancias?

Los conejos que Johan cazara temprano anegaron el campamento con un

delicioso aroma. El grupo conversó un poco y vio cómo los roedores se asaban sobre una varilla. Había muchos asuntos que pudo haber provocado una fuerte discusión en los miembros del grupo, pero Mikil tenía razón: algo más había en el aire, y en comparación hacía parecer insignificantes los asuntos de doctrina y estrategia. Había una romántica tensión en el aire. El aura de amor improbable, si no prohibido.

Thomas se sentó con las piernas cruzadas junto a Chelise, quien con garbo se había sentado en la arena. Mikil se recostó en los brazos de Jamous a la derecha de Thomas. Eso dejaba fuera a Johan y Suzan, la extraña pareja. Pero parecía que después de todo ellos no eran tan extraños. Cualquier pensamiento que hubieran ocultado antes no estaba muy bien disimulado esta noche. Si Thomas no se equivocaba, el hombre al que Suzan se refiriera anoche era nada menos que Johan.

—Queda una pierna —anunció Johan, alargando la mano hacia la varilla—. ¿La quiere alguien?

—El mejor conejo que he comido, y me he comido muchos —se excusó Mikil lanzando un hueso al fuego y limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—¿Suzan? —dijo Johan ofreciendo la pierna libre.

—No, gracias —contestó ella sonriendo; la luz de la lumbre le danzaba en los ojos.

La manera tan tierna en que lo dijo... esta no era Suzan, pensó Thomas. ¿Por qué el amor cambiaba tanto a las personas? Johan pareció momentáneamente cautivado por la voz de ella.

—Entonces creo que me la comeré —declaró él, sentándose otra vez al lado de Suzan. Dio un mordisco a la presa, pero Thomas estaba seguro de que Johan no tenía la mente en el conejo.

Chelise los observó, sintiendo sin duda lo embriagador del momento. Miró el fuego con sus ojos blancos.

—No me había dado cuenta de que hubiera tal amabilidad entre el Círculo —manifestó ella—. Me siento honrada de estar en esta compañía.

Un trozo de madera crepitó en el fuego.

—Y yo nunca me habría imaginado que la hija de Qurong pudiera ser tan... dulce o inteligente —expresó Mikil—. El honor es nuestro.

Thomas quiso expresar su beneplácito por la aceptación del grupo, pero se contuvo.

—¿Cómo pueden amar a quienes los persiguen? —inquirió Chelise levantando la mirada.

—No siempre lo hacemos —contestó Mikil—. Tal vez las cosas serían distintas si lo hiciéramos.

Las llamas acariciaban el aire nocturno.

Chelise se aflojó la capucha de la cabeza. Estaba descubriéndose ante ellos.

—Creo que tus ojos son hermosos —comentó Suzan.

—Gracias —respondió la princesa alejando la mirada.

Thomas la vio tragar saliva. Los ojos de ella eran hermosos, pero era probable que ninguno de ellos viera la enfermedad a la misma luz que él. La estaban viendo a través de los ojos del amor, porque había amor en el aire, pero también la compadecían. Ella tenía la piel plagada de escamas y la mente retorcida por el engaño.

Si tan solo pudiera corregirlo. Se le hizo un nudo en la garganta. Eres hermosa, mi amor. Te besaría con mil besos si me lo permitieras.

Levantó la mirada y vio que Mikil lo observaba. Entendía. ¡Ella debía entender!

—Imagino que es maravilloso ser una princesa tan hermosa —opinó Mikil cambiando la mirada hacia Chelise.

La hija de Qurong bajó la cabeza y recorrió con el dedo la arena. Thomas alejó la mirada. Los sonidos del fuego se debilitaban. Mi amor, mi más preciado amor, siento una gran pena. No es lo que crees.

—Jamous y yo saldremos a caminar —informó Mikil—. Toda esta charla de amor no puede quedarse sin respuesta.

Thomas los oyó ponerse de pie e irse, pero no pudo levantar la mirada.

—Igual haremos Johan y yo —expuso Suzan.

Entraron a la oscuridad de la noche.

Chelise siguió arrodillada trazando líneas en la arena, con el dedo blanco de most para cubrir su vergüenza. La suave brisa llevaba el olor de su enfermedad mezclado con perfume.

—Está bien...

—No —cuestionó ella—. No está bien. No puedo hacer esto.

Ella miró hacia la oscura noche.

—Quiero que me lles de vuelta mañana.

La declaración de ella lo cogió totalmente desprevenido. Fue como si Chelise hiciera girar un interruptor que había activado las esperanzas. Ella tenía razón. Nada estaba bien con la juvenil ambición de Thomas por ganarse el amor de la muchacha.

¿Qué estaba pensando él? De repente Thomas se llenó de pánico. La amaba, por supuesto. Él no era un crío sacudido por el capricho. Su amor tenía que ser real... ¡Michal se lo había dicho!

Pero también era real el hecho de que Chelise era una encostrada sin intención de cambiar. La disparidad entre estas dos realidades era suficiente para descontrolar a Thomas.

—No creo que esa sea una buena idea —objetó él sin convicción.

—No pertenezco a este lugar.

Thomas se paró. Incómodo. Aterrado por la confusión. Ella tenía razón. Eso era lo

que lo afectaba más que cualquier cosa. Esta mujer, de la que sin duda alguna se había enamorado, no se sentía... no se podía sentir... a gusto con él. Después de todo él había estado yendo tras las fantasías de un adolescente.

—Discúlpame —suplicó él—. Vuelvo ahora mismo.

Se metió en la oscuridad, sin saber a dónde iba. Debía pensar. Quería esconderse; se sintió avergonzado por dejarla. Pero esto era precisamente lo que ella deseaba.

Thomas rodeó una roca y caminó por la arena blanca, adentrándose cada vez más en el cañón.

Mañana la llevaré de vuelta.

La humedad le nubló la vista. No tengo alternativa. Es lo que ella quiere. Si no logra reconocer un regalo al verlo, difícilmente lo merece, ¿no es así? Ella debería estar corriendo hacia los estanques rojos, pero está pensando en regresar.

Una lágrima le bajó por la mejilla.

—¿A dónde vas?

Thomas se giró hacia la voz a su izquierda.

¡Justin!

¿Podría ser? Retrocedió, parpadeando.

Sí, Justin. Esta vez no sonreía, y apretaba la mandíbula.

—¿Justin?

—La dejaste —declaró Justin mirando hacia detrás de las rocas que ocultaban el campamento.

—Yo...

Thomas no sabía qué decir. ¿Por qué había visto dos veces a Justin en una semana? ¿Y por qué Justin se interesaba tanto por Chelise?

—¿Cómo te atreves a dejarla sola! —exclamó Justin mirándolo, sus ojos verdes le brillaron por la ira—. ¿No tienes idea de quién es ella? Yo te la confié.

—Ella es Chelise, hija de Qurong. No sabía que me la hubieras confiado.

—¡Ella es la que mi padre preparó para mí! ¡Has dejado a mi novia sollozando en la arena! —profirió Justin, caminó algunos pasos hacia el campamento, luego se volvió, agarrándose la cabeza con las manos.

Thomas no estaba seguro de qué hacer ante esta revelación.

—Yo mismo te dije que te demostraría mi amor —le recordó Justin bajando las manos—. Te envié a Michal cuando comenzaste a dudar, y ya te estás olvidando. ¿Debo mostrarme a ti todos los días?

Justin señaló hacia el campamento.

—Deberías estar besándole los pies, no huyendo.

—No entiendo. Ella solo es una mujer...

—¡No! Ella es la que he elegido para mostrar al Círculo mi amor por ellos. A través de ti.

Thomas cayó de rodillas, horrorizado por lo que estaba oyendo.

—Juro que no lo sabía. Juro que la amaré. Perdóname. Perdóname, por favor. Yo...

—De prisa, por favor —acosó Justin; la luz de la luna revelaba lágrimas en sus ojos—. El corazón se le está destrozando. Tienes que ayudarla a entender. No creas que soy el único que la quiere. Mi enemigo no descansará.

Su enemigo. ¿Woref? ¿O Teeleh? Thomas se puso torpemente de pie, con los pies cargados de urgencia por regresar a la hoguera.

—¡Lo haré! Juro que lo haré.

Justin se quedó mirándolo.

—Ella espera —dijo finalmente.

La mirada en los ojos de Justin hizo salir corriendo a Thomas como si fuera adrenalina. Se detuvo después de cinco pasos y dio la vuelta. ¿Qué...?

Pero Justin había desaparecido.

Por las mejillas de Thomas corrían lágrimas. Era demasiado. No podía detener la profunda tristeza que lo embargaba. Giró otra vez y corrió por el cañón, rodeó la roca y se dirigió a la fogata.

Chelise levantó la mirada, asombrada. Pero él estaba más allá tratando de razonar lo que estaba sucediendo entre ellos.

—Lo siento —se disculpó él, dejándose caer de rodillas al lado de ella—. Perdóname, por favor. ¡No tenía derecho a dejarte!

Ella lo miró sin entender, sin una insinuación de haberse ablandado. Pero ahora que la miraba profundamente a los ojos blancos vio algo nuevo.

Vio a la novia de Justin. La que Elyon había escogido para Justin.

Un profundo dolor envolvió a Thomas y los sollozos empezaron a sacudirle el cuerpo. Cerró los ojos, levantó la barbilla y comenzó a llorar.

Puso una mano en la rodilla de la joven. Ella no se movió.

Él no podía procesar los pensamientos con lógica alguna, pero sabía que lloraba por la muchacha. Por la tragedia que le había ocurrido. Por esta enfermedad que los separaba.

La noche parecía hacer eco de los sollozos de Thomas. Retiró la mano de la rodilla de la princesa. Para cada gemido había otro, como si el roush se hubiera unido en el gran lamento.

Contuvo el aliento y escuchó. No era el roush sino Chelise. Ella lloraba; había encogido las rodillas hasta el pecho y sollozaba calladamente.

Thomas dejó de pensar en su propia tristeza. Todo el cuerpo de Chelise se estremecía. Ella tenía un brazo sobre el rostro, pero él logró verle la boca abierta, agobiada por los sollozos. Se quedó helado; comenzó a llorar débilmente... el dolor de esta escena era peor que su anterior tristeza.

—¿Qué he hecho? No comprendes. ¡Te amo!

—¡No! —protestó ella en voz alta.

Él siguió arrodillado y alargó la mano hacia ella. Pero temió tocarla.

—¡Sí te amo! No me refiero a...

—¡No me puedes amar! —gritó Chelise levantándose bruscamente y mirándolo

—. ¡Mírame!

Ella se dio una palmada en la cara.

—¡Mira mi rostro! ¡Nunca me podrás amar!

—Estás equivocada —le dijo Thomas al tiempo que le agarraba la mano, la levantaba y se la besaba con dulzura.

—∞∞∞∞—

ELLA ERA plenamente consciente de que la mano de Thomas apretaba con fuerza la suya. El aliento de él la envolvía mientras le declaraba su cruel amor.

La vergüenza por su carne blanca se le había venido encima como una sombra del sol poniente que se movía lentamente. Chelise fue consciente de eso, allí en la biblioteca, pero solo como un pensamiento lejano. Lo había considerado más cuidadosamente después de oír que Thomas se lo indicaba a Suzan la noche anterior.

Estaba enferma. Pero se decía a sí misma que preferiría vivir enferma que morir por ahogamiento.

Entonces había conocido a los albinos y los había observado preparar su pequeño festín. Oyéndolos hablar alrededor de la fogata no se podía quitar de encima el deseo de ser como esta gente. La vida en el castillo era como una prisión al lado del amor que ellos se prodigaban tan fácilmente.

Chelise sabía que su piel les desagradaba, dijeran lo que dijeran. Cuando Suzan le había dicho que tenía ojos hermosos, sabiendo muy bien que ellos opinaban que esos ojos estaban enfermos, se había hecho añicos lo que le quedaba de seguridad en sí misma. Comprendió que nunca sería como estas personas. Que nunca sería como Thomas.

Peor aún, comprendió que él tenía razón cuando afirmaba que ella deseaba ser amada por él. Ella quería amarlo.

Pero no podía ahogarse. Y sin el ahogamiento nunca podría ser amada verdaderamente por él. Por tanto, no había esperanza.

Sostienes mi mano, Thomas, pero ¿podrías besarme alguna vez? ¿Podrías amarme como una mujer anhela ser amada? ¿Cómo puedes amar a una mujer a la que repeles?

Thomas se había callado. Le puso el brazo alrededor de los hombros y la acercó. Ella dejó que los sollozos se le calmaran.

—Eres hermosa para mí —expresó él en voz baja.

Chelise no podía soportar las palabras; pero no tenía la voluntad de rechazarlas, así que dejó que el silencio hablara por sí mismo.

—Por favor... Me muero.

—¿Sientes pena de que la mujer en tus brazos no tenga la piel suave? ¿De qué ella te produzca náuseas?

La princesa levantó la cabeza para expresar sus pensamientos. El rostro de él estaba allí, a solo centímetros del suyo, empapado de lágrimas. El fuego iluminaba los ojos verdes de Thomas. Ella respiraba sobre él, pero él no hacía ningún esfuerzo por apartarse.

Esta simple comprensión fue tan profunda, tan sorprendente, que Chelise perdió el hilo de las ideas. Los ojos de Thomas la miraban con ansia, acercándola hacia él. Ojos profundos y embriagadores. Este era Thomas, comandante de los guardianes, el hombre que se había enamorado perdidamente de ella y que arriesgara la vida para rescatarla de una bestia que la habría maltratado ferozmente.

¿Cómo podía él amarla?

Chelise cerró los ojos. Nunca podría satisfacer a un hombre tan encantador. El amor de él se habría originado en la piedad, no en verdadera atracción.

Él nunca podría...

El dedo de él le recorrió la mejilla, haciéndole paralizar impresionado el corazón.

—Te he amado desde la primera vez que estuvimos juntos en la biblioteca —le declaró, y le tocó los labios con los dedos—. Si solamente me dejaras amarte.

Las palabras de Thomas la envolvieron como una brisa fresca y cálida. Ella abrió los ojos y supo al instante que él decía la verdad.

La princesa levantó lentamente la mano. Le tocó la sien, donde la piel de él era más suave. Ella ya no pudo soportar más la tensión. Le puso la mano alrededor del cuello y le bajó el rostro. Los suaves labios de él sofocaron los de ella en un beso cálido y apasionado.

Ella sintió una punzada de temor, pero él la apretó más. Luego ella dejó de luchar y permitió que él la besara más prolongadamente. La boca de él era dulce, y ella sintió en las mejillas las lágrimas cálidas de Thomas.

Las manos del guerrero le recorrieron el cabello hacia atrás, él le besó la nariz y la frente.

—Dime que me amas —pidió él—. Por favor.

—Te amo —contestó Chelise.

—Y yo te amo.

La volvió a besar en los labios y ella supo entonces que sí amaba a este hombre.

Estaba enamorada de Thomas de Hunter, comandante de los guardias líder del Círculo y quien la había amado primero.

THOMAS SE levantó temprano, cargado con una energía que no había sentido en muchos meses. El sol sonreía en el horizonte; las alondras cantaban en el barranco; una brisa matutina le susurraba por el cabello.

El Gran Romance le inundó la mente. Ahora entendía. Este amor que sentía por Chelise equivalía al amor que Justin sentía por todos a quienes cortejaba, enfermos o no. Comprenderlo era maravilloso.

Chelise aún dormía en su catre cerca de él. Thomas había encontrado la manera de pasar por alto la enfermedad de ella y besar a esa mujer. Había atravesado la piel de este mundo e ingresado a otro, no muy distinto de lo que hacía cuando soñaba.

Sí, Chelise estaba atormentada por la enfermedad como siempre. Sí, él pudo saborear lo amargo de su aliento. Sí, daría cualquier cosa por guiarla a entrar en el estanque rojo y verla cambiada para siempre. Pero de todos modos la amaba. Y la amaba desesperadamente.

—Despierta, mi amor —declaró, inclinándose y besándole la mejilla.

Los ojos de ella se abrieron. La volvió a besar.

—¿Soñaste conmigo?

—En realidad sí —contestó ella sonriendo—. ¿Y tú?

—Ningún sueño, ¿recuerdas?

Chelise se sentó y miró a los demás. Johan estaba despertando. Se habían quedado dormidos antes de que los otros regresaran de sus caminatas.

Chelise parecía insegura. El albino disiparía eso muy pronto.

—Vamos, todos —dictaminó Thomas, palmoteando—. Hoy debemos recorrer un largo trecho.

Despertaron de sus sueños y se sentaron.

—¿Adónde vamos? —quiso saber Chelise.

—A la tribu. Es decir, si te parece bien. ¿O preferirías enviar un mensaje a tu padre?

—¿No me cortarán la cabeza? —objetó ella poniéndose de pie y sacudiéndose la capa.

—No, si esperan vivir el día.

—Entonces supongo que puedo ir.

Solo Thomas y Chelise usaban vestimentas de las hordas... los demás las habían cambiado por las túnicas habanas que usaban en el Círculo.

Rápidamente limpiaron el campamento y se prepararon para salir. Thomas ensilló su caballo y fue hacia Chelise, quien lidiaba con la montura.

—No sé dónde hallaste esos conejos, Johan —expresó él en voz alta para que todos oyeran—, pero insisto en que encuentres más como esos para la celebración de esta noche. Había algo en la carne.

—¿Y qué celebraremos esta vez? —indagó Mikil mirándolo.

Thomas puso la mano en la nuca de la princesa y la acercó hacia él.

—El amor —manifestó, y la besó con dulzura en los labios.

Los demás se sorprendieron tanto como Chelise.

—Eso es el amor —intervino Johan, mirando a Suzan.

Thomas guiñó un ojo a Chelise, quien sonrió tímidamente. La joven tardaría algún tiempo más en sentirse a gusto entre ellos, pero Thomas estaba apartando cualquier obstáculo.

Cabalgaron por el desierto hacia el sur. Normalmente un viaje por las ardientes dunas sería una aventura tranquila y laboriosa, pero no este.

Anduvieron en tres parejas, con Johan y Suzan delante. Thomas y Chelise iban detrás de Mikil y Jamous. Las horas no pasaban con tanta lentitud como para que ellos examinaran sus experiencias y teorías. Pero a cada kilómetro que recorrían Thomas sentía que aumentaba su amor por la mujer que cabalgaba a su lado.

Le era difícil quitar la mirada de ella. Por suerte no había abismos en los cuales caer, o habría caído. Ella cabalgaba como una guerrera, sentada a horcajadas en la silla, y tenía el hábito de descansar a veces una pierna entre las paletillas del corcel. Cuando él señaló lo ingenioso de esa postura para cabalgar, los demás lo miraron perplejos. Para Thomas esto era brillante, aunque él mismo lo intentara sin mucho éxito.

Chelise también mantenía la cabeza en alto y la barbilla erguida mientras cabalgaba, como solo podría hacerlo una princesa, pensó él.

Al mediodía llegaron al Oasis de Ciruelas, como lo llamaban las hordas. Chelise se disculpó y se bañó. Cuando emergió alrededor de los árboles de ciruelas, Thomas debió mirar dos veces para asegurarse de que era ella. Se había lavado el cabello negro y aplicado un aceite que lo hacía brillar. Otra vez flores y el perfumado morst, pero también había usado un polvo azul debajo de las cejas y en los labios. Usaba aretes de oro y alrededor del cuello una banda que hacía juego. Podría haber salido del antiguo Egipto de las historias.

Thomas corrió inmediatamente hacia ella, le agarró las manos y manifestó que estaba maravillosa. Los demás estuvieron de acuerdo. Y él pensó que esta vez lo

decían de verdad.

Esa tarde los seis cablgaron de frente y recordaron el bosque colorido. Los roushes, la fruta, el lago, los elevados árboles de colores. Chelise hizo cien preguntas, como un niño que se enteraba de que el mundo era redondo.

Por mucho que buscaron, no encontraron conejos para festejar esa noche, pero Mikil halló dos serpientes grandes, las cortaron en tiras y las asaron sobre carbón. La carne era dulce y satisfactoria. Chelise y Johan les mostraron cómo danzar al estilo de las hordas y luego Suzan los guio en una danza del Círculo. Discutieron los méritos de cada estilo y rieron hasta más no poder.

Johan y Mikil instaron a Thomas a soñar, pero él insistió en que no les haría ningún daño otra noche sin saber lo que pasaba con Carlos. Que le constara, solo había estado durmiendo unos cuantos minutos en la otra realidad, y no estaba interesado en interrumpir este romance con Chelise. En realidad, quizás considerara comer el rambután para siempre y no volver a soñar nunca más con el virus.

—∞∞∞∞—

LEVANTARON EL campamento la mañana siguiente y reanudaron el viaje hacia el sur. La tribu acampaba a cuatro horas de distancia... llegarían al mediodía.

—¿Estás seguro de que me entenderán? —preguntó Chelise.

—Por supuesto que sí. No eres la primera.

—Esto es totalmente distinto. No vengo para ahogarme.

—Se acostumbrarán a la idea —afirmó Thomas mirando a los demás—. Podría llegar el día en que te sea más grato el ahogamiento.

—No. Soy la hija de Qurong, princesa de las hordas. Tengo mis límites. Una cosa es enamorarme de un albino y hacer amistades entre el Círculo; otra cosa es volverse albina.

Ella no podía saber cuan dolorosas fueron esas palabras. No habían hablado de qué pasaría con el amor entre ellos, pero ambos sabían que algunas cosas eran irreconciliables. Las hordas nunca aceptarían la paz con el Círculo, no mientras Qurong fuera el líder y Woref estuviera al frente. Y Chelise no podía esperar ser princesa de las hordas mientras viviera con el Círculo.

—Lo siento —expresó ella mirándolo—. No quise decir algo así. Sabes que te amo.

—Y tú sabes que te amo —le correspondió él, guiñándole un ojo—. Eso es lo que importa.

—¡Un jinete! —gritó Suzan deteniéndose.

Thomas le siguió la mirada hacia el sur. Una columna de polvo se levantaba de un jinete solitario que cabalgaba de prisa hacia ellos.

—¿Es de nuestra tribu? —interrogó Mikil.

—Debe serlo. La tribu más cercana está a más de ciento cincuenta kilómetros de aquí.

—¡Vamos! —ordenó Thomas, tocando las ancas del corcel. Galoparon al encuentro del jinete.

—¡Es Caín! —gritó Suzan, inclinándose sobre la montura—. Hay problemas. Caín frenó de golpe. Tenía los ojos inyectados de sangre.

—Thomas... —empezó a pronunciar, luego vio a Chelise y frenó; su caballo relinchó y se hizo a un lado—. La aldea fue atacada. Mi hermano está muerto junto con otros nueve. Capturaron a la mitad antes de que pudiéramos escapar.

—¡Despacio, amigo! ¿Quién atacó? —preguntó Thomas, pero él sabía quién—. ¿Cuándo?

—Las hordas... una división al menos, anoche. William me envió para hacer volver a Johan.

—¿Está William al mando? ¿A quiénes capturaron?

—Sí, William. Las hordas atraparon a veinticuatro en uno de los cañones. Hombres, mujeres y niños. Los cogieron sin monturas en medio de la noche.

—¿Mi hijo y mi hija? —preguntó Thomas con las venas llenas de ansiedad.

—Están a salvo.

El corazón se le tranquilizó.

—¿Está William aún en el campamento?

—A kilómetro y medio hacia el este.

—Caín, sigue tan rápido como puedas —ordenó Thomas espoleando su caballo; los corceles de ellos estaban frescos y dejarían atrás a Caín—. ¡Apresurémonos!

—¡Thomas!

Se volvió a mirar y vio que Chelise se hallaba sobre su garañón, aterrada.

—Te alcanzaremos —le comunicó a Mikil; ellos cabalgaron al frente.

Thomas dio la vuelta y se puso al lado de la princesa.

—Esto no cambia nada.

—Hay más, Thomas —informó Caín.

Thomas estiró la mano y la puso en la nuca de Chelise.

—Estás conmigo, mi amor. Nada te pasará, lo juro.

Ella titubeó. Las hordas querrían contraatacar. Ella estaba suponiendo lo mismo acerca de la tribu, a pesar de lo que había visto.

—Confía en mí, Chelise.

—Está bien.

—¿Qué más? —quiso saber él, mirando a Caín.

Caín los miró, con ojos desorbitados.

—Bueno, ¿qué? —exigió saber Thomas, haciendo girar el caballo.

—William te lo dirá.

Él lo miró. No tenían tiempo para esto.  
—¡Vamos!

HALLARON EL primer campamento de la tribu. Lo que quedaba. A espada habían destrozado las tiendas de lona. Había ollas y cacerolas esparcidas, catres rotos, gallinas y cabras sacrificadas y abandonadas para que se descompusieran.

Varias manchas enormes de sangre marcaban los lugares donde fueron asesinados alguno de los diez. Probablemente los cuerpos estaban con William, en espera de la cremación, como tenían por costumbre.

Thomas guio a los demás por el campamento, lleno de náuseas. En tiempos como estos se preguntaba si su política de no violencia valía la pena. ¿No se había involucrado el mismo Justin una vez en batalla?

Apretó la mandíbula y cabalgó lentamente, manteniendo la ira bajo control. Con una sola espada habría eliminado a veinte encostrados... pero ese ya no era quien él deseaba ser.

—Encuéntralos, Suzan —ordenó; Caín aún no los había alcanzado.

Ella siguió una senda que llevaba a los barrancos por encima del cañón y salió a toda velocidad en dirección este. Los demás trotaron por el cañón debajo de ella, esperando la señal de la muchacha.

Nadie habló. Todos sabían que cada miembro de la tribu era parte de una sola familia. Ahora habían asesinado a diez de ellos y se habían llevado cautivos a veinticuatro.

Thomas miró a Chelise, quien se colocó la capucha alrededor del rostro Y lo observaba con cautela. Él quería decirle que todo estaba bien, que darían vuelta a la próxima curva para descubrir que todo había sido una equivocación.

Un silbido atravesó el aire.

—Los encontró —anunció Mikil.

Los que quedaban de la tribu se hallaban en un banco de arena, a kilómetro y medio, hacia el este, como Caín había informado. Thomas los vio, cuando se hallaban a doscientos metros de distancia. Disminuyó la marcha del caballo y analizó la disposición del terreno.

Tenían cuatro rutas de escape en caso de un segundo ataque, aunque improbable en este momento. Desde esta posición se veían con claridad todos los barrancos

adyacentes. William había escogido bien.

—Thomas —expresó Chelise en un hilo de voz—. ¿Qué va a suceder?

—No va a suceder nada —la tranquilizó él alargando la mano y agarrándole la de ella mientras cabalgaban con los demás—. Lloraremos la pérdida de los nuestros y hallaremos un nuevo campamento. Ellos están ahora con Elyon.

—¿Y a mí?

—Tú estás conmigo. Ellos te aceptarán. Tu enemigo es Woref, no el Círculo.

William los esperaba con Suzan y varios hombres. Los supervivientes, escasamente veinte, se hallaban reunidos detrás de ellos, algunos postrados en duelo, otros sentados en silencio, unos cuantos escudriñando los barrancos adyacentes por si había alguna señal de peligro.

Samuel y Marie salieron corriendo y Thomas desmontó para abrazarlos. Estaban acostumbrados a huir de las hordas, pero sus ojos bien abiertos revelaban un nuevo temor.

—Gracias a Elyon.

—Tengo miedo, papá —exteriorizó Marie.

Él la estrechó aún más.

—No debes temer. Estamos en manos de Justin —declaró, y palmeó a su hijo en el hombro—. Gracias por cuidar a tu hermana. Eres fuerte, Samuel,

—Sí, padre.

Thomas volvió a montar y espoleó su corcel. La tribu pareció aliviada al verlos. Todos menos William. Este se mantuvo firme como un hombre que recibe a un hijo rebelde. Johan y Mikil desmontaron y corrieron más allá de William para consolar a los deudos.

—Esto es demasiado, Thomas —espetó bruscamente William.

Había problemas.

—Todo está bien, Chelise —dijo él en voz baja, apretándole la mano.

—Ahí es donde te equivocas —objetó William—. Veo que ganaste a tú encostrada. Qué considerado de tu parte traernos este problema.

Thomas detuvo su caballo a tres metros del hombre. Otros tres permanecían detrás de él, con los brazos cruzados. Thomas analizó a William y prefirió callar.

—Las hordas nos dejaron un mensaje —continuó William; miró a Chelise y puso mala cara; Thomas contuvo el impulso de atropellar al hombre.

—¡Aparta tu mirada de ella! Esta es Chelise, hija de Qurong, y será mi esposa.

Él no estaba seguro de lo último, pero se sintió motivado a decirlo. A gritarlo si debía hacerlo.

—¡Sabemos quién es ella! —gritó William—. Ella es la causa de esta gran tragedia.

—¿Culpas a una encostrada que deja las hordas para encontrar al Círculo? Creí

que nuestro propósito era salvar a quienes lo necesitaban.

—Me parece bastante escamosa. Y se ve que Woref quiere de vuelta a su ramera con escamas. Si ella no regresa a la ciudad en tres días ejecutará a los veinticuatro albinos que tiene en su poder.

La mano de Chelise se retorció en la de Thomas, y él la apretó.

—¡Nunca! No dejaré que le ponga una mano encima. ¡Jamás!

—Entonces enviarás a la muerte a veinticuatro de los nuestros.

—Iré —anunció Chelise en voz baja, soltándose la mano—. Si Suzan cabalga conmigo hasta el borde de la ciudad, iré ahora.

Ahora Thomas se llenó de pánico. Se agarró la cabeza.

—¡No! —exclamó, sintiéndose obligado a bajarla del caballo.

No montarían más por ahora.

Thomas bajó a tierra, la agarró de la mano y se estiró para ayudarla a desmontar. Ella vaciló, luego desmontó.

Él le puso un brazo alrededor.

—¡Ni una palabra más al respecto! —gritó, luego reprendió a William—. ¿Perdiste la sensatez, amigo?

—Tiene razón, Thomas —intervino Chelise—. Woref los matará o matará a la mitad y volverá a exigir. No llevaré la sangre de estas personas inocentes sobre mi cabeza.

Chelise hablaba como una princesa, lo cual hizo desesperar aún más a Thomas. Había un destello de miedo en sus ojos, pero se mantuvo erguida.

Thomas se volvió hacia William. Ahora toda la tribu estaba pendiente de él.

—¿Ves? ¿Suena esto como de parte de una encostrada? ¡Ella es más honorable que tú!

—Ella solo está de acuerdo en regresar a su asquerosa familia —respondió William—. No ha entregado su vida o ha hecho algo tan noble como te imaginas.

—¡Una asamblea! —gritó Thomas furioso—. Convoco una asamblea.

Todos lo miraron.

—¡Ahora! Suzan...

—Me quedaré con Chelise —dijo Suzan, rodeando a William—. Y yo, por lo pronto, encuentro esto vergonzoso.

Ella agarró a Chelise del brazo.

—Estoy con Thomas, en cualquier cosa que diga.

Pero Chelise no estaba preparada para callar.

—Thomas, insisto...

—¡No! —gritó él, luego bajó la voz—. No, mi amor, no, no. No te puedo dejar ir. Nunca. No de esta manera.

Entonces Thomas se volvió y se alejó sin darle la oportunidad de razonar.

ESTA ERA la segunda asamblea en menos de una semana y las circunstancias eran inquietantemente parecidas. Llevaron adelante la discusión sin sentarse, y se conformaron con andar de un lado a otro y agitar los brazos. Solo su tradicional invocación a Elyon marcó la reunión como de un verdadero consejo.

—Si me hubieras escuchado, nada de esto habría ocurrido —acusó William—. Suzan podrá estar de acuerdo contigo, pero estoy seguro que ningún otro miembro lo está.

—Entonces ningún otro tiene el verdadero sentido del amor de Elyon —expresó Thomas con brusquedad.

—¿Quién puede conocer su amor?

—Seguramente recuerdas, William. ¡Todos! ¿Ha pasado tanto tiempo desde que vimos a Justin ahogarse por nosotros?

—¡Entonces deja que Chelise se entregue como hizo Justin! —gritó William—. Tal vez Woref le quite un poco de carne de la piel, pero no la matará, O si no, matará a nuestros amigos.

—No estoy seguro de que Thomas se equivoque —comentó Johan.

—Yo tampoco —decidió Mikil,

—Entonces sois tan insensatos como él —declaró William, y señaló hacia el campamento con el dedo—. ¿Qué sugerís, que sencillamente nos acostemos y muramos por esta mujer?

—No —respondió Thomas, caminando de un lado a otro y pasándose las dos manos por el cabello—. Sugiero ir yo en lugar de ella.

—No te pide a ti.

—No, pero tenemos tres días —dijo; se le ocurrió el bosquejo de un plan y habló rápidamente—. Si viajo deprisa llegaré a la ciudad en un día, y me ofreceré a cambio de los veinticuatro.

William pareció desconcertado.

—Si Woref te quisiera, te habría solicitado.

—Dejadlo. ¡Tenemos tiempo! Si Qurong rechaza mi oferta, entonces accederemos a sus demandas. Pero aceptará porque piensa como un líder encostrado. Me encontrará más valioso que veinticuatro plebeyos.

—Entonces te matará —opinó Mikil.

—No mientras tengamos a Chelise. Pensad lo que quieran de Qurong, pero a él le desea tanto a su hija como mi captura. ¿Cierto o no?

William frunció el ceño.

—¿Has considerado la posibilidad de que esto vaya más allá de una simple negociación con las hordas?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que este lío empezó con tu encaprichamiento con una ramera shataiki. Estás actuando como Tanis actuó en el Cruce. Quizás esta sea la manera de Elyon de purgar al Círculo, con esta tontería.

Un temblor le recorrió a Thomas por las manos. Eso era lo único que podía hacer para mantenerlos de su lado.

—Habla una vez más contra Chelise y te cambio por los veinticuatro —amenazó Johan—. Thomas tiene razón. Has perdido la sensatez del amor de Elyon. Quizás deberías volver a tratar de ahogarte.

William puso mala cara.

—Iré también —decidió Mikil.

—Eso será...

—No me importa lo peligroso que sea. Necesitarás ayuda con esto.

—Yo también iré —expresó Johan—. También está la cuestión de los sueños.

—¡Olvídate de los sueños! No estoy seguro de querer dejar a Chelise en manos de William, Necesito que te quedes aquí para que lo mantengas lejos de ella.

Con una mirada de despedida a William, Thomas se alejó, dando por terminada la asamblea. No había necesidad ni tiempo de una decisión formal. Él había preparado la mente, con o sin la avenencia total del consejo.

—Por favor, Thomas —pidió Chelise corriendo hacia él tan pronto como lo vio caminando a grandes zancadas—. Tienes que dejarme ir.

Él alzó una mano para acallarla, luego la tomó del brazo y la llevó alrededor de unas rocas elevadas que brindaban un poco de privacidad.

—Hemos llegado a una decisión.

—¿Y qué hay respecto a mi decisión?

Él le agarró los hombros y la miró directo a los ojos, temeroso de que ella dejara de amarlo. Chelise estaba siendo noble en su insistencia, es verdad, pero también estaba de acuerdo en dejarlo por Woref. Él no soportaba el pensamiento.

—Escúchame —dijo él respirando hondo—. Sabes lo que te sucederá si regresas. Woref nunca creerá que te obligué a salir. No tiene ni un poco de sinceridad en el cuerpo; vive para engañar, y espera lo mismo todos los demás. Si no termina matándote, hará algo peor. ¡Tú lo sabes!

Ella le escrutó los ojos. Pero no dijo nada, y eso era bueno.

—Tengo un plan. Escucha ahora con mucho cuidado... puede que funcione; sé que así es. Tu padre me cambiará por los veinticuatro y...

—¡No! No, ¡no puedes hacer eso! Este es mi problema.

—¡Es asunto mío! ¡No puedo perderte!

—¡Te matará!

—No si tú te quedas aquí.

—¡Entonces te torturará!

—Soy demasiado valioso para él. Eso nos dará tiempo. Si regresas, todo habrá acabado. Por favor, te lo ruego. Es la única forma.

Una lágrima brotó de los ojos de ella y él se la secó con el pulgar.

—Prométeme que te quedarás, por mí. Te prometo que hallaré una manera.

Chelise se quedó callada, luchando por no llorar. Él se inclinó hacia delante y le besó la frente.

—No puedo vivir sin ti, mi amor. No puedo.

—Me siento perdida, Thomas.

Él la abrazó y ella lloró en su hombro.

—Te encontré.

—No soy como tú. Soy una extraña aquí.

Ella tenía razón, pero él no podía señalar lo obvio: que ella siempre estaría perdida a menos que se ahogara. Habría tiempo más adelante para eso.

—Entonces seré un extraño contigo —replicó él.

Ella reposó la frente contra el varonil pecho. Luego le besó el cuello y se apretó contra él, llorando.

Thomas pensó que ella volvía a sentir vergüenza. Aún no podía entender o aceptar el amor de él. Le dolió el corazón, pero solo podía abrazarla y esperar que ella lo amara tanto como él la amaba.

—¿Te quedarás?

—Prométeme que regresarás por mí.

—Lo prometo. Lo juro por mi vida.



MIKIL Y Thomas llegaron a pocos kilómetros de la ciudad de las hordas antes de desplomarse estrepitosamente por falta de descanso. En el momento en que Thomas se quedó dormido, despertó.

Washington, D. C.

Había dormido la noche en la Casa Blanca, pero había vivido... Thomas los contó en su mente, uno, dos, tres, cuatro... cuatro días en el desierto, rescatando a Chelise. ¿Para qué? Para volver a la ciudad, solo.

Para terminar aquí, en la confusión de este mundo. Estuvo tentado de dormirse de nuevo y regresar a Chelise.

Forzó su mente para concentrarse en este mundo. Se había enterado de algunos aspectos referentes a Carlos y al francés, ¿correcto? Sí, a través de Johan.

La realidad del virus le ocupó la mente. Les quedaban un par de días. Carlos era la clave.

Hizo oscilar las piernas hacia el suelo, se dirigió a la puerta y se detuvo ante la repentina comprensión de que no se había puesto los jeans. No estaría bien andar por la Casa Blanca en calzoncillos bóxer con rayas azules.

Se vistió, se lavó los dientes con un cepillo desechable que encontró en el baño y salió de la habitación.

Tardó siete minutos en obtener una audiencia privada con el presidente. El jefe de la oficina Ron Kreet condujo a Thomas a una pequeña sala de espera adyacente a la oficina ovalada.

—No sé lo que piensa que puedo creer, le garantizo que no soy un gran creyente de los sueños —declaró Kreet—, pero en este momento aceptaré lo que sea. —Kreet arqueó una ceja.

—¿Está usted al tanto de los disturbios? —concluyó.

—¿Qué disturbios?

—Anoche Mike Orear de CNN dijo algunas cosas que hicieron estallar a la multitud. Irrumpieron en los terrenos de la Casa Blanca. Para cuando el ejército logró controlar la situación, habían muerto diez personas. También hubo lo suyo en otras diecisiete ciudades de la nación.

—Bromea.

—No es precisamente un momento para bromas. El presidente se ha dirigido dos veces a la nación desde que empezaron los disturbios, en ambas ocasiones con gran clamor popular. Por el momento las cosas están en calma, relativamente. Pero el fuego está ardiendo de manera descontrolada en el sur de California.

—¿Qué dijo?

—Sostuvo que los Estados Unidos cooperarían totalmente con las exigencias francesas —contestó Kreet llegando a la puerta y abriéndola.

El jefe de la oficina aún no la había cerrado cuando apareció Robert Blair.

—Gracias, Ron. Me encargaré a partir de ahora.

Entró y cerró la puerta detrás de él. Blair usaba corbata amarilla con un estampado azul, suelta en un cuello abierto. Tenía el cabello desordenado y de ambos ojos le colgaban grandes ojeras oscuras.

Se miraron un largo instante.

—¿Le contó Ron lo de los disturbios?

—Solo el inicio —contestó Thomas—. ¿Estamos seguros aquí?

—Hice revisar el salón hace media hora.

—¿Y?

—Un micrófono en la pantalla de la lámpara.

Thomas asintió. Al menos, el presidente se estaba tomando todo esto en serio.

—¿Cómo lo está soportando el resto del mundo?

—Debo sentarme —respondió Blair suspirando y caminando hacia una silla de color azul marino con amplio espaldar—. ¿Por dónde empezar? Basta decir que en el mejor de los casos si hallamos una salida a este desastre, tardaremos una década en recuperarnos del daño económico, ciudades, infraestructuras, milicias del mundo... todo. Las pérdidas de vidas por los daños adicionales podrían alcanzar los centenares de miles si se desatan importantes disturbios después de que esto empeore mañana. El virus ha empezado a mostrar su poder... Tú comprendes eso.

Thomas se quedó aturdido por esta última información.

—¿Te refieres a los síntomas? Creí que teníamos otros cinco días... una semana.

—Bueno, nos equivocamos. Obviamente el primer síntoma es una erupción. Con un poco de suerte, durará unos cuantos días, pero el equipo que fue a Bangkok ya salió jodido —informó Blair y miró la camisa de Thomas—. ¿Y tú?

Thomas se palpó el costado.

—Anoche... —se interrumpió; había notado un débil sarpullido después de despertar en el laboratorio de Bancroft, pero no como el de Kara—. Definitivamente, mi hermana tiene los síntomas del virus.

—Y también Monique. Gains... todo el equipo que fue a Bangkok. Se han encontrado miles de casos en Tailandia, y ahora más en las otras ciudades iniciales. Es cosa de horas que lo tengamos aquí.

La conclusión del asunto sacudió a Thomas como algo inevitable. El virus Raison había sido hasta ahora solo un pitido en una pantalla de computadora. Al momento era un punto rojo de picazón. En unos días convertiría los órganos internos en fluido.

Se puso de pie.

—No hay tiempo...

—Siéntate por favor —pidió Blair con voz cansada pero firme.

Thomas se sentó.

—¿Funcionó?

—Desde cierto punto de vista, sí. Johan soñó como Carlos. Por desgracia, no logró recordar tanto como yo esperaba.

—Pero él... entró en su mente...

—Sí. Y estoy casi seguro de que Fortier no tiene intención de darte un antivirus que sirva.

Usaban camisas y blusas de manga larga, y pantalones, pero la erupción empezaba a aparecerles por encima del cuello. La esperanza de un antivirus se evaporaba a medida que se extendía el sarpullido. Monique misma aún no mostraba ningún sarpullido, pero podía sentirlo arrastrándosele por la piel, listo para brotar en cualquier momento.

Thomas había llamado a Kara, quien solo pasó unos minutos con él antes de que se la llevaran a alguna parte. Ella estaría de regreso tan pronto como estuviera disponible un helicóptero; no tenía adonde ir, más que a Nueva York, donde vivía su madre, pero había dicho que no deseaba dejar la región inmediata por dos razones. Una, en caso de que Thomas la necesitara... por lo cual, aunque Monique no lo imaginara, estaba contenta con la compañía de Kara, a pesar de las circunstancias.

La segunda razón era más evidente.

Monique se levantó de su escritorio y fue al congelador. El frasquito de la sangre de Thomas se hallaba en el compartimiento superior. Lo sacó y cerró la puerta.

Kara y ella podrían encontrar vida con esta sangre. Parecía ridículo, pero ya una vez antes experimentaron esta ridiculez, y estaría feliz de hacerlo otra vez. Esperarían hasta el último instante, por supuesto. Después de que Thomas terminara cualquier cosa que debía hacer, había dicho Kara. Entonces aplicarían esta sangre a la suya propia, tomarían algo de Valium y tendrían un sueño que duraría tantos años como pudieran alcanzar.

Monique se sentó en el escritorio e hizo girar el frasco en las yemas de los dedos. ¿Qué había de especial en esta sangre particular? El Dr. Bancroft la había examinado en el laboratorio del Johns Hopkins, y la devolvió sin ninguna característica extraña. No había demasiados glóbulos blancos, ni niveles extraños de elementos rastreables... nada.

Solo sangre roja. Sangre roja que producía nueva vida.

Distraídamente sacudió el tubo. Se le ocurrió una idea.

La puerta se abrió y Mark Longly asomó la cabeza.

—Acaban de llegar los informes del laboratorio de Bangkok.

—¿Y?

—Y nada. Su padre quiere que usted lo llame después de que los haya revisado, pero no veo nada.

—¿Y Amberes?

—Acabo de hablar por teléfono con ellos. Nada nuevo. UCLA ha separado un séptimo par en la serie que están desarrollando... reacciona en forma coherente con los demás, pero están al menos a una semana de saber lo que tienen.

Monique asintió.

—Vuelvan a cruzar los datos de ellos con la serie de Amberes, vean lo que...

—Ya lo hicimos.

Él la miró sin comprender. Habían tenido cien conversaciones similares en la última semana. Siempre nada, o, si había alguna cosa, era algo que no significaba nada dentro del tiempo que tenían.

—No puedo renunciar ahora —expresó ella.

Mark intentó una sonrisa, pero le salió una mueca. Cerró la puerta.

Monique volvió los pensamientos al frasco. Eres mi salvación. Se levantó y fue al congelador. Antes de ponerse bajo cualquier poder que esta sangre ofreciera debería mirarla por sí misma.

Pero por ahora tenía un virus que derrotar.

O no derrotar.

MIKIL PRESIONÓ su espada contra el cuello del encostrado.

—Guarda silencio y vivirás.

Había agarrado al hombre por detrás. Thomas estaba seguro de que Mikil no tenía intención de herirlo, pero parecía que a ella le gustaría hacerlo.

—¡Asiente con la cabeza!

El hombre asintió vigorosamente.

Thomas caminó alrededor del tipo y lo miró a los ojos. Habían cruzado el desierto en menos de un día y luego descansaron a ocho kilómetros de la ciudad antes de hallar a este mensajero, un centinela solitario a quien habían apostado en el camino principal que venía del oeste. Su rostro blanco brillaba a la temprana luz de la luna.

—No vamos a lastimarte, amigo —declaró Thomas y levantó las manos—. Mira, no tengo espada. Mikil tiene una, pero en realidad es principalmente para presumir. Solo necesitamos un favor. ¿Hemos captado tu atención?

El guardia no se movió.

—¿Cómo te llamas?

—Albertus —susurró el hombre.

—Bien. Si no haces lo que pedimos, sabré qué decirle a Qurong. Mi nombre es Thomas de Hunter. ¿Me has oído?

—Sí.

—Bien. Entonces irás directo al castillo, despertarás a Qurong y le darás un mensaje. Dile que me entregaré a cambio de los veinticuatro albinos que ha capturado. Que los lleven a la arboleda a tres kilómetros al occidente del Valle de Tuhan y me rendiré. Mikil tomará a los albinos y Qurong me puede tener en lugar de ellos. ¿Entiendes?

—Usted a cambio de los otros que trajeron —respondió el guardia.

—Sí. ¿Cuándo llegaron?

—Anoche.

—¿Están en las mazmorras?

—Sí. Y han aumentado la guardia.

Thomas miró a Mikil. Ya se lo esperaban. Cualquier intento de rescate sería un

asunto distinto esta vez.

—Estaremos observando. Dile a Qurong que no crea que se pueda burlar de nosotros. Un intercambio justo o nada. Quiero a los albinos en caballos —indicó, luego hizo una seña con la cabeza a Mikil—. Libéralo.

Mikil dejó ir al hombre, quien se frotó el cuello y dio un paso atrás.

—Cabalga, amigo.

—Si dejas mi puesto...

—Qurong te dará una recompensa por esto, ¡estúpido! Le estás entregando a su enemigo. ¡Cabalga ya!

El guardia corrió hacia el caballo, montó rápidamente y se metió cabalgando en la noche.

—¿Ahora qué? —inquirió Mikil.

—Ahora esperamos en la arboleda.

—∞∞∞∞—

LA TRIBU se había tragado tan fácilmente la treta, que Woref había demorado el ataque durante varias horas. Ahora el campamento pernoctaba en perfecta paz, sin sospechar otro asalto tan pronto.

Sus anteriores instrucciones habían sido muy precisas: matar solo unos cuantos, capturar a tantos como fuera posible y dejar vivos a los demás con el mensaje. No perseguirlos. Llevar los cautivos a la ciudad, pero esperarlo allí con una división completa.

Como había esperado, los albinos supusieron que las hordas ya tenían lo que buscaban.

Erróneo. Pero que muy erróneo.

Woref había llegado al mediodía. Estaba seguro de que la tribu iba a llamar inmediatamente a Thomas de Hunter. Sabía que Chelise estaría con Thomas. El hecho de que Thomas hubiera salido a rescatar a los veinticuatro albinos en la ciudad no tenía consecuencias ahora. Woref tendría pronto el único premio deseado.

Cerró los ojos e hizo girar el cuello. Casi saboreó ahora la piel de ella en su lengua. Un sabor a cobre. Como sangre. Sed de sangre. Teeleh querría verla esta noche, pensó él. No estaba seguro de cómo sabía eso, pero él esperaba que la criatura se regodeara. Woref se estremeció de antemano.

Era extraño que de algún modo se hubieran unificado sus pasiones con las de la serpiente alada. Conspiraba con Teeleh; ahora aceptaba eso. Pero estaba sirviendo a sus propios intereses. Francamente, no estaba seguro de quién servía a quién. Cuando se convirtiera en el dirigente supremo de las hordas, necesitaría la clase de poder que Teeleh le podría dar.

Pero primero...

Abrió los ojos y enfocó la mirada en la noche. Primero poseería a la hija del primogénito. La tendría y la destruiría. Ella lo amaría. Aunque tuviera que sacarle el amor a golpes, ella lo amaría. Al principio tendría que ser sutil, naturalmente. Teeleh era tanto sutileza como él era fuerza bruta. Paciencia. Pero al final ella sería suya y solo suya.

—Si uno solo de esos albinos resulta muerto, yo mismo ahogaré al culpable — advirtió Woref volviéndose hacia el capitán—. ¿Entienden eso sus hombres? Nuestro objetivo aquí es liberar a la hija de Qurong. No podemos arriesgarnos a matarla con una flecha perdida.

—¿Y después?

—Ya lo decidiré.

Miró otra vez el campamento. Ella estaba en la tercera tienda a la izquierda; a menos que se hubiera movido durante la noche, lo cual era improbable pero posible. Sus hombres tenían más fama de fallar de lo que a él le gustaría admitir.

—¿Están en posición?

—Tenemos rodeado el campamento. No hay escape posible.

—Ya he oído antes esas palabras.

—Esta vez estoy seguro.

—Detrás de mí —resopló Woref. Saltó sobre la saliente y se acercó a la línea de hombres que se hallaban tendidos a lo largo del suelo del cañón. Se habían pintado los rostros de negro, y con sus oscuras indumentarias de batalla parecían criaturas nocturnas. Las hordas casi nunca atacaban en la noche debido a su miedo a los shataikis. Extraño, considerándolo todo. Pero los murciélagos negros estaban demasiado ocupados alimentándose de mentes en la ciudad, como para meterse a deambular por estos cañones.

Woref se puso sobre una de sus rodillas al frente de la línea y analizó las tiendas. Ni un solo movimiento. Lo único que quedaba era apretar suficientemente la soga para evitar huidas.

—Lentamente.

Se puso de pie y se dirigió al campamento. En lo alto a su derecha el capitán dio la señal al resto de los hombres que rodeaban el campamento.

Con cautela, para que las botas hicieran poco ruido sobre la arena, seiscientos guerreros cercaban la tribu.

Woref se detuvo como a siete metros de la primera tienda y levantó la mano.

Ni un sonido. El corazón le latía con fuerza. Los guerreros en el extremo más lejano del campamento habían recibido una señal y se detuvieron con él.

Aunque los albinos los vieran ahora, su destino estaba sellado.

La tercera tienda. Su ramera blanca estaba allí, durmiendo en la tienda de un albino. Esta noche aprendería el significado del respeto. Esta noche se le abriría a ella

todo un mundo nuevo. El mundo de él.

Woref agarró una larga guadaña del guerrero detrás de él.

—Quédate aquí —le ordenó en un susurro.

Caminó pausadamente hacia el campamento, dejando atrás a sus hombres. Al llegar a la tercera tienda separó las piernas, levantó la guadaña y la hizo oscilar por el borde de la lona. La hoja se deslizó entre la tela y el centro del poste como si estuviera hecha de papel. Agarró la pared que se caía y la rasgó hacia un lado.

Allí se hallaba una mujer, con los ojos aún cerrados. Una encostrada. Su ramera.

Woref estiró la mano hacia abajo, le agarró un puñado de pelo y la apretó contra el suelo. Ella despertó con un grito, los ojos desorbitados por el terror.

—Eso es, querida esposa. Deja que el mundo conozca tu placer.

Chelise agarró inútilmente las manos. Los gemidos hicieron añicos la calma nocturna. Se abrieron portezuelas de tiendas, y los albinos salieron a tropezones como ratas de sus madrigueras.

El ejército de las hordas no se movió.

Woref arrastró a Chelise hasta el centro del campamento, la levantó hasta que quedó de pie, y la hizo girar. Los albinos ya estaban en pleno movimiento, saliendo disparados intentando escapar. Que lo hagan. A las pocas zancadas se toparían con sus guerreros.

—¡Nadie me arrebatara lo que es mío! —gritó—. ¡Nadie!

—Johan, la ruta hacia el este está bloqueada —gritó una voz.

—¿Martyn?

Los guerreros de Woref aún esperaban su señal: matar o no matar.

Él giró hacia Chelise y la aporreó en la sien con la mano izquierda. Los gemidos se acallaron, y ella se dobló. Él la soltó y ella se desplomó.

—¡Martyn! —resonó la voz del comandante de las hordas en el cañón—. Que Martyn se presente o mataré a todos.

—No necesitas tus amenazas para motivarnos —contestó Martyn, apareciendo por la izquierda de Woref—. Ya nos has estado amenazando durante un año.

Martyn se veía extraño sin su piel, y con los ojos descoloridos. Enclenque. Asqueroso.

—¿Es este el poderoso general? Te ves ridículo, mi viejo amigo.

—Y tú te ves como si tuvieras que darte un buen baño.

Woref no estaba seguro de qué hacer con el hombre. La mujer negra que antes tomaran cautiva se paró al lado de Martyn. La suerte del encostrado era mucho más grande de lo esperado. En una noche reclamaría a su novia y asesinaría a Johan, dejando que Thomas llorara a los suyos.

—He reclamado lo que es mío, y ahora disfrutaré viéndote morir.

Levantó la mano.

—Mi señor, exijo una audiencia —declaró un albino alto, adelantándose.

La tribu los miraba en silencio. Impotente.

—Mataré a Martyn y te llevaré —decidió Woref.

—No. Entonces mátenos a todos. Johan es una sombra del gran general que usted conociera una vez. Déjele vivir su lastimosa vida. Lléveme y le entregaré a Thomas, quien es la única amenaza entre el Círculo.

—¿Dónde está?

—Cerca de la ciudad, planificando otro rescate.

—Encadena a este hombre —ordenó Woref volviéndose hacia el capitán—. Los demás vivirán. Mantén aquí al ejército hasta mañana. Asegúrate de que ninguno de ellos salga de este cañón; no quiero perseguir a nadie.

Había venido por Chelise. Si también pudiera apresar a Thomas habría desaparecido la última de las reservas de Qurong respecto a su general.

Su mente se volvió hacia la inconsciente forma en el suelo. La mujer que le había producido tanto dolor. La que él amaba.

Su único remordimiento era que por el momento tendría que usar la discreción. No lo conseguiría si llevaba una hija maltratada a su padre. Pero siempre había otras formas.

Regresó a mirar al albino y vio que este miraba a Johan. No estaba seguro de si era una mirada de traición o de remordimiento. Pronto lo sabrían.

—∞∞∞∞—

—¡DEMASIADO PRONTO! —exclamó Mikil, mirando hacia abajo desde su posición en el árbol.

El sol acababa de salir cuando la larga línea de albinos apareció en el borde del campo con un guardia para cada uno. Una segunda fila de guardias entraba al campo en cada lado.

—¿Qué te dije? —manifestó Thomas—. Qurong no es tonto. El sospecha que Chelise estará tan obligada por mi cautiverio como lo está el Círculo.

¿Ves a Woref?

—No. Hay un general, pero no creo que sea Woref. ¿Creías que llevaría esto por sí mismo? —preguntó Thomas, regresando a ver los árboles detrás de él—. ¿Está despejado el camino?

—No hay manera de que pudieran haber tendido una trampa tan pronto, dame diez minutos y estaremos libres —pidió Mikil, agarrándole del hombro—. ¿Estás seguro acerca de esto, Thomas? Me preocupa.

—¿Y no te preocupa su muerte? —le preguntó él señalando hacia los albinos, quienes ahora se hallaban sobre sus caballos en una larga fila, esperando el siguiente movimiento—. Solo asegúrate de que nada le ocurra a Chelise. Sin ella mi vida no

tiene sentido.

—Johan mismo la ataría de pies y manos si creyera que ella se podría fugar.

—No es eso. Si ella me dejara ahora por Woref, creo que preferiría estar muerto. Y ella aún tiene la enfermedad, Mikil, No confío en su mente.

—Pero confías en su corazón.

—Me estoy jugando la vida por el corazón de esa mujer.

Habían elaborado un plan para sacar a Thomas, una jugada arriesgada que involucraba un intercambio por Chelise en el desierto, pero que requeriría la cooperación de la princesa.

—La fortaleza de Elyon, amiga mía —declaró Thomas, agarrándole el brazo.

—Ten cuidado, Thomas.

—Lo tendré.

—Si logramos superar esto, me gustaría soñar contigo. Convertirme en Kara,

—Si Kara vive, creo que le encantará.

Thomas se sentó en uno de los caballos, respiró profundo y salió a campo abierto junto a los manzanos.

—Nos encontramos a mitad de camino —gritó.

Ellos lo vieron y sostuvieron una breve discusión. El general que Mikil había visto lo llamó.

—Lentamente. Sin trucos. Tenemos hombres a cada lado.

Thomas fustigó el caballo y se fue hacia la línea. Los albinos comenzaron a moverse al frente.

Él los pasó a su derecha, a menos de siete metros de distancia tres arqueros apuntaban sus arcos. Si huía ahora le alcanzarían fácilmente. Asintió al albino más cercano, una anciana llamada Martha. Ella lo miró con temor en los ojos.

—Te veré pronto, Martha, sé fuerte.

—La fortaleza de Elyon —pronunció ella en voz baja.

Entonces los pasó y se entregó a las hordas. Los miembros de la tribu trotaron por el campo y desaparecieron entre los árboles.

—¡Baje del caballo! —ordenó el general.

Thomas desmontó y dejó que le ataran las manos a la espalda con una larga cuerda de lona.

—¿Esperas que camine todo el trayecto?

El general no respondió. Ataron el caballo de Thomas a otros dos, lo empujaron por detrás en la silla, y se lo llevaron.

Thomas entró cabalgando en la ciudad de las hordas por segunda vez en dos semanas. Otra vez presencié la miseria causada por la enfermedad. Una vez más intentó sin lograrlo hacer caso omiso de la inmundicia y la pestilencia de los encostrados que lo insultaban a gritos. Otra vez se acercó al tenebroso calabozo que

antes fuera un gran anfiteatro construido para la expresión de ideas y de libertad. Esta vez pasaron el castillo sin llevarlo ante Qurong. Eso vendría muy pronto.

No menos de cien guardias rodeaban la mazmorra, todos armados con arcos y guadañas. Estos no eran parte de un ejército habitual. Eran veteranos de batallas y miraban con odio amargo.

El guardia de la mazmorra le hizo bajar los húmedos peldaños y recorrer el mismo pasillo por el que antes había andado. Pero pasaron la antigua celda de Thomas y lo bajaron por un segundo tramo de escaleras hacia un nivel más bajo iluminado solo con antorchas. Lo empujaron dentro de una celda pequeña, cerraron de un portazo la celda y lo dejaron en oscuridad total.

Thomas se dejó caer en el rincón, exhausto. Ahora lo único que podía hacer era esperar.

Y soñar.

EL ÚNICO salto que Thomas había realizado nunca, fue más un disparo de cañón que un brinco de «uno, dos y tres», y aquello fue desde la parte trasera de un transporte militar que un misil cortó por la mitad dos semanas antes. Esta vez sería un salto en conjunto con el mayor Scott MacTiernan, de las tropas de asalto del ejército.

Las defensas francesas no solían entrar en combate con aviones enemigos sobre su territorio; el súbito cambio de poder tenía solo dos semanas y los militares estaban siendo coaccionados. Todo esto jugaba a favor de los estadounidenses. El avión de carga C-2A Greyhound salió del USS Nimitz a ochocientos kilómetros de la costa de Portugal y voló sobre España y luego sobre el oeste de Francia, pegado a tierra debajo de los radares. Tan pronto como se acercaron al punto de descenso, el piloto lanzó el morro del avión hacia arriba y dejó que se enfilara hacia los oscuros cielos. Las defensas aéreas los descubrieron a dos mil pies de altura.

—Tiene diez segundos —informó bruscamente el instructor.

Habían calculado la ventana basada en el tiempo que le llevaría al radar francés confirmar y responder al repentino pitido de sus pantallas. El paracaídas estaba hecho de un tejido que prácticamente los hacía inidentificables, y aun así no estarían en el aire el tiempo suficiente para causar alarma.

—Recuerde...tranquilidad —comentó MacTiernan, enfrentándose al viento sobre el hombro de Thomas; le revisó las correas amarradas al pecho—. A la cuenta de tres...

Thomas cayó dentro de la oscuridad, los ojos bien abiertos detrás de los anteojos. El rugido del avión fue reemplazado al instante por una ráfaga de viento que le golpeaba los oídos. Estaba disfrutando del viaje... un viaje muy corto, había advertido el mayor.

MacTiernan estiró de la cuerda. El paracaídas pegó un tirón y luego se movió hacia el cielo. El mayor los guiaba con visión nocturna. El terreno era una mezcla de franjas negras, las cuales Thomas supuso que eran bosques, y campos ligeramente más claros. Sobrevolaron los campos y bajaron en uno de ellos.

—¡Cuidado con las piernas! Aterrizaje en cinco. Corra conmigo ¡amigo! ¡Toque tierra mientras corre!

Se prepararon para un aterrizaje, cayeron con fuerza y corrieron a tropezones hacia delante. Silencio.

El paracaídas se agitó una vez como si se doblara sobre sí mismo y se posó en tierra. Thomas se quitó el arnés y revisó el equipo. Pantalones negros con un cuchillo atado a un muslo y una semiautomática de nueve milímetros atada al otro. Cantimplora, brújula, radio con un rastreador que se podría detectar desde el monte Cheyenne. Camiseta negra, gorra negra de esquíador, suéter negro que le cubría hasta la cintura. Anteojos de visión nocturna.

La posibilidad de usar un arma le produjo sentimientos mezclados, pero no estaba seguro de que debiera ser pacifista en esta realidad. Aún no estaba seguro de lo que sentía acerca de la gran cantidad de asuntos pendientes, en particular, asuntos religiosos. No era religioso, ¡por el amor de Dios! Era un hombre profundamente afectado por sus sueños de otra realidad, pero en estas pocas semanas de viajar entre dos mundos no había tenido tiempo para desenredar la teología aquí como hiciera allí. Quizás nunca tuviera tiempo.

—¿Sano y salvo? —inquirió MacTiernan arrodillado, iluminando un pequeño mapa, brújula en mano.

—Así parece —respondió Thomas—. ¿Dónde nos tiraron?

—Kilómetro y medio en esa dirección —dijo el mayor señalando a la derecha—. Lo tengo a usted en GPS; si debe ir a la izquierda le doy un clic. A la derecha, dos clics. ¿Entendido?

—Izquierda un clic, derecha dos clics.

—Ninguna otra comunicación a menos que sea absolutamente necesario. Recuerde, dos horas. Tenemos que despejar este sector y estar en nuestro punto de encuentro en cinco horas. Si nos perdemos, perdemos el helicóptero. Este ya está en camino. Perderlo nos costará diez horas... este no es como un ala fija.

Habían venido en el transporte más rápido para descender esta noche, pero no tendrían el mismo lujo en el viaje de regreso. Con algo de suerte no lo necesitarían.

—Dos horas —asintió Thomas revisando su reloj de pulsera.

—Sí se mete en un aprieto, yo voy detrás. Ese es el plan.

Thomas no se molestó en responder. Se trataba de mucho más que esto, y a la vez de mucho menos, dependiendo de la realidad, dependiendo del enemigo, dependiendo del día.

En treinta minutos, llegó al borde del complejo. MacTiernan le corrigió el curso solo dos veces. El viaje de regreso, suponiendo que lo hubiera, tardaría solo diez minutos. Tenía una hora y veinte minutos para llevar a cabo la misión.

La casa de la granja se hallaba en medio del campo, a cien metros de distancia. Excepto por un pálido brillo de las ventanas en el primer piso, la oscuridad era total.

Thomas se puso los anteojos de visión nocturna, entrecerró los ojos ante la luz

verde, y luego examinó lentamente el perímetro. Un guardia en el costado norte. Dos en el camino que serpenteaba dentro del bosque en el lado más lejano. Más fácil de lo que había imaginado. ¿Se habrían ido ya? Ellos sabían que ya no estaban seguros aquí. Para protegerse habían dependido del secreto, no de la seguridad de alta tecnología, pero no habían planeado que uno de los cadáveres resucitara y escapara para informar al mundo de la situación. La única opción que les quedaba era abandonar las instalaciones.

Corrió agachado, directo hacia la ventana del sótano por la que él y Monique escaparon anteriormente. La eficacia de la misión dependía ahora de la rapidez y la sorpresa.

Se puso de cuclillas con la espalda contra el muro de piedra y contuvo el aliento. Ninguna luz del pasillo atravesaba la ventana. No había luz en el piso superior. Ese sería su punto de entrada.

Tres semanas antes habría sido imposible una escalada como la que lo desafiaba ahora. Trepar las piedras que formaban el muro de cinco metros Sería difícil, pero no imposible. El problema sería pasar al techo que sobresalía algo más de un metro.

Con los anteojos nocturnos aún puestos revisó los alrededores, y luego mano sobre mano, pie sobre pie, escaló el muro. El alero asomaba exactamente encima de su cabera. Se echó hacia atrás y miró el canal, a poco más de medio metro hacia arriba y como un metro más allá. ¿O metro y medio más allá Si no lograba dar este salto la misión terminaría tan rápido como una bala en la cabeza?

Asentó los pies, pensó en cómo Rachelle habría reído ante lo fácil de este intento particular y saltó hacia atrás como una rana de revés.

Había sobreestimado el salto. Pero arqueó la espalda y corrigió. Aun moviéndose bocabajo y volando con buena velocidad, se agarró a la canaleta, se dobló con la cintura en posición de clavado, luego hizo oscilar las piernas hacia atrás para continuar con su arco natural. Trató el canal como una barra elevada de gimnasia y el impulso lo lanzó hacia arriba como a un gimnasta de primera clase.

La canaleta crujió y comenzó a ceder, pero el peso de Thomas ya había cambiado. Se soltó, flotó sobre el borde del techo y aterrizó de pies y manos, como un gato.

Se desprendió una piedrecita que se deslizó por el borde y luego cayó abajo en la hierba. Ningún otro sonido. Thomas se abrió paso hasta la única ventana inclinada en este extremo de la casa y escuchó junto a esta ventana. Aún no había ningún sonido.

El salón adentro estaba oscuro, y a través de los anteojos también logró ver que no había nadie, a menos que alguien estuviera agachado detrás de las cajas. Cuarto de almacén.

Thomas buscó a tientas la cinta adhesiva que había llevado y pegó tres largas tiras en el vidrio. Luego se desató el suéter de alrededor de la cintura, cubrió la ventana para sofocar el sonido y la golpeó con el codo. Un crujido, pero ningún vidrio

haciéndose añicos. Bastante bien.

Guardó el rollo de cinta y se metió el suéter entre el cinturón, y con sumo cuidado se introdujo por el vidrio roto. Dos minutos después se hallaba dentro del oscuro cuarto de almacén, mirando una docena de pilas de cajas.

Thomas sacó la pistola y abrió la puerta. Un corto pasillo. Una puerta más. Despejado.

Salió cuidadosamente. Solo había una manera de hacer esto.

La primera puerta parecía como si llevara a un clóset. Así era.

La segunda parecía conducir a un salón más grande. Así fue. Un dormitorio. Thomas extendió la pistola y abrió la puerta.

La cegadora luz lo iluminó entonces, mientras aún tenía un pie adentro y otro afuera, la puerta aun oscilando.

¡Los anteojos! Con un rápido movimiento hacia el rostro se arrancó el artefacto de los ojos.

—Hola, Thomas.

Una voz a su derecha. Se trataba de Carlos.

—Veo que insiste en venir por mí hasta que finalmente lo mate para siempre.

Tranquilo, Thomas. Esto es lo que esperabas. Sigue el juego.

—Debemos hablar —expresó, bajando la pistola y levantando las dos manos—. No es lo que usted cree.

Carlos sostenía una pistola a cinco pasos. Aún usaba una venda sobre la herida en el cuello. Una sonrisa se le dibujaba en la comisura de los labios.

Pequeños puntos rojos le salpicaban el rostro. Así que el hombre no había recibido el antivirus. O el antivirus no funcionaba.

—Veo a un hombre armado trepando hacia mi casa, escabulléndose por una ventana usando anteojos de visión nocturna, ¿y espera que considere que mi juicio de sus intenciones es falso? —preguntó Carlos—. No me diga: usted vino a salvarme.

—Vine porque sé que usted se reunió ayer con Armand Fortier —declaró Thomas—. Le mostró una lista de personas que espera que sobrevivan al virus. Ahora usted se estará preguntando cómo diablos puedo tener esa información.

Desapareció la sonrisa. Carlos parpadeó.

—Usted me ha engañado muchas veces. Esta vez fracasará.

—Y si lo hago, usted morirá. Los dos sabemos que su nombre en esa lista solo es un señuelo para usted y solo es algo momentáneo. Dígame cómo sé tanto. Dígame cómo me bajé de su camilla después de dos días sin tener pulso. Dígame cómo es posible todo lo que me ha visto hacer.

Carlos se quedó mirándolo. Pero la mente se le estaba doblegando... Thomas pudo vérselo en los ojos,

—Vine aquí por dos razones. Primera, he venido con pruebas. Si me lo permite, le

puedo mostrar más allá de cualquier duda posible, que mis sueños son reales y que usted representa un papel importante en ellos. La segunda razón es que he venido a salvarle la vida. La simple realidad es que lo necesitamos, pero no nos será de utilidad si está muerto. Usted podrá odiar a los estadounidenses, a los israelíes y todo eso, pero a menos que sepa qué está pasando aquí de veras, quizás no pueda estar en posición de tomar decisiones adecuadas.

Lo dijo todo de golpe, porque sabía que debía plantar esas semillas en la mente de Carlos antes de que disparara. Las palabras hicieron impacto. Pero el hombre estaba más irritado que nervioso.

—No sé qué clase de brujería...

—No tenemos tiempo para esto, Carlos. Acabo de recorrer ocho mil kilómetros para hablar con usted y lo que tengo que mostrarle podría salvar de la exterminación al mundo árabe. ¿Qué necesita para que capte su atención? ¡Aún tiene la herida que le cause la última vez sin tocarlo, por Dios! Permítame que se lo pruebe.

Eran demasiadas cosas, para que Carlos rechazara esto como un juego de ingenio. Su cuello, las escapadas de Thomas, el conocimiento de la conversación que tuviera con Fortier... todo inexplicable.

—¿Cómo?

—Dejándole que sueñe conmigo.

El rostro del hombre enrojeció.

—¿Me toma por alguna clase de idiota? —exclamó con el puño apretado—. ¡No puedo aceptar eso! Esto...

Thomas se movió mientras el hombre estaba momentáneamente distraído por su frustración. Caída de hombro a su izquierda, giro sencillo, patada a la pistola en la mano de su contrincante. Aunque Carlos hubiera disparado, la bala se habría desviado.

Por suerte ni siquiera logró hacer eso. Su mano extendida hizo un amplio giro. Thomas siguió con una palmada abierta al plexo solar del hombre.

Carlos retrocedió, impresionado. Incapaz de respirar.

—Dulces sueños —declaró Thomas golpeándolo en un costado de la cabeza, y el hombre se derrumbó.

Actuando rápidamente sacó el cuchillo y se cortó el dedo. Luego hizo un pequeño corte en el antebrazo de Carlos. Embadurnó su propia sangre a lo largo de la cortada.

—Hazle entender, Johan. Por favor, hazle entender.

—∞∞∞∞—

THOMAS DEJÓ que el hombre soñara diez minutos antes de despertarlo. Tal vez solo habría bastado un minuto, pero no quiso correr ningún riesgo. Lo sacudió con fuerza, lo abofeteó una vez en la mejilla y retrocedió hacia el catre, con la pistola

extendida.

Carlos gimíó, se calló, luego de pronto se levantó bruscamente. Thomas supo al instante que Carlos había soñado con Johan. Tenía demasiada experiencia, como que para cualquier otro motivo lo despertara en este estado de desorientación.

—¿Dónde estuvo usted? —le preguntó.

Carlos lo miró, observó la pistola, no le hizo caso y miró directo a los ojos de Thomas.

—Con Johan, quiero decir. ¿Dónde estuvo?

—En... en la selva.

—¿La selva?

—En camino hacia la ciudad de las hordas.

Esto no tenía sentido. ¿Estaba viniendo Johan tras él? ¿Había dejado su puesto para tratar de rescatar a Thomas? Si había hecho algo que pusiera en peligro a Chelise, Thomas le arrancarí­a la cabeza.

Carlos volvió a mirar la pistola.

Ahora la verdadera pregunta.

—¿Me cree ahora? Hay otra realidad más allá de esta, y en ella usted y yo estamos del mismo lado. Hay más.

—Si muero aquí, entonces Johan morirá allá —manifestó Carlos; él era apenas un niño que acababa de saber la verdad.

—Y yo dependo de Johan —afirmó Thomas—. Nunca lo dejaría morir, como usted ve, estoy aquí para salvarle la vida.

Mientras Carlos creyera que el sueño era más que un simple sueño, Thomas tenía la seguridad de triunfar.

Se miraron por todo un minuto. Una cosa era creer que existía otra realidad y otra muy distinta era cambiar los planes debido a esa realidad.

—Si no detenemos a Fortier, usted y yo moriremos —dijo Thomas—. Junto con la mayor parte de la población del planeta. ¿Es eso lo que usted tenía en mente?

No hubo respuesta. Pero los ojos de Carlos no mostraron desafío. Estaba atrapado en lo asombroso de todo eso.

—Solo hay una manera de detener a Fortier, y es dejarlo sin armas.

—El antivirus —expresó Carlos.

—Sí. Los Estados Unidos deben tener el antivirus. Es la única fuerza que tiene una posibilidad convincente de tratar con Fortier —afirmó Thomas, e hizo una pausa—. ¿Puede usted conseguir el antivirus?

—No.

—¿Cree usted que no le haré ningún daño?

—Sí —contestó Carlos, y se levantó lentamente—. No sé cómo...

Se detuvo y se miró las manos.

—Y quizás nunca lo sepa. No importa. Lo que importa es detenerlos. Usted podría ser el único con posibilidad de hacerlo. ¿Está seguro de no poder poner sus manos en el antivirus? Este existe. Dígame por favor que existe.

—Existe, pero Svensson se protegió de alguna manera separándolo en dos componentes. Solamente controla uno, el cual se usará solo en el último momento.

—Entonces tenemos que coger a Svensson. Si controlamos aunque sea un componente del antivirus tendremos un punto a nuestro favor. Por el momento lo único que tenemos son las armas. Con un poco de suerte podemos torcer la mano de Svensson.

—¿Les darán ustedes las armas en el intercambio?

Era el momento de la verdad. Si le contaba a Carlos los planes que tenían, él podría revelarles las intenciones al enemigo. Por otra parte... no tenía otro remedio.

—∞∞∞∞—

¿No sabe cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Para cuando comprendimos lo que estaba sucediendo, él había desaparecido.

—¿Está usted absolutamente seguro de que se trataba de un estadounidense?

—No, pero está claro que no era alguien que conociéramos. El teléfono se quedó en silencio mientras Fortier consideraba el asunto.

—¿Debemos tomar alguna acción? —inquirió el hombre.

—No. Carlos se queda allí. No debe salir bajo ninguna circunstancia. Consideremos el complejo como su prisión, pero él no debe saberlo. Actúen como de costumbre. Si intenta salir, mátelo.

THOMAS SE agachó bajo las aspas que le giraban sobre la cabeza y se alejó del helicóptero. La enorme torre del USS Nimitz se levantaba exactamente al frente. Desde el aire había visto la larga flota. Solo de los Estados Unidos, más de doscientos barcos. Puntos en el océano, cada uno dejando una larga estela de espuma blanca.

La flota británica se hallaba ocho kilómetros al norte. Los israelíes usaban principalmente buques de carga... más de treinta, cada uno cargado con un «carro» de armas que negaron poseer realmente. Había suficiente potencia nuclear en un radio de ocho kilómetros desde este portaaviones como para volar más de cincuenta veces al mundo.

El primer indicio de que no todo era normal era la ausencia de tripulaciones de vuelo. El hecho era que el Nimitz iba adelante, con menos de cincuenta escuadrones para guiarlo a través del Atlántico.

Thomas casi no reconoció a Merton Gains. El hombre usaba cuello blanco alto y gafas oscuras, pero si creía que esto le ocultaba el sarpullido en el rostro, solo se engañaba. Thomas corrió hacia el ministro; este le alargó la mano. El viento le sacudía el cabello.

—Gracias a Dios que lo lograste. Justo a tiempo.

—¿Ya empezaron? —preguntó Thomas, estrechándole la mano.

—Hace dos horas. Tienes un asiento en primera fila en la cubierta de observación si quieres.

—Desde luego.

—No estás tan mal como creí que estarías —opinó el ministro después de hacer una pausa.

El sarpullido.

—No. Lo tengo debajo de los brazos —informó él sin estar seguro de qué decir—. ¿Estás bien?

Gains escupió a un costado y se volvió hacia la puerta.

Thomas lo siguió dentro de un gran salón repleto de sistemas electrónicos de los que solo podía conjeturar. Radar... logró ver eso. Grandes pantallas con centenares de pitidos, entre los cuales flotaba lo más sofisticado de la fuerza militar de Estados

Unidos: seis grupos completos de portaaviones, cientos de barcos que cargaban de todo, desde sus más complejos aviones de ataque hasta armas nucleares. Una segunda ola enorme de barcos se hallaba en camino con más, pero este era el premio principal de Fortier.

—Este es Ben Graver —le presentó Gains al primer oficial—. Nos va a hablar durante la operación.

—No puedo decir que sea un placer —aseveró Ben estrechándole la mano sin expresión alguna.

—Yo tampoco —respondió Thomas.

—Se debería hacer en una hora más.

El plan era sencillo. Por exigencia francesa, cada barco se debía anclar en coordenadas específicas y trasladar sus tripulaciones a un solo barco de cada país. Las tripulaciones francesas abordarían los barcos y verificarían los cargamentos, y solo entonces entregarían el antivirus.

El problema obvio con el intercambio era la falta de garantía de que Fortier entregara de veras el antivirus después de que confirmara la recepción del armamento. La mejor oferta de él, y la única que Thomas había insistido que aceptaran, había sido anclar con cada marina un barco que contuviera el antivirus. Podrían examinar el barco pero no controlarlo hasta después de que la gente de Fortier hubiera tomado posesión de las armas.

—¿Está a bordo el almirante? —quiso saber Thomas.

—Sí.

—Debo hablar con él. Ahora.

Ben lo miró, luego levantó un teléfono. Habló rápidamente y volvió a poner el aparato en la horquilla.

—Por aquí. El almirante Kaufman. Brent Kaufman, amigo personal del presidente. —El hombre espigado, canoso, con hombros anchos y ojos azules los recibió y de inmediato despidió al primer oficial.

—Bienvenidos al infierno —dijo el almirante.

—No, el infierno vendrá en dos días —objetó Thomas—. Esto es más como el purgatorio.

El almirante frunció el ceño. Se volvió hacia dos superiores con uniformes británico e israelí.

—Este es el general Ben-Gurion de la fuerza de defensa israelí, y el almirante Roland Bright de la flota británica.

—¿Sabe el primer oficial lo que está a punto de suceder? —preguntó Thomas estrechando la mano a cada uno.

—Lo sabe —contestó Kaufman.

—El acuerdo era que nadie excepto...

—No sé en cuántos barcos ha estado, hijo —explicó el almirante—. Pero no puedo hacer lo que el presidente me ha ordenado sin el mínimo de tripulación por lo menos. Alguien tiene que tirar del gatillo.

Tenía razón. Thomas se arrepintió de retar al hombre.

—Los franceses no van a darnos el antivirus —anunció.

—¿Qué? —exclamó Gains—. Eso es... ¿Qué estamos haciendo entonces?

—Les estamos siguiendo el juego —respondió Thomas—. Esperamos tener una oportunidad más de tener en nuestras manos una solución que funcione.

—Bajo ninguna circunstancia voy a arriesgar esta flota y este cargamento sin alguna seguridad de que tendremos un intercambio justo —objetó el almirante británico; se le había ensombrecido el rostro—. Esto sería...

—Perdóneme, señor, pero esto es exactamente lo que acordamos hacer. Si no entregamos las armas como acordamos, estaremos revelando sin querer nuestras intenciones. En este mismo instante tenemos en el interior a un hombre acercándose al antivirus.

—Con toda sinceridad, estaría firmando el envío de toda la nación a la edad de Piedra —afirmó Ben-Gurion.

—¿Y el antivirus con él? —cuestionó Thomas—. No estoy diciendo que nuestras alternativas hagan saltar de alegría a nadie aquí. Es decir, estamos pendiendo de un hilo, pero al menos es algo.

—Le puedo asegurar que mañana pagaré muy caro por esto —indicó Ben-Gurion.

—Mañana los ojos del mundo estarán en los muertos en aumento, no en unas cuantas armas nucleares perdidas. Es bien sabido que nuestro juego se basa en la esperanza de que ellos entreguen el antivirus. Ahora que sabemos que no tienen intención de hacerlo, nuestro plan aún tiene mérito. Si ponemos ahora los pies en polvorosa, dentro de una hora Israel será atacada con misiles.

—Entonces acabaremos con ellos.

—Comprendo que su mentalidad sea militar, general —expuso Thomas—. Pero créame, el virus hará parecer juguetes de plástico a su ejército. Comprenda esto por favor: usted no puede, bajo ninguna circunstancia, disparar sobre París o ningún sitio cerca de París. Si elimina sin querer el antivirus, dentro de diez días a partir de ahora este mundo solo tendrá una población de dos personas.

—¿A quiénes se refiere? —preguntó Gains.

—A los únicos dos que ya se han administrado el antivirus. Fortier y Svensson. La única posibilidad que tenemos los demás de sobrevivir es darle una oportunidad a mi hombre. Eso significa que seguimos el plan con una variante.

—¿Una variante? —exclamó el almirante británico arqueando la ceja izquierda.

—¿Podemos retrasar la entrega de armas?

—Eso lo controlamos desde aquí —anunció Kaufman.

—Entonces lo retrasaremos seis horas.

—¿Por qué?

—Mi hombre necesita ese tiempo.

—Ellos tomarán represalias —advirtió Ben-Gurion—. Usted mismo lo dijo.

—No si jugamos correctamente nuestras cartas. No si mi hombre tiene éxito. No si amenazamos con exterminar París.

—Creí que usted había dicho que no podíamos arriesgarnos a comprometer el antivirus.

—No podemos. Pero podemos poner en evidencia la trampa de ellos. Si la situación llega tan lejos, ellos sabrán que no tenemos nada que perder. No se arriesgarán a un desesperado lanzamiento final de nuestra parte. ¿Se quedó usted con diez misiles de largo alcance?

—Sí —respondió Ben-Gurion.

—Muy bien. Ellos podrían dudar de nuestra determinación, pero no dudarán de la de ustedes —expresó Thomas, luego se volvió hacia la ventana y miró el acorazado a babor.

Los amenazadores fusiles que sobresalían sobre el agua eran ahora juguetes inútiles en un juego en que se arriesgaba más de lo que pudieran imaginarse los fabricantes.

—No sé dónde aprendió estrategia, muchacho —dijo el almirante británico detrás de él—. Pero me gusta. Y hasta donde logro ver, es nuestra única opción.

—¿Almirante Kaufman? —preguntó Thomas sin volverse.

—Podría funcionar —admitió el hombre—. No veo alternativa.

—Entonces démosles algo en que pensar —dijo Ben-Gurion—. Estamos con usted.

—Gracias —respondió Thomas, volviéndose.

Francoamente, se sentía uno bien comandando hombres tras esta pausa de trece meses en la otra realidad. Estos podrían ser Mikil, Johan y William, a quienes comandaba. Thomas no sabía qué les había dicho el presidente Blair a estos hombres a fin de que accedieran a recibir instrucciones de alguien de veinticinco años, pero había funcionado.

—∞∞∞∞—

EL INTERCAMBIO tardó una hora más de lo previsto, pero para las cuatro de la tarde los arsenales nucleares de Estados Unidos, Gran Bretaña e Israel estaban en manos de los franceses a bordo de más de trescientos barcos que viajaban hacia sus costas.

Como pago, el USS Nimitz había recibido tres enormes cajones llenos de latas de

polvo que un equipo de virólogos de la Organización Mundial de la Salud confirmó rápidamente que contenían un antivirus, aunque no había manera de verificar su legitimidad por lo menos en diez horas. Aun entonces no sabrían su verdadera eficacia. Una prueba completa tardaría todo un día.

Además de los cajones, el portaaviones llevaba ahora los tres mil tripulantes que habían trasladado de la flota estadounidense.

Thomas había dejado su radio con Carlos como planearon. El arreglo no podía haber sido más claro. Tenía un espacio de doce horas. Si triunfaba, el hombre activaría el transmisor; en caso contrario, no lo haría.

No había habido señal del transmisor.

Las seis horas de retraso llegaron y se fueron. Thomas observó el reloj en la cubierta de observación, y con cada sacudida del minuterero las esperanzas se iban por un agujero.

Vamos, Carlos.

Quizás después de todo no había manera de cambiar la historia.

Kaufman entró al salón y se quitó la gorra.

—Estamos en una distancia confirmada de cinco minutos, luego empezaremos a perder una señal constante —informó, con la mirada fija en el reloj,

—¿Qué está esperando entonces, almirante? —presionó Thomas poniéndose de pie—. Envíe el mensaje, dispare los misiles y hunda los barcos.

—Al menos desaparecemos con un destello de gloria —enunció Kaufman con una sonrisa atravesándole el rostro.

—Quizás.

Thomas observó el desarrollo del plan sobre el hombro del primer oficial en la estación de radar. El mensaje enviado a Fortier era directo: Dispare una bala en represalia y los próximos diez tendrán a París como objetivo. No estaba redactado con tanta sencillez, pero el significado era el mismo.

Los misiles siguieron. Veintiséis en total, dieciocho misiles de crucero de baterías fuera de la Base Aérea Royal Lankershim en Inglaterra y ocho armas nucleares tácticas... gentileza de las fuerzas israelíes de defensa. Los objetivos eran directos e inequívocos: todo comando importante y toda instalación de control en y alrededor de los depósitos de almacenamiento nuclear rusos, chinos, pakistaníes e hindúes en el norte de Francia. No podían eliminar las armas sin arriesgarse a enormes detonaciones que arrasaban poblaciones civiles, pero, al menos de manera temporal, intentaron inutilizar el uso francés de su arsenal recién adquirido.

El almirante Kaufman dio tranquilamente la orden a través del intercomunicador. Tan fácil como decirle a su esposa que pronto llegaría a casa.

—Hundan los barcos.

La cubierta de observación se silenció. El aire se vició. Thomas mantuvo la

mirada fija en la cantidad de puntos rojos brillantes sobre la pantalla de radar. Cada uno representaba un barco cargado, incluyendo seis grupos de portaaviones totalmente repletos con naves de combate. La computadora los mostraba como señales firmes, en contraposición a patrones característicos que se iluminaban con cada barrida del radar,

—¿Está funcionando?

—Dele tiempo —contestó Ben—. Estas cosas no caen como piedras, no me importa cómo usted lo haga.

Por un momento nada sucedió.

—Detonaciones confirmadas —declaró una voz por el comunicador.

Cinco minutos, aún nada.

Luego titiló la primera luz.

—Barco hundido. Carguero israelí, el Majestic.

Mil millones de dólares en armas nucleares se dirigían al fondo.

Luego otro y otro. Comenzaron a titilar como velas apagadas,

—De vuelta a la Edad de Piedra —comentó Ben en voz baja.

—Habrán muchos más de donde vinieron estos —expresó Thomas—. Suponiendo que quede alguien para construirlos.

Aquí en el silencio de la cubierta de observación del portaaviones, la destrucción del arsenal nuclear del mundo se veía como algo en un juego de video, pero a ciento cincuenta kilómetros de distancia el océano ardía con trescientas llamaradas que se hundían lentamente. Se necesitaría mucho más que violentos encuentros al azar y el calor de explosiones convencionales para detonar las armas. Estas se hundirían intactas en el fondo del océano, en espera de rescate a la primera oportunidad posible.

Suponiendo que quedara alguien para rescatarlas.

Thomas observó la pantalla durante casi una hora, cautivado por una desaparición silenciosa de diminutas luces verdes.

Luego la pantalla quedó en negro.

Nadie habló por un momento.

—Thomas, acabo de comunicarme con el presidente —informó Gains asomando la cabeza en el salón—. Están enviando un avión a recogerte,

—¿A mí? —objetó él, volviéndose—. ¿Por qué?

—No lo dijo. Pero están enviando un F-16 con reabastecimiento aéreo de combustible. Quiere que regreses a toda prisa.

—¿Ni una pista?

—Ninguna. Pero ya se sabe la noticia.

—¿Ya sabe la prensa lo que hicimos aquí?

—No. La noticia acerca del virus. Los síntomas están extendidos en todas las ciudades afectadas —advirtió Gains, levantándose los anteojos de sol en la nariz—.

Ya ha empezado.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Estarán aquí en una hora.

—Entonces no tengo mucho tiempo, ¿verdad? —comunicó Thomas yendo hacia él.

—¿Qué vas a hacer?

—Dormir, Sr. Gains, Soñar.

UNA PUERTA se cerró de golpe encima de Thomas, despertándolo. Un grito apenas perceptible.

Abrió los ojos y observó en la insoportable oscuridad. Por un momento pensó que estaba en el barco, oyendo otra serie de disparos. Pero el frío y húmedo suelo debajo de él lo trajo de vuelta a esta realidad.

En el calabozo.

¿Cuánto tiempo había dormido?

Se volvió a oír el grito, ahora más fuerte. Se sentó y contuvo el aliento. ¿Chelise?

No, eso era imposible. Chelise estaba en manos de la tribu, a salvo.

¿O era ella? Ahora él estaba totalmente consciente. Carlos le había dicho que Johan venía hacia acá. ¿Por qué?

Por encima sonaron pasos. Una débil luz titiló por el corredor. Botas sobre las escaleras.

Thomas se puso de pie, perdió el equilibrio, cayó contra el muro y se esforzó por levantarse, Corrió hacia la puerta y agarró los barrotes. Luces de antorchas hacían brillar los húmedos muros de piedra. Venían por él.

Vio el conocido rostro de Woref, brillando a la luz de una antorcha que sostenía en el puño izquierdo. La mano derecha agarraba el extremo de una cuerda. Así que había llegado el momento. Tomó una profunda inspiración y retrocedió tras los barrotes.

Woref miró a través de los barrotes. Alguien más venía detrás de él... otro prisionero o guardia,

—El poderoso Thomas de Hunter —comentó el general—. Muy inteligente. Muy valiente. Recorrer todo este camino para nada. William está muerto.

¿William?

—Lo recuerdas. Alto. Ojos verdes. Un tonto endeble que habla demasiado, Me convenció de perdonar a la tribu a cambio de ti. Supongo que deberías estar orgulloso de él.

Perdonar a la tribu. ¿De qué estaba hablando? Thomas sintió que la sangre se le iba de las extremidades.

—¿Sorprendido? —inquirió Woref—. Imagina mi sorpresa al averiguar que ya te

habías entregado a cambio de los otros albinos. Tenías la seguridad de que estarías a salvo mientras tu ramera estuviera con la tribu.

A Thomas le giraba la mente en vertiginosos círculos.

—Parece que el intrépido comandante de los guardianes del bosque finalmente ha sido burlado —comentó Woref dándole un tirón a la cuerda.

Chelise apareció a tropezones, los labios temblorosos, las manos atadas. Algo puntiagudo, como uñas o una garra, le había dejado tres rayas de sangre en la mejilla derecha. Tenía los ojos desorbitados de terror y el mosto de su rostro estaba surcado con lágrimas.

Los pies de Thomas tambalearon. No podía pensar con rapidez.

—Creí que te gustaría verla antes de asearla y entregársela a su padre —anunció Woref.

Thomas se golpeó contra los barrotes.

—Chelise... Cielos, amada mía... —titubeó, luego se dirigió a Woref—. ¡Cómo te atreves a lastimar a la hija de Qurong!

—Todavía te preocupas por ella —contestó el general desvaneciéndosele la sonrisa—. ¿Crees de veras que la hija de Qurong corresponda alguna vez a tu lastimero amor? ¿No te dijo alguien que eres un albino? Ella me pertenece, ¡trozo inmundo de carne! Y te puedo asegurar que ha desaparecido cualquier duda que ella pudo haber abrigado hacia mí.

La terrible verdad del aprieto en que se hallaban envolvió a Thomas. Chelise apenas podía mantener abiertos los ojos. Una sola mirada al rostro pálido le hizo temblar los huesos a Thomas. Woref la había maltratado en formas imaginables.

Su ira contra Woref se desvaneció al observar a la princesa. Una terrible tristeza le recorrió el pecho.

—Chelise. Lo siento —exclamó con la visión nublada; se dejó caer de rodillas.

—Perdóname, mi amor, perdóname —gritó ella.

¡Ella estaba llorando por él! Él estiró la mano a través de los barrotes.

Un puño le golpeó el brazo adormeciéndole hasta el hombro. Woref se volvió y golpeó a Chelise en la mandíbula. Fue de espaldas contra el muro y gimoteó.

—¡No la lastimes, por favor! —rogó Thomas con los ojos inundados de lágrimas.

Esto no era lo que Woref había esperado. El amor de Thomas por Chelise, sí, pero no el amor de Chelise por él. El general temblaba de la cabeza a los pies.

Thomas arremetió contra el hombre a través de los barrotes. Su rostro se dio contra el frío bronce, pero logró poner una mano en la coraza de cuero del general.

Woref lanzó otro puño... no a Thomas. A Chelise. La golpeó en el costado y ella gritó de dolor.

Thomas retrocedió horrorizado,

—Por amar a mí esposa sufrirás una terrible y dolorosa muerte —amenazó el

general; luego agarró a Chelise por el pelo y la empujó delante de él, por el corredor.

Ella no era la esposa de ese hombre. Ella no lo amaba. Ella despreciaba a la bestia que la esclavizaría. Thomas sabía todo esto, Pero no podía hacer más que caer al suelo de piedra y llorar.

—∞∞∞∞—

JOHAN OBSERVÓ a los veinticuatro miembros de la tribu cabalgando en fila india por el rocoso paso del barranco. Suzan se hallaba en un sudoroso caballo a la derecha, y Mikil lo miró sobre el propio corcel que ella montaba. Habían pasado casi dos días desde que el ejército de las hordas los abandonara. Habían considerado seguir, pero sabían que todo lo que Thomas hubiera intentado ya se había hecho. Y ahora aquí estaba la prueba. Él se había cambiado por los veinticuatro sin saber que habían capturado a Chelise.

Mikil acababa de enterarse de lo de Chelise y se puso furiosa.

—¡Él la dejó al mando tuyo! ¡Firmaste la sentencia de muerte de nuestro Thomas!

—Dame el derecho de usar una espada y habríamos escapado. Woref se burló de nosotros —declaró Johan escupiendo a un lado—. Debí haberlo sabido.

—Es culpa mía —dijo Suzan—. Debí haber encontrado al ejército. Sinceramente, creímos que se habían ido.

—Ya está hecho —manifestó Johan—. La pregunta es cómo ayudamos ahora a Thomas.

Mikil lanzó un gruñido e hizo girar la montura. La tribu corría a encontrar a la familia. Ni siquiera se lo imaginaban.

—Como yo lo veo, solo tenemos una alternativa —expresó Johan.

—Te puedo decir que ningún rescate será fácil —opinó Mikil—. La ciudad está preparada contra nosotros. Si Thomas no está muerto ya, lo tendrán oculto en alguna parte que solo Woref conoce.

—Entonces moriremos en el intento —decidió Johan—. No podría vivir sabiendo que dejé que pasara esto.

—Estoy de acuerdo —concordó Suzan—. Es probable que William también esté en la mazmorra. O muerto.

—¿William? —exigió saber Mikil—. ¿Qué le sucedió a William?

Johan se lo contó. Solo podían suponer que él habría estado de acuerdo en traicionar a Thomas sabiendo que era inútil traicionarlo. William había salvado a la tribu. Era un alborotador cascarrabias, pero la sangre del Círculo le corría por lo más profundo.

—Déjame ver a Jamous. Debo bañarme y ensillar un caballo fresco. Entonces saldremos —dijo Mikil apretando la mandíbula.

QURONG SE puso de pie sobre la cama, mirando a su hija, quien dormía plácidamente. Estaba magullada y tenía un poco de sangre en el cuero cabelludo y en la mejilla, pero por lo demás estaba sana, dijo el médico. Woref se había encargado de que ella estuviera recién bañada y cubierta con most al llevarla al castillo, cargándola en brazos.

—Dejémosla dormir —pidió la esposa de Qurong estirando las sábanas sobre el hombro de Chelise.

Qurong la siguió al pasillo.

—¡La han martirizado! —susurró Patricia con dureza—. ¡Cualquier tonto puede ver eso!

—Estuvo en cautiverio con los albinos. Por supuesto que la martirizaron. Pero estará bien. Lo verás. Probablemente estará en pie esta tarde, corriendo hacia la biblioteca o algo así. Es una mujer fuerte, como su madre.

—No estoy segura de que esto sea obra de los albinos. ¿Desde cuándo martirizan ellos a sus prisioneros?

—Que sepamos, quizás se cayó de un barranco. En el desierto suceden cosas. Woref cree que se podría haber caído de un caballo —anunció Qurong, quien llegó a las escaleras y se detuvo—. Ella está a salvo. He recuperado otra vez a mi hija. Ahora déjame ir a ver qué puedo hacer para mantenerla a salvo.

—Creerías a una cabra que te dijera lo que quisieras oír —cuestionó Patricia—. Mi hija no se deshonraría a sí misma. Les hablaré contigo.

Él empezó a objetar pero luego decidió que podía usar a su esposa. No sabía qué pretendían probar Woref y Ciphus, pero mejor dos contra dos.

El sumo sacerdote y el comandante de los ejércitos los esperaban en el comedor como les ordenaron. Se hallaban parados al pie de la larga mesa cuando Qurong abrió la puerta. Los dos inclinaron la cabeza con respeto.

El rostro de Woref había recibido arañazos. De tres delgadas líneas en la mejilla le salía sangre a través del most. Si Qurong no se equivocaba, también le habían amoratado un ojo. Todo esto desde que trajeron temprano a Chelise. ¿Había golpeado a su comandante?

—Veo que se han tomado la libertad de comer mi fruta —declaró Qurong.

—Nos dijeron que...

—Está bien —dijo él agitando la mano a Ciphus—. Mi casa es su casa. Al menos cuando son invitados.

Patricia entró y ellos volvieron a hacer reverencia, por respeto a Qurong, no a la esposa. Si ella hubiera llegado sola la habrían tratado como a cualquier otra esposa. Patricia nunca había aprobado la costumbre, pero su indignación no había cambiado nada. Los hombres eran honrados sobre las mujeres; siempre había sido así.

—¿De qué se trata esto? —exigió saber Patricia.

Woref miró a Ciphus, quien asintió. La serpiente siempre se sometería pensó Qurong. Su trasero era su única reliquia, y él lo cubriría bien.

—Hay algunas cosas que usted debería saber, mi señor —contestó Woref—. Me tomé la libertad de aconsejar a Ciphus antes de acudir a su majestad.

—Sí, por supuesto. Digan lo que tengan que decir.

—Es la condición de su hija. Le puedo asegurar después de traerla a la seguridad, que no es ella misma. Temo que haya sido embrujada por el Círculo. No sé por medio de qué clase de tortura o brutalidad, pero despertó una vez gritando terribles mentiras. Le han interferido la mente.

—¿Qué clase de mentiras? —exigió saber bruscamente Patricia.

—Mentiras de toda clase. Me acusó de capturarla cuando, desde luego, fueron los albinos quienes la capturaron. Afirmó que la golpeé y la arrastré del cabello, algo que no pensaría en hacerle a mi novia. Cree que los albinos son sus amigos y que nosotros somos sus enemigos.

—No sea ridículo —objetó la esposa—. Si ella afirma que usted la golpeó, ¡yo creería a mi hija! ¿A cuántas mujeres ha golpeado antes, Woref?

Él miró a Qurong, asombrado por la acusación.

—Eso apenas importa, se lo aseguro. ¡Ella está hechizada! —exclamó con el rostro enrojecido—. ¡Cómo se atreve a acusarme de maltratar a la mujer por la que moriría!

Se miraron fijamente, desconcertados.

—Ciphus, ¿qué piensas de este hechizo? —intervino Qurong—. ¿Es posible?

—La mente es un asunto delicado, propenso al engaño. Sí, creo que es posible. No me sorprendería en absoluto. Dele tiempo y volverá en sí. Su corazón está en algo más, por supuesto. Los pecados de la mente son domables. No así los del corazón.

—Yo todavía no confío en usted —dijo Patricia, mirando a Woref—. Ha de tener algo de paz, si quiere ser mi yerno, más le valdría aprender cómo corregirlo. Y si alguna vez llega a tratar a mí hija como hace con otras mujeres, yo misma me encargaré de que lo ahoguen.

Por un momento Qurong se preguntó si Woref perdería el control de sí mismo. Esto era lo que su esposa quería, desde luego. Ella haría lo que fuera necesario porque el hombre le debiera gratitud; luego usaría la ventaja como quisiera.

—Bienvenido a la familia —declaró Qurong sonriendo—. Y que conste, que estoy de acuerdo con mi esposa. Si le tocas un cabello, te ahogaré, Woref.

Hizo una pausa.

—Pero estoy seguro de que no han venido simplemente por preocupación hacia Chelise. ¿Por qué exactamente estamos aquí? Yo creía que estaban tan contentos como yo. Tenemos a Thomas, y ahora que sabemos cómo piensan los albinos,

influiremos en él para poner de rodillas a todo el Círculo. Chelise está a salvo. Todo está bien.

Woref parecía no poder hablar. Ciphus contestó por él.

—Mi señor, hay otro asunto que usted debería considerar. La mente de su hija es una cosa, como digo. Pero si ella ha cometido traición...

—¡No quiero oírlo! —vociferó Patricia, empezando a irse hacia la cocina; luego se volvió—. Si se atreven a sugerir que mi hija siente algo por esa bestia espantosa, les cortaré la lengua. Ella nunca podría amar a un albino. ¡Nunca!

—Por supuesto que no. Porque si lo hiciera tendría que pagar el precio requerido por la ley.

—¡Ya oyeron a mi esposa! —exclamó Qurong—. ¡Chelise es incapaz de amar a un albino! Si lo hiciera, yo mismo la ahogaría. ¿Van a continuar con esta ridiculez?

—Solo estoy cumpliendo con mi deber como sacerdote real, mi señor —manifestó Ciphus haciendo una reverencia—. También para que recuerde que ninguna ley está sobre la ley de Elyon, como lo saben todos en las hordas.

—Muy bien. ¿Ya está?

Woref estaba furioso, lo que le extrañó a Qurong. Sin duda había sido poco comunicativo. Ninguno de los dos le contestó.

—¡Entonces fuera! ¡Los dos! No quiero volver a oír una palabra de esto.

Ellos retrocedieron, hicieron una reverencia y salieron del salón.

—¿Cómo se atreven? —cuestionó bruscamente la esposa de Qurong,

—Se atreven porque son más poderosos de lo que podrías comprender —contestó el líder—. Esta religión y este Elyon, podrán ser un montón de tonterías, pero solíamos usarlos a nuestro favor para controlar al pueblo. Esto o pena de muerte, eso o pena de muerte... todo un sistema único de amenazas y recompensas dictado por algún dios que no podemos ver, Ciphus es lo único que las personas ven. Su palabra es casi tan poderosa como la mía.

—¡Entonces es hora de deshacerse de él!

—¿Para que el pueblo se deshaga de mí?

—¡Tú tienes un ejército! Somete al pueblo.

—¡El ejército es el pueblo! He puesto a Elyon por encima de mí, y así lo prefieren ellos. Se sienten menos cautivos. Están sirviendo a un dios, no a un hombre —dijo Qurong, luego agarró una pera verde y le dio un mordisco—. El poder siempre está en la balanza, esposa mía. Ya no tengo el poder de alterar ese equilibrio. No, si eso actúa en mi contra.

EL GUARDIA abrió la puerta que conducía al calabozo mientras Woref aún estaba a más de tres metros de distancia. Cincuenta antorchas resplandecían en la medianoche, iluminando el perímetro de la estructura y el sendero hacia la única entrada. Si los albinos vinieran ahora por Thomas deberían enfrentarse a más de trescientos de los mejores guerreros de las hordas. Aun así, no había manera de entrar a la celda de Thomas, Woref tenía la única llave, y ninguna clase de pólvora que los guardianes del bosque usaran, haría volar los barrotes.

El general se detuvo bajo el grueso dintel de la puerta y descendió el largo tramo de escaleras. El guardia detrás de él.

—Espera aquí —ordenó, agarrando una antorcha; recorrió el estrecho corredor, pisando fuerte sobre el suelo de piedra.

Había un terrible riesgo en este plan que se le ocurrió, pero en el momento en que Chelise había pronunciado esas palabras, Perdóname, mi amor, perdóname, Woref juró hacerla cambiar. O matarla.

Thomas ya no le preocupaba. Lo utilizarían, lo destrozarían, lo ahogarían. Nada de eso cambiaría nada. El amor de su novia era lo único que importaba ahora. Comprendió que todo su propósito de vida estaba dirigido hacia este día. Toda su vida se reduciría a ganar o perder su amor.

Con el tiempo podría persuadir a Chelise para que se sometiera a él. Pero mientras esta amara a Thomas, el afecto de ella estaría comprometido. Y si mataba ahora al albino, solamente conseguiría que él viviera en la mente de ella, persiguiendo a Woref por siempre.

No podía matar a Thomas. No todavía.

Pero podía usar al albino para asegurarse el amor de Chelise. Woref descendió rápidamente y con ansiedad el segundo tramo de escalones. Ciphus había aprobado el plan por sus propios motivos, concretamente para salvarle la vida a Chelise. Si ella rechazaba públicamente a Thomas y abiertamente aceptaba a Woref, estaría resuelto el asunto del corazón de la joven.

El general oyó que el prisionero arrastraba los pies en medio de su celda. ¿Esperando tal vez otro vislumbre de su querido amor?

«Tú y los de tu clase sois lo peor que la vida tiene para ofrecer. Y cuando haya terminado de avasallarte bajo mis pies dedicaré mi vida a acabar con los demás».

Thomas se hallaba en medio de la celda, mirando expectante cuando Woref se detuvo detrás de los barrotes. Su mirada se dirigió a la derecha de Woref, luego regresó al ver que el corredor estaba vacío.

Woref caminó de un lado para otro, principalmente para sofocar su impulso de abrir la puerta y matar al hombre allí mismo. Parpadeó para quitarse el sudor que se le filtraba a los ojos.

—Tú y tu precioso Círculo estáis acabados, Thomas. Estoy seguro de que ahora comprendes eso —expresó Woref; el albino solamente lo miró—. El problema es que malinterpretas sentimientos enfocados simplemente en satisfacción personal. Afecto, lealtad, amor. Tus amigos vendrán a ayudarte, ligados por el honor, pero solo hallarán sus propias muertes. Usaremos esa equivocada sensación del deber para nuestro beneficio.

Aún no hubo reacción.

—No puedes salvar a tus amigos, pero puedes salvar a Chelise.

A Thomas se le movieron los ojos.

—La amas. Puedo ver eso —expresó Woref sintiendo náuseas por sus propias palabras, pero continuó—. Y si la amas, me gustaría creer que te interesaría salvarle la vida.

—La amo —manifestó por fin el albino—. Más que a mi vida.

—¡No me interesa tu vida! —bramó Woref; luego se calmó—. ¿Sabes qué precio pagará ella por este sentimiento herético al que la arrastraste? La has sentenciado a muerte. Es nuestra ley.

—Qurong no matará a su propia hija. Ella no admitirá abiertamente su amor por mí. Y su padre la creerá antes que a ti.

—¡Entonces la mataré! —vociferó Woref mientras temblaba, pero no le importó; dejaría que el chacal supiera la verdad—. Solo el mismo Elyon sabe cuán desesperadamente necesito a esta mujer. Si ella no me ama, entonces no amará a ningún hombre. Le arrancaré la lengua y se la tiraré a los perros.

El temor corrió lentamente por el rostro del albino.

—No lo harás —dijo—. Estás demasiado obsesionado con tu propia vida para arriesgarla.

—Lo haré. Hay maneras de matar que no se pueden rastrear. Te puedo asegurar que la muerte de Chelise será brutal.

La boca de Thomas se movió hacia abajo y comenzó a temblar. Su respiración era leve.

—Sabes que soy capaz de esto. Es más, sabes que me encantaría hacerlo —continuó Woref, sonriendo.

Ahora Woref podía oír en el estrecho corredor la respiración de los dos, fuerte e irregular. Lo que estaba diciendo había abatido la mente de Thomas.

El general no había esperado sentir tanto placer.

—Si Chelise aún te ama dentro de tres días, morirá. Solo tú puedes salvarle la vida. He dispuesto que pases tiempo con ella por la mañana. Nadie lo sabrá. Te daré esta oportunidad única para cambiarle la mente y el corazón.

Las palabras del individuo flotaron en el aire entre ellos. Y su significado surtió el efecto buscado. De los ojos del albino brotaron lágrimas que le bajaron por las mejillas. Se le contrajo el rostro. Lentamente levantó las dos manos, se agarró el cabello, y comenzó a llorar en silencio.

Woref sonrió.

No había nada más que decir, pero él estaba petrificado por esta escena de tan terrible tristeza. Thomas amaba tanto a la mujer como se amaba a sí mismo. ¿Y qué podría decir el albino? Nada. Estaba ridiculizado. Atrapado.

Tendría que hallar una manera de convencer a Chelise de que él ya no la amaba.

—Estaré escuchando y observando. No creas que me puedes engañar —declaró Woref, se volvió y se alejó de la celda.

Cuando Woref se hallaba en la mitad del segundo corredor comenzaron los sollozos del albino.

LO HABÍAN metido al rincón más oscuro y más frío de la realidad y lo dejaron allí para que se pudriera. El único sonido eran sus propios sollozos y los prolongados gemidos que en vano intentaba contener. No podía ver... ni los muros, ni el helado suelo de piedra, ni los dedos, aunque los colocara a dos centímetros de los ojos. El cuerpo le temblaba y la mente se negaba a dormir.

Pero todo esto era un paraíso comparado con el infierno en que se sumió el corazón de Thomas.

Perdió la sensación del tiempo. Había tinieblas, frío y sufrimiento. ¿Cómo podía hacer lo que Woref había exigido? Especuló sobre cien maneras de salvar a Chelise sin destruir el amor de la joven. El amor de él. Pero no encontró una sola en que pudiera poner su confianza.

Con Woref o sus conspiradores escuchando, observando, el más ligero avance que Thomas hiciera resultaría la muerte de ella. A Chelise no se lo dirían, desde luego. La joven lo vería y correría a abrazarlo, y él tendría que alejarla. Woref deseaba ver que Thomas destrozara el corazón de la hija de Qurong de modo que ella pudiera recibir el amor de Woref.

Thomas se veía obligado a hacer que ella lo despreciara. Esta era la única manera de salvarle la vida.

¿Pero qué podía él hacer para que ella lo despreciara? La respuesta le llenó el cuerpo de lágrimas.

Ahora Thomas no quería nada más que dormir. Soñar, Cualquier cosa que lo arrancara de esta agonía. Entre tanta ira, Woref se había olvidado de hacerle comer la fruta. Si solo pudiera morir del virus y nunca más despertar, Si hubiera una fruta de rambután en la otra realidad que él pudiera comer para no tener que regresar aquí a destrozarle el corazón a Chelise.

Pero cuanto más trataba de cerrar la mente, esta se sublevaba más en desesperación por encontrar un rayo de luz. Una hebra de esperanza.

No se le ocurrió nada.

Finalmente se recostó de espaldas, mirando a la oscuridad. Nada sucedió por un tiempo muy, pero muy prolongado.

Y entonces le llegó un sonido. El sonido de botas.

—∞∞∞∞—

—¿POR QUÉ la puerta trasera? —objetó Chelise.

—Entiendo que tu padre desea que nadie te moleste —explicó Ciphus, abriendo la puerta de la biblioteca—. Supongo que él sabe que algunas personas podrían oponerse.

—No entiendo —expresó ella entrando al pasillo—. Un poco de tiempo a solas con los libros de historias podría aclararme la mente, sí, pero no veo por qué alguien se opondría.

—¿Dije a solas, querida?

¿Thomas?

Ciphus tenía una sonrisa de complicidad.

¿Había papá dispuesto que ella viera a Thomas? No, ¡eso no tendría sentido!

—¿Qué está pasando, Ciphus? —preguntó Chelise deteniéndose—. ¡Exijo saberlo!

—No puedo indicarlo con seguridad. Solo me dijeron que te trajera aquí y te pidiera que esperaras con los libros. Tu padre entiende que pasarás el resto del día en la biblioteca. ¿No te sientes suficientemente bien para hacerlo?

—Me siento bien. Eso no explica todo este secreto.

—Por favor, Chelise, estos no son asuntos míos.

Ciphus abrió la puerta que conducía a un enorme salón y entró. Chelise lo siguió. La última vez que estuvo aquí había sido con Thomas, Los recuerdos la calmaron como un cálido bálsamo.

Ciphus se volvió para salir.

—¿Sabe Woref que estoy aquí?

—¿Woref? Imagino que está con tu padre. El día de tu boda requiere algo de planificación.

—Mi madre me dijo precisamente esta mañana que no me casaría con nadie que yo no apruebe. Y no apruebo a Woref.

—Quizás por eso es que tu padre estuvo de acuerdo en que estuvieras aquí. Tal vez es el lugar más seguro para ti. Woref no tomará un rechazo a la ligera. Permite que te calme la paz de este salón. Aquí estás tan segura como en el castillo.

Ciphus salió. Chelise estuvo de acuerdo en venir porque su madre la estaba desesperando y las criadas la estuvieron mirando embobadas como si ella se hubiera levantado de entre los muertos. Su mente estaba con Thomas y no soportaba estar caminando por el castillo pensando en él.

Ahora se preguntaba si habría cometido una equivocación. Aquí no había entrometidos mirándola, pero este salón con todos estos libros la hacían sentir vacía.

Sola.

Chelise fue al escritorio y miró el libro que Thomas había tratado de enseñarle a leer. Ella no podía leerlo porque estaba diseñado para ser leído por aquellos cuyos ojos fueran abiertos. Le sorprendió que ahora pudiera aceptarlo con tanta facilidad.

Debía tener cuidado. Thomas estaba en la mazmorra... el pensamiento la indispuso. Pero no podía arriesgar su vida intentando asegurarle la liberación. Woref lo sabía. Un temblor le bajó por la columna vertebral y cerró los ojos. Ahora el aprieto de los dos era desesperado. El único hombre que la amaba de verdad se hallaba sellado en una tumba y ella no tenía voluntad para vivir sin él. Si Thomas no estuviera preso, ella simplemente huiría. Hallaría al Círculo, se sumergiría en el estanque rojo y encontraría una nueva vida.

Pero si huía ahora, lo matarían. Y si ellos se enteraban de lo que ella sentía por él, los matarían a ambos.

Le dolió la cabeza. Se había cubierto los moretones con most, pero el dolor de la paliza tardaría algunos días en desaparecer. Su madre parecía convencida de que los albinos la habían maltratado. Con Thomas en el calabozo, Chelise no estaba segura de qué hablar con ella.

Sacó la silla y empezó a sentarse, cuando de pronto se abrió la puerta.

Thomas entró.

La puerta se cerró detrás de él. Con seguro.

La sangre se escurrió del rostro de la princesa. ¿Habían traído aquí a Thomas? El rostro de él estaba lívido y los ojos rojos, pero no se hallaba herido o lastimado.

Ella miró alrededor. El salón estaba vacío, desde luego. Y la puerta cerrada.

—¡Thomas! —exclamó corriendo hacia él, con lágrimas brotándole de los ojos.

Él no la miraba. Algo debía estar mal.

—¿Qué te han hecho? Lo siento...

—Aléjate de mí —dijo él, levantando la mano.

Ella se detuvo.

—¿Qué... qué quieres decir? —preguntó ella, mirando hacia la puerta; ¿estaría escuchando alguien?—. ¿Están oyendo?

—¿Cómo podría saberlo yo? No importa. Me ofendes.

Chelise fue hasta él y le agarró el brazo.

—Están escuchando, ¿verdad? ¡Woref está haciendo de las suyas! —susurró ella rápidamente; él parecía muy triste, y totalmente consumido; ella se abatió—. Woref me sacó del campamento. No tuve nada que ver con esto. ¿A qué diablos te refieres con que te ofendo?

Los ojos de él se le humedecieron. Una lágrima se le filtró por la esquina del ojo izquierdo y le bajó por la mejilla. Ella alargó una mano temblorosa para secarla.

—Por favor, si no te importa, no te acerques —dijo él, alejando bruscamente la

cabeza—. Tu aliento.

Las palabras de él le traspasaron el corazón como una espada. ¡Él no podía querer decir eso! ¡Lo estaban obligando!

Él se alejó de ella y fue hasta uno de los estantes. Sus pasos eran irregulares y parecía como si fuera a derrumbarse.

—Lo siento, Chelise. Me pidieron que viniera a transcribir los libros. No sabía que estabas aquí, pero ya no te puedo ocultar la verdad.

—¿Qué verdad? —exigió saber la muchacha—. ¡Ciphus me trajo sabiendo que tú estarías aquí! Nos están obligando...

—¡Basta! —la interrumpió él con brusquedad—. Por supuesto que sabían que estabas aquí. Te trajeron solo porque creen que es justo que te diga la verdad acerca de mí. No los culpo.

Él la miró, con expresión fría. Había un temblor en su voz.

—¿Tienes alguna idea de cuán pútridas nos huelen las mujeres encostradas? ¿Dejaste de preguntarte cómo pudimos permitir que permanecieras en nuestro campamento por tanto tiempo? ¿Observaste cómo los demás desaparecían constantemente en busca de aire fresco? ¡Te utilizamos! —balbuceó él—. Necesitábamos influenciarte.

—¡Mientes! Estás aquí de pie temblando como una hoja e intentando persuadirme de que no me amas. Pero he mirado en tus ojos y te he sentido el corazón, ¡y nada de esto es verdad!

Por un prolongado momento solo se miraron uno al otro, y Chelise creyó que él se iba a quebrantar y a correr hacia ella.

—Cree lo que quieras. Solo conserva la distancia. No quiero lastimarte más de lo que ya hice. Hasta una mujer encostrada merece respeto —declaró él, se volvió hacia el estante y sacó uno de los libros.

La mente de Chelise retrocedió a sus momentos en esta misma biblioteca solo una semana antes. A la poesía que él le había recitado mientras creía que ella estaba dormida. A los largos días viajando juntos a caballo. A la primera vez que él la había besado.

Ella sabía que estaba mintiendo. ¿Por qué?

A menos que... Lo que él expresaba tenía algo de sentido. ¡Pero ella no lo creería! Ningún hombre podía mostrar la clase de afecto que él le había mostrado mientras estuviera fingiendo. Él había llorado sobre ella.

Chelise no sabía cuál era el juego de él, ni por qué lo estaban obligando a hacer esto, pero decidió seguir el juego.

—Está bien. No me amas; puedo aceptar eso. Apesto hasta lo máximo y me encuentras repulsiva. Estás hablando sin tapujos y siendo claro. Eso no cambia el simple hecho de que te amo, Thomas de Hunter.

Ella le volvió la espalda, fue al escritorio y se sentó. Aún desde aquí ella pudo ver las lágrimas en las mejillas de él.

—Quizás deberíamos empezar desde el principio. Te ganaste mi amor. ¿Qué debo hacer yo ahora para ganarme tu amor?

—¡Nada! —gritó él mirándola, con el rostro rojo amor—. ¡Déjame! Encuentra un encostrado y ámalo.

—No, no lo haré. No te creo —afirmó ella cruzando los brazos.

—Entonces eres una tonta. Amas a un albino que crees que te ama, pero no es así. Te ahogarán por este encaprichamiento equivocado de adolescente con un hombre que nunca te podría amar.

Las palabras de él eran tan cortantes, tan terribles, que ella se preguntó si después de todo le podría estar diciendo la verdad. Y aunque no lo estuviera haciendo, muy bien podría ser así. Cualquier amor que pudieron haber compartido se acababa ahora.

—Aún no te creo —contestó ella; pero mientras lo decía comenzaron a bajarle lágrimas por el rostro.

Ella lo miró, vencida de repente por las palabras de él.

¿Y si esas palabras son ciertas, Chelise? ¿Y si el único amor que has conocido resulta ser un amor falso, y si el amor que conocerás es un amor tan brutal que te hunda contra el suelo? Entonces no hay verdadero amor.

Thomas seguía leyendo el libro que tenía en las manos. O estaba tan abatido por sus propias palabras que no podía continuar con su payasada, o ella no le importaba de veras y ahora estaba desinteresado.

Gradualmente Chelise dejó de llorar. No iba a salir de este salón sin saber toda la verdad. Él solo leía el libro, negándose a mirarla.

A ella se le ocurrió una idea.

—Si me ahogara en uno de tus estanques rojos y me volviera albina como tú, ¿me amarías entonces?

Él le volvió la espalda y se apoyó en el librero.

—Si no apestara, ni me viera tan pálida, ¿podrías soportar entonces tocarme la piel?

Nada.

—¡Contéstame! —gritó ella, golpeando el escritorio con la palma—. ¡Deja de fingir que estás leyendo ese libro y háblame! Existe un estanque rojo en el costado norte del lago, ¿sabes? Yo podría correr allá ahora mismo y sumergirme. ¿Cambiaría eso tu opinión?

Thomas la miró.

—¿Existe? —preguntó él, parpadeando.

—Sí, existe. Es lo único que queda del lago original. Lo han cubierto con rocas para que no se pueda ver, pero he oído que se trata de una corriente subterránea.

Tendríamos que quitar las rocas. ¿Te satisfaría eso?

Por un momento él pareció totalmente desprevenido. Luego apretó la mandíbula. Pero las lágrimas volvieron a fluirle.

—Por favor, Thomas —rogó ella parándose y yendo hacia él—. Por favor, te lo suplico. No puedo creer...

—¡Basta! ¡Madura! ¡No te amo! —gruñó él; su mirada era tan feroz que ella apenas lograba reconocerlo—. Nunca podría amarte después de utilizarte.

Eres un trapo usado.

Chelise sintió que le flaqueaban las piernas. Él muy bien podría haberla taladrado con una flecha. Ella no se podía mover.

Él metió a la fuerza el libro en el estante, se fue hacia la puerta y giró la manilla. Estaba cerrada. Golpeó la tabla con la palma.

—¡Abran esta puerta! ¡Déjenme salir!

No sucedió nada. Volvió a golpear la puerta y luego regresó. Chelise se sentía entumecida. Aún pensaba que no podía creer a Thomas, pero no le quedaba nada más en que creer.

Él se fue al rincón, se sentó en el piso y se puso la cabeza entre las manos. Los hombros le temblaban ligeramente.

Chelise volvió al escritorio y se sentó. Te deberías ir ahora, se dijo.

¿E ir a dónde? ¿A Woref? ¿Al castillo donde Qurong le planeaba la boda? ¿A morir en el desierto? Bajó la cabeza sobre el escritorio, cerró los ojos y comenzó a llorar.

Permanecieron así por largo rato. Era imposible ver si él pensaba en su propio fracaso en este complot del que había hablado, o si pensaba en ella.

Apenas importaba ya. De cualquier manera ella estaba muerta.

Un golpe en la pared la sacó de su profundo abatimiento. Abrió los ojos.

Otro golpe. Luego otra vez, tas, tas.

Ella levantó la cabeza. Thomas se hallaba en el rincón, golpeándose la frente contra la pared.

Tas, tas, tas.

Luego más duro. De repente durísimo.

Toda la pared se sacudió con el impacto de la cabeza del hombre.

Carlos entró a la oscura celda y cerró la puerta detrás de él.

Encendió la luz. La camilla en que estuvo Thomas se hallaba vacía. Aún le era imposible concentrar la mente en esta situación, pero había decidido que Thomas tenía razón: Fortier no tenía intención de dejar intacta ningún enclave del mundo musulmán.

Fue hasta el gabinete y abrió la puerta. No estaba seguro de por qué Fortier le había pedido que observara el intercambio desde el control remoto de la granja, pero con cada hora que pasaba se ponía más nervioso. El francés había puesto excesivo énfasis en la necesidad de que Carlos se quedara.

Equivalía a una orden. El intercambio estaba ahora en marcha y Carlos había resuelto finalmente que ya no podía esperar más. Si debía actuar contra Fortier tendría que hacerlo ahora.

Sacó la metralleta Uzi y tres cargadores extra. Dos granadas.

Se desabotonó la camisa y se colocó dos de los ganchos en el cinturón. El sarpullido en su estómago le había subido al cuello y a los brazos. Los síntomas del virus se extendían ahora más allá de las ciudades. Dentro de cuatro días no habría un individuo vivo sin los puntos rojos. En una semana medio mundo podría estar muerto.

Se abotonó la camisa, agarró un cargador plástico con un detonador, se los metió en el bolsillo y cerró el gabinete.

Si Fortier no le hubiera ordenado quedarse tal vez habría podido coger a Svensson como sugiriera Thomas. Pero si mostraba sus intenciones saliendo en contra de las órdenes se acabaría su utilidad. No tendría oportunidad de cazar a Svensson. El hombre sencillamente desaparecería.

Carlos fue a la puerta y deslizó el seguro. Tan pronto como Carlos intentara salir del complejo, el francés daría pasos para proteger el antivirus, pero había algo que podría intentar. Una última acción desesperada para corregir algo de la injusticia que había traído sobre su propio pueblo.

Se colgó el arma en el hombro y sacó la pistola. Obrando por hábito, enroscó el silenciador en el cañón y revisó la recámara.

El pasillo estaba vacío.

Anduvo rápidamente, ansioso ahora por hacer lo que mejor sabía. Hay una razón para que usted me contratara, Sr. Fortier. Le mostraré ahora esa razón. Carlos subió las escaleras. El primer guardia que vio era un francés pequeño y grueso que no había aprendido a sonreír. El hombre lo vio casi inmediatamente, levantó la radio hasta la boca. Carlos le atravesó la radio con una bala que le salió por detrás de la garganta abierta.

Evitó pisar al hombre y fue hacia la puerta trasera.

El segundo guardia miraba la entrada desde la puerta. La bala le dio en la sien cuando se volvía. Cayó de lado. Ningún sonido más que el conocido ¡puf! de la pistola y el amortiguado chasquido de la bala al golpear el hueso.

Pero el sonido bien pudo haber sido una sirena para los tres adiestrados hombres al lado del Jeep. Giraron al unísono, con los rifles listos.

Carlos prefirió salir del complejo sin darles la oportunidad de que informaran de su partida. París sabía que algo andaba mal cuando la granja no se identificara en quince minutos, pero quince minutos eran prácticamente toda una vida en situaciones de esta naturaleza.

Mantuvo apuntada la pistola, examinando la escena. Movimiento. Disparó a dos de los guardias mientras corría por la puerta. Ejecutó una voltereta.

El tercer guardia intentó gritar y se las arregló para apretar el gatillo de su rifle automático antes de que Carlos pudiera levantar la pistola.

Una lluvia de balas golpeó la pared encima de Carlos. Peor aún, el repiqueteo del rifle resonó por todo el complejo con suficiente volumen para despertar a París entero.

Metió dos balas por el pecho del guardia. El dedo del hombre sostuvo el gatillo mientras caía hacia atrás, lanzando disparos al cielo. Luego el arma se silenció.

Cabía la posibilidad de que el operador de comunicaciones en el sótano no hubiera oído nada, pero posiblemente, sí los guardias en el perímetro.

Se metió al Jeep, arrancó el motor y levantó su radio.

—Tenemos una situación en el costado sur. Repito, costado sur. Los estadounidenses están llegando con una pequeña fuerza de ataque.

Dejó la radio en el asiento y presionó el acelerador a fondo.

—Aquí Horst en el costado sur —gritó una voz—. No los veo. ¿Dijo usted costado sur?

Carlos hizo caso omiso de la pregunta. Solo necesitaba suficiente confusión para retrasar las acciones de los dos guardias en la puerta. Rugió rodeando la esquina y se dirigió directo hacia ellos. Uno tenía los binoculares enfocados al sur.

Carlos se detuvo a veinte metros, abrió su puerta y plantó un pie en tierra, saliendo.

—¿Alguna señal?

—Disparos...

Carlos le disparó primero al que tenía los binoculares, El otro oyó la pistola con silenciador pero no pudo reaccionar con suficiente rapidez para salvar su vida.

Esto es lo que puedo hacer, Sr. Fortier. Esta es solo una parte de lo que puedo hacer.

Corrió hacia la puerta, pulsó el botón rojo que la abría y volvió al Jeep.

Cuando Carlos volvió a mirar su reloj, vio que habían pasado exactamente dos minutos desde que disparara la primera vez hasta que se introdujo en la larga entrada que llevaba a la carretera principal.

París estaba a dos horas por las vías principales. Cinco por vías alternas. ¿Y Marsella? Llegar ileso a su destino sería su mayor reto, Si se las arreglaba para lograrlo tendría una excelente posibilidad de completar su misión.

—∞∞∞∞—

ARMAND FORTIER miró a los trece hombres sentados alrededor de la mesa de conferencias. Había prometido el mundo a estos individuos. Dignatarios de Rusia, Francia, China y otras siete naciones. Ninguno de ellos viviría más de una semana.

—Les puedo asegurar que esto no tiene consecuencias. Sabemos que al menos los estadounidenses y los israelíes nunca entregarán sus armamentos.

Nuestro objetivo desde el principio era amenazarlos, no tomar sus armas. Sencillamente los pusimos en una situación en que se sintieran seguros haciéndolo.

—¿Y ahora usted insistirá en que también esperaba que ellos destruyeran...?

—Por favor —interrumpió exasperado al ruso—. No, no vaticinamos esta precisa reacción. Para ser sincero, esperaba más. Nada de esto importa.

Están encajonados. La única arma que ahora importa es el virus, y nosotros lo controlamos. A decir de todos, la partida se ha desarrollado a la perfección.

Se puso de pie.

—Estoy seguro de que ustedes están ansiosos de completar nuestros arreglos para el antivirus. Muy pronto, pero en este momento soy necesario en otro lugar. Si necesitan algo en las próximas horas, no duden por favor en pedirlo.

Salió sin volverse a mirar, Era la última vez que planeaba ver a cualquiera de ellos.

Fortier caminó con paso firme por el pasillo. Durante años había ensayado este día. Había estudiado con sumo cuidado sus propios gráficos y discutido indefinidamente las posibilidades. El resultado siempre había sido seguro. Siempre había sabido que si pudiera tener en sus manos el virus adecuado, el mundo sería suyo para manipularlo.

Pero en realidad nunca había corrido riesgos tan elevados. Por primera vez miró los informes que salían de los monitores de televisión y se preguntó qué había hecho.

Había hecho lo que pretendía, por supuesto.

Sin embargo, ¿qué había hecho en realidad? Más de seis mil millones de personas estaban infectadas con un virus letal que las mataría dentro de una semana si su antiviral no se distribuía en las próximas cuarenta y ocho horas.

La emoción era apenas razonable.

Una vez leyó que Hitler experimentó a menudo reacciones físicas profundas ante la euforia que sentía cuando ejercía su poder. Había exterminado a seis millones de judíos. ¿Quién pudo haber imaginado el poder que Armand tenía ahora en su mano?

Dios.

Pero no había ningún dios. A efectos prácticos, él era Dios.

Fortier entró a un pequeño salón al final del pasillo y levantó un teléfono negro.

Estaba experimentando la emoción de un dios. Pero con el poder venía una inmensa responsabilidad, y fue esto lo que le hizo preguntarse qué había hecho. Así como Dios se debió haber preguntado por qué creó humanos antes de enviar un diluvio para exterminarlos.

Este poder es algo hermoso.

—¿Sí? —contestó Svensson, respondiendo al primer timbrado.

—Da la orden y reúnete conmigo en Marsella.

La distribución del antiviral era uno de los elementos más complejos de todo el plan. En la mayoría de casos, quienes ingirieran el antiviral lo harían sin saberlo. Este ya se había administrado a una cantidad de individuos clave dentro de bebidas o comidas. A la mayor parte de elegidos se les convocaría a un punto de distribución con alguna excusa rutinaria, donde sin saberlo inhalarían una variedad localizada transmitida por aire. Ellos estarían destinados a sobrevivir. El riesgo de que el antiviral fuera a parar a manos equivocadas acabaría en veinticuatro horas. Para entonces, incluso si alguien lograba obtenerlo, no tendría tiempo de distribuirlo.

—¿Ningún problema? —preguntó Svensson.

—Carlos viene de regreso. Está en camino hacia acá.

El teléfono se quedó en silencio. Habían preparado dos instalaciones para esta fase final, una en París y otra en Marsella sobre la costa sur de Francia.

Nadie aparte de ellos dos conocía la de Marsella. Lo único que quedaba ahora era esperar.

—Él no es idiota —expresó Svensson.

—Yo tampoco —contestó Fortier—. Recuerda, ninguna evidencia. Deja el antiviral en la bodega.

LOS DISTURBIOS fracasaron por dos motivos: el mensaje de que los Estados Unidos habían cambiado su arsenal nuclear por el antivirius, y luego el inmediato envío de ese arsenal al fondo del océano, habían lanzado una ola de escándalos a través de la nación. Los nuevos redactores y expertos políticos podrían haber pasado incontables horas analizando las consecuencias, pero otra urgencia aun mayor, superó incluso a esta trágica noticia.

El virus había atacado.

Con ganas.

Millones de individuos en los centros urbanos de Estados Unidos observaban los puntos rojos que se les extendían por el cuerpo. Ninguna cantidad de enojo o ruidoso conocimiento podía hacer desaparecer estos síntomas. Solo podría hacerlo el antivirius.

Pero el antivirius estaba en camino, insistía Mike Orear. El presidente se había parado en las escalinatas del Capitolio y había declarado al mundo la victoria del país. La esperanza no estaba muerta. En este mismísimo instante el virus se estaba embarcando, listo para ser llevado rápidamente a las diversas ciudades, donde se impulsaría con los bancos de sangre. En cuestión de días todos los residentes de Estados Unidos tendrían el antivirius.

Thomas había seguido la noticia por un firme receptor de onda corta a veinte mil pies sobre el Atlántico. Estados Unidos estaba conteniendo colectivamente el aliento por un antivirius que no serviría.

A Thomas lo habían recogido del Nimitz y lo habían hecho volver atravesando los cielos sin brindarle ninguna respuesta a sus preguntas. Peor aún, le habían rechazado su solicitud de hablar con el presidente. No es que le importara... de todos modos se hallaban en la agonía de una muerte sin esperanza. Él estaba sentado con las manos entre las rodillas, oyendo hablar de especulaciones, cálculos y repercusiones, o de posibilidades y disparates hasta que estuvo seguro de que el desánimo le había ido a parar al estómago.

El juego había acabado. En ambas realidades.

El avión de combate se dispuso a aterrizar en BWI. Baltimore.

Maryland. ¿John Hopkins?

Lo llevaron a un helicóptero. Una vez más le negaron la información de la naturaleza de su repentina llegada a la nación. No porque le estuvieran ocultando algo... sencillamente no sabían.

Pero la suposición de que lo llevaban al John Hopkins resultó errónea. Veinte minutos después el helicóptero bajó en el césped lateral de Laboratorios Genetrix.

Tres técnicos de laboratorio recibieron el helicóptero. Dos agarraron a Thomas del brazo y lo llevaron corriendo hacia la entrada.

—Lo esperan adentro, señor.

Él no se molestó en preguntar.

En el momento en que entró al edificio todas las miradas se enfocaron en él, desde el vestíbulo, a través de un gran salón lleno con una docena de estaciones de trabajo, hasta el ascensor, al cual entraron y descendieron. Habían oído hablar de él. Él fue quien les trajo este virus.

Thomas hizo caso omiso de las miradas y bajó tres pisos antes de salir del ascensor y entrar a un enorme salón de control.

—Thomas.

Se volvió hacia la izquierda. Allí se hallaba el presidente de los Estados Unidos, Roben Blair. A su lado, Monique de Raison, Theresa Sumner de los CDC, y Barbara Kingsley, ministra de salud.

—Hola, Thomas.

Él se volvió. Kara iba hacia él. El sudor le hacía brillar el rostro a su hermana, pero ella sonreía con valor.

—Qué gusto verte —saludó ella.

—Kara...

Miró a Monique y a Theresa. El sarpullido había cubierto el rostro de Theresa. El de Monique estaba limpio. El presidente y la ministra de salud se habían infectado doce horas después que ellas y sus rostros aún estaban limpios, pero las manchas rojas empezaban a aparecerles en el cuello. Entonces supo para qué lo habían llamado. Querían los sueños. Eso debía ser. Estos cuatro deseaban aceptarle la sugerencia que él les hiciera a Kara y Monique de tener un largo sueño usando la sangre de Thomas.

—Pido disculpas por el secreto —dijo Robert Blair—. Pero no podíamos arriesgarnos a que se corriera la voz de esta salida.

Thomas no pudo dejar de mirarle el rostro a Kara.

—¿Cómo te sientes?

—Bien.

—Bueno —expresó él mirando a los demás—. La erupción se está extendiendo. Gains está muy mal, pero yo... ustedes tienen que darse prisa.

—Tienes razón —declaró Monique—. El tiempo es más crítico de lo que te

puedes imaginar.

—Pero no me necesitan aquí. Les dejé sangre para que soñaran.

Ninguno de ellos se movió. Solamente lo miraron.

—¿Qué pasa?

Monique dio un paso al frente, con brillo en los ojos.

—Hemos hallado algo, Thomas. Podría ser muy bueno —informó, luego miró a Kara y apartó la mirada—. Y también podría ser muy malo.

—¿Descubrieron... descubrieron un antivirus?

—No exactamente, no.

—¿Observaste que ni Monique ni yo tenemos el sarpullido, Thomas? —inquirió Kara.

—Eso es bueno. ¿No es cierto?

—¿Cómo está la erupción debajo de tu brazo? —quiso saber Monique.

Él instintivamente se tocó el costado,

—Lo tengo...

Ahora que pensaba al respecto, no había sentido la picazón por algún tiempo. Se levantó la camisa y se pasó la mano por la piel. No había señal del sarpullido.

—¿Seguro que no era una erupción febril? Creo que lo era.

¿Qué significaba eso? Él, Monique y Kara aún no presentaban síntomas.

—Estás libre del virus, Thomas.

Monique se volvió y presionó un botón de un control remoto en la mano izquierda. La pared se abrió, dejando ver gran cantidad de monitores alrededor de una enorme pantalla plana. Los monitores más pequeños estaban llenos de cuadros e información que no significaban nada para Thomas. Pero la pantalla gigante en el centro era un mapa del mundo. Las veinticuatro ciudades donde inicialmente se liberara el virus estaban marcadas con puntos rojos. Círculos verdes indicaban los cientos de laboratorios e instalaciones médicas en todo el mundo que se hallaban involucrados en la búsqueda de un antivirus. Cruces blancas marcaban los esfuerzos de recolección de sangre que se llevaban a cabo desde que se hiciera público el virus. Pequeñas cruces se extendían desde las ciudades, que indicaban centros más pequeños de recolección. Disponían de bastante sangre, él sabía eso.

Pero esto era inútil sin un antivirus para distribuirse a través de la sangre.

—En las últimas veinticuatro horas he hecho pasar tu sangre por más pruebas de las que puedo enumerar. No mostraron nada extraordinario —comunicó ella, luego lo volvió a mirar—. Francamente, no puedo decirte por qué decidí probar tu sangre contra el virus, pero lo hice.

Ella hizo una pausa.

—¿Y?

—Y mató el virus. En cuestión de minutos.

Thomas parpadeó.

—Soy inmune —comentó distraídamente, y sintió que el brazo de Kara se deslizaba alrededor del suyo.

—No solo tú. Monique y yo hemos estado en contacto con tu sangre. Esta mató el virus en las dos.

Él miró a los demás. ¿Por qué las caras largas? Estas eran buenas noticias.

—Hay más —terció el presidente forzando una sonrisa.

Él mismo se hizo una débil sugerencia, pero la rechazó. Sin embargo, el pensamiento bastó para ruborizarle el rostro.

—Basta de este melodrama. Desembuchad. ¿Por qué soy inmune?

—Creo que fue el lago —contestó Kara—. Fuiste sanado en el agua de Elyon. Esta cambió tu sangre.

—Tú estuviste en ese lago.

—Como Mikil. No como Kara. No como yo y no en el lago esmeralda antes de secarse. Tú estuviste como tú mismo, en persona. Y si no fue el lago, entonces fue cuando fuiste sanado más tarde por Justin, después de que tuvieras el virus. Es lo único que tiene sentido.

Sí, lo tenía.

—Ocurriera lo que ocurriera, no hay duda de que tu sangre contiene los elementos necesarios que matan el virus —explicó Monique.

—¿Y la de ustedes?

—No. No como la tuya.

Él no estaba seguro de que le gustara lo que estaba pasando.

—¿Sabes qué es lo que hay en mi sangre que mata el virus?

—No del todo, pero lo suficiente para duplicarla, sí —informó ella, dirigiéndose a uno de los monitores pequeños—. Aislé varios componentes de tu sangre, glóbulos blancos, plasma, trombocitos, glóbulos rojos... el virus está reaccionando a los glóbulos rojos. Luego aislé...

—No me importa lo científico —interrumpió Thomas; la sugerencia que le había entrado a la mente se estaba reafirmando y de pronto se vio sin paciencia para esta presentación—. Resume. Necesitas mi sangre.

—Sí —contestó Monique volviéndose—. Tus glóbulos rojos.

—Algo en mis glóbulos rojos está actuando como un antivirus.

—Más como un virus, pero sí. Cuando entra en contacto con sangre normal se extiende a un ritmo increíble, matando la variedad Raison. La he apodado variedad Thomas.

Él vaciló solo por un momento.

—Entonces usa mi sangre. ¿Tienes tiempo suficiente para distribuirla como se planificó?

—Depende —objetó ella.

—¿De qué depende?

Ella miró a Barbara Kingsley, quien se acercó.

—Nuestro plan con la Organización Mundial de la Salud fue recoger sangre de millones de donantes cerca de las ciudades, catalogar y almacenar esa sangre usando toda clase de refrigeración disponible y luego prepararla para inyectarle el antivirus cuando este estuviera seguro. Tenemos la sangre, aproximadamente veinte mil galones en cada ciudad y sus alrededores.

—Sé todo esto. Por favor, ¿depende de qué?

—Perdóname —continuó Barbara—. Yo solo... que tengamos suficiente tiempo para usar tu sangre a fin de infectar de manera eficaz toda la sangre recogida depende de cuánta sangre tuya podamos usar.

—¿Infectar? —pregunto Thomas, tratando de pasar por alto las repercusiones—. ¿Te refieres a convertir en antivirus la sangre recogida?

—Sí. Alguien de nuestro personal compuso esta simulación —respondió ella, mientras señalaba con el control remoto hacia la pared y presionaba otro botón—. Los efectos de un antivirus en tu sangre se han teñido de blanco para que podamos verlos. La simulación corre a velocidad exagerada.

Thomas observó cómo la sangre roja, corriendo como un río a través de la pantalla, la alcanzaba repentinamente un ejército grisáceo claro de glóbulos blancos. Esta era la sangre suya «infectando» la sangre roja.

Parpadeó ante lo que veía. La mente se le llenó con una imagen de sus sueños. Cien mil miembros de las hordas volcándose en los cañones debajo de la Brecha Natalga. Entonces ellos habían sido la enfermedad. Ahora la sangre de él sería la cura.

—¿Cuánta necesitas? —indagó Thomas.

—Depende de cuánta de la sangre que hemos recogido se deba infundir con...

—¿Cuánta de la sangre que han recogido necesitas para salvar a las personas que la donaron? —exigió saber Thomas.

—Toda —contestó Barbara.

—Entonces deja de darle vueltas al asunto, ¡y dime cuánta sangre mía necesitas para cubrir todo eso!

—Doce litros —anunció finalmente ella—. Toda.

—¿Qué estamos esperando entonces? Engánchame. Saca doce litros. Puedes hacer una transfusión de sangre o algo así, ¿correcto?

Monique titubeó y Thomas comprendió entonces que iba a morir.

—Tenemos un problema de tiempo.

—Thomas, lo que Monique está diciendo —intervino Kara, viniendo en ayuda de ella—, es que cada hora de retraso costará vidas. Están tratando de resolver eso. El

modelo muestra una cantidad aproximada de diez mil por cada hora de demora, que aumentan de manera exponencial cada hora.

Necesitan tomar tanta sangre como puedan en tan poco tiempo como puedan.

—Mientras me están haciendo una transfusión...

—El problema con una transfusión es que la sangre nueva se mezclaría con tu sangre y diluiría su efectividad.

Solo un idiota no entendería lo que le estaban diciendo, y en parte a Thomas le molestaba que no soltaran todo ya. Le corrió un terrible calor por el cráneo.

Dejó de mirar a los allí presentes y miró por una ventana que daba a un salón equipado con una cama de hospital y un perchero para inyecciones intravenosas. Esto que veía era su lecho de muerte.

—¿Cómo sobrevivo a esto? —preguntó.

—Si desaceleramos el proceso y tomamos solo parte de tu sangre tenemos una posibilidad de...

—Aseguraste que el tiempo era un factor —expresó él—. Eso costaría miles, decenas de miles de vidas.

—Sí. Pero podríamos salvarte la vida.

—Thomas.

Él miró al presidente.

—Quiero que sepas que de ningún modo espero que entregues toda tu sangre. Ellos afirman que podrían salvar a más de cinco mil millones de personas y aún tener una gran posibilidad de salvarte si desaceleran el proceso y te sacan nueve partes. Quizás puedan reproducir tus glóbulos rojos a un ritmo acelerado. La cantidad salvada podría ascender a seis mil millones.

—Así que si retrasamos varias horas, un día, para salvar mi vida, solo perderíamos mil millones. En el mejor de los casos. ¿Se trata de eso?

Se quedaron mirándolo. Así era exactamente.

—Quiero que sepas que esta decisión es totalmente tuya —dijo el presidente—. Podríamos asegurar la supervivencia de Estados Unidos y...

—No. Él me dio la vida para esto —lo interrumpió Thomas; ahora todo tenía sentido; luego miró a Kara, quien tenía los ojos llorosos—. La historia gira alrededor de este sacrificio. ¿No lo ves? Recibí la vida en el lago para que pudiera daros la vida. El hecho de que esto vaya a costarme la mía en realidad es intrascendente.

Thomas estaba siguiendo los pasos de Justin. Por supuesto. De eso se trataba. Él no sabía cómo funcionaría esto en estas dos realidades tuyas, pero sabía que su vida había estado señalada para este momento. Para esta decisión.

—Hagámoslo. Sáquenmela toda —determinó él empezando a dirigirse al salón con la cama de hospital, pero se volvió al ver que ellos no lo seguían—. Dormiré, ¿correcto? Debo soñar. Eso es lo único que pido. Permítanme soñar. Y Kara. Que

Kara sueña.

Ella tenía los ojos totalmente abiertos.

—Thomas... —balbuceó ella, pero le faltaron las palabras.

Obligó a su mente a volver a su último sueño. Lo sintió lejano, mezclado con este asunto de la sangre.

—Esa es mi única condición —declaró.

Ellos miraron en silencio.

—Tienes que soñar, Kara —pidió Thomas, llevándola a un lado y bajando la voz —. Yo estoy...

—Thomas, yo...

—No, escúchame —la interrumpió él hablando rápidamente—. Estoy otra vez en la biblioteca con Chelise. Woref está tratando de obligarme a negar mi amor por ella. Amenazó con matarla si no lo hago.

Thomas se pasó una mano por el cabello, recordando ahora todo.

—Necesito que despiertes como Mikil y encuentres a Qurong. Tienes que soñar antes que yo, así tendrás suficiente tiempo para entrar a la ciudad de las hordas, hallar al padre de Chelise, y convencerlo de rescatar a su hija de manos de Woref en la biblioteca. Será peligroso, no mentiré. Y si Mikil muere allá, muy bien podrías morir aquí. Pero es lo único...

¿Cómo podía él pedirle que hiciera esto?

—Por favor —insistió él.

—Desde luego que lo haré —respondió ella afirmando la mandíbula y dando un paso adelante—. Es lo menos que puedo hacer por mi hermano. Por el comandante de los guardianes del bosque.

—Te amo, Thomas —susurró Kara viendo en los ojos de él que se hallaba a punto de llorar—. Esto no es el fin. Justin tiene más. Sé que así es.

Thomas intentó contestar, pero estaba muy emocionado.

—Entonces déjame hacer esto —logró él decir al fin,

—Thomas...

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Monique. Él sabía que ella lo amaba. Quizás no como una mujer ama a un hombre, pero había compartido bastante del amor de Rachelle por él para que ella le importara de manera muy profunda.

—Está bien, Monique. Lo verás. Todo saldrá bien.

—No tienes que hacer esto —aseguró Robert Blair—. De veras que no.

—No sean irrazonables. No me habrían llamado aquí si pensarán otra cosa. ¿Cómo pueden siquiera sugerir que yo piense de otro modo?

Ellos parecieron congelados.

Thomas se volvió y se fue al cuarto de espera a grandes zancadas.

TRES CIRUJANOS vestidos de blanco prepararon a Thomas, Kara había insistido en soñar en el mismo cuarto que su hermano. La habían sedado y le habían puesto un parche con un poco de la sangre de él en la misma incisión que el Dr. Bancroft le hiciera en el brazo. Ella giró la cabeza y miró a Thomas, quien descansaba de espaldas, preguntándose si él sentía la heparina que le acababan de inyectar por vía intravenosa. El agente trombolítico impediría que se le coagulara la sangre al entrar a la máquina de bypass.

—Te veré en el otro lado, Thomas —manifestó Kara.

Él la miró. Monique estaba al lado de la cama de Kara, con los brazos cruzados, batallando con emociones que Thomas solo podía imaginar. El presidente se hallaba fuera del salón con su teléfono móvil. Evidentemente Phil Grant había desaparecido. Creían.

—La fortaleza de Elyon —dijo su hermana.

Thomas le brindó una débil sonrisa. Empezaba a sentir los primeros efectos de las drogas.

—Es un fallecimiento, Kara. Solo un fallecimiento —aseveró el asintiendo hacia la ventana—. Tal vez ellos no entiendan lo que está sucediendo ahora, pero tú sí. Lo sabes como Mikil. Es la manera de Justin.

—Aquí no se siente de ese modo —objetó ella.

—Se debe a que no siempre el Círculo se siente real aquí. ¿Pero lo hace eso menos real? Tenemos Las historias escritas por el Amado, Kara. La conexión es obvia. Es lo mismo aquí que allá; ¿no puedes ver eso?

—Sí. Sí puedo —contestó ella mirando el techo—. Pero en el Círculo hay tristeza en la defunción hasta para quienes se quedan.

Ella tenía razón.

—Si no lo logro, díselo, Kara. Cuéntales lo que los dos vimos.

—Lo haré.

—¿Te hablé del estanque rojo que habían ocultado detrás del lago? —indagó él.

—No. ¿De veras? —declaró ella, volviéndose.

—De veras. Chelise dice que secaron el lago pero que no pudieron deshacerse de toda el agua, así que la cubrieron en el costado norte.

—Los estanques rojos —recordó Kara—. Como sangre.

Los ojos de ella se cerraron brevemente, luego se abrieron. Las drogas estaban funcionando.

—Te amo, Thomas.

Luego los ojos se le cerraron a ella.

—Yo también te amo, Kara.

Thomas miró la brillante luz de encima de él. El tiempo parecía desacelerar.

—Empezará a sentir somnolencia —informó uno de los doctores—. Le administramos anestesia en la vena.

Le habían explicado que estaban usando un procedimiento simple de bypass que bombearía su sangre dentro de la máquina a su derecha. Él deseaba soñar, así que lo pondrían a dormir rápidamente. No sentiría dolor, ni siquiera un pinchazo. Una vez que empezaran, todo el procedimiento tardaría menos de diez minutos.

Los doctores se apartaron y Robert Blair se colocó al lado de la cama.

—Quiero que sepas que ningún alma viva tendrá alguna duda de quién les salvó la vida —le dijo el presidente poniéndole la mano en el hombro—. Estás cambiando la historia.

—¿Es eso lo que crees? —inquirió Thomas, a quien ya le costaba concentrarse—. Quizás así sea. Estoy salvando algunas vidas. Cuando Justin murió, hizo mucho más. Si debes agradecerse a alguien, agrádescelo a él.

—Justin —dijo el presidente—. ¿Y quién es Justin?

—Elyon. Dios.

—Créeme, nunca volveré a creer en Dios de la misma manera —aseguró Blair levantando la mirada y enfocándola hacia fuera de la ventana.

—Thomas —dijo una voz, y una mano le tocó el otro hombro; él miró a Monique, quien trataba de no llorar, pero estaba perdiendo fuerzas.

—Nada de esto es culpa tuya —afirmó Thomas—. No fue tu vacuna la que causó todo esto. Fue lo que el hombre hizo con tu vacuna. Recuerda eso.

—Lo recordaré —contestó ella en voz baja.

Ahora apenas podía oírla. Se le estaba escurriendo el mundo.

—El verdadero virus es la maldad —se oyó decir él mismo—. La enfermedad... de las hordas.

Luego se quedó dormido.

Soñando.

—∞∞∞∞—

MONIQUE NO soportó presenciar el procedimiento completo. Todos se encontraban bien presentados y pulcros vestidos de blanco, con instrumentos plateados y máquinas complicadas, pero al final sencillamente estaban vaciándole la sangre a Thomas hasta que este muriera.

Así era como sacrificaban el ganado.

Pero también había sido la decisión de él. Este hombre que una y otra vez había venido a rescatarla y que la salvara dos veces la vida estaba haciendo ahora su sacrificio final. Ella no conocía un hombre más valiente.

El único consuelo era que él estaba en su sueño. Si soñaba y comía la fruta de

rambután cada noche mientras viviera, podría vivir toda una vida en la otra realidad antes de morir aquí, en los próximos minutos. Era posible.

Por otra parte, él podría morir en las dos realidades. Esto estaba ahora en manos de Justin.

Monique les pidió que la llamaran cuando hubieran acabado, y se fue a su oficina. Cerró la puerta, se sentó detrás del escritorio y sepultó el rostro entre las manos.

Luego lloró de manera incontrolable.

La llamada llegó veinte minutos después.

—¿Aló? —contestó levantando el auricular.

—Ya está.

Dejó pasar unos instantes.

—¿Está muerto?

—Sí. Lo siento.

—¿Cuánto tiempo soñó?

—Quizás veinte minutos.

—Ya saben qué hacer —manifestó ella respirando hondo.

El sacrificio de Thomas no significaría nada si no se entregaba una parte de su sangre a cada una de las ciudades dentro de los plazos de que disponían.

—Ya está en el helicóptero, en dirección al aeropuerto donde esperan los aviones.

Monique colgó. Miró el refrigerador. Allí aún había una muestra de la sangre de él, suficiente para soñar una vez más. Pero ahora Thomas estaba muerto. Ella no tenía derecho a intentar algo tan especulativo sin comprender las consecuencias.

¿O sí lo tenía?

MIKIL SE sobresaltó en su saco de dormir, tenía los ojos abiertos desmesuradamente en el brillante sol de la mañana.

¡Kara!

Por un prolongado momento su mente luchó con la información que le había dado Thomas. Él se hallaba en la biblioteca bajo la amenaza de la muerte de Chelise. Acababa de dormirse. ¿Pero cuánto tiempo había?

Mikil se puso de pie y corrió hacia los caballos, gritándole a Johan, quien se había levantado sobre un codo. Habían viajado toda la noche y cayeron rendidos en esta cueva, exactamente fuera de la ciudad, al clarear el día.

—¡No te muevas! Espera aquí. Volveré.

—¿A dónde vas? —exigió saber Suzan.

—A la ciudad.

—¡Entonces iré contigo! —exclamó Suzan parándose de un salto.

—¡No! —objetó Mikil agarrando las riendas y montándose de un salto; luego hizo girar el caballo—. Debo hacer esto sola. No podemos arriesgarnos a perder a nadie más.

—¡Mikil, por favor! —gritó Jamous corriendo tras ella—. No puedes ir sola. Déjame ir contigo.

—Volveré —anunció ella inclinándose al frente y besándole la cabeza, luego el rostro—. Te lo prometo, mi amor. Espera aquí, te lo suplico. Espérame.

Ella espoleó su montura y se metió a toda velocidad entre los árboles.

—¡Mikil!

—¡Espérame! —gritó ella.

—∞∞∞∞—

THOMAS ABRIÓ los ojos. Se hallaba en el suelo de la biblioteca. Parecía que la cabeza le iba a estallar. Tenía una mano sobre el hombro. Chelise estaba sentada en el suelo a su lado, llorando sin hacer ruido. ¿Cuánto tiempo había perdido el conocimiento? No había manera de saberlo.

Suficiente.

O quizás insuficiente, dependiendo de Mikil.

Cerró los ojos e intentó aclarar la mente. Habían estado juntos durante una hora, tal vez dos, peor incluso de lo que él imaginara cuando yacía en el calabozo, temiendo lo peor. De solo verla cuando le quitaron la venda de los ojos y lo empujaron dentro de la biblioteca se le habían debilitado las rodillas.

Chelise. Su amor. La única mujer por la que con gusto daría la vida. Este asombroso ser que estaba blanco con la enfermedad solo porque aún no conocía la verdad. Pero él no le veía la enfermedad. El rostro pintado y los ojos grises de ella eran el sol y las estrellas para él.

Había hecho lo mejor durante una hora. Sentía como ácido las palabras que le salieron de la boca. Pero él sabía que, si fallaba, Woref la mataría. Si ella moría ahora, su muerte sería eterna, y eso era algo que no podría soportar. La única esperanza que le quedaba era darle el don de la vida, de tal manera que quizás un día alguien más la pudiera guiar al ahogamiento donde ella encontraría al Hacedor.

Ahora había otra esperanza. Un delgado rayo de luz. Mikil. Tenía que darle tiempo.

Pero también había algo más. Él iba a morir. Cuando le quitaran la última gota de sangre para salvar al mundo del virus, él habría muerto, allí y aquí. Aunque una hora en sus sueños podría ser un mes aquí, también podrían ser solo algunos minutos.

No podía morir sin expresar su verdadero amor por última vez.

Yacía quieto y dejaba que ella llorara débilmente, temiendo volver a abrir los ojos. Todo había empezado con un golpe en la cabeza. Había vivido un mes en una realidad, liberando sin querer una plaga y luego quizás anulando esa misma enfermedad. Y había vivido dieciséis años en esta realidad, donde otra clase de padecimiento se había liberado y luego deshecho.

—Él está despertando, mi señor.

Woref abrió los ojos. Tenía que concederle mérito al albino. Según Soren, el hombre se había portado bien, luego se golpeó a sí mismo para librarse de la pena. A Soren le había parecido precipitado, pero Woref entendía. Conocía el corazón de Thomas, y lo despreciaba por eso.

La mujer era otro asunto. Su amor por Thomas era más profundo de lo que el general se había imaginado. Ella era una ramera obstinada. Pero él sabía que lloraba por sí misma, no por Thomas.

Ahora solo era cuestión de tiempo. Teeleh tendría el amor de su moza.

—∞∞∞∞—

YA NO pudo soportar permanecer despierto mientras ella lloraba. Thomas respiró hondo y se alejó de Chelise. Ella se puso de pie y retrocedió.

—¿Thomas?

Woref o uno de sus incondicionales aún estaría observando y escuchando. Habían dejado que esto continuara solo por la convincente actuación de Thomas hasta ahora.

Miró alrededor, como aturdido.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —susurró.

—¿Qué?

Él la miró. Rostro surcado de lágrimas. Ojos desproporcionadamente abiertos. La pregunta de ella persistió en una boca abierta. De pronto Thomas no pudo confiar en sí mismo para hablar. Se quebrantaría, aquí y ahora, y se pegaría a sus tobillos y le pediría perdón por la manera en que la había hecho pedazos con la lengua.

—¿Cuánto tiempo estuve sin conocimiento? —preguntó después de tragar saliva y de desviar la mirada.

Ella no respondió al instante, lo cual significaba que tampoco lo sabía. ¡Él no podía hacer esto! ¡Ya no lo podía soportar más!

—No sé, tal vez media hora. O diez minutos.

—¿Solo diez minutos?

¡Mikil necesitaría mucho más tiempo! Además, si se había quedado dormida solo cinco minutos antes que él, ella pudo haber pasado todo un día aquí.

En todo caso, aún no había venido nadie por ellos. Lo cual solo podía significar que Mikil no había tenido éxito. Que él supiera, ella estaba muerta.

—Pudo haber sido una hora —anunció ella.

Ahora su tono era más duro. Él la miró y vio que fruncía el ceño. Todavía lo miraba, pero ahora con más resolución. Había tenido demasiado antes de que pudiera empezar a creerle las mentiras.

—Por favor —susurró ella.

Thomas se agarró las manos por detrás y se paseó por la línea de libros. ¡Por favor! Ella había dicho por favor, ¡y muy bien pudo haberle besado los labios!

Trató de pensar en los libros en blanco perdidos y las muy graves consecuencias que podrían seguir a su aparición en la otra realidad. Pero ahora no tenía espacio en el corazón para suposiciones. No podía arrancarse de la mente a la mujer que lo veía caminar como si ella no le interesara.

Estoy interesado en ti, amor mío. Mira mi rostro, mis manos, la manera en que camino, el modo en que respiro. ¿No puedes ver más allá de esta farsa y saber que siempre te amaré?

Eso derrotaría el propósito de este juego, ¿no es así?

¿Y si él en realidad tuviera éxito? ¿Y si ella se volviera contra él llena de ira y no lo volviera a amar?

El corazón le empezó a retumbar en el pecho. Llegó al rincón y se detuvo. Los ojos se le volvieron a inundar de lágrimas e intentó alejarlas parpadeando. Cerró los ojos y suplicó que ella lo perdonara. Esto era peor que la muerte.

¿Dónde estás, Mikil? Él debía hacer creer a Woref que le estaba siguiendo su diabólico juego. Debía permanecer firme por el bien de Chelise. El silencio bañaba la biblioteca. Un profundo vacío de muerte. Una tumba sellada con...

Thomas abrió los ojos. Se oyó un sonido detrás de él. Un gemido muy quedo. No como los otros sollozos. En el quejido de ella había un inequívoco sonido de derrota.

Aterrado, regresó para ver que sucedía.

Chelise yacía en el suelo, bocabajo, con las manos extendidas por encima de la cabeza, llorando. Thomas se estaba tambaleando hacia ella antes de que pudiera ordenarle a los pies que se detuvieran. ¡No soportaría esto! ¿Qué había hecho?

Cayó de rodillas, lanzó sus brazos sobre la cabeza de Chelise y metió su rostro en el cabello de ella. Intentó hablar, pero no le respondió la garganta.

Trató de ser amable... echarse atrás y decirle lo que desesperadamente deseaba expresarle, acariciarle el rostro y enjugarle las lágrimas, pero lo único que atinó a hacer fue aferrarse a ella y llorarle en el cabello. Woref vendría. En cualquier momento entrarían por las puertas y lo separarían de ella. ¡Tenía que decírselo!

Pero solo pudo temblar sobre ella como una hoja.

¡Basta, Thomas! ¡La estás aterrando!

Entonces levantó la cabeza, se sentó sobre las piernas y lloró hacia el techo,

—Te... te... amo.

Salió casi como un susurro.

Aspiró una bocanada de aire y a través de las lágrimas le miró la parte posterior de la cabeza. Le acarició el pelo con las yemas de los dedos.

—Te amo, Chelise, novia mía, más de lo que posiblemente podría amar a otra persona —logró expresar; el llanto de ella aún persistía—. Lo siento muchísimo... fue una mentira, todo fue mentira, para que te olvidaras de mí.

Sus palabras brotaron con alivio.

—Tuve que rechazarte para que no te mataran, pero no puedo hacerlo; no tengo la fortaleza para verte sufrir. Perdóname, perdóname, mi amor.

La espalda de Chelise subía y bajaba con la profunda respiración de ella. ¿Le creía? Le cruzó por la mente el pensamiento de que tal vez ella no le creyó. Volvió a caer sobre la princesa, aferrándosele a los hombros y llorándole en la espalda.

—Te lo ruego, ¡perdóname! No quise decir esas palabras, lo juro.

¡Otra vez la estaba asfixiando!

Thomas se echó hacia atrás.

Chelise se puso de rodillas, mirando a la distancia. Thomas tembló, horrorizado por el pensamiento de que ella quizás no le creía.

Ella se volvió lentamente y él le vio la boca cerrada en un llanto silencioso. Lo miraba a través de charcos de lágrimas. ¿Se estaba ella arrepintiendo?

Ella estaba...

Chelise lanzó los brazos alrededor de los hombros de Thomas y ocultó el rostro en el cuello de él.

—¡Yo sabía que me amabas! —sollozó ella; lo besó debajo de la oreja, le pasó los dedos por la nuca y lo apretó como si se estuviera aferrando a la vida.

—¡Te amo, cariño mío! Te amaré siempre.

Thomas se descontroló. La apretó con fuerza, dándole solamente suficiente espacio para que respirara.

—¡Cásate conmigo! —gritó; era absurdo, pero a él no le importaba; él quería que ella lo oyera—. ¡Cásate conmigo!

—Lo haré —contestó ella titubeando solo por un instante; lloraba sobre el hombro de Thomas—. Me casaré contigo.

De repente la puerta se abrió y se cerró detrás de Thomas. Sobre el suelo resonaron botas. Un puño lo agarró del cabello y lo lanzó hacia atrás con tanta fuerza que él creyó que le podían haber roto el cuello.

Cayó de espaldas y Chelise con él.

Woref la agarró del pelo y bruscamente la separó de Thomas. Ella gritó.

—¡Suéltala! —vociferó Thomas tratando de levantarse—. ¡Déjala...!

La bota de Woref lo golpeó en la sien y él cayó de bruces.

Intentó levantarse. Debía detener a Woref. Tenía que matar al tipo. De todos modos los dos estaban muertos. Thomas se levantó. El salón le daba vueltas. Parpadeó y juntó fuerzas. Se le ocurrió que nadie más había entrado al salón. Cualquier cosa que Woref hubiese planeado, caería sobre Thomas.

—Qurong... —jadeó Thomas—. Qurong no te dejará...

Woref empujó a Chelise contra la pared y la agarró por el cuello, estirando la mano para golpearla.

—Ahora te mataré —amenazó; levantó la voz—. ¿Me oyes, perra inmunda? Te aporrearé hasta que mueras.

Ahora gritaba furioso.

—¡Nadie me desafía! ¡Ni la hija de Qurong ni el mismo Qurong!

Hizo oscilar la mano.

—¡Detente!

La puerta voló hacia adentro.

Woref estaba comprometido... su mano abierta se estrelló contra la mejilla de Chelise con el sonido del chasquido de un látigo. La cabeza de ella se movió bruscamente a los lados. Pero Woref había detenido casi toda su fuerza en el último momento. Ella miró hacia la entrada con ojos desorbitados.

Thomas le siguió la mirada. Allí estaba Qurong. Y Ciphus, Y detrás de ellos, Mikil, con las manos atadas.

ÉL, SUPREMO líder estaba con las dos manos apretadas y la cabeza descubierta. La vena en la sien le sobresalía debajo de sus largos y gruesos rizos.

—Suéltala.

Woref retiró la mano del cuello de Chelise. Se echó hacia atrás un mechón de cabello que le había caído en el rostro.

—Esta mujer ha cometido traición al amar a un albino —declaró—. Por eso debe morir.

Qurong entró al salón. Thomas se puso de pie y miró a Mikil, quien lo observaba.

—¿Qué está ella haciendo aquí? —exigió saber Qurong.

—La traje para salvarle la vida —respondió Woref—. Ciphus lo sabe.

—Solo sé que ordenaste traerla aquí —se defendió el sumo sacerdote—. No sé nada más.

—¡Mientes!

—Yo decidiré quién miente —resolvió Qurong; miró a su hija, con los labios apretados en una delgada línea—. ¿Cómo le salvarías la vida trayéndola aquí? ¡Nunca fue condenada!

—Se condenó a sí misma amando a un albino —objetó Woref escupiendo al suelo—. Yo lo sabía y exigí al albino que se retractara de su amor para que ella reaccionara. Era lo menos que podía hacer por usted.

—Eres un tonto —manifestó Qurong amargamente—. Ves cosas que no existen. ¿Quién eres tú para juzgar el amor de mi hija? Mi esposa tiene razón; tienes un instinto asesino hacia ella.

—Le puedo asegurar...

—¡Silencio! —gritó el líder supremo caminando iracundo de un lado a otro—. No me importa lo que digas, tu palabra ya no vale nada.

—Quizás tu hija debería hablar por ella misma —opinó Ciphus.

Todos enfocaron la mirada en Chelise, cuyos ojos miraron alrededor. Miraron a Thomas. Luego se fijaron en su padre.

—Entonces habla —pidió Qurong—. Pero te advierto que tenemos una ley que nos ata.

Thomas sintió que el alma se le iba a los pies. ¡Ella tenía que negar su amor! Si solamente lo negara, Qurong le daría el beneficio de la duda y la dejaría vivir. La conspiración de Woref estaría al descubierto; ella estaría a salvo.

Chelise miró a su padre por un tiempo prolongado. Miró a Thomas, quien movió ligeramente la cabeza, para que nadie más que ella le viera. Por favor, amor mío. Yo sé la verdad. Sálvate.

Ella le sostuvo la mirada y se alejó de la pared.

—¿Quieres saber la verdad, padre? ¿Quieres saber por qué esta bestia a la que has encargado tus ejércitos está tan indignada?

Ella fue hacia Thomas y se detuvo frente a él.

—¿Quieres saber por qué este albino me ató y me robó del castillo? ¿Por qué atravesaría por mí el desierto a pie si tuviera que hacerlo? ¿Por qué daría su vida por salvar la mía? —preguntó Chelise, luego hizo una pausa—. Porque me ama más de lo que ama su propio aliento.

Thomas sintió que la frente se le arrugaba de temor por ella.

La joven lo agarró del brazo, se puso a su lado y miró a su padre.

—Y yo lo amo de la misma manera.

Se quedaron como seis estatuas congeladas.

—Lo siento, padre. No puedo mentir al respecto.

Thomas vio que el mismo temor que sentía por la vida de ella cruzaba la mirada de Qurong.

—Te están obligando...

—No es así —objetó ella.

—¡No es posible que digas esto! ¿Sabes qué significa?

—Significa simplemente que lo amo. Y por ese amor pagaré cualquier precio. El rostro del líder supremo enrojeció de ira. Miró a Ciphus.

—Entonces el destino de ella está sellado, mi señor —declaró el sacerdote inclinando la cabeza.

El rostro de Qurong cambió lentamente, como el sol que se desvanece. La resolución que le había servido tan bien en cien batallas se le venía encima.

Miró una vez a Chelise, luego a Thomas.

—Perdóname —expresó Thomas—. Yo haría cualquier cosa...

—¡Cállate! ¡Contra la pared! Los dos.

Thomas y Chelise fueron a la pared y presionaron las espaldas contra la librería.

—Suéltalo —le ordenó Qurong bruscamente a Chelise—. Aléjate.

Ella obedeció.

—Pues bien. El precio por la cabeza de mi mayor enemigo es la muerte de mi propia hija. Que así sea.

Les dio la espalda y miró a la pared opuesta.

—Woref, únete a ellos, por favor.

El general pareció no haber oído.

—Lo siento, mi señor, lo que...

—Únete a ellos contra la pared.

—No veo...

—¡Ahora!

Woref se colocó al lado de Thomas.

—Ciphus.

Ciphus fue hasta donde Woref y le quitó la espada antes de que el hombre pudiera entender lo que estaba sucediendo.

—Te sentencio a muerte por traición contra la familia real —dictaminó Qurong enfrentándose a Woref—. Morirás con ellos.

—No creo que usted comprenda, mi señor —objetó Woref aterrado—. ¡No he cometido ningún acto de traición!

—Me denunciaste. También tenías todas las intenciones de matar a mi hija. Te dije que si la lastimabas, yo mismo te ahogaría, y ahora lo haré.

—¡Esto es un atropello!

—Es justo —aseveró Ciphus—. Es lo justo.

—¡Cogedlos! —ordenó Qurong.

Entró un guardia seguido por una fila de otros más, que se movían rápidamente. En total llegaron veinte y los rodearon.

El líder máximo fue hasta donde estaba Woref, agarró la banda que le atravesaba el pecho y que le daba el rango, y se la arrancó.

—¡Amarradlos! Serán ahogados esta noche —ordenó, lanzó la banda al suelo y se dirigió a la puerta.

—¿Qué hay con la albina? —preguntó Ciphus—. Ella vino por voluntad propia. En beneficio tuyo.

Los ojos de Qurong estaban tristes y ya no le quedaban ánimos. Miró a Mikil.

—Soltadla.

THOMAS ESTABA de pie con las piernas fuertemente encadenadas a la plataforma de madera que se extendía sobre el lago de lodo. Medio círculo como de cincuenta guerreros encapuchados, cada uno armado con espada y guadaña, permanecía detrás del muelle. Uno de cada tres portaba una antorcha ardiente que cortaba la oscuridad nocturna con titilante luz anaranjada. Ciphus esperaba a un lado con varios miembros del consejo, evitando el contacto visual con Thomas. Qurong estaba evidentemente en camino.

Nada de esto le importaba a Thomas. Solo Chelise importaba. Escudriñaba la oscuridad detrás de los guardias para tratar de verla. Aún no la habían traído a ella ni a Woref.

Emociones en conflicto habían sacudido a Thomas mientras yacía en la oscura celda. Había deseado morir; había deseado vivir.

En cualquier momento podría morir mientras yacía en la cama donde le vaciaban la sangre. Parte de él rogaba a Elyon que le evitara la agonía de ver a Chelise ahogada, permitiéndole morir ahora.

Otra parte le rogaba a Elyon que lo dejara vivir otra hora, el tiempo suficiente para ver a su amor solo una vez más. Morirían, pero estarían juntos en sus muertes. No podía soportar la idea de no volver a mirarla a los ojos.

Él no sabía lo que habían hecho con ella después de que los separaran en la biblioteca, pero su mente no había descansado imaginándoselo. ¿Estaría en el castillo, llorando sobre su cama mientras su madre suplicaría en el patio por la vida de su hija? ¿Se hallaría en el calabozo, lanzada al suelo como una muñeca rota? ¿Le estaría exigiendo a su padre que reconsiderara su sentencia, o le estaría gritando por abandonarla en provecho de esta absurda religión que él había adoptado?

Thomas miró el lago, hasta la orilla lejana apenas visible. ¿Quién observaba desde los árboles? Tal vez Mikil y Johan. Pero se hallaban impotentes sin espadas. Le asombró comprender que no tuviera miedo de este ahogamiento que lo esperaba, Justin había sufrido otro mucho peor.

Pero Chelise... amada Chelise, ¿cómo podía ella haberse encomendado a morir al reconocer esta descabellada admisión de amor por él? A él no le importaba la honra que eso le produjo. No le importaba que ella se hubiera plantado por principios o que

hubiera hecho lo correcto. Lo único que le importaba era lo que le ocurriera a ella.

Ella moriría. No solo en esta vida, sino, si él entendía a Justin, en la vida que les esperara.

Thomas levantó los ojos a las estrellas. ¿Por qué? ¿Cómo podrías hacerle esto a un alma tan tierna? ¿No es ella hermosa para ti? ¿Te ofende su piel? ¿Por qué entonces pones en mi corazón este dolor por ella? ¿Es así como dejarás a tu novia?

Hubo una conmoción detrás de él y giró para ver si...

Thomas contuvo la respiración. Ella estaba allí. Chelise caminaba por la orilla entre cuatro caballeros que la custodiaban. Estaba vestida con una bata blanca y tenía la cabeza erguida, sin mostrar señal de que ella era la víctima y no la responsable de este ahogamiento.

Thomas examinó el rostro de la muchacha para ver si lo había visto, pero ella tenía puesta la capucha y los ojos ocultos. Los guardias se separaron para recibirla.

Entonces Thomas vio a Qurong, cabalgando noblemente en su caballo con una gran guardia. Venían por la orilla a la derecha de Thomas. No había indicios de Patricia.

Qurong se detuvo a veinte metros de la orilla. Vería su propia sentencia sin ninguna demostración de debilidad. Pero aun desde aquí Thomas logró divisar el rostro demacrado del líder máximo. No le sorprendería que esas fueran marcas de uñas en el cuello propinadas por Patricia.

Ahora hacían marchar a Woref por la orilla detrás de Chelise. Pero a Thomas no le importaba Woref.

Chelise pasó junto a los guerreros. Las llamas le iluminaron el rostro.

Ella lo estaba mirando.

Thomas sintió que se le menguaban sus últimas fuerzas. El rostro se le arrugó de tristeza. Ella subió a la plataforma y se detuvo a tres metros de él, que se movió hacia ella sin pensar.

—¡Atrás!

Un puño le aporreó la cabeza a Thomas. La noche se volvió confusa, pero no perdió de vista a Chelise.

—¡Morimos por nuestro amor! —gritó ella para que todos lo oyeran—. ¿Negarán incluso eso? Si van a ahogarnos, ¡déjennos entonces al menos estar juntos el último momento del amor por el que estamos muriendo!

El guardia miró a su superior.

—Deje que vaya hacia él —ordenó Qurong.

Chelise fue lentamente hacia Thomas, como un ángel. Sus cadenas, ocultas por la bata blanca suelta, cascabeleaban sobre las tablas. Lágrimas frescas le brotaron de los ojos cuando estaba a mitad de camino hacia él. Él trastabilló hacia ella, cada uno cayó en brazos del otro.

No había motivo para hablar. Las lágrimas, el toque, el cálido aliento en sus cuellos hablaban mucho más alto que las palabras.

¡Para vergüenza de los demás! Ellos estaban demostrándose un verdadero amor que había sido condenado por la religión que con descaro llamaban el Gran Romance.

¡Aquí estaba el romance!

Woref trepó a la plataforma.

—Basta —anunció Qurong—. Acaben con esto antes de que obligue al resto de ustedes a estar con ellos.

—¡Ponedlos frente a los demás! —ordenó Ciphus.

—Tú diste tu vida por mí —le susurró Chelise al oído—. Ahora moriré por ti.

Ella aspiró profundamente.

—¡No tienes que hacerlo! —exclamó Thomas—. No es demasiado tarde... tu padre aceptará que te retractes. Por favor, me consta tu amor, pero tienes que hallar un estanque rojo...

Algunas manos la cogieron desde atrás. Los ojos de la joven miraban los de él.

—Tú eres mi estanque rojo —declaró ella.

—∞∞∞∞—

—¡NO VAMOS a lograrlo! —gritó Mikil—. Ya los tienen en la plataforma. ¡De prisa!

Ella había vuelto corriendo hasta donde estaban los demás, sabiendo que necesitaría su ayuda, si había alguna posibilidad de salvar a Thomas.

Pero se acababa el tiempo.

—Aún no sabemos si esto funcionará —expresó Suzan—. Aún tenemos tiempo de detener la ejecución. ¡Cuatro de nosotros con espadas pueden dispersarlos!

—No es tan fácil como crees —objetó Johan—. Llevan bandas de verdugos, no huirán como aquellos con quienes nos encontramos el otro día.

—No lo podemos salvar matando a los encostrados —exclamó bruscamente Mikil—. Muy bien podríamos ser encostrados nosotros mismos. ¡Cavad!

Jamous echó su peso sobre la afilada pala. El pasadizo tenía ahora un poco más de un metro de profundidad y ellos se abrían paso en ambos extremos.

Cerca, muy cerca. Cualquier movimiento de tierra y se abriría una brecha en cualquiera de las paredes. Habían sacado más de cien rocas de tamaño mediano y ahora trabajaban febrilmente con manos ampolladas en la tierra que separaba las dos masas de agua.

Mikil arrojaba la tierra a un lado tan rápido como podía, cuidando de no recibir un golpe de una de las palas con que cavaban. Su esposo hizo una pausa, jadeando.

—Suzan tiene razón, no sabemos si esto...

—¡Solo cava! ¡No hay nada que diga que se necesita más de una gota! ¿Es mejor

un océano de lodo que un balde de agua? Una gota de la sangre de Thomas y puedo entrar en su mundo de sueños. Te estoy diciendo que una gota de esto hará lo mismo. Ahora...

—¡Ya está! —gritó Johan.

Se quedaron helados. ¿Se habría oído la exclamación al otro lado del lago? Ya no importaba. Se les acababa el tiempo.

—¡Está fluyendo! —exclamó Johan cayendo de rodillas y haciendo a un lado terrones de tierra. Agua roja le desbordó entre los dedos y chapoteó en el fondo de la trinchera que habían hecho.

—¡El otro lado! —gritó Mikil—. ¡Echadlo abajo!

—∞∞∞∞—

—¡SOLTADME! —EXCLAMÓ Woref furioso.

A empellones los guardias colocaron a los tres frente al otro lado de la amplia plataforma. A la izquierda del muelle se hallaban varias torres altas parecidas a la que usaron para ahogar a Justin. Era evidente que Qurong había ordenado un método que le evitara ver a su hija luchando mientras colgaba de los pies, medio sumergida. Los pesados grilletes de bronce alrededor de los tobillos los arrastrarían hacia el fondo donde se ahogarían sin ser vistos.

Ahora se hallaban a diez metros del final de la plataforma. Chelise miraba directo al frente, con la mandíbula apretada. Pero su muestra de fortaleza no lograba detener el continuo flujo de lágrimas que le corrían por las mejillas blancas.

Thomas apartó la mirada de ella. Por favor, Elyon, te lo ruego. Rescata a tu novia. Ten compasión.

—Caminen adelante —ordenó Ciphus—. Deténganse al borde de la plataforma.

Unas manos empujaron a Thomas. Él se movió hacia delante sin ningún otro estímulo.

—Por favor, Chelise. Esta agua no significa nada para mí, pero no puedo soportar la idea de tu muerte.

—No podría vivir conmigo misma —contestó ella en voz baja—. Y estás equivocado. Mi padre nunca se retractaría de lo que ha ordenado. No deseo que lo haga.

—Te podrías salvar —insistió él llegando al borde y deteniéndose—. Podrías salvarme. Podrías impedir que mi corazón se quebrante.

Woref miraba hacia la selva adelante, sus ojos buscaban ahora con rápidos movimientos.

—Te ruego, te ruego —susurraba; las estoicas bravuconadas del general se habían reemplazado con esta extraña súplica hacia la selva.

Thomas le siguió la mirada. Esta era la misma selva en la cual él había visto los

shataikis después de la muerte de Justin. ¿Qué veía Woref?

—Te suplico, mi señor —musitó el general.

Thomas creyó que Woref le estaba clamando a Teeleh. Había que permitirselo.

Thomas siguió la mirada de Chelise dentro del agua oscura a tres metros debajo de ellos. Largos postes desaparecían en las negras profundidades.

¿Cuántos cuerpos había sumergidos allí?, ¿y cuántos huesos encadenados a sus anclas?

Los guardias estaban ahora atándoles las manos a la espalda.

—Mi amor, por favor...

—Te has ahogado antes.

—Pero no en esta agua.

—¿Sabías eso cuando te sumergiste, o te hundiste con desesperación?

Habían pasado las dos cosas. Temor y un poco de fe. Pero aquí no había nada que esperar. Thomas miró a través del fago. Más allá del alcance de las antorchas el agua era negra azabache. Más negra que la medianoche. Más negra de lo que recordaba.

—Ahora avanzad, y soportad la ira de Elyon —declaró Ciphus detrás de ellos; los tablones crujían bajo los pies mientras caminaba; el sacerdote levantó la voz—. Que esta sea una lección para todo aquel que desafíe al Gran Romance acusando a aquellos que Elyon mismo ha puesto sobre esta tierra.

Chelise miró a Thomas. Las llamas le danzaban en los ojos húmedos.

—Eres mi esposo —expresó ella con labios temblorosos.

—Y tú eres mi esposa —contestó él en un susurro.

—¡Prepárenlos! —gritó Ciphus.

Un guardia detrás de cada uno de ellos les puso un puño entre los omoplatos y los agarró del cabello.

—¡Empujad!

Los guardias les tiraron bruscamente el cabello hacia abajo hasta echar hacia atrás las cabezas de los condenados a muerte, obligándolos a mirar al cielo en lo alto. Los tres de frente, con las manos atadas con cuerdas de lona, y los pies cargados con pesadas cadenas, impotentes y preparados para morir.

—∞∞∞∞—

MIKIL puso una rodilla a la derecha de la trinchera y miró a través de las aguas negras. Jamous se arrodilló a su lado; Johan y Suzan siguieron el ejemplo en el otro lado.

—Por favor, Elyon —susurró ella—. Ten compasión. Sálvalo.

Ella miró a su izquierda. La trinchera apenas tenía cerca de sesenta centímetros de ancho y el doble de largo, y por ella fluía ahora una corriente abundante del agua roja desde el estanque rojo que habían localizado detrás de ellos. Thomas se lo había

hecho saber a Kara de manera distraída, pero en el momento en que Qurong había sentenciado a muerte al líder albino junto a Chelise en la biblioteca, Mikil supo que esta era la única esperanza que tenían.

Encontrar el estanque del agua de Elyon y cavar a través del espacio entre este y el lago de las hordas.

¿Pero bastaría?

El agua roja parecía un remolino negro mientras que se extendía dentro de las lodosas aguas cafés. Moviéndose rápido. Más rápido de lo que ellos habrían imaginado.

—Por favor, Justin. Salva a tu novia.

—∞∞∞∞—

—¡THOMAS!

La voz de Chelise era débil, tensa; se le había paralizado la garganta. Antes había visto ambas clases de ahogamiento, desde la plataforma y desde la torre, y si había alguna medida de alivio en esta sentencia, era que Qurong escogiera misericordiosamente la plataforma. En un ataque de indignación, su madre finalmente había exigido eso al menos, y su padre lo admitió al instante.

—La fortaleza de Elyon —susurró Thomas.

—Como Elyon ha demandado, así ustedes morirán ahora —dijo Ciphus, luego gritó—. ¡Mueran ahora!

Una mano empujó a Chelise por la espalda y súbitamente no hubo nada bajo sus pies.

Ninguno de ellos hizo ningún sonido al caer. Woref tocó primero el agua. Chelise vio la zambullida con el rabillo del ojo, exactamente antes de que la helada agua le tragara los pies, y luego el pecho.

Thomas se sumergió a la izquierda de ella.

Ella ya estaba bajo el agua.

Cayó directa, arrastrada por las cadenas atadas a los tobillos. De manera instintiva luchó contra las ligaduras en las muñecas... que, como era costumbre, solo estaban ligeramente atadas para prevenir algún episodio en el último instante sobre la plataforma. Le sorprendió que se soltaran, lo que le envió un rayo de esperanza a la mente. Abrió los ojos.

Tinieblas. Oscuridad absoluta.

Cerró de nuevo los ojos, y al hacerlo cerró la puerta a lo último de su esperanza.

¡Elyon! Tómame. Tómame como tu novia igual que has tomado a Thomas. Sus pensamientos nacieron del pánico, no de la razón. En algún momento los pies caerían sobre un montón de huesos.

¡Elyon! Justin, ¡te lo ruego!

El agua alrededor de los pies, y después de las piernas, cambió de fría a tibia. Chelise abrió los ojos y miró hacia abajo sorprendida. Había esperado un tenebroso fondo del lago debajo de ella: demonios negros gritando con ansias de muerte.

Lo que vio fue un estanque de luz roja, débil y neblinosa, ¡pero definitivamente luz! Ella miró a la izquierda, luego a la derecha, pero no había señal de Thomas o de Woref.

Chelise entró al agua roja tibia. Flotaba. Serena. Silenciosa. Sobrenatural y fantasmagórica. Lograba oír el suave palpitar de su propio pulso.

Encima de ella, Qurong y Ciphus observaban las aguas buscando indicios de la muerte de la joven, burbujas, pero aquí en este fluido ella se hallaba momentáneamente a salvo.

Y entonces pasó el momento, y la realidad de su aprieto le atiborró la mente. El agua era más caliente y más profunda de lo que había esperado, y era roja, pero se iba a ahogar. Los ojos le comenzaron a arder y parpadeó en el agua caliente, pero no obtuvo alivio. Sintió opresión en el pecho y por un instante pensó en patear hacia la superficie para tomar una bocanada más de aire.

Ella abrió la boca, sintió el agua cálida en la lengua. La cerró.

¿Es esta el agua de Justin?

¿Pero quién se llenaría voluntariamente de agua los pulmones? Ella había entrado deseando morir. Sabía que Thomas tenía razón: ¡la enfermedad la había arruinado la mente! Pero morir por voluntad propia había parecido algo profano.

Flotó inerte, intentando hacer caso omiso de los pulmones, que le empezaban a arder. Pero así era... no se pudo dar el lujo de contener su decisión durante más tiempo.

Una ola de pánico le recorrió el cuerpo, sacudiéndola en su horrible puño con una desesperación que Chelise nunca antes había sentido.

Abrió la boca, luego cerró los ojos. Empezó a sollozar. Un último grito le llenó la mente, que le prohibía tomar esta agua. Thomas se había ahogado una vez, pero ese era Thomas.

Luego se le acabó el aire. Chelise extendió ampliamente la mandíbula y succionó con fuerza como un pez engullendo oxígeno.

El dolor le golpeó los pulmones como un golpe de carnero.

Intentó exhalar. Dentro, fuera. Los pulmones se le habían endurecido. Iba a morir. Su empapado cuerpo comenzó a hundirse más.

No luchó contra el ahogamiento. Thomas había querido que ella lo siguiera en la muerte, y esto es lo que estaba haciendo. De todos modos, sobre la superficie no había vida.

La falta de oxígeno le asoló el cuerpo por interminables segundos, y ella no intentaba detener la muerte.

Entonces lo intentó. Trató con todas las fuerzas de revertir este terrible curso.

Elyon, te ruego. Tómame. Tú me formaste, tómame ahora.

Sombras le invadieron la mente. Chelise empezó a gritar.

Entonces todo fue oscuridad.

Nada.

Estaba muerta. Lo sabía. Pero había algo más aquí, más allá de la vida.

Un sollozo desde las tinieblas comenzó a inundarle los oídos, reemplazando sus propios gritos. El sollozo aumentó su volumen hasta convertirse en un gemido y luego en un alarido.

¡Ella conocía la voz! No sabía cómo le era conocida, pero se trataba de Elyon. ¿Justin? Era Justin, y estaba gritando de dolor.

Chelise se presionó las manos contra los oídos y comenzó también a gritar, pensando ahora que esto era peor que la muerte. Su cuerpo se arrastraba con fuego como si hasta la última célula se sublevara ante el sonido. Y mientras lo hacía, una voz le susurró en el cráneo. ¡Su Hacedor estaba gritando de dolor! Una voz suave y atrayente reemplazó de repente el grito.

—Recuérdame, Chelise —expresó la voz.

Elyon le hablaba. Justin le hablaba.

Los bordes de su mente se inundaron de luz. Una luz roja. Chelise abrió los ojos, asombrada por este súbito giro. Se le había desvanecido el ardor en el pecho. El agua estaba más caliente, y la luz abajo parecía más brillante.

¿Estaba viva?

Aspiró el agua roja y la exhaló. ¡Respiraba! ¡Estaba viva!

Chelise gritó de asombro. Bajó la mirada hacia las piernas y los brazos. ¡Las cadenas habían desaparecido! Movié las piernas. Libres. De verdad. Ella estaba aquí, flotando en el lago, no en ninguna otra realidad aparte.

Y su piel... Se la frotó con el pulgar. ¡La enfermedad se había ido! ¡Thomas había tenido razón! Ella era albina. Aquí en las entrañas de este lago rojo era ahora una especie asombrosa, y el pensamiento la llenó de una emoción que difícilmente podía comprender.

Giró alrededor, buscando a Thomas, pero él no estaba aquí.

Chelise giró una vez más en el agua y lanzó el puño por encima (¿o por debajo?) de la cabeza. Se zambulló en la profundidad, luego serpenteó hacia atrás y se lanzó hacia la superficie. ¿Qué dirían ellos?

¡Tenía que encontrar a Thomas! Justin había cambiado el agua.

En el momento en que la mano de ella tocó el agua helada por encima de la caliente le empezaron a arder los pulmones. Trató de respirar pero descubrió que no podía. Entonces pasó la experiencia y salió a la superficie.

Los pensamientos le aparecieron en la mente mientras el agua aún le caía del

rostro. Salió a la superficie en el mismo instante que lo hacía Thomas a su izquierda. Como dos delfines que rompían la superficie en saltos coordinados, las cabezas arqueadas hacia atrás, el agua escurriéndose por el cabello, sonriendo tan ampliamente como el cielo.

El segundo pensamiento fue que podía sentir el fondo del lago debajo de los pies. Se estaba parando.

El tercero fue que aún no podía respirar.

Salió del agua hasta la cintura, se dobló, y expulsó de los pulmones un litro de agua. El dolor se fue con el agua. Boqueó una vez, descubrió que podía respirar con facilidad y se volvió lentamente.

Agua y saliva en chorritos salían de la sonriente boca de Thomas. Ella no estaba segura de qué le había ocurrido a él, pero se hallaba vivo.

Chelise levantó el brazo y lo miró. La piel le había cambiado. Un tono de carne oscura. Muy bronceada. Suave como la piel de un bebé. Y sabía sin ninguna duda que sus ojos eran color esmeralda, como los de Thomas.

Ella era una albina como cualquier albino que había visto.

Solo entonces se le ocurrió que Qurong aún se hallaba sentado sobre su caballo a menos de treinta metros de donde estaba ella. Tenía el rostro acongojado. A la derecha de Chelise los guardias miraban en asombrado silencio. No había indicios de Woref. Era indudable que se había ahogado.

—¡Agarradlos! —gritó Ciphus desde la plataforma.

—¡Dejadlos! —ordenó Qurong.

Chelise salió del lago, salpicando ruidosamente agua con los muslos. Thomas caminaba a su lado... eran innecesarias las palabras.

De alguna forma, ella sintió que miraba un mundo totalmente nuevo. No solo era una nueva persona, cubierta de magia, sino que los encostrados que ahora miraba le eran totalmente extraños. La enfermedad se les adhería como estiércol seco. Pero cuando entendieran lo que Elyon había hecho por ellos en este lago, se meterían en grandes cantidades a las aguas rojas. La atropellarían, pensó irónicamente.

Entonces recordó su propia resistencia al ahogamiento. Miró a su padre, quien aún parecía como si estuviera viendo que algo en sus pesadillas había cobrado vida.

—¡La ley establece que se les debe ahogar! —exclamó Ciphus, yendo hasta el borde de la plataforma, con el dedo extendido.

—Ellos ya han sido ahogados —declaró Qurong.

—¡No están muertos!

—¿Te parece mi hija un encostrado? —gritó Qurong—. Si este no es un encostrado muerto, no sé qué es. ¡Ella ha sido ahogada y ha pagado el precio! No pondrás una mano sobre ella.

Chelise sintió deseos de subir corriendo y abrazar a su padre.

—Papá, es real. ¡El agua es roja! Este es ahora un estanque rojo.

Los ojos de él se movieron repentinamente hacia el agua detrás de su hija. Ella le siguió la mirada. El lago parecía negro, pero tenía un ligero tono rojizo. Ciphus también miró y pareció verlo ahora.

—¡Sellen el lago! —gritó, volviéndose hacia los guardias—. Que nadie entre.

—¡No! —exclamó Chelise—. Se debe permitir que las personas se ahoguen. Padre, díselo.

Qurong volvió a mirar el agua. Examinó la superficie.

—¿Y Woref?

—Woref no creyó —anunció Thomas.

—¿Y cómo se volvió roja esta agua? —preguntó el padre mirando a Thomas.

—No estoy muy seguro, pero supongo que Mikil y Johan encontraron el estanque rojo que ustedes habían cubierto.

Qurong frunció el ceño.

—Sellen el lago —contestó.

—Desde un perímetro hasta lo alto de la orilla —expresó Ciphus—. Ni un alma pisará la orilla hasta que hayamos reparado este daño.

—Padre, ¡no puedes permitir esto! —declaró Chelise dando un paso hacia Qurong.

—Detente ahí —ordenó él levantando una mano.

—¡Ahógate! —gritó ella—. Tienes que ahogarte, ¡tú y mamá! ¡Todos!

El líder de las hordas hizo girar el caballo, de tal modo que se situó frente a ella.

—Ellos son libres de irse —dictaminó—. Ellos y sus amigos tendrán paso libre en nuestra selva, A ningún albino se le hará daño antes de que sepamos la verdad de lo que ha ocurrido aquí.

—Padre... por favor, te lo ruego... tú sabes la verdad.

—Eres mi hija, y debido a eso te dejaré vivir en paz —contestó él—. Pero tengo mis límites. Salgan ahora, antes de que cambie de opinión.

Él giró su caballo y subió por la orilla.

Chelise se quedó mirándolo, deshecha entre la urgencia por meterlo a rastras al lago y la comprensión de que ella no había sido diferente solo un día atrás. Pero había esperanza, ¿verdad? Él iba a considerar el asunto.

—Lo siento —enunció Thomas, poniéndole la mano en el hombro.

Ella lo miró y desapareció su tristeza. La piel de él, que solo esta mañana era un interesante enigma, era ahora deliciosamente bronceada y suave. Los verdes ojos le brillaban como las estrellas. Él era realmente hermoso.

—¿Son mis ojos...?

—Verdes —terminó él la frase; le acarició la mejilla con el pulgar—. Y tu piel es morena, la más hermosa que he visto.

—¿Soy ahora la novia de él? —inquirió ella.

—Lo eres. ¿Y mía?

—Lo soy.

Ella sintió que iba a estallar.

—Deberíamos tomarle la palabra a tu padre y salir de aquí mientras podamos — comentó él guiñándole un ojo y tomándola de la mano—. El Círculo estará esperando.

El Círculo. Ella se volvió a mirar. Ciphus los observaba. Dos docenas de guardias habían formado una línea en la plataforma, impidiéndoles que siguieran a Qurong, quien ahora hacía pasar su caballo por un perímetro de guardias formado apresuradamente.

El Círculo estaba esperando. Ella sonrió, de repente ansiosa de salir de aquí y estar entre su nueva familia. Para estar con su esposo.

Thomas de Hunter.

—Entonces no deberíamos hacerlos esperar —asintió ella dirigiéndose hacia la selva que los aguardaba.

MARSELLA, FRANCIA.

Carlos había esperado tres días y ni un solo vehículo había salido de la instalación subterránea. Pero allí estaban ellos; apostaría su vida en eso.

Las aves piaban en la colina, ajenas a lo cerca que habían estado de ascender en la cadena alimenticia tres días atrás. Aquí en el campo, fuera del puerto, la mañana era tranquila y fría. Allá en la ciudad había un gran revuelo, por adquirir una de las codiciadas jeringas que salían de París. Las noticias solo hablaban del virus. Más exactamente, del antiviral. La variedad Thomas, la llamaban. Se comentaba que el hombre había dado su vida. Carlos aún no estaba listo para creer eso.

Decían que había suficientes vacunas para todos, pero eso no detenía el pánico. El plan de distribución fue esencialmente lo opuesto a una campaña de recolección de sangre. Las jeringas llenas con la variedad Thomas ya inundaban todas las ciudades. Todo vehículo refrigerado de Francia estaba llevando el antiviral a puntos de distribución en toda la nación, donde cientos de miles de personas, esperaban su turno en largas filas.

Mientras tanto, Carlos esperaba con su arma.

Se miró el antebrazo. Los puntos rojos habían desaparecido. Aún no encontraba sentido a eso, pero solo había una posible causa que tenía algún sentido para él. Había estado en contacto con la sangre de Hunter.

El funeral del hombre se realizaría en veinticuatro horas. Carlos usaría todo el poder a su disposición para estar presente. Debía verlo por sí mismo. Y si Hunter estaba finalmente muerto...

El pensamiento le formó un nudo en la garganta y lo descartó.

Si Fortier no salía pronto, Carlos acudiría a las autoridades; nada les gustaría más a los militares franceses que dar una paliza a unos cuantos fulanos en este sitio y librar al mundo de los hombres que les habían manchado la reputación. El presidente francés, quien había seguido demasiado rápido todas las exigencias de Fortier, probablemente haría lo posible por levantar su posición ante el pueblo. Por el momento, el mundo estaba demasiado distraído por el virus, pero un día Carlos los enderezaría a todos ellos.

El problema con ir ahora ante las autoridades era que esto significaría dejar su puesto el tiempo suficiente para que Fortier y Svensson escaparan.

Improbable, pero él no se expondría con Fortier.

Por tanto, Carlos esperaría en su hoyo en la colina.

Había decidido a mitad de camino a París que buscar en el bunker allí, no tendría sentido. Fortier y Svensson se esconderían en Marsella, donde estarían seguros, pasara lo que pasara en los días siguientes. Con este nuevo plan, de traicionar a tantos que habían entregado sus armas, París estaba plagado de demasiados enemigos.

Carlos había confirmado que recientemente pasaron dos vehículos por el terreno destapado que llevaba al oculto bunker subterráneo. No podrían ser sino Fortier y Svensson, pues nadie más sabía de la existencia de la fortaleza. La única razón de que el mismo Carlos lo supiera era que siempre conocía más de lo que ellos pretendían.

Todo tenía sentido de la manera más apocalíptica. Ellos habían soltado el arma y se ocultarían hasta que esta hiciera su trabajo, antes de emerger a un nuevo mundo.

Pero no incluyeron a Thomas. O sus sueños.

Carlos metió la mano en el bolsillo y sacó otra pastilla. Había dormido una vez desde que se colocara en su puesto, pero había sido temprano, antes de la noticia de que la variedad Thomas había salido. Se puso la pastilla en la boca y se la tragó.

Imaginó que en este mismo instante Fortier y Svensson estarían en ese agujero discutiendo furiosamente acerca de lo que habían hecho mal. Ellos...

De pronto se movió la tierra abajo en la colina. Carlos se quedó paralizado. ¿Tan pronto?

Lentamente, como una gigantesca ballena que abría la boca, se abrió la colina. Carlos cogió el misil antitanque y lo colocó en posición. Así que habían decidido dejar Francia mientras el mundo aún estuviera distraído por la crisis. Anteriormente, había habido algunas persecuciones importantes, pero ninguna como la que sin duda seguiría a esta debacle.

Carlos armó el misil, lo levantó sobre el hombro y apuntó a la entrada. Sus manos temblaban por la combinación de agotamiento y de nervios destrozados.

La puerta del garaje se detuvo. Abierta. Luego nada.

Deseaba que saliera el automóvil. Sería el Mercedes blanco con armadura blindada. Se separarían más tarde, pero no se arriesgarían a tener dos automóviles en este sitio, si solo uno era blindado, como Carlos sabía que era el caso.

Vamos, vamos. Salgan.

Prácticamente podía saborear el explosivo imaginándose de antemano la explosión. El misil rompería el vehículo en mil pedazos.

De repente asomó la nariz del Mercedes blanco en el garaje.

Paso firme...

Luego la carrocería.

Carlos esperó hasta que la puerta del garaje empezara a cerrarse. Un coche. Ventanas polarizadas de modo que no se podía saber si los dos estaban dentro.

De pronto no pudo esperar otro instante. Disparó el misil. Un fuerte zumbido. Presión en el hombro. Luego una estela de humo y una ráfaga caliente de aire en el rostro.

Quiso que el misil diera de lleno en el Mercedes. Golpeó la ventanilla derecha del pasajero. Carlos vio por una fracción de segundo las piernas en el asiento del pasajero.

Por lo menos, dos ocupantes.

La detonación estremeció el aire matutino. Una bola de fuego despedazó el vehículo. Hizo volar el techo. Echó a volar el humo.

Fuego ardiente.

Carlos cogió los binoculares, ajustó el enfoque y analizó las llamas. Había visto suficiente en este tiempo para concluir ahora que acababa de matar a dos hombres. Uno de ellos era Armand Fortier. El otro era Valborg Svensson.

Bajó los lentes. A diferencia de Thomas, estos dos no resucitarían.

—∞∞∞∞—

KARA OBSERVÓ el ataúd hundirse bajo el césped verde en el Cementerio Nacional de Arlington. Le estaban dando a Thomas un entierro militar completo con todos los honores, y el acontecimiento conmovía hasta las lágrimas a centenares de personas que Kara nunca había visto, pero sintió extrañamente insignificante todo el funeral.

Su hermano estaba vivo.

No aquí, ni de una manera en que posiblemente ninguna de estas personas entendía como ella. Pero estaba más vivo que cualquiera de estos que sollozaban.

El presidente se hallaba a su derecha. Monique a la izquierda. Habían pasado cinco días desde la muerte de Thomas. Habían querido hacer desfilar su ataúd por el Boulevard Constitution mientras el mundo observaba, pero Kara convenció al presidente de que Thomas protestaría si tuviera que decidir en el asunto. Habían decidido descartar eso, pero de todos modos la transmisión seguía siendo nacional.

Habían disparado los siete rifles y tres aviones de combate habían rugido por encima, y Kara había observado todo con apacible interés. Su mente aún estaba en la sangre de Thomas. La sangre que Monique aún tenía almacenada.

No se podía quitar eso de la mente.

Más allá de la piel de este mundo esperaba otro mundo, tan real, quizás más real. Allá Thomas estaba vivo y ahora seguramente casado con Chelise. Su hermano había muerto mientras se hallaba en el lago, y este de algún modo le había dado vida. Kara no tenía ninguna duda de que Justin había organizado todo.

A fin de que el Círculo supiera, cómo Justin se sentía respecto a ellos, este

permitió que Thomas se enamorara de Chelise. Kara estaba segura de que si pudiera ver ahora a Justin, estaría trazando círculos alrededor de su novia sobre un corcel blanco, emocionado por la belleza de su creación. Por el amor, por diferente que fuera, que ellos le habían expresado. ¡Esta era la novia de él!

Y ante la mirada de Justin, el vestido de ella era impecable. Blanco.

Alguien le pasó una pala. Kara hizo a un lado los pensamientos. ¿Deseaban que ella hiciera los honores? Dio un paso adelante, recogió un poco de tierra y la lanzó a la tumba.

Luego todo acabó. Ella dio la espalda al entierro. La multitud reunida comenzó a dispersarse.

—Quiero que sepas que he encargado una estatua para el césped de la Casa Blanca —le comunicó el presidente—. Quizás creas que Thomas podría objetar algo, pero esto ya no es asunto suyo. Se trata de las personas. Necesitan una manera de expresar su agradecimiento. Esto no va a terminar.

Ella asintió. La variedad Thomas había sofocado al virus en una manera que nadie esperaba. Hubo muertes, pero sorprendentemente pocas. Menos de doscientas mil en el último recuento, la mayoría como consecuencia de individuos que intentaron eludir el sistema. Algunos disturbios, una emboscada a un camión refrigerado y otros temas por el estilo. Exactamente ahora, la variedad Thomas alcanzaba destinos lejanos en todo el mundo, principalmente en el Tercer Mundo: parte de Suramérica, China, África, donde la variedad Raison había tardado más en actuar. El mundo nunca sería igual, pero había sobrevivido.

Si se hubiera retrasado Thomas, solo tres horas en el avión que lo transportaba, la cuota de muertes habría sido considerablemente mayor.

—¿Estás bien? —le preguntó el presidente.

—Sí —contestó ella, y sonrió—. Gracias, señor.

—Si hay algo que yo pueda hacer, házmelo saber.

—Lo haré.

Él se alejó y Monique intervino para reemplazarlo.

—Pues bien —dijo ella, suspirando—, ¿ahora qué?

—No lo sé.

—¿Crees que su sangre aún pueda servir?

—No sé. Seis mil millones de personas tienen en ellas ahora algo de la sangre de Thomas, ¿no es verdad? No están soñando.

—No tienen motivo para soñar —replicó Monique—. Si no crees, no sueñas.

—O quizás los sueños no funcionen porque él está muerto —opinó Kara, caminando al lado de Monique—. Bueno, soñé una vez cuando él estaba muerto.

—Tal vez deberíamos averiguarlo.

—Es tentador, ¿verdad? —asintió Kara mirándola a los ojos.

—He pensado al respecto más de una vez.

—Yo no sé. Algo me dice que la sangre ha cambiado. Creo que deberíamos dejarla por ahora. Está a salvo, ¿verdad?

—Créeme, nadie la puede tocar.

—Hay algo más que me preocupa —confesó Kara,

—El libro —dijo Monique sin vacilación.

—Correcto —añadió Kara deteniéndose—. El libro en blanco de historia. O debería decir los libros. Thomas parecía creer que todos los libros cruzaron.

En este mismo instante existe al menos un libro, visto por última vez en Francia, que tiene más poder que cualquiera de las armas nucleares que Thomas hundiera.

—Sin duda aparecerá.

—Eso es lo que temo.

UN CREPÚSCULO pintaba de anaranjado el oscuro cielo sobre el blanco desierto. Thomas se hallaba sobre su caballo al borde de un pequeño valle que se parecía a un perfecto cráter de casi cien metros de ancho. La hondonada albergaba un oasis, y en su centro se hallaba un estanque rojo entre grandes rocas. Un círculo de árboles frutales se levantaba de la rica tierra al lado de la piedra caliza que contenía este estanque particular. Veinticuatro antorchas ardían en un círculo perfecto alrededor del estanque. Los salientes de rocas alrededor del agua tenía como cincuenta metros de diámetro, y mantenía al estanque tan claro que desde la posición elevada en que se hallaba Thomas casi lograba ver el fondo, aunque sabía que este tenía al menos quince metros de profundidad.

Esta noche Thomas de Hunter se casaría otra vez. Chelise, a quien ahora preparaban las mujeres mayores, pronto entraría al círculo de antorchas y se presentaría para unirse con Thomas como se acostumbraba en el bosque colorido. A los más de cuatrocientos miembros de esta tribu se les habían unido otros dos mil de esas tribus bastante cercanas que pudieron viajar para la ocasión. Estaban congregados en una cuesta lejana, más allá de las antorchas.

La mente de Thomas recordó brevemente a Rachelle. La extrañaba, siempre lo haría. Pero el dolor de la pérdida lo había suavizado su amor por Chelise. Pensó que Rachelle no solamente lo aprobaría, sino que insistiría.

Habían pasado diez días desde el ahogamiento de Chelise. En ese tiempo casi cinco mil miembros de las hordas se habían unido al Círculo, motivados por la apasionada voz de Chelise. Si había un profeta en el Círculo, esa era ella. Con la propia hija de Qurong ahora entre los albinos había desaparecido la amenaza de las hordas. Al menos por el momento. Teeleh no esperaría mucho tiempo antes de retomar su vana persecución, pero hasta entonces el decreto de Qurong protegería al Círculo de cualquier ataque no autorizado. Se rumoreaba que Ciphus se había visto obligado a tragarse su desaprobación. Había secado el lago y lo estaba rellenando de nuevo. Pronto su religión volvería a estar a pleno desarrollo.

Suzan y Johan montaban caballos negros al lado de Thomas. Se casarían dentro de dos días en una ceremonia parecida. Mikil y Jamous se hallaban al otro lado.

Todos ellos estaban locos de amor. El Gran Romance los había absorbido por completo y este regalo de amor entre matrimonios era un constante recordatorio, de lo más extravagante.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Thomas.

—Paciencia —contestó Mikil—. El embellecimiento es un proceso para disfrutarse.

—¿Y no lo es el matrimonio? No veo cómo le podrían agregar belleza a ella.

Suzan rio.

Thomas levantó la mirada y observó la puesta del sol. Esto era un paraíso, pensó. No como el bosque colorido, pero bastante cercano. Con Chelise a su lado y Elyon en el horizonte de su mente, más que un paraíso.

—¿Todavía no has soñado? —inquirió Mikil.

Los sueños.

—Sueño cada noche —contestó él—. Pero no con las historias, no. Durante dieciséis años la única manera en que yo podía escapar de las historias era comiendo la fruta de rambután. Ahora no puedo soñar con las historias aunque lo intente.

—Pero existieron —intervino Johan—. Yo mismo estuve allí.

—¿Existieron? Bueno, sí, las historias existieron. Pero cuando finalmente tengamos acceso a los libros en la biblioteca de Qurong...

—¿Ha estado él de acuerdo? —indagó Suzan.

—Finalmente pondremos nuestras manos en esos libros. Estoy seguro de que nos favorecerá el hecho de que podamos leerlos. Pero no sé lo que encontraremos cuando tengamos acceso a ellos. Sucedió; estoy seguro de que sucedió. Sin embargo, ¿estará todo registrado? No lo sé. De cualquier modo, no vivo en las historias. Vivo aquí. Una sonrisa insegura se dibujó en los labios de Mikil. Thomas miró hacia la roca alrededor de la cual Chelise aparecería pronto. ¿Qué las estaba deteniendo?

—¿No crees que sucedió, Suzan? —preguntó él—. Cuéntale, Johan. ¿Ocurrió de veras, o solo se trató de un sueño?

—Si fue un sueño, fue el sueño más increíblemente real que nunca he tenido.

—¿Dije que no creía? —objetó Suzan—. Pero seamos sinceros, Thomas. Ni siquiera tú sabes exactamente qué creer acerca de estos sueños. Mikil tiene sus ideas respecto de cambios en el tiempo; tú hablas de cambios entre dimensiones. No estoy diciendo que los sueños no sucedieran, Elyon nos libre. Pero para mí tienen tanto sentido como los estanques rojos para las hordas.

—¡Exactamente! —exclamó Thomas, impresionado—. Para un encostrado es absurda la idea de ahogarse a fin de hallar nueva vida. Y para todos nosotros es un absurdo la idea de entrar a una dimensión diferente mediante sueños. Pero la falta de entendimiento no debilita la realidad de una y otra experiencia.

—Debo decir que la memoria se está desvaneciendo —comentó Mikil—. Ya

apenas se siente real. Todo lo que era tan importante para Kara parece muy lejano. Lo que consumía a ese mundo apenas importa aquí.

—No, lo que sucedió allí ayudó a definirme —opinó Thomas.

Aunque él debía estar de acuerdo. La humanidad se había enfrentado a la amenaza de extinción, pero el drama de allá, lo eclipsaba el drama de aquí.

—Pero veo tu argumento, y creo que así había de ser —continuó él—. ¿Cómo se puede comparar con el Gran Romance el ascenso y la caída de naciones? Piensa en eso. Toda una civilización estaba allá en riesgo, y al principio eso me aterró en gran manera. Pero al final las luchas en esta realidad me parecieron mucho más importantes; sin duda mucho más interesantes. Las luchas de la carne y la sangre no se pueden comparar con la batalla por el corazón.

Thomas respiró hondo.

—Por otra parte, los libros en blanco han desaparecido. Eso es interesante; así como la manera en que llegaron a existir desde un principio. Y también cómo uní estas dos realidades.

—Tengo una teoría —comentó Johan, mirándolo con ojos resplandecientes—. Nunca sabremos por qué y cómo entró Thomas en un principio al bosque negro, porque perdió la memoria; ¿pero y si de pronto se hubiera caído, golpeado la cabeza, y sangrado precisamente en el mismo instante en que se golpeó la cabeza en la otra realidad? Esto pudo haber formado un nexo entre lo visible y lo invisible.

—¿Aún existe entonces la Tierra, la otra Tierra? —preguntó Suzan.

—Podría ser —contestó Johan—. Y lo más probable es que los libros en blanco estén allá.

—A menos que estés de acuerdo con la teoría de Mikil de que Elyon usó los sueños de Thomas para enviarlo a otra época —insistió Suzan—. ¿Ves a lo que me refiero? Ambas teorías tienen sentido solo si utilizas cantidades generosas de imaginación,

—Principados y poderes —explicó Thomas distraídamente—. No luchamos contra seres humanos sino contra principados y poderes.

—¿Qué?

—Algo que ahora recuerdo de la otra realidad. Allá no era menos obvio cómo obraban estos aspectos. Lo llamaban dimensión natural y dimensión espiritual.

—Espiritual. ¿Cómo de espíritus? —inquirió Suzan.

—Como de los shataikis aquí. No podemos verlos, pero en realidad nuestra batalla es contra ellos, no contra las hordas.

—Bueno, sabemos que los shataikis son muy reales —expresó Johan—. ¿Por qué no los sueños?

Llegó hasta ellos un distante estruendo como el sonido del trueno desde el extremo lejano de la tierra.

—¿Oís eso? —preguntó Thomas ladeando la cabeza.

Todos lo oían ahora. El estruendo se hacía cada vez más fuerte. El caballo de Thomas relinchó y corcoveó nerviosamente.

—¡La tierra está temblando! —exclamó Suzan—. ¿Un terremoto?

—Demasiado largo.

Ahora todos los caballos estaban inquietos, extraño en bestias entrenadas para permanecer tranquilas en batalla.

—¡Polvo! —gritó Mikil, señalando hacia el desierto.

Se volvieron al unísono, exactamente cuando las primeras bestias llegaban a lo alto de las largas dunas en el desierto cercano. Luego aparecieron más, miles, que se extendían bastante hacia la izquierda y la derecha.

El primer pensamiento de Thomas fue que las hordas habían organizado un gigantesco ataque. Pero de inmediato rechazó la idea. Johan manifestó lo que tenía en mente.

—¡Roushims! —gritó.

Mil, diez mil... no había manera de contar tan gran cantidad. Los enormes leones blancos que Thomas viera por última vez alrededor del lago en lo alto, la primera vez que se reuniera con el niño, se movían sobre las dunas como una niebla ondulante.

Las bestias se separaron en la mitad. Allí, ligeramente delante de los leones, cabalgaba un guerrero solitario sobre un caballo blanco.

Justin.

Johan, Mikil, luego Jamous y Suzan se bajaron de sus monturas y se arrodillaron apoyándose en una pierna. Era la primera vez que lo veían desde que huyeron de las hordas después de su muerte. El ruido de los espectadores frente a ellos se había acallado, pero todos se levantaron a una y miraban hacia el oeste.

Thomas terminaba de salir de su impresión y empezaba a desmontar cuando Chelise salió de entre las rocas debajo de ellos. Más que caminar parecía que estuviera danzando. Su novia vestía una larga túnica blanca que barría la arena detrás de ella. Una corona de blancas flores de tuhan se posaba delicadamente sobre su cabeza.

Thomas se quedó paralizado. Sin duda Chelise había oído el estruendo que se aproximaba, pero no podía ver lo mismo que él desde el lugar más bajo en que ella se hallaba. La novia debió haber supuesto que se trataba del redoble de tambores o algo relacionado con la ceremonia, porque tenía los ojos fijos en él, no en el desierto.

Lo traspasó con la mirada y sonrió. Ah, cómo sonreía.

Ella llegó hasta el círculo, se puso frente a Thomas y levantó ligeramente la barbilla. El medallón negro, rojo y blanco le colgaba del cuello, amarrado por una correa de cuero.

A la izquierda de Thomas los leones roushims seguían corriendo, guiados por

Justin. Thomas se percató de que aún estaba parado en un estribo. El novio desmontó, dio un paso adelante y se apoyó sobre una rodilla. Chelise le siguió la mirada.

Los leones se separaron e hicieron un amplio círculo, colocándose alrededor como si esta hondonada en el desierto estuviera protegida por una fuerza invisible.

Justin, por otra parte, llevó su corcel hacía el frente, exactamente sobre la franja que rodeaba el pequeño valle, directamente hacia Chelise.

Ahora ella lo vio.

Justin frenó el caballo a diez metros de la joven, quien se hallaba en asombrado silencio. El corcel relinchó y se alzó sobre las patas traseras. Los ojos de Justin destellaban como solo podían resplandecer los suyos. Hizo que el caballo bajara las cuatro patas, él se deslizó en la arena y dio tres pasos hacia la joven antes de detenerse. Él vestía una túnica blanca, con brazaletes dorados y botas de cuero atadas hasta arriba. Una banda roja le atravesaba el pecho.

Aún llegaban leones alrededor del valle, dando un amplio espacio a la gente, veinte metros detrás de Thomas.

Justin miró a Thomas, luego otra vez a Chelise, como un padre orgulloso. ¿O como un esposo orgulloso?

Entró al círculo, fue hasta donde la novia, le agarró la mano y se inclinó sobre una rodilla. Luego le besó la mano y la miró a los ojos. Chelise se llevó la mano libre hasta los labios y ahogó un grito. Ella podría ser una mujer fuerte, pero lo que vio en los ojos de él desarmaría al más fuerte.

Justin se irguió, le soltó la mano, y retrocedió. Se puso las manos en las caderas, luego las levantó directamente hacia el cielo y miró las estrellas.

—¡Ella es perfecta!

Se volvió hacia la multitud congregada, que en su mayor parte había caído de rodillas.

—¡Y cada uno de ustedes, nada menos! ¡Perfectos!

Justin se dirigió a su caballo, saltó a la silla, agarró las riendas y subió la ladera al galope, directo hacia Thomas.

Los roushims habían completado el círculo y ahora miraban al valle. Cayeron sobre sus vientres en un suave revoloteo y bajaron sus hocicos a la arena en el momento en que Justin abrió los labios. La escena produjo un nudo en la garganta de Thomas y él mismo quiso tirarse a la arena y adorar como lo hacían los leones, pero no podía quitar la mirada de Justin, que corría hacia él.

—Elyon... —susurró Johan.

Justin viró a la derecha. Luego el sonido de metal deslizándose contra metal rasgó el aire tranquilo. Justin sacó su espada, se inclinó en su montura y con fuerza clavó la punta de la hoja en la arena.

Hizo girar el caballo alrededor y se alejó de Thomas, montando inclinado en

veloz carrera, su largo cabello fluía al viento, arrastrando la espada en la arena. Los melodiosos gritos de gozo se unieron al ruido sordo de los cascos de su caballo. Todos sabían lo que Justin estaba haciendo. Todos habían oído las historias.

Justin estaba trazando su círculo.

Y lo trazaba alrededor de todos ellos, reclamándolos a cada uno como su novia. El círculo era simbólico.

Justin, por otra parte, no lo era.

Completó el circuito detrás de Thomas y volvió de nuevo el caballo hacia ellos. Thomas se sintió obligado a inclinar la cabeza. El caballo de Justin caminó lenta y pesadamente, relinchando. El cuero crujía.

Se detuvo en lo alto de la ladera, a diez metros de donde se hallaba Thomas arrodillado.

Por un momento hubo silencio. Incluso quienes habían estado gritando en la ladera opuesta se quedaron callados.

Luego se oyó una carcajada. Una risita queda que se hacía fuerte.

Sorprendido, Thomas levantó la mirada hacia Justin. El guerrero amante que también era Elyon había echado la cabeza para atrás y había comenzado a reír con murmullos de contagioso deleite. Lanzó ambos puños al aire y rio, con el rostro hacia el cielo, y los ojos apretados.

Thomas sonrió tontamente ante la escena. Entonces las risas comenzaron a cambiar. Sinceramente, Thomas ya no estaba muy seguro de si se trataba de risas o de sollozos.

La sonrisa se desvaneció en el rostro de Justin, Estaba llorando.

De repente Justin bajó los brazos, se irguió en los estribos.

—¡El Gran Romance! —gritó de tal modo que todos pudieron oírlo, miró a su izquierda, y Thomas le vio las lágrimas en las mejillas—. Desde el principio siempre se trató del Gran Romance.

Se sentó y giró su corcel hasta que este se enfrentó al valle.

—Siempre se trató de este momento. Aun antes de que Tanis cruzara el puente, en formas que ustedes no logran comprender.

Justin examinó la multitud.

—Amados míos, ustedes me han escogido. Han sido cortejados por mi adversario, pero me han escogido a mí. Han contestado mi llamada al Círculo, y hoy los llamo mi novia.

Miró por largo rato a las personas que llenaban el valle con los sonidos de resuellos y lloros. Chelise estaba arrodillada ahora sobre sus propias lágrimas.

Justin se volvió hacia Thomas e instigó ligeramente el caballo.

—En pie, Thomas.

Thomas se puso de pie, le temblaban las piernas. Levantó la mirada hacia Justin,

pero tuvo dificultad para mirar, dentro de esos ojos esmeralda por más de unos segundos.

—No, mírame a los ojos.

Esos pozos de creación. De profundo significado y cruda emoción. Thomas sintió deseos de llorar. Quería reír. Volvía a estar en el lago, respirando un tonificante poder que venía de esos ojos.

—Bien hecho, Thomas. No dejes que ellos olviden mi amor, ni el precio que he pagado por su amor.

No lo haré, intentó decir Thomas, pero no le salió nada.

Justin miró a los otros y asintió a cada uno.

—Suzan, Johan. Jamous, Mikil —profirió, y dejó que las lágrimas le bajarán por las mejillas—. ¡Caramba! Qué buenas cosas hemos hecho aquí.

La mandíbula se le apretó y resopló con satisfacción.

—Qué cosa tan maravillosa.

Luego hizo girar el corcel.

—¡Upa!

El caballo salió disparado. A su debido momento, los roushims que formaban el gran círculo se pararon y rugieron. La tierra se estremeció.

Chelise corrió desde el estanque rojo, subió la ladera hacia Thomas. Se puso al lado de él, mirando a Justin. Thomas la apretó contra sí y en silencio observaron al séquito en retirada.

Justin entró al galope al desierto, seguido por el cortejo de leones blancos a cada lado. El desierto volvió a acallarse.

Por largo rato ninguno habló.

Y entonces Thomas se casó con Chelise, rodeados por un alegre círculo desbordante de vida y entusiasmo aún fortificado por el amor de Justin.

# EPÍLOGO

—¿DE MANERA que, tenías razón o estabas equivocado?

—preguntó Gabil, examinando los títulos de los libros en lo alto del estante en la biblioteca—. En realidad es una sencilla pregunta con una sencilla...

Se detuvo en seco.

—¡Ah! ¡Lo encontré!

Sacó un antiguo libro con portada de cuero y descendió en picado hacia Michal, quien se bamboleaba en el borde del escritorio, mirando otro libro de historia que había sacado solo minutos antes. Una sola vela iluminaba las antiguas páginas. La biblioteca de las hordas se hallaba entre sombras, vacía a estas altas horas.

—Nada de esto es sencillo —contestó Michal—. Paciencia.

—Creí que lo habías hallado —expresó Gabil, revoloteando hasta aterrizar al lado de Michal. Este colocó sobre el escritorio el libro que había encontrado.

—Dije que encontré la sección que trata del gran engaño, no la frase que nos muestre la verdadera fecha.

—Dijiste Thomas de Hunter 2010. Recuerdo eso muy bien.

—Y si lo hice, entonces estuviste de acuerdo —declaró Michal, revisando la página.

—¿Lo estuve? ¿Seguro?

—¿No estás de acuerdo? Estás mucho más interesado en este punto menor, Gabil. ¿Hasta qué punto es determinante la fecha en definitiva? Esto es ridículo.

—Estoy interesado porque las historias no pudieron haber dicho 2010. Thomas cambió la historia. El virus no asoló el mundo en el 2010. Por tanto, la pregunta es: ¿cuándo se llevó a cabo el gran engaño? ¿Ocurrió?

Gabil analizó la portada de su libro, luego lo abrió en la primera página.

—Esta historia fue sacada del bosque colorido. —Hojeaba el libro ansiosamente—. Aquí, aquí, tiene que estar aquí, en este volumen.

Michal miró con interés por encima de la página.

—Déjame sitio —cuestionó Gabil.

—Puaf —rezongó Michal dando un pequeño paso a la derecha.

Gabil llegó a la última página y se quedó helado.

—¿Qué es esto?

—¿Qué?

—Ha sido... —titubeó, inclinándose hacia delante—. Ha sido cambiada. Borraron y escribieron encima.

—¿Qué dice? —preguntó Michal volviéndose a apretar contra Gabil.

El roush más pequeño recorrió el dedo índice debajo de las palabras del último párrafo, las cuales estaban claramente escritas con letra diferente de la anterior.

Leyó en voz alta.

—Entonces el hombre llamado Thomas se encontró en el bosque negro, donde cayó, se golpeó la cabeza y perdió la memoria. Ja.

Gabil levantó la mirada hacia Michal, desconcertado.

—¿Ja? —preguntó Michal, incrédulo—. ¿Dice «ja»? ¿Es todo?

—Eso es todo. Luego está firmado.

Gabil miró la página.

—Billy, narrador de historias —leyó—. Esto lo escribió alguien llamado Billy que es narrador de historias.

Se miraron en silencio por unos segundos.

Michal suspiró y se volvió hacia su libro.

—Debo admitirlo, esto es... fascinante.

—Parece que Thomas no fue el único que cambió la historia —expuso Gabil—. ¿No te lo dije?

—¡Ja!

—¿Ja?

—¡Ja! —exclamó, cerró su libro y saltó por encima—. Así que lee. Lee esta nueva historia que te dije que encontraríamos aunque lo dudabas.

Él levantó la barbilla y sonrió.

—Sí —manifestó Michal mirando a su peludo amigo—, creo que me lo dijiste.

Entonces el roush respiró hondo y comenzó a leer el libro de historias.



TED DEKKER (Indonesia - 24 de octubre 1962). Fue criado en Norteamérica. Sus trabajos se clasifican típicamente como Literatura Cristiana Contemporánea pero atraviesa una variedad de géneros.

Las novelas más tempranas de Dekker fueron influenciadas en gran parte por la muerte inesperada de su hermano y sus experiencias. Recientemente, en las novelas de Dekker el contenido cristiano es mucho menos evidente y sus temas «más oscuros». Otros cristianos han protestado la inclusión de la violencia gráfica, lengua y las exploraciones en mal, pero Dekker ha defendido su nueva posición indicando que, para entender completamente la energía del dios cristiano, es necesario entender la energía del mal que él conquistó.

Es reconocido por novelas que conviene de historias llenas de adrenalina con giros inesperados en la trama, personajes inolvidables e increíbles confrontaciones entre el bien y el mal. Él es el autor de la novela *Obsessed*, *La Serie del Círculo (Verde, Negro, Rojo, Blanco)*, *Tr3s*, *En un instante*, *The Martyr's Song series (Heaven's Wager, When Heaven Weeps y Thunder of Heaven)*. También es coautor de *Blessed Child*, *A Man Called Blessed* y *La casa*. Ted vive actualmente con su familia en Austin, Texas.